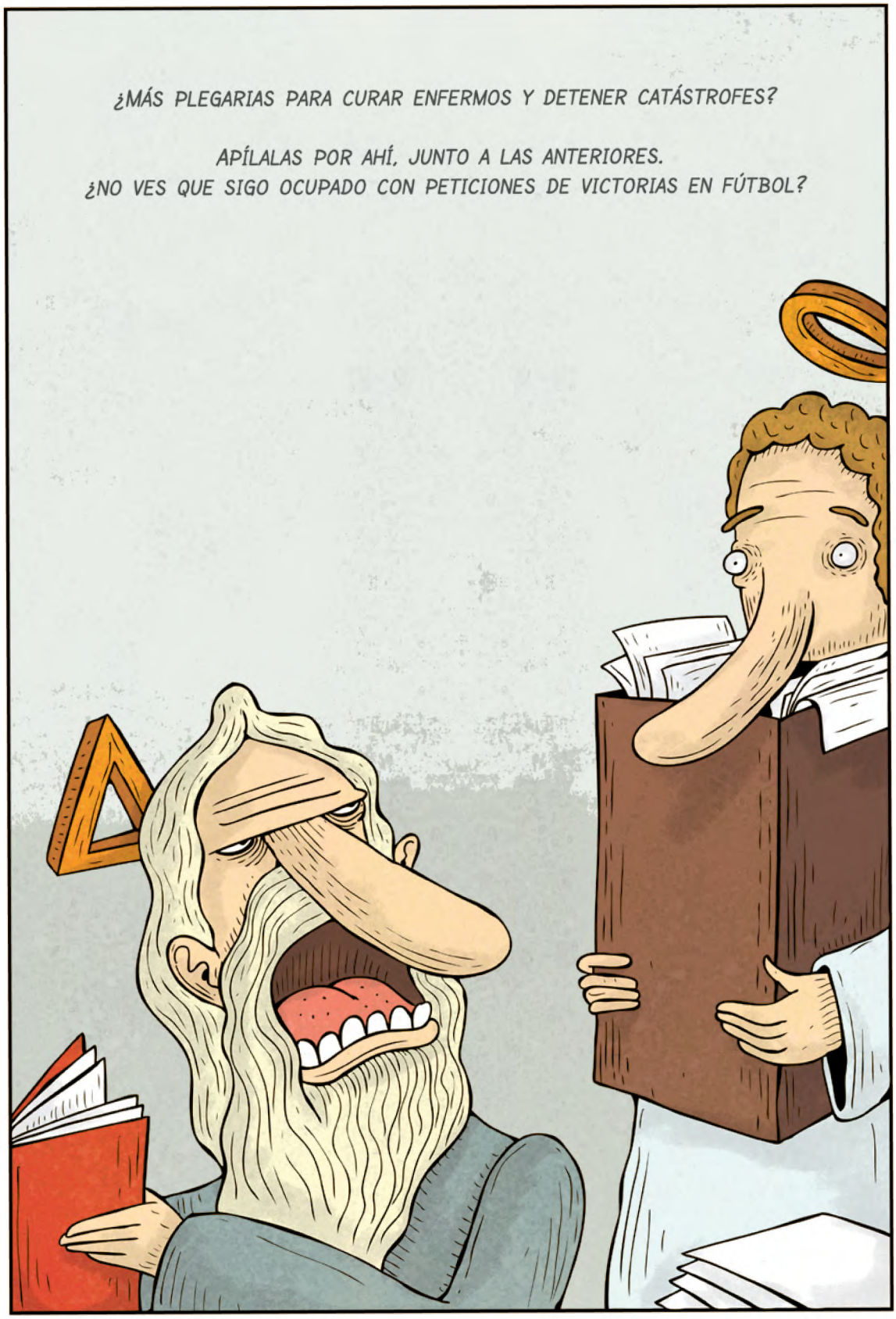
Orsai

DOSIS BIMESTRALES, *por Montt*



LA BATALLA DEL MOVIMIENTO

Hubo una época, que para peor fue larguísima, en la que Chiri ejerció un extraño poder sobre mí. Me va resultar difícil explicar esto, por lo que me pido tres páginas en lugar de una. La desgracia empezó al inicio de la edad del pavo, a los doce o trece años, en una plaza de Mercedes cercana a las vías. Chiri se puso a tararear *La batalla del movimiento*, una canción infantil en donde el juglar indica acciones que el oyente debe cumplir. «Esta es la batalla del movimiento / a mover los pies sin parar un momento», dice la primera estrofa, y entonces hay que mover los pies. Más tarde se agregan las manos, la cabeza, los hombros, la cintura y todo lo articulable.

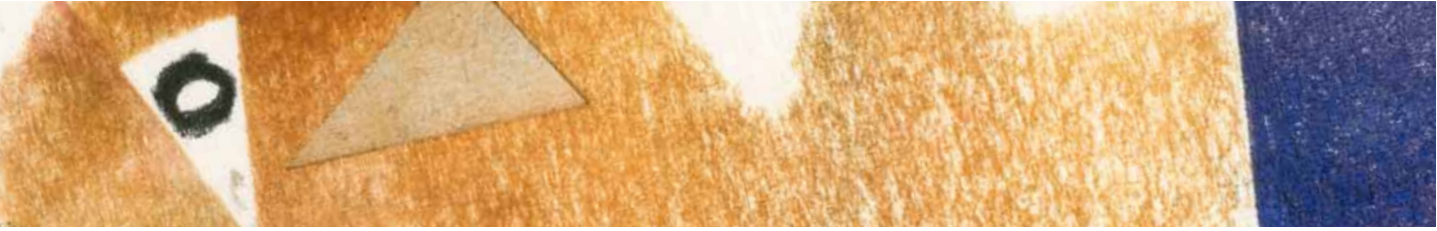
Cuando Chiri empezó a cantar, esa tarde iniciática, yo decidí —¡cuánto me arrepentiría después!— cumplir con los requisitos de los versos para hacerlo reír con mis monerías. Y lo conseguí. Mi amigo se divirtió mucho con mis aspavientos frenéticos, tosió y se carcajeó horas enteras, porque en la infancia yo le dedicaba mucha energía corporal y gestual a provocar la risa mortal ajena, que es una risa en la que el otro debe pedir tregua, con el gesto colorado, pues ve cercana la muerte por asfixia.

Cuando nos reíamos tanto con una nueva rutina inventada a solas, a la semana la ejecutábamos para otros. Siempre fue así: ocurría con las canciones en mao, con diálogos que los demás sospechaban improvisados y con trucos a dúo de toda índole. Pero en este caso puntual, *La batalla del movimiento* se transformó en algo peligroso, porque Chiri decidía unilateralmente el comienzo del sketch. No hacía uso de la complicidad para inaugurar la broma. No me consultaba nunca, ni con palabras ni con gestos. Iniciar la pantomima —cuyo esfuerzo físico era casi todo mío— era su decisión personal. Y, hasta el día de hoy, yo nunca supe por qué me sentía obligado a responder.

En mi cabeza, acceder sin chistar al llamado musical de Chiri tenía la gravedad de una tradición religiosa. Si él empezaba a cantar *La batalla del movimiento* era mi deber reaccionar de inmediato, dar un salto atlético y ponerme a mover los pies, las manos, la cintura y todo lo que a él se le ocurriera, durante el tiempo de su antojo. A Chiri no le importaba que yo pudiera estar cansado, o desanimado, incluso sentir bochorno por la presencia de extraños o sin ganas de hacerme el payaso. Si él empezaba, yo *debía* seguirlo. Es más: él prefería activarme cuando menos dispuesto me veía, porque al contrario que el grupo, que festejaba mis morisquetas, Chiri se reía a causa del poder que yo le había conferido. Él disfrutaba porque había descubierto que yo *siempre*, sin importar el contexto, iba a activarme.

Y entonces —como ocurre con quien se sabe poderoso— empezó a elegir los contextos con crueldad. Es cruel activar el Parkinson enajenado de un gordito de catorce años frente a las chicas más lindas de un cumpleaños de quince, por ejemplo; eso no ayuda a conseguir novia en la adolescencia. Es cruel activar a un gordito frente a sus padres y abuelos, a la salida de misa. Es cruel activarlo en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, una tarde lluviosa de excursión escolar. Y sin embargo todo esto ocurrió hasta el final del secundario.

DISCULPÁME, ES UNA ORDEN.



A los dieciocho años nos fuimos a estudiar a Buenos Aires, vivíamos en un departamento de Almagro y creo que allí fue donde nació la versión adulta de *La batalla del movimiento*, que se llamó *Gozá putita* y tenía un mecanismo similar, aunque su componente de humillación había evolucionado.

Como todo, la primera vez ocurrió por casualidad. Había quedado media pastafrola en la heladera y yo había llegado hambriento. Chiri me miró arrancar tres porciones y ponerlas en un plato. Sin esperar nada, para subrayar el momento, me dijo en voz alta esas dos palabras, «Gozá, putita». A mí me pareció divertida la gracia de confundir gula con lujuria, y escenifiqué la situación. La risa de Chiri, al verme en posturas sexuales con una pastafrola, despertó a todos los vecinos del edificio. Le hizo mal esa risa, me contó después. Yo pude notar que le costaba soltar el aire y volver a aspirar para seguir riéndose: se le había formado un embotellamiento de carcajada en la boca del estómago, y el aire no podía ni entrar ni salir. Me pedía con las manos, haciendo el gesto del minuto en el básquet, que por favor me calmara, pero yo no me calmaba sino todo lo contrario: me refregaba el dulce de membrillo por las tetas y chillaba como una morsa, y él tenía los ojos llenos de agua y un gesto horrible de dolor feliz. Tosió, tosió mucho, y de repente se fue al baño a vomitar. Esos síntomas eran muy conocidos para mí:

«Jorge querido —me dije cuando estuve solo en la habitación— si esto se convierte en sketch de grupo, es porque te lo buscaste».

Y así fue. Desde la semana siguiente me empezó a activar con el *gozá putita* en los bares, en las cenas con compañeros de trabajo, en los casamientos de los amigos. Sus momentos preferidos ocurrían cuando yo estaba a punto de darle el primer mordisco a un alimento deseado. Si Chiri notaba que yo desenvolvía un alfajor con nerviosismo, por ejemplo, o me servía impaciente un guiso de aroma seductor, o si estaba a punto de abrir un balde de Chomps tras el bajón de porro, es decir, si veía brillar en mí el espíritu del gordo insaciable frente a lo sagrado, me miraba y me decía al oído, con acento español: «Gozá, putita...».

Y entonces yo, sin transición ni pausa, sin importarme quién hubiera enfrente, empezaba a emitir sonidos de enorme satisfacción sexual, soltaba los jadeos destemplados del orgasmo en su cúspide, y al mismo tiempo me restregaba el manjar por la boca, por los labios, por las mejillas, por el cuello, y desparramaba la vianda sobre el mantel o sobre la alfombra y la frotaba contra mi cuerpo. Ocurrió frente a amigos benevolentes al principio, más tarde en fiestas más numerosas, pero con el tiempo Chiri se fue animando a activarme frente a públicos desconocidos, o en entornos más solemnes. Perdimos trabajos que ya teníamos asegurados, nos echaron de restaurantes antes del segundo plato, desperdiciamos helados de kilo y medio en épocas de penuria, nos hicieron bajar de vagones comedor y nos echaron de alquileres

compartidos por culpa de un *gozá putita* a destiempo. Lo más doloroso, quizá, ocurrió durante el casamiento de mi hermana: mi abuelo don Marcos —un hombre conservador y recto al que nunca vi reír— estaba sentado a nuestra mesa. Nadie sabía que el pobre viejo iba a morir meses más tarde. Lo vimos llegar muy serio: se sentía a disgusto por tener que presenciar el matrimonio de una nieta embarazada. Chiri no debió susurrar *gozá putita* esa noche. Pero lo hizo. Todavía hoy me arrepiento: la última imagen que tuvo don Marcos de mí, su primer nieto varón, fue verme meter la cabeza en una fuente con salsa de vitel toné, y emerger con gesto de excitación carnal.

Esa noche de casamiento fue la única vez que dudé. Cuando escuché a Chiri decir las dos palabras susurradas supe que soltar alaridos sexuales frente a don Marcos era un límite que no debía traspasar. Pero hubo algo más fuerte y tuve que hacerlo. En esa época nadie hablaba aún del Trastorno Obsesivo Compulsivo, pero pude haber padecido esa dolencia. Al menos eso diría un psicólogo. Yo no lo creo. Prefiero pensar que se trataba, o que se trata, de un acto de fe.

Visto ahora, con el tamiz de los años, creo que Chiri tampoco podía detenerse. Sabía que estaba siendo cruel, conocía mi sufrimiento interior, pero no podía remediarlo. Mi vergüenza a veces era tremenda, pero jamás dejé de activarme, nunca, ni en la infancia, ni en la adolescencia ni en la adultez. Yo pensaba que si Chiri se quedaba cantando solo *La batalla del movimiento*, o si me susurraba *gozá putita* y yo no reaccionaba con fervor, es decir, si yo rechazaba el mandato, nuestra amistad se podía romper. Esto es lo más difícil de explicar, y por eso me llevó tres páginas.

Yo creía que nuestra amistad podía arruinarse. Pero no por voluntad mía o suya, no hablo de enojos ni de traiciones. Sin ese mecanismo de lealtad a toda costa, la amistad se ponía en juego, se resquebrajaba. No en ese momento sino después, del mismo modo que el aleteo de una mariposa puede causar un terremoto en Japón años más tarde. Y lo sigo pensando, cada vez lo creo con mayor certeza, porque han pasado treinta años, tenemos hijos en la edad del pavo, y el *gozá putita* ronda todavía en las sobremesas adultas. No pienso que haya sido un trastorno del comportamiento, ni una sugestión patológica. Estoy convencido de que si un día de mi juventud, cualquier día entre mis doce y mis treinta años, hubiera dejado de activarme con *La batalla del movimiento*, o con el susurro del *gozá putita*, hoy no estaríamos jugando con placer a hacer una revista que amamos.

Hernán Casciari

Conquistan a una holandesa rubia. Temen quedar mal con su jefe. Recuerdan momentos de su educación. Regresan al papel después del PDF. Se enojan porque somos machistas. El destino se les vuelve en contra. No saben leer frases al pie. Son desconocidos y se hemanan en el subte. Lloran tres veces con Maradona. Así vienen las cartas de lectores de la N13: como bola sin manija.

Levante holandés

Señor director: el domingo pasado, mientras estaba en el andén de Ámsterdam esperando un tren, una muchacha rubia muy atractiva me sonrió. Pensé que era una casualidad, en este país no es tan extraño que eso suceda. No pude contener mi argentinidad: al subir al tren procuré sentarme justo enfrente de ella. Como las miradas cesaron, saqué mi Orsai del morral (sí, yo también uso morral) y me puse a leer la crónica sobre el huracán Sandy. La lectura me arrancó algunas sonrisas. De repente, pasando las páginas al azar, encuentro el material desplegable sobre Casa Tomada y una gran cara de felicidad se me dibuja, como la de un niño frente a un juguete nuevo (o la de cualquier lector al recibir el sobre con la última Orsai dentro). Lamentablemente mi estación se estaba acercando así que no tenía tiempo para empezar y terminar otra lectura y decidí guardar la revista. Al hacerlo, levanto la mirada y la chica que tenía enfrente, otra rubiecita (se ve que en mitad del viaje hubo un cambio que no logré percibir) me miró y me preguntó, ¿es un buen libro? Vi que sonreía bastante. ¡Para qué! Le tuve que explicar que no era un libro, que era una revista; intenté contarle cómo había surgido, pero tuve que redondear demasiado rápido, porque Rotterdam se acercaba, incesante. Se apenó porque estaba en español y no podía leerla, que se notaba que yo estaba contento por el simple hecho de tenerla entre mis manos. Me gustaría contar cómo sigue la historia, pero no podría hacerlo mejor que Altuna en sus novelas gráficas. Fue gracias a la Orsai que conseguí que una chica me hablara en un tren. Me siento como esos hombres de las publicidades de desodorante, donde el perfume hace que llueven mujeres. ¿Será que la edición número once vino impregnada con feromonas?

Aquiles Carattino
Suscriptor N° 00935

Ey, Doctor

Hernán, seré breve. Solo te copio un mail que me manda mi novio, desde el Juzgado donde trabaja. Describe el efecto que tiene Orsai en él. ¡Saludos! Su mail dice así: «Ah, escuchá, ayer le hablé al Juez de Orsai, no sé por qué nos pusimos a hablar de fútbol, del Barcelona, de Messi, y terminé hablándole de dos cuentos de Orsai. Me preguntó, muy interesado. Le conté la historia muy resumida. La cuestión es que ahora está súper interesado. Hoy le traje dos de las revistas: una donde hay una historia del Barcelona de Johan Cruyff, y la otra donde está el cuento de Casciari que dice que "Messi es un perro", así que se las doy, le digo, "de esto es de lo que le hablé ayer, Doctor". No sabés el tipo... La agarró, la miró, se le iluminaron los ojos y dice, como para él: "Mirá qué buena revisssta...". Mientras la hojeaba y veía a los autores que escribían, dice: "¡También está Altuna!". Me mira, con la revista abierta, y me dice: "Bueno, muchísimas gracias, Ezequiel". Yo estaba sentado enfrente y me agarró miedo, pensé: "este me quiere choricear las revistas, me muero". Entonces le digo: "Sí, es buenísima, Doctor, léalas tranquilo y cuando quiera me las devuelve", para que quede claro que era un préstamo, y no un regalo, ¿entendés? Él me dice: "No, no, buenísima, en serio, muchas gracias", y dice: "¿Me las dejás un par de días para leerlas?". Y ahí mi cuerpo hizo un "pufff" de alivio. "Por supuesto, Doctor, yo ya las leí, las colecciono pero ya las leí", y le aclaré una vez más que eran mías. ¡Ja!».

Mercedes Davico
Suscriptora N° 21006

Trouet vs. Balquinta

Señor Gordo Casciari, te cuento que tu revista me chocó bastante, y no positivamente, por dos razones centrales: por el nombre y por la esencia que tiene. «Orsai» fue una de las palabras que más detesté desde los trece años. En mis años de colegio estábamos los trouetistas (que amábamos al profesor Trouet) y los balquintinistas (que adoraban al profesor Balquinta). Ambos eran profesores de matemática, con diferentes métodos para desaprobarte. Yo era un trouetista; más por odio al otro que por afinidad con Trouet. Los dos, de una manera u otra te cagaban, pero por la forma en que lo hacía Trouet, lo convertía en un gentleman del forreo al que nada se le podía reprochar, mientras que el otro era un sobrador, sorete y cagón (recuerdo que a mi hermano una vez lo trató de bestia y cuando mi viejo, de poca paciencia, lo fue a interrogar, el tipo alegó un malentendido).

Había una especie de antítesis, al estilo menottismo-bilardismo: el que te mandaba a febrero con clase y el que por medio punto te hacía rendir primero en diciembre, jugaba con tu esperanza y después te veía en las siguientes mesas de examen. Este tipo, odioso y desagradable por naturaleza y, paradójicamente —siendo un bilardista en educación—, hincha de Gimnasia (con la carga de resentimiento que eso significa), cuando hablaba de fútbol, nunca dijo off side. El problema no era que no pudiera pronunciar bien el término (a mi inglés también lo gobierna la fonética), sino, nuevamente, la forma, y, sobre todo, su voz tan detestable que olvidaba las «s» y convertía las «c» en «sh» (ya casi tenía incorporado el «¿qué hashé?»). «Fue una de las palabras que más detesté», dije, porque mi inconsciente ya no lo asocia al profesor, sino que en lo primero que pienso es en la revista. De mezquindad y repugnancia a calidad y fascinación. De paso, ya que viene al caso el tema de la educación (hace unos días leí la nota de Chiri de la N9), quería hacer un comentario sobre la escuela. Fui a un colegio privado, con tradición de valores algo hipócritas y con fama de buena calidad de enseñanza. Jamás me destaqué como buen alumno, por lo que el paso de un año a otro a veces era un poco accidentado y casi nunca me sobraba algo. Pero, para resumir, desde que terminé la etapa escolar digo una frase que refleja el logro del sistema en mí: «lo único que aprendí es a zafar». En segundo lugar, puteé haber conocido tu revista y de todo lo que se trataba, porque en 2010, para la facultad (estudio periodismo), hice un informe sobre un proyecto de ley que nunca va a aprobarse, y que proponía «una jubilación digna para los escritores», teniendo en cuenta que muchos terminan en la miseria, sobre todo por el contexto de mercadeo al que tanto hacen frente ustedes. Así que no puedo evitar reprocharme el haber fallado y no tener tu opinión en ese trabajo. En definitiva, quería que se evidenciara la certeza de que en tiempos políticos de odio y fanatismo exacerbado, no hay razón para tener que obedecer estrictamente a una línea de pensamiento; cuando se puede tomar lo bueno de un lado y diferenciarlo de lo malo. Sobre todo siendo yo, bilardista por herencia pincharrata y un gran crítico de la mezquindad de Balquinta.

Juan Ignacio Olmedo Barrios
Suscriptor N° 21619

El guatemalteco pródigo

Hola Hernán: ya había leído un par de tus libros y estaba pendiente de tus publicaciones en el blog porque desde que lo conocí me ha agradado tu trabajo, aunque vos no lo llamés así. De tal cuenta fui de los primeros (sin ser de los que se afanan por comentar «Pri» cada vez que publicás) en enterarme de tus planes para la creación de la revista. «¡Qué maldito! —pensé— ¡su revista va a ser todo un éxito!». Le seguí la pista al proyecto y celebré que te acordaste de todos, sin importar nuestra situación geográfica, para luego, sin más, olvidarte. Luego de adquirir y disfrutar de las cuatro primeras ediciones saliste con que la forma de distribución cambiaba y que para poder adquirir una de tus revistas acá en Guatemala tenía que dejar de pagar una cuota del auto, de la energía eléctrica, del teléfono y quizá hasta la del agua (internet no es negociable). Es el problema de vivir en un país tercermundista. No me malinterpretés, a mí país lo adoro, pero también me adoro a mí mismo (como te ha de pasar a vos y a la mayoría) y con todo y eso, hay cosas mías que no me gustan. Luego pensé que el de la culpa eras vos. Recuerdo que dije, incluido el modismo argentino nada popular por acá: «¡Qué te parió… No podes venir creándole a uno el vicio de un producto tan bueno para luego quitarlo de tajo!». Entendé que, con todo y que los pdf y las versiones digitales están disponibles, soy de los románticos por el papel impreso y la colección en la librera. Hoy, con la número once en mis manos, me doy cuenta que no me he curado del vicio y no sé si maltratarte de vuelta o agradecerte. Saludos, Hernán.

Omar Velásquez
Suscriptor Nº 19523

Orsai machista

Estimado equipo de Orsai: les escribo en colectivo porque el asunto que trato tiene que ver con todos y todas. Mi historia de amor con Orsai se parece a muchas que ya conocen, variaciones sobre el mismo guion del amor a primera vista con una idea innovadora y revolucionaria. Supe de Orsai en medio de las protestas contra la SOPA y, viendo el famoso video, me enamoré perdidamente del proyecto. En un estado de infatuation, al mejor estilo de Rod Stewart pasé mi tarjeta de crédito y me suscribí. Además, había un plus enorme: ¡se trataba de una revista literaria! ¿Saben a cuántas revistas literarias impresas tenemos acceso en Costa Rica? No las podría contar ni con la punta de mi nariz. Existe un adefesio en que algunos escritores y escritoras notables (o no tanto) tienen que escribir en la cara opuesta de una modelo semidesnuda... una revista que además ostenta en su nombre que es solo para hombres... ¿Es que no se puede hacer una buena revista literaria sin convertirla en un tributo al machismo? Supongo que ya se irán perfilando por dónde viene mi historia de odio con Orsai, ¿porque ustedes tienen claro que la Orsai es bastante machista, no? No se trata solo de que sea notable la mayoría numérica de autores frente a la de autoras. Es la mirada general que se vuelve aplastantemente masculina: muchos de los artículos se escriben partiendo de que el lector es hombre y por lo tanto los ejemplos,

las bromas, los ganchos, no nos permiten identificarnos a las lectoras. Nos permiten identificar, ver retratados a los novios, amigos, amantes, pero, ¿a nosotras? A nosotras no, no tanto, no siempre, y no nos basta con las crónicas del fin del mundo o las historias de comedia romántica, queremos más. Siempre querremos más. ¿Y qué me dicen de las pijas descomunales y paradas que abundan en las gráficas? ¿Ustedes tienen claro que esas imágenes son para el disfrute masculino nada más? Porque a las chicas no son esas las pijas que nos gustan. A las heterosexuales las únicas pijas paradas que nos gustan son las que podemos gozar en persona, siempre y cuando nosotras queramos que estén paradas y en persona. Y a las chicas lesbianas las únicas pijas paradas que les gustan suelen ser de látex y usan baterías recargables. El concurso de pijas y la obsesión por su apariencia ha sido, y sigue siendo, una preocupación de chicos; una bastante adolescente, por cierto. Y les insisto: no se trata de poner a escribir a más mujeres (que tampoco estaría mal ¿eh?) sino que es un asunto de expandir la mirada, o al menos, de intentarlo. En resumen, amo la revista literaria: los relatos y entrevistas, los fragmentos de novelas que me dejan con ganas de navegar buscando el resto, las sobremesas, las crónicas; amo las páginas antipublicitarias, las fotografías, las pinturas; amo el proyecto político que Orsai representa; pero odio que siga siendo escrito desde la mirada masculina y para la parte masculina de su público lector. Así, queridos, queridas, me quedan debiendo la revolución.

Seidy Salas
Suscriptora Nº 07354

Mala fortuna

El día que terminé la facultad prometí no volver a estudiar en mi vida (o no volver a tomar cursos, posgrados, o cualquier cosa que implique un esfuerzo desmedido en busca de una nota que sirva para alzarme con un título que realmente nunca usaría). El día que leí sobre la Universidad Orsai mi promesa se fue al tacho. Leí la nota completa y me entusiasmé, mucho. Mi primer problema fue cuál maestría escoger, todos prometían mucho y mi perfil de escritor no es muy claro (hasta me da vergüencita autodenominarme escritor). Después de meditarlo un rato decidí que la mejor opción sería el «Máster de crónica periodística». En mi vida se me cruzó por la mente ser periodista, a los únicos que conozco son a los que relatan los partidos de fútbol por la radio, y si alguna vez me puse a leer el diario fue solo por los chistes e historietas de la última página. Entonces, ¿qué me llevó a decidirme por este máster? Cuando escribo, la mayoría de las veces, escribo sobre mi hijo, escribo historias cotidianas, anécdotas, parte de mi vida, que la mayoría del tiempo lo tienen a él como protagonista. Cada vez que intento catalogar lo que hago me quedo sin palabras, porque no son cuentos, no es una novela, no es una anécdota, una historia, no sé qué es, pero lo que mejor se adapta como definición debe ser que escribo crónicas, crónicas sobre mi hijo. No es una tarea sencilla, pero me es grata, muy grata, plasmar en un texto su vida, sus actitudes, sus acciones, me llena de satisfacción (y orgullo), ¿y por qué no puedo obtener el mismo sentimiento reemplazando su vida por la de otras personas? El segundo gran problema que tuve fue cómo costearme el máster. Al estar casado, con dos pibes, los gastos no son propios, sino familiares, y gastar en algo que solo yo podría disfrutar y que difícilmente nos diera un rédito económico era un paso muy importante, agravado por el hecho de que recién terminamos de construir nuestra casa, tenemos decenas de deudas por pagar, y miles de cosas por terminar. De todas formas, esa tarde que me enteré de los cursos, volví decidido a plantarme ante mi mujer y comentarle las ganas desmedidas que tenía de llevar esto adelante, que este pequeño hobby que tengo pedía a gritos mutar hacia algo distinto, quizás algo importante, quizás no, pero que si no corría el riesgo, si no me atrevía, si no lo intentaba, tarde o temprano me iba a arrepentir por ello. A la Flaca no le importó un carajo, me miró seria y me dijo «primero termináme el baño», y me cagó la idea, mandándome a dormir enojado y pucheroso. Pero la idea no se fue, siguió ahí, y encontré una forma de llevarla a cabo, vendería la Play (uno de mis pocos pasatiempos que no conciernen a mi mujer ni a mis hijos), y con ese dinero pagaría la matrícula y la primera cuota, el resto luego vería como resolverlo, pero la decisión estaba tomada, y los medios al alcance de Mercadolibre. Pero la vida es injusta (aunque sea para quien la sufre) y el viernes siguiente me pondría un tercer problema delante de mi camino, al llegar a nuestro hogar nos encontramos con que habían forzado el portón de entrada a nuestra casa, habían roto la puerta principal y se habían robado todo lo de valor (incluyendo nuestros ahorros y los de nuestros hijos). No solo nos dejaron en pelota sino que nos llenaron de deudas, por tener que comprar una puerta nueva, un portón nuevo y reforzar todo lo mejor posible, pero sobre todo nos llenaron de dudas. ¿Vale la pena vivir así? ¿Y si vuelven a meterse pero esta vez con nosotros adentro? Así que mi idea de volver a estudiar se desvaneció, junto con cada cosa de valor que tenía atesorada en mi hogar. Qué difícil tener una ilusión y verla desaparecer sin poder hacer nada al respecto. Abrazo muchachos y mis felicitaciones por su éxito y esfuerzo para lograr día a día sus sueños.

Diego Rondina
Suscriptor Nº 01558

Obsesivo y compulsivo

Señor Director, jamás he escrito una carta de lectores (tampoco un mail de lectores, ni un mensaje en una web de lectores), pero en esta instancia me aqueja una problemática que deseo compartir con usted. Soy lector y suscriptor de Orsai casi desde el comienzo. Las ediciones 2011 las compré vía un amigo, en el 2012 me hice del PDF y ahora engordé y decidí sacar la suscripción en papel de todo el año. Mi forma de leer la revista (después de tantas) es muy ordenada y sencilla. Se lee como un libro, en orden. Si una nota no me gusta tanto, la sobremesa se saltea junto con la nota para no espoilearla. Una nota se puede saltear pero jamás se deja sin leer. Al finalizar la revista se le da a la «no deseada» una segunda oportunidad. Hasta ahí todo muy TOC y muy organizado. Pero hay un problema que me tiene complicado y que aún no logro resolver: las frases al pie. Intenté leerlas al finalizar la página correspondiente, pero me confunden la lectura, en especial si la frase del texto principal, en el cambio de página, está por la mitad. Intenté leerlas al finalizar la crónica, pero no siento que tengan el mismo impacto que ir mechándolas durante la misma. Intenté leerlas después de terminar la revista, pero siento que no generan el mismo efecto. Leerlas antes que todo sería un gravísimo error, ya que de alguna manera me adelantaría el contenido convirtiendo a las frases en poéticos espoilers. Esta no es ni una crítica, ni un pedido de modificación. Quizá es un grito de ayuda, un pedido de internación por Trastorno Obsesivo Compulsivo, o quizá simplemente soy un nabo con el suficiente tiempo para escribir este correo. Ojalá pueda recomendarme un sistema que evite que esta situación despierte en mí al psicótico que sale a asesinar a aquellos que escriben esas frases al pie que, irónicamente, disfruto tanto. Saludos cordiales.

Juan Martín Zubiri
Suscriptor Nº 00142

Bajo tierra

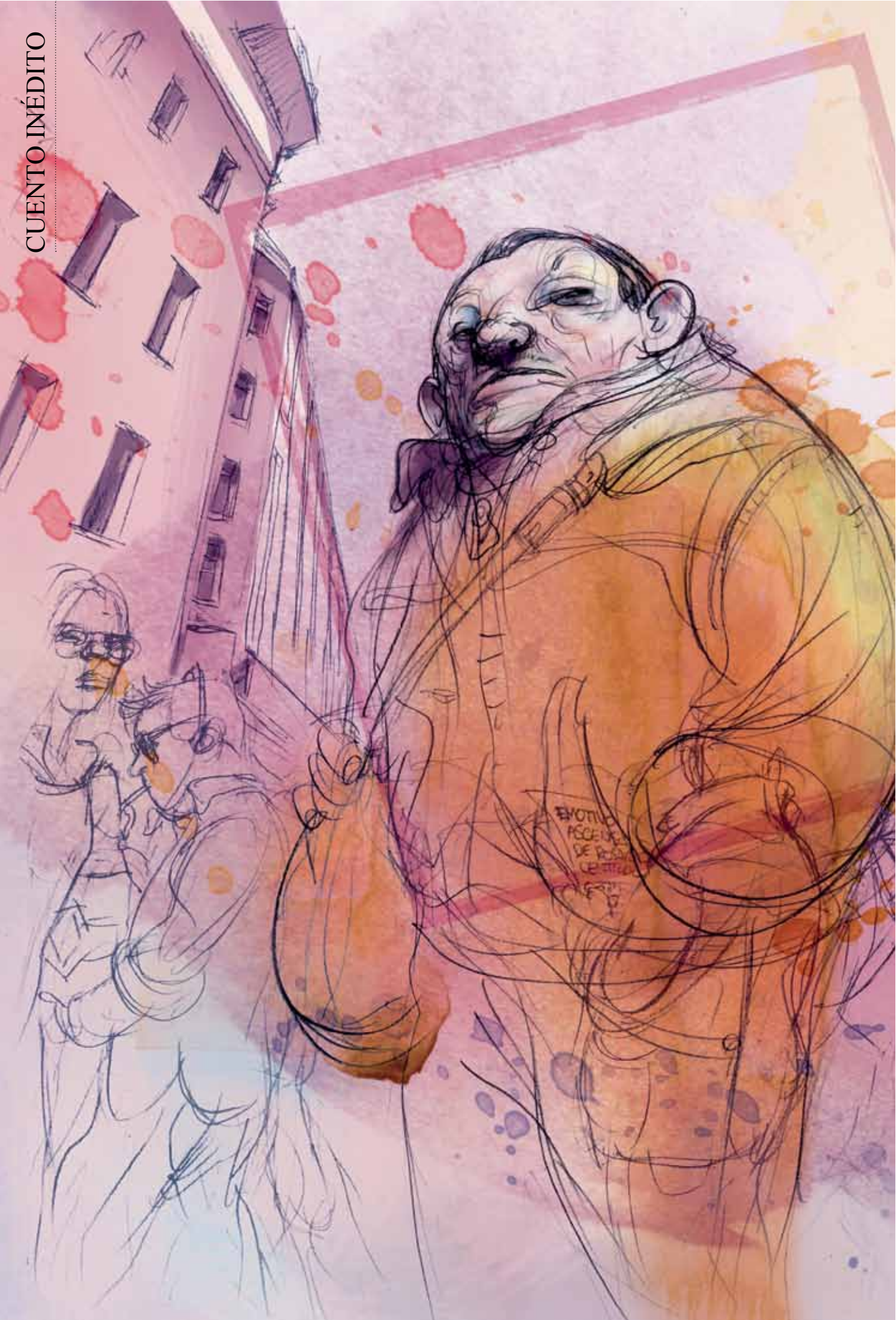
Inundados por la euforia papal, desde hace semanas los argentinos parecemos haber redescubierto una palabra «gesto». Día y noche leemos, escuchamos y vemos, en cuanto medio se cruce, un desfile interminable de papistas, periodistas, columnistas, analistas, panelistas y, ¿por qué no?, también los taxistas, que nos hablan de la importancia de los gestos. Pero mi anécdota no tiene nada que ver con Francisco, aunque sí con un gesto. Breve, sorpresivo, fuera de contexto, que, aunque realizado ante una decena de personas, solo yo pude entender. Y saberme parte de esa minoría me hizo sentir sumamente orgulloso. La historia es que yo estaba viajando en el subte. Milagrosamente había conseguido un lugar para sentarme y leía mi Orsai N12. De repente siento cómo una mano grande, pesada, desconocida, me toca el hombro izquierdo. Tal vez por la famosa sensación de inseguridad que flota en Buenos Aires, en la primera fracción de segundo me asusté. Levanté lentamente la mirada y me encontré con un hombre delgado, alto, con poco pelo, canoso, algo desgarbado, que debía tener cerca de setenta años. Me miró y me mostró que en su mano llevaba, como única compañía, la Orsai N11. Sonrió satisfecho, como quien encuentra un cómplice para un secreto compartido, y levantó su pulgar en signo de aprobación. Le sonreí y repliqué el movimiento con mi pulgar, como entendiendo el verdadero sentido del símbolo Me Gusta, masificado hasta el hartazgo por Facebook. El intercambio, silencioso, no duró más que tres o cuatro segundos. Él continuó caminando por el medio del vagón y yo regresé a mi lectura por un par de estaciones. Es muy probable que nunca nos volvamos a cruzar, pero ese hombre y yo ya nos conocemos y sabemos que tenemos algo en común. Sentimos que formamos parte de una comunidad basada en las palabras pero sus miembros, cuando se cruzan a muchos metros bajo tierra, no necesitan más que un simple gesto para reconocerse.

Gabriel Scherman
Suscriptor Nº 05257

Tres veces

La primera vez que Maradona me hizo llorar yo estaba mirando un televisor blanco y negro, de esos que necesitaban un elevador de tensión. Ese mundial lo pasé de punta a punta en la casa de mi abuelo, el viejo Campana. Nos miramos todos los partidos, hasta el último de la fase de grupos. En esa época yo miraba a mi abuelo con el recelo estúpido del adolescente que cree que los viejos no saben nada. La segunda vez que me hizo llorar es cuando escuché, años después, el relato de Victor Hugo. Aún hoy, cada vez que la voz del uruguayo dice «genio, genio del fútbol mundial», como presagiando lo que va a venir, se me llenan los ojos de lágrimas, se me cierra la garganta y no puedo reprimir el llanto. El tercer evento me pasó este sábado, leyendo la Orsai N11. Quería llegar al reportaje del negro Dolina y un cuento tuyo se interpuso en mi camino. Y ahí, justo, cuando contás que el tipo gira y encuentra el hueco entrando al área inglesa, ahí, me largo a llorar como un pelotudo. Aquella primera vez, cuando Diego encuentra el hueco, yo ya estaba saltando y abrazaba a mi abuelo, los dos llorando como maricones, como viendo lo que iba a venir. Es lo último que me puedo acordar del viejo Campana.

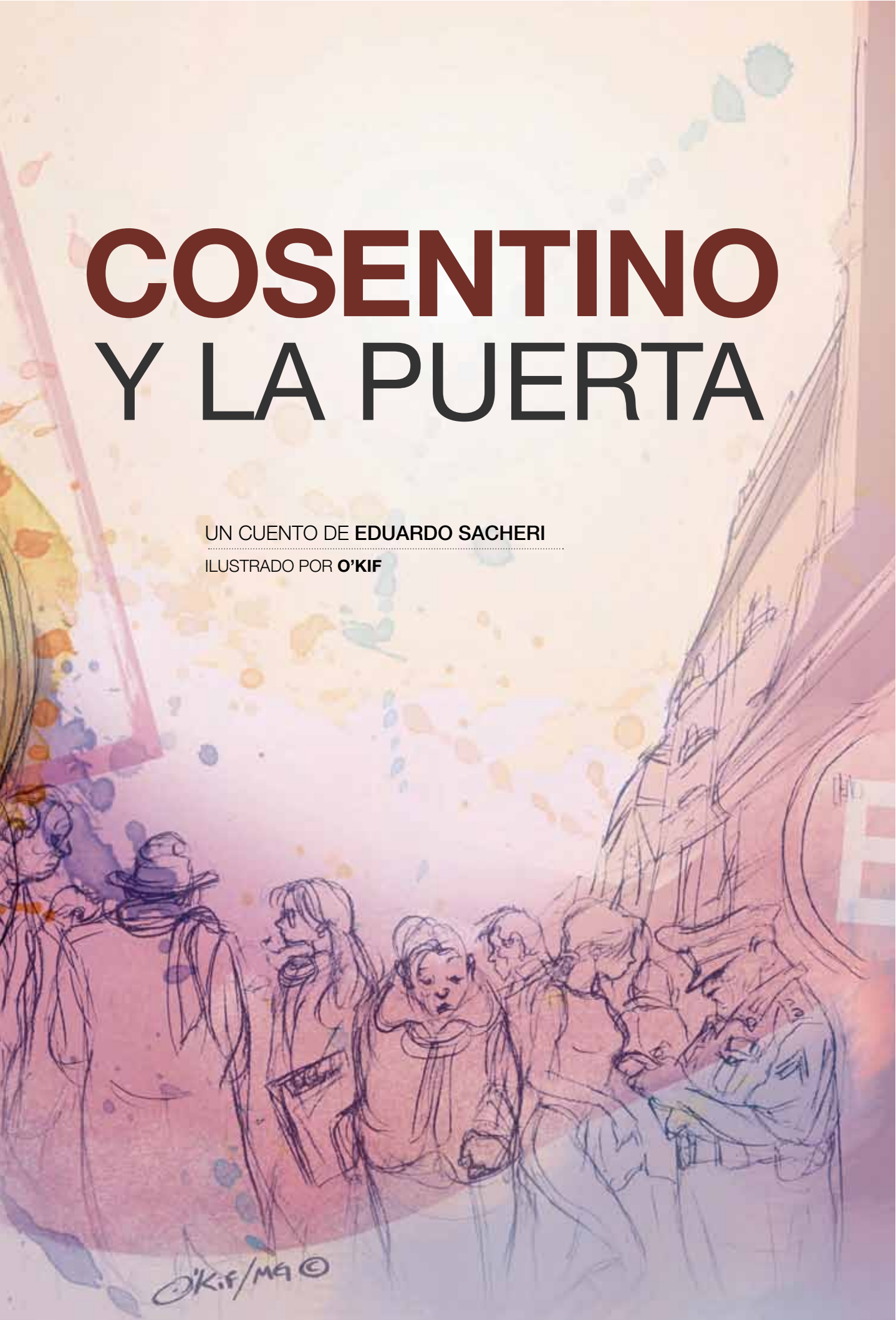
Mariano Stokle
Suscriptor Nº 15847



COSENTINO
Y LA PUERTA

UN CUENTO DE **EDUARDO SACHERI**

ILUSTRADO POR **O'KIF**



EDUARDO SACHERI
Buenos Aires, 1967

Licenciado en Historia, escritor, fanático del Club Atlético Independiente y profesor universitario. Colabora en diarios y revistas nacionales e internacionales. Publicó los libros *Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol*, *Te conozco Mendizábal y otros cuentos* (2001), *Lo raro empezó después*, *Cuentos de fútbol y otros relatos* (2004), *Un viejo se pone de pie y otros cuentos* (2007), entre otros. Sus relatos han sido incluidos por el ministerio de Educación de la Nación en sus campañas de estímulo de la lectura. En 2005 publicó la novela *La pregunta de sus ojos* (2005), que fue llevada al cine por Juan José Campanella como *El secreto de sus ojos*, ganadora del Óscar a la mejor película extranjera en 2010. La mayor parte de su literatura tiene un eje común: el fútbol. Por eso llamamos a Sacheri, para que juegue con nosotros y meta un gol desde donde más le guste, incluso en orsai.

Cosentino mira el reloj e insulta en voz baja. Son casi las diez, el maldito Ferrocarril Roca volvió a dejarlo tirado en cualquier sitio, y está llegando tardísimo al trabajo. De pie en la vereda considera sus posibilidades. La puerta principal del ministerio es la más cercana. Veinte metros, una escalinata y está dentro. Pero si va por ese lado todo el mundo se enterará de su enésima tardanza. La otra opción es dar vuelta por la esquina, buscar la entrada del estacionamiento, bajar al subsuelo por maestranza, cruzar todo el edificio y salir directamente en su cocina.

Es ese el itinerario que Cosentino termina eligiendo. No se cruza con nadie (y nadie en este caso significa un superior que pueda después sermonearlo por su tardanza) y se encierra en la cocina con un suspiro de alivio. Enciende las hornallas, pone una pava al fuego, prepara una bandeja con vasos vacíos, servilletas bien planchadas y una jarra para el agua. Enciende también la cafetera, aunque sabe que no van a pedirle café hasta cerca del mediodía. Echa un vistazo y aprueba el resultado. Cualquiera que quiera entrar y dar un vistazo a su cocina, ahora, concluirá que lleva un buen rato al frente de sus asuntos. Recién entonces se encierra en el cuartito de los trastos para cambiarse la ropa. La camisa y el saco blancos. El pantalón negro. La ridícula corbata de moño. Años atrás Cosentino se preguntaba por qué los ordenanzas que trabajan de mozos, ahí en el ministerio, usan traje smoking. El extraño capricho que lleva a los ricos a disfrazar a los pobres de personas semejantes a ellos. Semejantes pero no tanto, claro. Ahora que lleva muchos años trabajando ahí, ya no se lo pregunta. No falta tanto para jubilarse. Mejor dejar pasar las cosas. Los pensamientos.

Vuelve a la cocina antes de que hierva el agua de la pava. Llena dos termos. Prepara el mate de plata que le gusta usar al ministro. Observa la hora en el reloj de la pared. Las diez y veinte, y ni rastros del ministro. Se dice que tuvo suerte, y su enésima llegada tarde no tendrá consecuencias. De todos modos no se alegra demasiado. Cosentino no se siente cómodo en eso de tener suerte. Él se considera un hombre, en general, desafortunado. Un testigo de la suerte de los otros. Esmaldone, sin ir más lejos, el de suministros, que en la rifa del sindicato, el año pasado, se ganó un auto cero kilómetro. Ese sí es un tipo con suerte. ¿Cuándo él, Cosentino, va a tener una suerte así? Jamás.

Acostumbrado a la repetición de ciertos sonidos, reconoce el que hace la puerta del despacho del ministro al abrirse. Diez y media. Quién fuera ministro para llegar a la hora que a uno se le cante el culo. Saca de la heladera una botella de agua fría. La vacía en la jarra. La jarra se empaña pero Cosentino no la limpia. Al ministro le gusta verla así, según le ha dicho. La humedad de Buenos Aires condensada sobre el vidrio. Estúpido ministro. Cosentino levanta la bandeja con la jarra, los vasos y la servilleta. Con la pericia de los años, baja el picaporte con el antebrazo, sale al corredor y empuja la puerta con el codo para que vuelva a cerrarse. Pasa la puerta de la secretaria privada y golpea, con dos golpes breves, en el despacho del ministro.

Cuando su jefe le dice que pase, Cosentino obedece. Sonríe y le desea buenos días. Su jefe le devuelve el saludo y le pide que le sirva un vaso de agua fresca. Se lo ve acalorado, con el rostro rechoncho enrojecido, y el pelo húmedo de sudor. Cosentino apoya la bandeja en la mesa baja que está entre los sillones, llena un vaso y se lo alcanza con una servilleta.

—¿El mate a las once, doctor?

El ministro demora en responder, absorto en la lectura de unos papeles.

—Sí, Cosentino. Gracias.

Como su jefe sigue con la vista fija en lo que lee, Cosentino se ahorra la reverencia. Vuelve hacia la salida. Pero cuando ha entreabierto la puerta, la voz del ministro lo detiene.

—Che, Cosentino.

El mozo se toma un segundo, antes de darse vuelta y sonreír. El tono. El tono de voz lo conoce. Es el que usa el ministro cuando quiere hacerse el gracioso. El compinche gracioso. Mal rayo lo parta. Cosentino siente un enorme deseo de salir dando un portazo. Y que Dios o el Diablo lo ayuden. Pero no va a atreverse, claro. Va a darse la vuelta. Va a sonreír.

—¿Sabés cómo le dicen a San Lorenzo, Cosentino?

«Me importa una mierda, doctor, cómo carajo le dicen a San Lorenzo», piensa el ordenanza. Por supuesto no lo dice. Hace más visible su sonrisa, como para dar a entender que tiene profundos deseos de conocer el remate del chiste.

El ministro, entre carcajaditas contenidas, concluye su broma. En realidad se trabuca, advierte que el chiste no funciona, se desdice, se toma un segundo más, y ahora sí acierta con el remate adecuado. El imbécil ha dicho que CASLA no significa Club Atlético San Lorenzo de Almagro, sino Club Atlético Sin Libertadores de América. Pero entonces significa que arrancó mal, porque la pregunta inicial no debería haber sido si Cosentino sabe cómo le dicen a San Lorenzo, sino si Cosentino sabe lo que significa la sigla CASLA, esperar que Cosentino lo responda, y luego corregirlo para rematar la broma. Pero el ministro —piensa Cosentino— es demasiado idiota como para entender el camino que debe hacer el chiste para funcionar como chiste. Chiste viejo, además. Chiste manido. Ministro imbécil, concluye Cosentino.

Por supuesto que Cosentino evita que se le note el fastidio y el desprecio. Por el contrario, niega con la cabeza, como para dar a entender que acusa el impacto de la chanza y que le parece acertada y divertidísima, aunque por dentro siga pensando que el ministro es tan pero tan pelotudo que ni siquiera puede contar bien un chiste de tres líneas.

En realidad, es un pelotudo por otro montón de motivos, además de ese. Para empezar, ya es miércoles. Esta semana el ministro lo tiene alquilado porque el domingo San Lorenzo perdió de local con Tigre. El lunes, vaya y pase. Cualquier futbolero sabe que las burlas tienen un tiempo en el que son lícitas. Después caducan. Después se vuelven una sombra vergonzosa de sí mismas.

Para seguir, el ministro es hincha de Boca. Y San Lorenzo, el domingo, no perdió con Boca sino con Tigre. A cuento de qué, seguir machacando con sus gastadas por un triunfo absolutamente ajeno. Si hubieran perdido con Boca, vaya y pase. Pero, ¿a cuento de qué tanta alegría por Tigre?

Para continuar, el mismo domingo en que San Lorenzo perdió con Tigre, Boca empató con Rafaela. ¿Dónde se ha visto que te pongas

a cargar a alguien en una fecha en la que a vos tampoco te salieron bien las cosas?

Y para terminar, las gastadas futboleras están bien entre iguales. Entre hombres que pueden decirse lo que les dé la gana. Pero Cosentino es ordenanza y el ministro es ministro, y son cualquier cosa menos iguales. Y eso hasta un idiota como el ministro debería entenderlo y aceptarlo.

La temporada pasada fue un suplicio para Cosentino. Con San Lorenzo peleando todo el año por evitar el descenso, y con el ministro alegrándose de lunes a viernes con cada nueva derrota. Al final San Lorenzo se salvó. Y el ministro hizo lo que Cosentino suponía que iba a hacer. Ninguna felicitación. Ningún reconocimiento. Simplemente, violín en bolsa y silencio hasta el nuevo campeonato. Ni siquiera la hidalguía de reconocer «Lo tuve alquilado a este pobre tipo durante todo un año. Voy a reconocerle el mérito de aguantarme». Nada. Nada de fútbol hasta el inicio del torneo. Y después, a lo de siempre. A gastarlo con cada derrota. A hacerse el tonto con las victorias.

Desde que el ministro llegó a su puesto, Cosentino lo tiene entre ceja y ceja. Y está convencido de que de fútbol no sabe nada. Por muchas cosas, empezando por estas. Un tipo que no sabe cuándo hablar y cuándo callarse desconoce ciertos comportamientos básicos, ciertos puntos esenciales de este juego. Pero no solo por esta falta de códigos es que Cosentino está convencido de que el ministro no tiene ni idea de dónde está parado, en cuanto a fútbol se refiere. El ministro es un hincha superficial, de esos que ni siquiera ven los partidos porque les resultan largos y tediosos. Esos que se conforman con mirar un resumen en el noticiero de la noche. O peor, esos que leen a las apuradas la síntesis del diario, el lunes a la mañana, para hacerse los vivos en la oficina, si les cuadran los resultados.

Alguna vez, para comprobar su teoría, Cosentino lanzó alguna pregunta, prudente y meditada, sobre el Boca de los años noventa, antes de toda la gloria de la década siguiente. Nada serio. Algún jugador. Algún torneo. El ordenanza preguntó por el arquero de Boca en 1995. Por el marcador de punta por izquierda de esos años. Por lo que sucedió en la semifinal de la Libertadores de 1991 entre Boca y Colo Colo. El ministro dijo no estar seguro. Ignorante, concluyó Cosentino. Cualquier hincha de Boca más o menos serio se acuerda de Navarro Montoya y de Mac Allister, y de las piñas que volaron en el Estadio Nacional de Santiago de Chile. Pero el ministro no. Peor aún: arriesgó que tal vez el marcador de punta hubiese sido el colombiano Bermúdez.

Cosentino se lo contó a su mujer, esa noche durante la cena, esperando cierta reivindicación, que ella entendiese la hondura de su tormento. Trabajar todos los días con un idiota así. Pero lo único que encontró en su mujer fue una atemorizada cautela. Que no jodiera. Que no se hiciera el piola. Que no le faltaba tanto para jubilarse y ese lugar en el ministerio valía oro, a fin de cuentas.

De todos modos, Cosentino sueña. Algún día se va a jubilar. Y algún día, el ministro dejará de ser ministro. Y en una de esas, por qué no, se lo cruza por la calle. Y Cosentino tiene la oportunidad de cantarle las cuarenta. Decirle estúpido, engreído. O mejor boludo, que le sienta mucho mejor. Qué sabés vos de fútbol, infeliz. San Lorenzo te tiene de hijo, gilastrún. De hijo, te tiene. A ver si aprendés.

Mientras prepara la bandeja para el mate, y espera que se hagan las once, Cosentino sueña. Porque sería mejor no esperar hasta la jubilación. ¿Y si nunca se lo cruza una vez que se jubile? ¿Si nunca se lo encuentra? Lo lindo, lo lindo en serio, sería irrumpir el día menos pensado en el despacho del idiota. Agarrarlo con una visita y hacerlo quedar como el culo. No. Mejor pensándolo bien, no. Mejor agarrarlo solo. Y decirle ¿sabés qué?, decirle ¿sabés dónde te podés meter tu Boquita de mi vida?, ¿sabés dónde te podés meter tu pregunta de cuándo San Lorenzo va a ganar una copa?

El teléfono lo saca de sus sueños. Es la secretaria privada, que le pide que, además del mate, lleve unos sándwiches de miga para el ministro y dos invitados. Cosentino cuelga y sale al pasillo. Sube al segundo piso, para agenciarse los benditos sándwiches de miga. Siempre es el mismo imbécil. Cuando tiene visitas en el despacho no lo llama a él, a Cosentino, para pedirle las cosas. Llama a su secretaria, para que a su vez se lo diga a él. Imbécil. Imbécil, imbécil, imbécil. Se ve que, frente a testigos, Cosentino es demasiada poca cosa para que el funcionario lo llame. Ni siquiera para pedirle un café, o esa puta docena de sándwiches de miga.

Una vez que los consigue, una vez que baja otra vez a su cocina, una vez que el mate del ministro y los cafés de los invitados están listos, Cosentino coloca todo en la bandeja y va hasta el despacho. Dos golpes y la orden de

que pase. El ministro y las visitas ocupan los sillones. Cosentino deja la bandeja y ofrece agua. Los invitados aceptan. La conversación se ha interrumpido. El ministro se aclara la garganta. Cosentino se alarma con esa carraspera, que suena a prólogo de una nueva gastada. Y se promete que, si el muy tarado vuelve a sacar el tema de San Lorenzo, ahora frente a sus invitados, será incapaz de contenerse.

Pero no. El ministro se aclara la garganta y nada más. Y Cosentino inclina la cabeza en una mínima reverencia, pregunta si se les ofrece algo más, agradece su negativa, aclara que está a sus órdenes y vuelve con pasos rápidos hacia la puerta. Una bendición, después de todo, que el ministro tenga visitas tan cerca del mediodía. Porque después de la reunión saldrá a comer con ellos, y dejará de romperle las pelotas por lo menos hasta las cuatro.

Cosentino enciende la tele para hacerse compañía, mientras se ceba su propio mate. Deriva por los canales de deportes pero no hay nada que le interesa, y termina en los de noticias. El televisor está sobre la pared, alto. Como es un aparato viejo y el control remoto se ha perdido, Cosentino tiene que ponerse en puntas de pie cada vez que quiere cambiar de canal o alterar el volumen. Lo escucha muy bajo, desde que la idiota de la secretaria privada le pidió, con malos modos, que le bajara el sonido a «ese maldito televisor». Cosentino se apresuró a obedecer. Primero porque está convencido de que la secretaria se ve a escondidas con el ministro. Y segundo porque ese televisor es uno de sus bienes más preciados. Tiene los colores desvaídos y cierta interferencia cuando está encendida la fotocopiadora del despacho, pero le permite ver partidos del fútbol europeo por las tardes. Esta semana no. Esta semana no hay partidos de Champions. Paciencia.

Cuando escucha que el ministro sale a comer deja pasar unos minutos. Después golpea la puerta de la secretaria y le pregunta si necesita algo. Mejor estar en buenos términos con esa yegua. La mujer le dice que no, que gracias. Cosentino tiene un rato libre para ir a comer con sus compañeros. Sube al tercer piso, donde el correntino López tiene montado un barcito. Esas cosas inexplicables del ministerio. El tipo es un ordenanza como él. Peor, porque es ordenanza de la secretaría de Planeamiento. Es decir, que en el escalafón de los ordenanzas Cosentino, que trabaja con el ministro, debería ser una especie de ministro de los ordenanzas. Pero no. El piola de López tiene montado un barcito en el que comen un montón de empleados del segundo piso y del tercero. Y lo atiende, por supuesto, en sus horas de trabajo. Sándwiches, café, gaseosas. Guisos los días de frío. Cuando se lo contó a su mujer ella sacudió la cabeza, como negando, y dándole a entender que él, Cosentino, es un quedado, un bolas tristes. Para qué se lo contó. Las minas pueden ser terribles, la verdad. Ahí está, piensa Cosentino. López es otro tipo con suerte. Como Esmaldone, el de la rifa.

Por lo menos en el barcito del correntino sí se puede hablar de fútbol, porque esos tipos saben. No como el idiota del ministro. Hasta uno se puede permitir remedar al ministro, reproducir la charla de la mañana, con la torpeza del tipo y todo al arruinar el chiste sobre lo que significa CASLA. Los otros, los que comparten la mesa con Cosentino, entienden. Y hasta lo compadecen por laburar con un pelotudo de marca mayor. Alguno ofrece vino pero Cosentino prefiere pasar. Comió poco, y no quiere que el tinto se le suba a la cabeza. Además son casi las tres, la hora que se ha hecho. Paga y se despide. López lo palmea con afecto. Cosentino se alegra de que el barcito sea de López. Buen tipo. Está bien que se llene de guita. Total, a él que le importa.

Vuelve al primer piso y prepara el café de la tarde. Todavía pasa un buen rato hasta que escucha que el ministro vuelve a su despacho. Cosentino se sienta a esperar que lo convoquen. Estirado en la silla, con la cabeza apoyada en la pared, se deja ganar por cierta modorra. No va a dormir, pero ese mínimo descanso de ojos entrecerrados lo repara.

Se sobresalta con el sonido del teléfono. Es el ministro, que quiere el café. Como ahora está a solas lo ha llamado directamente al ordenanza, sin pasar por su asistente. Cosentino se dispone a llenar el termo de café caliente. Alza la vista hacia el televisor. Y entonces lo ve. Abre mucho los ojos. Sube el volumen. Pasa los canales. Sonríe. Sigue yendo y viniendo por la grilla de canales de noticias, como un modo de confirmarlo.

—A que no me va a creer, doctor —dice Cosentino cuando apoya la bandeja en un rincón del escritorio.

El ministro levanta la cabeza y lo mira. No es habitual que sea el ordenanza el que inicia las conversaciones entre los dos. Cosentino se demora un segundo, y no puede evitar sonreír.

JKiF/MG ©

Por la cara del ministro, es que todavía no lo sabe. Claro, ahí encerrado, con sus papeles, el tipo está ajeno a todo. El ordenanza se alegra de ser él quien le dé la noticia.

—¿Qué pasa, Cosentino?

—Eligieron papa a Bergoglio. Tenemos papa argentino. Jorge Bergoglio. ¿Qué me dice?

La sorpresa del ministro es sincera.

—¿No me diga? ¿Cómo fue?

—Está en todos los canales —agrega Cosentino, que tantea los próximos pasos, porque son los que de verdad le importan.

—¡Qué bueno! ¡No me imaginé… para nada! —dice el ministro, con esa confianza que uno utiliza cuando está sorprendido, sin que importen demasiado, en situaciones así, los escalafones.

—Y no sabe, doctor —tantea Cosentino, que ahora sí siente que está llegando al momento culminante—. ¡El papa es hincha de San Lorenzo! ¡Pero hincha en serio!

Cosentino espera y sonríe. El ministro lo mira, perplejo. Ahora sí, piensa Cosentino. Ahora tendrá que decirle algo. Reconocerle algo. Un mínimo de honestidad futbolera, después de todo. Otra que una copa. El primer papa latinoamericano. El primer papa argentino. Y el tipo es hincha y socio de San Lorenzo. Chupáte esa mandarina, tarado.

Pero el ministro hace una mueca y de inmediato levanta el teléfono.

—Qué sorpresa, Cosentino, qué sorpresa —pero el tono es de estar en otra cosa. O sí, es de sorpresa por el papa argentino, pero el otro dato, el que a Cosentino de verdad y en el fondo le importa y lo conmueve, el estúpido lo ha pasado por alto.

El ministro, con el teléfono en la mano, se toma un instante para mirarlo. Cosentino se percata de que está esperando que salga para poder hablar tranquilo. Turbado, el ordenanza retrocede. Abre la puerta. Sale. Cierra detrás. Se queda mirando el picaporte. ¿Cómo puede ser que el imbécil no haya dicho nada? ¿No se da cuenta, el infeliz? Por fin Cosentino avanza hacia la puerta de su cocina. Ya no está confundido. Está enojado. Para hacerle chistes con el partido que les ganó Tigre, el pelotudo es un futbolero hecho y derecho. Para reconocerle el mérito, se borra.

¿Pero es que no se da cuenta de lo que acaba de pasar? San Lorenzo tiene menos títulos. Perfecto. No tiene Copas Libertadores. Macanudo. ¡Pero tiene un papa, carajo! ¡San Lorenzo tiene un papa! ¿Qué club de la Argentina tiene un papa? ¡Un papa, loco! ¡No un presidente, un algo así! ¡Un papa, carajo, un papa!

Cosentino se da vuelta en el pasillo y camina otra vez hacia el despacho del ministro. Ahora no está enojado. O sí, pero además está eufórico. Qué carajo le importa el partido que perdieron con Tigre. Qué carajo le importa nada. Apoya la mano en el picaporte. Como una ráfaga, se le cruza la cara de su mujer, la expresión mitad cansada, mitad tensa de su mujer. Qué va a decir si lo rajan. O si no lo rajan, pero lo mandan a pintar paredes a la última oficina pública del último rincón de la patria. Pero verle la cara. Verle la cara a este otario cuando le diga «Para vos, bostero. Hijos nuestros de toda la vida. Y encima, el papa es cuervo, chabón. Andá a pensar. Andá a pensar qué carajo significa CASLA. Significa que somos el único club del mundo que tiene un papa, pelotudo. Contáme ahora. Contáme ahora lo que pensás».

Antes de tomar una decisión, Cosentino pasa todavía un largo minuto con la mano apoyada en el picaporte. Después sí. Después toma aire. Y abre la puerta. ◣

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Bostero: Hincha de Boca.
«Cargar» a alguien: Hacerle bromas, tomar el pelo.
Chabón: Del lunfardo; tonto, torpe.
Cuervo: Hincha de San Lorenzo.
Gaseosas: Refrescos.
Gastadas: Bromas.
Gilastrún: Del lunfardo; tonto, bobo, necio, que se deja engañar.
«Hacerse el piola»: Hacerse el listo, el valiente.
«Hacerse el vivo»: Hacerse el listo.
Hornallas: Fuegos de la cocina.
Laburar: Del lunfardo; trabajar.
Otario: Del lunfardo; tonto, fácil de engañar.
Pava: Recipiente de metal que se usa para calentar agua.
Pelotudo: Insulto argentino, imbécil.
Piñas: Trompadas.
«Que se le cante el culo»: que se le antoje.
«Romper las pelotas»: Expresión muy popular en Argentina: molestar.
Saco: Americana, chaqueta.
Tipo: Manera coloquial, hombre, muchacho.

AQUELLOS **LUNES**

Lo que más me gusta de no trabajar en una redacción —le digo a Chiri—, o en una oficina, es que los lunes no me cruzo con gente que hace chistes sobre fútbol. ¡Ay, cómo odio a esa gente!

—¿Te acordás cómo me burlaba de vos los lunes en la escuela, cada vez que jugaban Racing y River los domingos y nosotros les rompíamos el orto como siempre? —recuerda.

—Es que los años ochenta fueron muy pródigos para River, y muy terribles para Racing.

—Yo esos lunes llegaba bien temprano —me confiesa Chiri—, con el delantal planchado, y me sentaba en el pupitre a esperar que pasaras vos, el gordo triste, a través de la puerta.

—Yo me hacía el enfermo para no ir al colegio, pero Chichita sabía que el motivo era otro y no me dejaba faltar.

—¿Cómo lo sabía tu mamá?

—Porque mi papá también se hacía el enfermo para no ir a trabajar. Esos lunes eran terribles.

—Como los lunes del pobre Cosentino —dice Chiri—, el empleado del cuento de Sacheri...

—Me pareció buenísimo el personaje del ministro. Debe haber pocas cosas peores a que te gaste un tipo que no sabe nada de fútbol y que además sea tu jefe.

—Mientras leía el cuento me acordaba del famoso siete a cero de Estudiantes a Gimnasia. ¿Sabés lo que debe haber sido la ciudad de La Plata al día siguiente de ese clásico? ¿Los oficinistas que habrán faltado al trabajo? ¿Los chicos que se habrán fabricado enfermedades para no ir a la escuela?

—Un desastre, querido amigo. Pero por suerte el fútbol siempre te da sorpresas. Los hinchas de San Lorenzo, por ejemplo, ahora tienen un papa cuervo, y están felices porque piensan que van a vender camisetas en todo el mundo.

—Pero la camiseta de San Lorenzo tiene los mismos colores que la del Barça, y esa sí es la camiseta más vendida del mundo. Nadie va a notar la diferencia. Cosa de Mandinga.

—Oíme una cosa: ¿el papa cuervo no será justamente el famoso papa negro que esperaba Nostradamus? ¿El del Armagedón? Para mí que con este se pudre todo.

—Habrá que ver —me dice—. Yo, si fuera papa, lo primero que haría sería cambiar la vestimenta de los curas, los monseñores y los obispos, por decreto. ¿Cómo puede ser que se sigan vistiendo así?

—Pero no es un problema solo de los curas, acordate de la frase de Sacheri: «el extraño capricho que lleva a los ricos a disfrazar a los pobres de personas semejantes a ellos».

—Es cierto —reflexiona—. ¿Nunca viste a un papa en short de baño, no? Hay un manual para guionistas que se llama «¡Salva al gato!». El autor cuenta que en una película sobre entuertos del Vaticano los guionistas tenían que resolver una cosa muy intrincada, de muchas palabras, y para que el público no perdiera el interés situaron la escena en la piscina del Vaticano. Y toda la perorata se la dicen al papa mientras está nadando en short de baño. Está bueno el recurso.

—Christian Gustavo, tengo un reproche muy grande para hacerte —lo interrumpo.

—Decime.

—El lunes diecinueve de diciembre de 1983 terminó nuestra escuela primaria. Había un acto en la escuela. Había vuelto la democracia a Argentina una semana antes. ¿Te acordás?

—Perfectamente.

—Aquel tendría que haber sido un día hermoso para todos nosotros —le digo—. Pero un día antes, el domingo dieciocho, Racing se fue a la B.

—Cuatro a tres en Córdoba. Y para peor, una semana después sale campeón Independiente.

—Exacto. Y ese lunes te burlaste de mí toda la mañana. Me sentí muy mal. Me fui al baño a llorar solo, y allí había un chico más grande, fumando porro. Yo no conocía el porro. Y ese chico me convidó. Para mí, ese día se terminó la primaria, la dictadura, el Metropolitano, el Nacional y las conexiones sanas de mis neuronas.

—¿Todo por mi culpa?

—Por tus burlas, querido amigo.

—Pudiste vengarte de mí el horrible veintiséis de junio de 2011 —me dice, componedor—, cuando River se fue a la B. Yo también estaba triste ese día, y vivíamos los dos en Sant Celoni. ¿Por qué no aprovechaste para burlarte?

—Porque soy un caballero.

—Mentira. ¿Por qué no te burlaste de mí cuando River se fue a la B?

—Porque estaba drogado y me olvidé.

—Lo imaginaba. ◣

AMÉN, *por Bernardo Erlich*

HECHOS POLICIALES

COLOMBIA

APARTAMENTEROS INTERNACIONALES, INC.

UNA INVESTIGACIÓN DE **NAHUEL GALLOTTA**

ILUSTRADA POR **EVA VÁZQUEZ**

NAHUEL GALLOTTA
Buenos Aires, 1985

Periodista. Cursó la Licenciatura en Periodismo en la Universidad del Salvador y participó en talleres de periodismo de no ficción dictados por Josefina Licitra, Alejandro Seselovsky y Cristian Alarcón. Fue dos veces finalista del Concurso Nuevas Plumas, para periodistas menores de treinta y cinco años de toda América. Es un apasionado de los clubes de barrio y se crio en el Club Atlético General Lamadrid, de Villa Devoto. De chico ya jugaba con sus amigos a gritarse con los presos de la cárcel que estaba a diez metros del club. Esa experiencia marcó más tarde el rumbo como periodista especializado en temas policiales y lo llevó también a dar talleres de periodismo en la cárcel durante tres años. Actualmente es docente de un instituto terciario, escribe en el diario Clarín, en diferentes medios de España, México y Colombia.

«Sesenta y nueve», grita el animador. Luego estira el cuello y la cabeza, como si fuese una tortuga, y con la mirada busca al ganador por cada rincón del cabaret. Con una mano sostiene la bolsa blanca y arrugada de la que sacó el número.

Con la otra toma el micrófono.

—El ganador tiene un pase gratis con la niña que quiera. Puede elegir entre todas las bonitas mujeres que tenemos.

La «rifa» costó mil pesos colombianos, algo así como cincuenta centavos de dólar. El ganador no aparece y vuelve a sonar reggaeton. El animador está de pie en la pasarela. En cada esquina hay dos caños para que las chicas bailen y junten propinas. Abajo, en las mesas redondas, los hombres beben cervezas y elijen a alguna mujer para que les haga un striptease individual. Para encerrarse con una de ellas deberán subir por la escalera pegada a la cabina del disc jockey. Y pagar cincuenta y cinco mil pesos colombianos. O treinta dólares.

Yo estoy atrás. Arriba. En una esquina hay tres escalones que llevan a un espacio pequeño, en el que entran dos mesitas con sillones de cuero. Los que me acompañan cuentan que es un sector VIP. O las personas que yo acompaño, mejor dicho, dicen eso. Estaba reservado para nosotros. «Nosotros» somos cuatro colombianos y yo.

—¿Quieres un *chow*? —me dicen. Chow es un striptease.

«Hemos apresado a cuatrocientos cincuenta extranjeros de nacionalidad colombiana. Se dedicaban al robo de departamentos. Algunos fueron detenidos diez veces por la Justicia y recuperan su libertad. La ley de Migraciones no nos permite expulsarlos».
(Sergio Berni, ministro de Seguridad de Argentina, 2012.)

—No, con la cerveza estoy bien.

En la mesa ratona hay dos paquetes de cigarrillos, dos botellas de aguardiente y unas rodajas de naranja. Es la segunda vuelta de cervezas. Abajo, a menos de dos metros, hay tres policías de uniforme. Miran como si estuviesen controlando el tránsito y las mujeres fueran automóviles. Están juntos: comentan, se ríen, les hacen caritas a las chicas. Pregunto cómo puede ser que estén aquí.

—Quédese tranquilo, socio. Usted disfrute, la noche es suya. Yo manejo la mafia de esta zona. Varios locales de esta cuadra son míos. Esos hombres nos hacen de seguridad —dice el de mi derecha. Que no es mi socio. En Bogotá, socio es como decir «amigo».

El de mi derecha se llama Rolf. A cada rato me pregunta si estoy bien, si quiero algo más de beber, de qué mujer quiero el chow, si tengo ganas de disfrutar gratis el pase con dos niñas a la vez. Y a cada rato me saluda chocando los dedos primero y los puños después. Yo respondo a todo de un modo cordial pero mecánico. En realidad Rolf no me interesa tanto. Quiero hablar con otro. Vine hasta aquí, barrio Santa Fe, zona roja —o «de tolerancia»— de Bogotá, para entrevistar a un «apartamentero internacional». Y lo tengo a dos sillas de distancia. Está en silencio.

A principios de 2012, en Argentina, las páginas policiales de los diarios informaban, día por medio, sobre numerosas detenciones de asaltantes colombianos. Siempre actuaban en los barrios más caros de Buenos Aires. La Policía los sorprendía —cuando lograba hacerlo— al huir de departamentos a los que habían ingresado cuando los dueños no estaban. Pero nadie podía precisar cómo es que violaban la entrada. Si usaban parafina, si tenían cerrajeros amigos —y cómplices—, o qué.

Los casos se habían vuelto tan frecuentes que, a mediados de 2012, el ministro de Seguridad de La Nación, Sergio Berni, salió por la televisión rodeado de periodistas y hablando del asunto.

—Hemos apresado en lo que va del año a cuatrocientos cincuenta extranjeros de nacionalidad colombiana. Se dedicaban al robo de departamentos. No es un dato menor. Ahora hay algunos que fueron detenidos diez veces por la Justicia y que recuperan su libertad. La ley de migraciones no nos permite expulsarlos. Pero las informaciones que tenemos nos advierten que se están yendo del país por los apresamientos que venimos realizando. Lo que ocurre es que la ciudad de Buenos Aires es una de las más pobladas del mundo. Eso la hace un ámbito propicio para que estos delincuentes vengan a delinquir.

Eso dijo. Pero nadie decía más nada. Porque nadie sabía más nada. Nadie siquiera sospechaba cómo hacían para entrar en los departamentos. Ni cómo hacían para robar a los pocos días de llegar a un país en el que, en muchos casos, nunca antes habían estado.

Una noche cualquiera sonó el teléfono de

mi casa. Una locutora advertía que la llamada provenía de una línea ubicada en un establecimiento penitenciario. Era «el Pato» Verón. Llamaba desde la cárcel de Ezeiza. Desde hace años el Pato es una fuente que me ayuda con los temas policiales. Esa noche lo escuché durante media hora. Me dijo lo de siempre: que el Servicio Penitenciario Federal lo seguía amenazando de muerte y que había hecho la denuncia ante el Juzgado, pero que además estaría bueno publicar algo en un diario. El Pato había formado parte de una banda de presos que a finales de los noventa salía de la cárcel a robar autos. Debían llevarlos al penal y desguazarlos para los directores de la Unidad. Como a muchos de los presos que llaman a casa, lo escuché. Y antes de cortar se me ocurrió preguntarle si por casualidad estaba con algún colombiano. Me habló de un hombre preso por narcotráfico desde hacía más de un año. El tipo compraba cocaína en el Bajo Flores y la despachaba a Europa.

Le pedí que me lo pasara y el Pato empezó a los gritos.

—Sí, esperá…Eh, ¡colombianito…! ¡Colombianito, vení! ¡Vení para acá!

Yo escuchaba y me imaginaba la situación. Un colombiano cenando en la mesa del pabellón, y un preso que lo interrumpía para que hablara conmigo.

—Ahora te voy a pasar con un amigo periodista que se porta bien conmigo, que te quiere hacer unas preguntas. Hablá con él, dale.

Me dijo «hola» y se presentó como Juan Sebastián. Yo sentía que no quería hablar conmigo, que lo hacía para evitarse un problema con el Pato, líder de un pabellón compuesto por cuarenta presos. Pero me llevé una sorpresa. Juan Sebastián era esa clase de tipos que comienzan respondiendo con monosílabos y a los que después de un rato hay que cortar para que dejen de hablar. Yo escuchaba y tomaba apuntes. Anoté que esos ladrones colombianos que robaban departamentos en Buenos Aires eran conocidos como «apartamenteros internacionales», que viajaban por todo el mundo haciendo lo mismo y que los destinos más comunes eran Austria, Japón, Nueva York, México y Ecuador. Cada vez que presentía que estábamos promediando la última pregunta yo soltaba cautamente una duda nueva, y Juan Sebastián respondía. No parecía preocuparle siquiera la sospecha de que esa conversación pudiera estar siendo grabada.

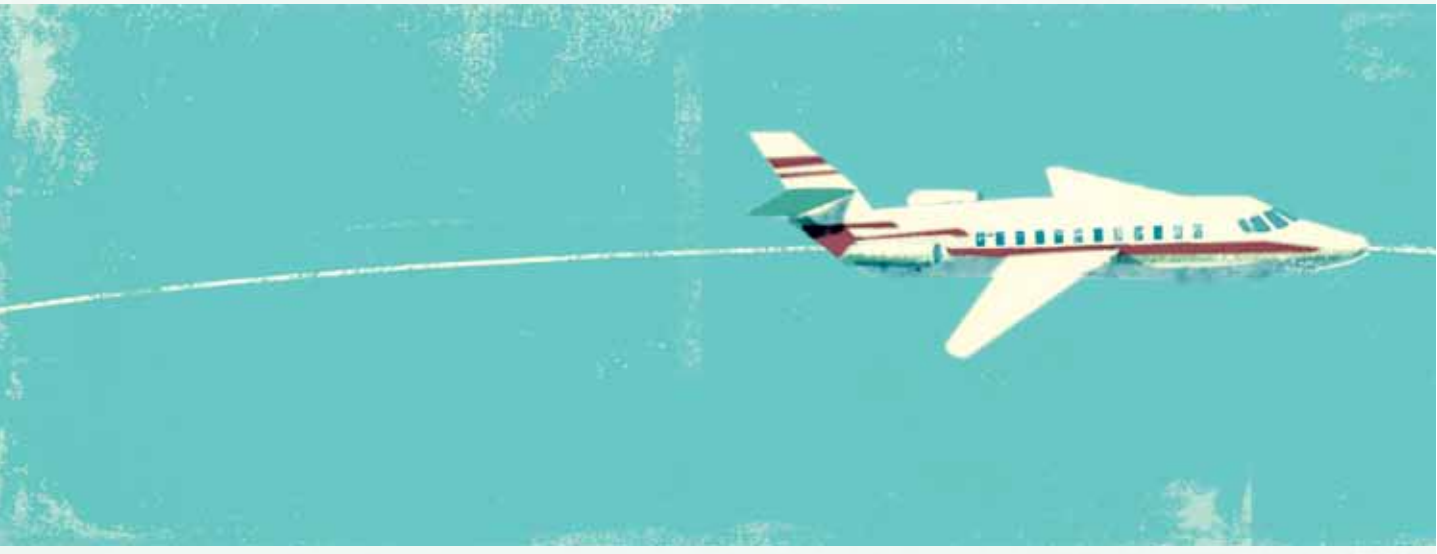
—¿Y por qué los apartamenteros viajan a robar? —dije.

—Pues en Bogotá no hay mucho dinero. A plata de aquí, es muy difícil que un bogotano tenga guardados más de veinte mil pesos. Y el que cuenta con ese dinero es mafioso, o familiar de mafioso, o víctima de mafioso. Muchos manes se han tenido que mudar por asaltar a un mafioso.

Los apartamenteros, dijo Juan Sebastián, solían parar en hoteles familiares de los barrios de Congreso, Once, Monserrat y San Telmo. La Policía ya los tenía ubicados, por eso pagaban piezas por día y no se movían en grupos de más de tres personas.

—¿Y de qué parte de Colombia provienen esos ladrones?

—Los que están viniendo a Buenos Aires son de tres barrios del centro de Bogotá: barrio El Belén, barrio Quiroga y, en especial, barrio



Caer en cumplimiento del beber.

Las Cruces. Las Cruces es históricamente un barrio de buenos apartamenteros.

Después de hablar con Sebastián me pasé la noche entera conectado a internet. Quería saber más. Y encontré el primer antecedente. Era de 1960. La policía estadounidense había detenido a una banda de colombianos que asaltaba departamentos en Miami. A los pocos días ese dato me sería confirmado por el historiador colombiano Eduardo Saenz Rovner: «Esa fue la primera banda colombiana especializada en robar casas en el exterior, identificada por autoridades policiales; los tipos llegaban, hacían su trabajo y se regresaban a Colombia».

Esa noche en vela leí sobre detenciones de apartamenteros en distintas partes del mundo. En junio de 1997 una banda de colombianos había ido a juicio en Tokio: les adjudicaban robos a trescientas veinte viviendas por un valor aproximado al millón setecientos mil dólares. En abril de 2004, la policía estadounidense había capturado a cincuenta y dos miembros de una pandilla que había robado en más de trescientas viviendas en Nueva York. Se estimaba que el botín había superado los dos millones quinientos mil dólares, por lo que este operativo fue uno de los mayores relacionados con este tipo de bandas. En octubre de 2011, los diarios hablaban de colombianos tras las rejas en Taiwán. Y en junio de 2012, la policía de Tailandia había detenido a otras dos agrupaciones.

Después estaba España: un caso aparte. Los enlaces a noticias de apartamenteros detenidos en la Península Ibérica eran muchos.

«Pues en Bogotá no hay mucho dinero. Es muy difícil que un bogotano tenga guardados más de veinte mil pesos. Y el que cuenta con ese dinero es mafioso, o familiar de mafioso, o víctima de mafioso. Muchos manes se han tenido que mudar por asaltar a un mafioso».
(Juan Sebastián, narcotraficante bogotano.)

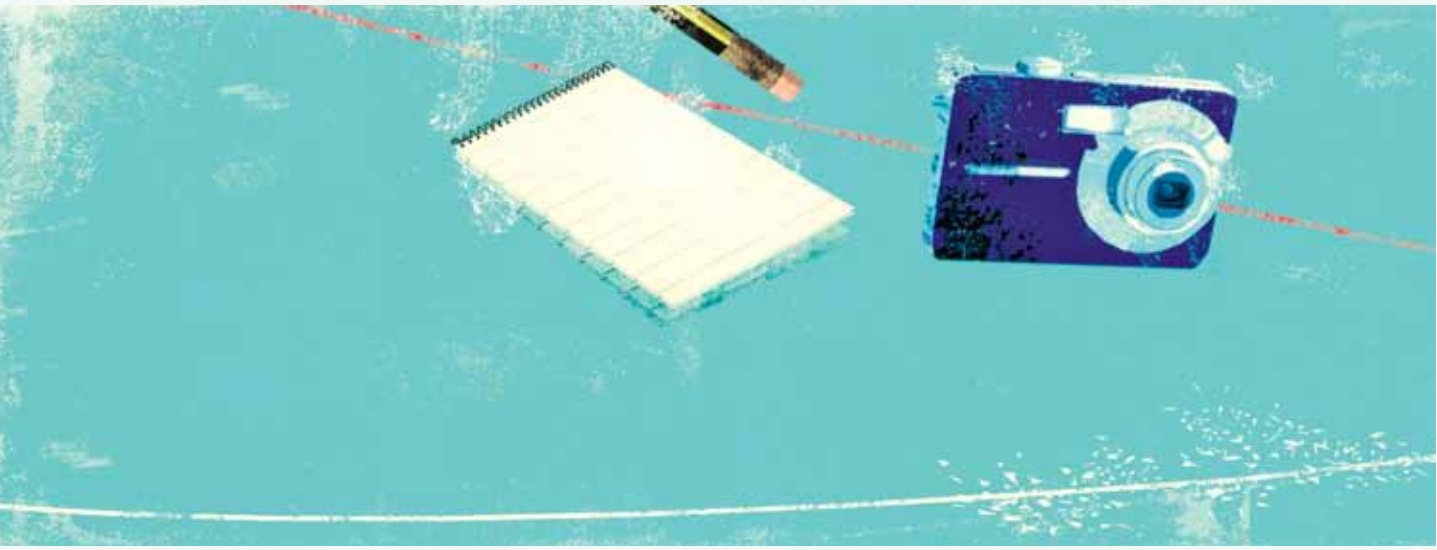
El que a hierro mata se roba el oro.

Uno de ellos databa de febrero de 2010. Además de dar los nombres y las edades de los tres colombianos detenidos en Cataluña, la nota sumaba algunos detalles importantes. Decía que la banda habría robado más de cuarenta departamentos. Que concretaba los robos con autos alquilados. Que los miembros cambiaban sus identidades. Que les habían secuestrado más de cuatrocientos objetos robados y un mapa con treinta y ocho ciudades en las que habrían cometido más robos. Y que tenían en mente viajar a Italia.

Esos —esta clase de organizaciones— podían ser los que estaban entrando a los departamentos de Buenos Aires. Y la posibilidad de encontrar un patrón que uniera todos estos casos me desveló. Durante meses me pasé leyendo sobre bandas detenidas en otros países. Le escribí a una persona que trabaja en la Procuración Penitenciaria. Me dijo que hasta 2010 había habido un promedio de treinta colombianos detenidos en cárceles federales. Pero que desde ese año en adelante el promedio se había elevado a ciento treinta: poco más de un cuatrocientos por ciento. No podía parar de sorprenderme. Los colombianos estaban eligiendo Buenos Aires. Y lo hacían silenciosamente. Las revistas colombianas habían publicado entrevistas a famosos narcotraficantes, pero no decían nada sobre apartamenteros que robaban en distintas partes del mundo. Para avanzar, debía buscar fuentes nuevas. Las que tenía no eran suficientes o habían desaparecido.

Cuando el Pato volvió a llamar a casa, Sebastián ya había sido expulsado a su país.

«La de los manes es una carrera. Comienzan atracando fuera del barrio, después asaltan a los comerciantes con armas. El tercer paso es robar carros. Y después, sí, puede llegar la posibilidad de viajar y ser un internacional».
(Hugo, líder de la hinchada de un club colombiano.)



Metieron preso al canillita; era chorro.

El animador vuelve a gritar.

—Seguridad, seguridad, allá, seguridad…

«Allá» es delante del baño, donde un gordo de camisa y pantalón de vestir le pega un cachetazo a mano abierta a otro. Se separan y la cosa no pasa a mayores. Antes de que llegue la «seguridad» el animador vuelve a gritar.

—Vamos hermanitos… no *peliemos*… ¡Pidamos cervezas y condones, cervezas y condones, cervezas y condones! ¡Y disfrutemos de la noche!

Me siento en una película de Estados Unidos. Sospecho que todo gordo mayor de cincuenta años y de bigotes y camisa dentro del pantalón puede ser narcotraficante o familiar de Pablo Escobar. Busco los típicos gestos que hace una persona cuando está consumiendo cocaína. Pero no los noto. Les pregunto a los que me acompañan.

—Socio, la cocaína en Colombia tiene otro efecto. Cuando estuve en Argentina llegué a olerla y me dieron ganas de vomitar. No me animé a probarla —dice uno.

Juego a descifrar la ocupación de cada cliente. Me pregunto de dónde saldrá todo el dinero que se gasta en las chicas.

—Socio… ¿huele? —dice otro.

No entiendo qué me preguntan. Hasta que entienden que no entiendo y me hacen un gesto, levantando la nariz.

—No, con la cerveza estoy bien.

La cerveza aquí se toma con hielo. Y es personal. En Colombia no existe el envase de litro. Cada uno se compra su porrón y bebe tranquilo, sin convidar. Así que bebo. Y miro.

El que tengo a la derecha, Rolf, el que hablaba mucho y decía manejar la mafia de la zona, ya no me habla. Anda a los besos con una mujer con aparatos de ortodoncia que está sentada en su muslo.

El que está a mi izquierda se llama Hugo y es el líder de la hinchada de un club colombiano de Primera División. Es el único de todo el lugar vestido con ropa deportiva y ya tiene los ojos achinados de tantas medidas de aguardiente. Por él estoy aquí. No en Colombia, sino aquí, en este lugar. Con esta gente.

Con Hugo nos conocimos hace seis meses, un tiempo después de mi charla telefónica con Juan Sebastián. Su equipo —el de Hugo— había jugado un partido en Buenos Aires por la Copa Libertadores. Y la hinchada del club al que pertenezco los había visitado en la tribuna. Fueron dos barras juntas, amigas, compartiendo la misma popular. Un compañero del club me había contado que esa misma noche, después del partido, algunos colombianos cenarían en mi club. Y fui. Nos presentaron. Hugo comió un bife de chorizo con papas fritas. Estaba hambriento. Eran las doce de la noche; yo ya había comido. Lo único que quería era escucharlo.

—La de los manes es una carrera. Comienzan atracando fuera del barrio, después asaltan a los comerciantes con armas. El tercer paso es robar carros. Y después, sí, puede llegar la posibilidad de viajar y ser un internacional —dijo.

Hugo los llamaba «los internaca», y no tanto «apartamenteros». Decía que muchas bandas estaban compuestas por familiares y que en cada país había un jefe que ordenaba

Puede que no decir nada lo diga todo.

quién podía viajar y quién no. El líder les daba la bienvenida y ponía todo a disposición del apartamentero: un lugar para vivir, un auto legal para robar, documentos y pasaportes falsos. Todo lo que necesitaba un ladrón colombiano en un país que apenas conocía de nombre.

Esa misma noche Hugo y yo nos hicimos amigos en Facebook.

Y hoy me pasó a buscar por el hotel en el barrio La Candelaria. Hugo me advirtió que iba a estar con un apartamentero. Era un favor que él me hacía, en respuesta a un favor que yo a su vez le había hecho seis meses atrás. Aquella noche de partido, en la tribuna hubo incidentes entre dos «parches» (facciones) de la hinchada colombiana. Y, en el medio del lío, los hinchas de mi club habían robado una bandera de la barra contraria a la de Hugo y se habían ido de la cancha sin llegar a dársela. La bandera quedó en Argentina. Durante meses durmió en una casa de Boedo. Hugo me la pidió por mensaje privado de Facebook. Pasé a buscarla y la guardé en mi equipaje.

Al llegar a Bogotá yo le entregué la bandera. Y le dije que necesitaba hablar con un apartamentero. No le dije que era a cambio de ese favor; pero se lo di a entender. Hugo invitó a su amigo esta noche: se llamaba —se llama— Edgar. Pero me dijo que a Edgar debía hablarle yo. Que él me iba a presentar como un amigo hincha del club del que su barra es amiga. Y que después quedaba en mí convencerlo. O no.

Así que aquí estamos. Hugo, Rolf, Edgar, otro del que no sé el nombre, y yo. Me levanto para despejarme. Voy al baño. En el medio tomo otra cerveza, solo, para mirar el lugar. Y pensar. Cuando vuelvo, Rolf sigue a los besos con su nueva chica y Hugo no está: se levantó para hablar por teléfono.

—Lo está regañando su mujer —suelta Edgar.

Es la primera vez que me habla. Ambos reímos y decimos cosas sobre Hugo («es un dominado», etcétera) y yo aprovecho para sentarme al lado de Edgar. Estamos entonados. Le hacemos señas a la moza y seguimos pidiendo cervezas y aguardiente. Mientras tanto hablamos de mujeres y de ropa. Llevo un sweater que compré en la zona de San Andresito esta misma tarde y se lo digo a Edgar. Él responde que quiere ponerse un negocio ahí.

—Noto que muchos de los que merodean los comercios deben ser mafiosos o algo así; siento que es una pantalla —digo.

Edgar me da la razón.

—Muchos internacionales ponen sus comercios con el dinero que roban por el mundo —dice.

Luego calla y bebe.

—Oye… —vacila—, ¿tú trabajas en un periódico?

Le explico que sí: que soy periodista. Y le digo también otras cosas.

—Pues bien —dice Edgar, finalmente—, creo que puedo ayudarte. Pero tú me aseguras que esto será confidencial.

Llegué a este bar no solo con la ayuda de Hugo, sino también con el apoyo de Daniel: otra fuente con la que hablo cada tanto en Buenos Aires. Me vi con Daniel cinco meses antes

De la ropa urbana, se está imponiendo la media en la cara.

de viajar a Colombia, en un boliche del centro porteño al que —entre otros— solían ir «los paisanitos» a festejar un buen robo. El lugar se llamaba Big Flow Internacional y quedaba a pocas cuadras del Obelisco. El dato, a su vez, me lo había pasado Juan Sebastián en aquella charla telefónica desde Ezeiza.

No me animaba a ir solo a Big Flow, entonces llamé a Daniel. Él, como dije, era una fuente que me ayudaba siempre. O no tanto. Me ayudaba apenas cuando yo quería saber algo. Nunca me llamaba de un modo espontáneo para ofrecer información que podía interesarme. Y él tenía de la mejor. Se movía por la zona de Congreso. Todos sus amigos eran peruanos o colombianos que andaban en el delito. Daniel había estado preso casi cuatro años en la cárcel de Devoto. Lo habían detenido en el aeropuerto de Ezeiza con ocho kilos de cocaína que debía llevar a Barcelona.

—¿Ves? —me dijo Daniel en el bar. Tenía que hablar en voz alta para hacerse escuchar. De fondo sonaba bachata—. Aquellos que están en la mesa y hablan con el DJ son apartamenteros; vinieron hace poco. O estos dos que van a pasar ahora por acá: el morrudo, pelado, de campera Dolce & Gabbana y el de botas, pantalón blanco y remera Armani. Son buenos escaladores. El que está allá, en la punta, de camisa blanca y anteojos, bailando con una rubia, es narcotraficante. Los dos que se saludan chocando los dedos y después con un golpe de puños, ¿los ves? Esos son pincharruedas.

Daniel los conocía bien. A ellos y a mí, por eso estaba sentado conmigo. Daniel y yo teníamos —tenemos— un vínculo. Creo que era por eso que él evitaba ofrecerme información. Daniel era el compadre de mi tío. Y pienso, hoy, que si no me contaba muchas cosas era porque ni siquiera las sabía mi tío; y no quería que mi familia se enterara de nada. Daniel alquilaba un taxi, como mi tío. Pero lo que menos hacía era subir pasajeros. Se la pasaba haciendo entregas de cocaína. Cuando le pregunté por Big Flow me dijo que iba seguido con su «señora». Hacía un mes que se habían conocido. Ella era colombiana.

Daniel aceptó acompañarme. No me costó: le gustaba salir todas las noches. Las bachatas, en aquel bar, seguían sonando. El ambiente era demasiado tranquilo. Lejos estaba de ser como esos lugares en los que hay peleas entre barrios o equipos de fútbol. Los colombianos bailaban bien pegaditos a sus mujeres. La mayoría bebía ron o cerveza. Daniel tomó la jarra de litro de cerveza y se sirvió en su vaso de plástico. Cada tanto me decía cosas que me interesaban:

—Cuando un argentino cruza a un colombiano en la cárcel, lo primero que hace es amenazarlo. El chamuyo es que no se piensen que están en las FARC y lo llevan al teléfono. Lo hacen llamar a su país y les exigen dinero que llega por Wester Union, a cambio de seguridad.

Eso ocurre, contaba Daniel, apenas el colombiano ingresa al penal. Luego a la mayoría los llevan a pabellones exclusivos para extranjeros. Ahí están más tranquilos. Entre ellos, además, son solidarios. Y cuando están fuera de la cárcel viven todos en las mismas zonas. Ya no lo hacen en la Capital —no, al menos, desde la declaración del ministro de Seguridad— pero

Si le miro con espanto, es por las dudas.

«Yo le dije: ¿Te animas? ¿Estás seguro de que quieres hacer esto? Pero resultó siendo un marica, se le apagaba el carro del miedo que tenía. Argentinos... no se puede confiar en ellos para hacer buenos atracos».
(Mara, integrante de una banda de apartamenteros.)

sí ocupan el conurbano. Viven en localidades como Quilmes, Ezeiza, El Jagüel y San Miguel. E incluso algunos forman parte de bandas que duermen y pasan sus días en un albergue transitorio de Moreno.

—Es un perfil muy distinto al argentino que se dedica a lo mismo —me dijo Daniel—. Fuman marihuana pero consumen muy poca cocaína, y no le dan tanta importancia a la ropa deportiva. El ladrón argentino se compra las Nike más caras, pero a ellos les gusta otra cosa. Llevan Ecco, Dolce & Gabbana, Armani... El colombiano tal vez se vista mejor. Y las mujeres también.

Escuché a Daniel hasta las cuatro de la mañana. Después cada uno se fue a su casa. O yo, al menos, me fui a la mía. Él no sé. Antes de vernos me avisó que a la salida tenía que hacer unas cosas y no podía llevarme. Así que me volví en otro taxi. Y en el viaje me puse a pensar que Daniel hablaba siempre sobre otros, pero nunca contaba nada sobre sí mismo. Si alguna vez tenía que responder, decía que él se dedicaba a la droga, al menudeo y para «pucherear», porque con el taxi tenía que estar doce horas para ganar doscientos pesos.

Luego pasó el tiempo. No supe nada más de él hasta que una mañana, un par de meses después de nuestro encuentro en el Obelisco, me llegó un mensaje al teléfono.

—«¿Estás?» —me había escrito mi tío.

Respondí que sí.

Me llamó a los pocos segundos. Me contó que Daniel estaba en una comisaría en la zona sur del conurbano. Era el único detenido de una banda que había entrado a robar en un departamento. Daniel era el piloto. Manejaba su taxi.

Si lo de elegir la propia aventura no hubiese que ajustarlo a nuestro presupuesto...

Con mi tío fuimos hasta la pensión en la que vivía Daniel. Quedaba en Almagro. Mi tío conocía a la dueña y pasamos a la habitación. Quería sacar todo lo que pudiera comprometerlo en el caso de que hubiera algún allanamiento. No tenía nada. Lo único que nos llamó la atención fue una hoja de cuaderno. Decía: «Si algún día me muero, avisar a estas personas».

Había una lista de cinco hombres y mujeres, con sus respectivos teléfonos. Uno de ellos era mi tío.

Mi tío se había enterado de la detención por la novia de Daniel. La colombiana. Ella había estado en el robo. Quedamos en vernos con ella en un bar que tenía mesas de billar al fondo. Las paredes estaban decoradas con filetes y no había mozos; te atendía un viejo que no se acercaba; esperaba tus señas desde atrás del mostrador. Mara llegó con el pelo húmedo —como si recién se hubiera terminado de duchar— y hablando por celular. Escuchaba por los auriculares del teléfono. Se había puesto una camisa de jean clara y tenía las cejas pintadas. Se sentó y lo primero que dijo fue que en la comisaría le estaban pidiendo treinta mil pesos para liberar a Daniel. Mara era —es— parapsicóloga. Unos apartamenteros la habían invitado a atracar porque ella tenía el don de saber dónde estaba el dinero. Como a la banda le faltaba un piloto, ella lo había propuesto a Daniel.

—Yo le dije: ¿Te animas? ¿Estás seguro de que quieres hacer esto? Pero resultó siendo un marica, se le apagaba el carro del miedo que tenía. Argentinos… no se puede confiar en ellos para hacer buenos atracos…

La charla duró treinta minutos y después nos fuimos: mi tío tenía que trabajar. Mara se quedó esperando al abogado. Habían arreglado una cita. Antes de partir, sin embargo, Mara se hizo tiempo para preguntarle a mí tío si se animaba a ser piloto de la banda.

—Te agradezco —dijo él—, pero soy un poco cagón.

Me volví con el número de Mara agendado. Sentía que podía ser la entrevistada que me faltaba y que tanto venía buscando. Pero cuando días después la llamé para encontrarnos y hablar sobre las distintas modalidades de trabajo dentro del rubro «apartamenteros» nunca me contestó. Mara había desaparecido. No solo para mí sino también para Daniel, que la extrañaba desde la alcaidía de un penal del conurbano.

Al principio yo no sé cómo lo hago; solo sé que lo intento. Les aclaro en un comienzo, por ejemplo, que no tengo problemas con cambiarles el nombre. Porque a mí me interesa que me cuenten su historia, y no su nombre. Porque me da lo mismo poner Juan, Martín o Lucas, siempre y cuando ellos me cuenten qué hacen, por qué lo hacen, cómo lo hacen, si dejarían de hacerlo y qué hacen con lo que ganan haciendo eso que hacen y que a mí me intriga.

Yo no sé cómo lo hago, pero sé que lo intento y que después de lo del nombre viene el monólogo. El mío. No los dejo abrir la boca y hasta siento que me olvido de que soy periodista. Les digo que mi trabajo pasa por contar historias y que mi trabajo tiene un límite: sé que no quiero, con esas historias, beneficiar a la policía. Sé que no soy policía.

Volveré y seré el mismo más un viaje.

Ahí, a veces, recuerdo que soy periodista. Y ahí empiezo a ver la cara que les va cambiando y a entender que sí: que sé lo que hago. Que sé cómo lo hago. Y que la situación es toda mía y solo falta el remate. Entonces tiro todo lo que sé. Todo. Para que sepan que no soy cualquiera, que me la paso hablando con delincuentes como ellos, que esto no es un hobby, que esto es lo que más me gusta en la vida.

Suele funcionar.

De la actividad de Edgar, el tipo que me escucha, yo sé mucho. Y eso, en parte, se lo debo a Daniel. Le pregunto a Edgar por Juan Sebastián. Le nombro el Módulo 1 pabellón 4 de la cárcel de Devoto de Argentina, donde hay muchos colombianos que pelean con facas contra venezolanos. Le hablo de la noche en la discoteca Big Flow y de los «paisanitos» bailando bachatas bien agarraditos a las chicas. Le digo que me dijeron que ellos usan las marcas Armani, Ecco y Dolce & Gabbana. Que en la zona de Pilar hay un colombiano que les alquila autos legales para ir a robar. Que en Argentina a los colombianos ladrones se les dice «colochos». Que escuché que muchos apartamenteros son de Las Cruces, el Belén y Quiroga.

Edgar me escucha y me mira a los ojos. Y dice «sí», o en realidad no dice nada: me mira más intensamente y mueve la cabeza para arriba y para abajo.

—Pues está bien informado, socio —dice.

Ahí me callo y tomo aire. Hablé mucho.

—Pues a la orden. Pregunte lo que quiera. Usted está con mis socios. Si está aquí, es de confianza.

Desde hacía meses que yo venía hablando solo; imaginando que tenía una conversación con uno de estos tipos. Así como cuando era chico imaginaba y practicaba declaraciones a mujeres, el periodismo había logrado que hiciera lo mismo, pero con delincuentes.

Solo me quedaba escuchar.

Si a los doce años a Edgar le hubieran puesto una cámara enfrente, como a Diego en Villa Fiorito, hubiese dicho:

—Mi sueño es llegar vivo a los veinticinco y viajar a robar a otros países.

Porque su carrera haciendo atracos comenzó a los quince años, pero ya desde muy chino que su referente era «el Mono Jimmy»: el internacional más exitoso de Las Cruces. El Mono Jimmy viajó por Brasil, Bolivia, Marruecos y España, y hace años que se retiró del delito. Nunca cayó detenido y supo invertir su dinero. Con los dólares traídos de los viajes compró casas que hoy alquila y comercios de los que vive. El Mono Jimmy es de los pocos internacionales que han decidido seguir viviendo en Las Cruces y hoy disfruta sin correr riesgos. Y sin buscárselos: se mueve por el barrio con chaleco antibalas.

Edgar me contó esta historia en el bar y se sigue explayando, ahora, al día siguiente, mientras damos un paseo por Las Cruces: el barrio que me mencionó Juan Sebastián aquella noche desde Ezeiza.

En Las Cruces —como en tantos otros lugares como este— hay un lema no dicho: si sos buen ladrón tenés que viajar a delinquir. Luego están las especialidades. Están los que hacen

A la frase «viajar al exterior» solo le veo sentido aplicada a un astronauta.

«escapes»: suben a colectivos o caminan las calles más céntricas de la ciudad y roban billeteras y celulares sin que las víctimas lo noten. Están los que hacen hurtos: en general son mujeres que prefieren hurtar ropa que luego envían para vender en los centros comerciales de Bogotá. Y están los apartamenteros.

Las Cruces, por lo tanto, es un barrio de asaltantes. Y de raperos. Y en este caso una cosa tiene que ver con la otra porque el rap fue difundido por los asaltantes. Todo empezó a fines de los ochenta, cuando una pandilla llegó de Nueva York con casetes.

—Esto es lo que se escucha en el Bronx —dijeron.

Los más chinos admiraban a esos tipos que desaparecían del barrio y volvían a los meses con los bolsillos llenos de dólares. Fueron ellos quienes comenzaron a escuchar y luego a hacer rap en el barrio. A los cinco años, en 1995, varias bandas de rap de Las Cruces empezaron a presentarse en distintas ciudades de Europa. Tanto es así que se instaló una frase: «Ser rapero y no ir a Las Cruces es como ir a Nueva York y no ir al Bronx».

Pero a Edgar —cuenta mientras subimos una lomada— no le gusta mucho el rap. Se crió no tanto con esa música como con dos imágenes que dice que recuerda: la de su padre obrero viviendo al día. Y la de las pandillas compuestas por familiares que llegaban de Nueva York o Miami con gruesas cadenas de oro y dijes de Jesucristo.

Siendo de Las Cruces, entendió Edgar, uno tenía dos opciones para recorrer el mundo: ser rapero o ser asaltante. Y a Edgar el rap no le gus-

Si a los doce años a Edgar le hubieran puesto una cámara enfrente, como a Diego en Villa Fiorito, hubiese dicho: «Mi sueño es llegar vivo a los veinticinco y viajar a robar a otros países». Porque su carrera haciendo atracos comenzó a los quince años.

El destino es horrible; esperamos que disfrute el viaje.

taba, y sabía que si llevaba la misma vida de su papá nunca iba siquiera a poder salir del barrio.

Edgar hizo su elección. Hasta ahora, él dice, mal no le fue.

Cuando nos encontramos, veinte minutos atrás, Edgar pasó a buscarme por el hotel en un Honda Civic. En cinco minutos ya estaríamos en Las Cruces. En el estéreo sonaba reggaeton. Un indigente se acercó a pedir monedas en un semáforo. Edgar pegó un grito:

—No hay nada, socio, ¿qué?

Edgar tiene una chaqueta de The New York Yankees, un jean estrecho y un pelo que parece no crecer nunca; corto y en forma de rulos, como si fuera el pelaje de una oveja. Lo que no tiene son tatuajes. Tomamos Coca Cola. Una botellita para cada uno. Y cuando no hablamos, miramos lo que pasa en el barrio. Miramos a los chicos de ocho o nueve años en la canchita de fútbol: no juegan a la pelota sino a lastimarse con la punta de las lapiceras. Miramos los carteles que anuncian en las paredes el próximo festival de hip hop. Miramos a ese pibito que corre hasta una escalera y baja y se le pierde al policía que llega en moto a los pocos segundos.

Y cuando no tenemos qué mirar, Edgar habla. Y yo escucho.

Me cuenta que el primer viaje fue por obligación. Porque a Edgar la policía ya lo tenía marcado. Hacía meses que, cada vez que lo frenaban para pedirle identificación, le sacaban el dinero que llevaba encima. Dice que conoce de memoria el ruido de las motos de la policía. Que cuando lo escuchaba en su barrio salía corriendo a la casa.

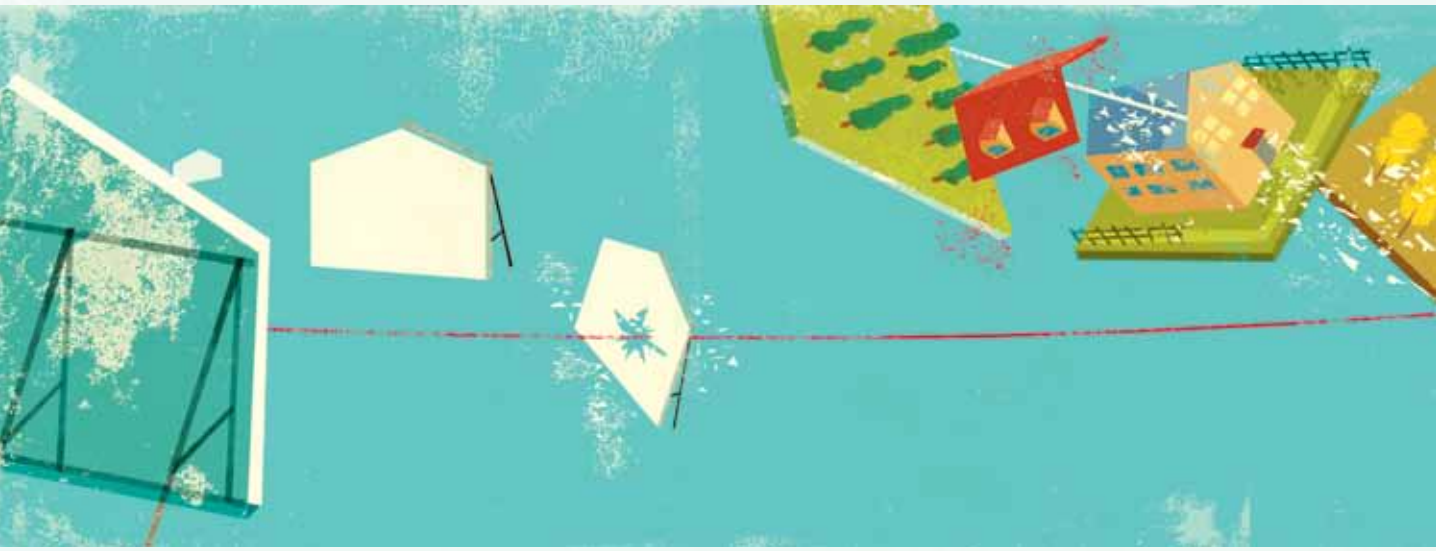
Luego de tantos roces, la policía quiso hacer negocios con Edgar. Le propuso matar a cambio de trescientos mil pesos colombianos. Debía asesinar a otros asaltantes del barrio con armas que prestaba la Ley. La policía conocía el historial de Edgar: había estado en la cárcel siete años y medio —por una salidera bancaria que terminó en un tiroteo— y al mes de estar libre ya había regresado a los atracos. Ahora la policía quería más de él. Y fue por eso que Edgar decidió cambiar de aire. Se sentía perseguido y sin futuro.

Entonces un día recibió un llamado. Y una propuesta de viaje.

El destino era bueno y malo a la vez. Bueno porque había que ir nomás a Quito, Ecuador: la ciudad más cercana en la que había dólar a buen precio. Y malo porque los colombianos que ingresaban a las cárceles ecuatorianas eran muy maltratados. Había habido casos de «internacionales» quemados.

Edgar igual aceptó. Sentía que era el momento de comenzar a hacer dinero en serio; de consolidarse como ladrón. Se dijo que basta de violencia. Basta de tiroteos con otros socios, basta de tener que esconderse de los policías y basta de usar armas en los robos y tener que hacerles daño a las víctimas. Basta de farras, basta de salir todas las noches, basta de drogas. Había que robar para ahorrar en lugar de robar para gastar. Eso se dijo.

—Y aparte yo quería aprender. Yo tenía casi veintinueve años y muchos contactos que había hecho en la cárcel. Esa gente me invitó a viajar. Se viaja para aprender cosas del oficio.



Los que escriben su apellido y luego su nombre, estuvieron presos.

Yo venía de otro estilo, de la salidera bancaria, y opté por otra modalidad que son los apartamentos. Aprendimos junto a otros manes a movernos por otra ciudad y a ver cómo romper las reglas de esos países que elegíamos.

Edgar hizo cálculos: tenía un dinero guardado. Tenía unos ahorros para dejarles a su mujer y a sus dos hijas hasta que él pudiera hacer un trabajito en Ecuador. Así que ya no quedaban dudas: debía viajar. Y viajó. Era el momento de robar para ahorrar.

—Pues si en Colombia yo me robaba un millón de pesos (unos setecientos dólares) imagínese que ochocientos mil iban a la farra y me guardaba doscientos mil para los gastos diarios. Pero en Ecuador hacía al revés. Además cuando uno llega a otro país no es «pinta». Puede trabajar tranquilo que no lo conoce nadie. Ni la policía.

—¿Y no te daba miedo ser detenido e ingresar a una cárcel en otro país?

—Socio… miedo me daría si uno no conociera las cárceles de Colombia. Si los colombianos sobrevivimos a nuestras cárceles, podemos estar presos en cualquier parte del mundo.

—¿Y cómo es llegar a otro país para robar? ¿El primer robo fue en los primeros días?

—Es difícil, pero en el inicio uno tiene que confiar en los socios que lo invitaron.

—¿Pero quienes los invitan?

—Son redes. Imagínese que en China hay un chino que habla en español y recibe a los socios. En Argentina hay tres socios que brindan la casa, los carros legales y todo lo que necesita uno para robar. Uno llega y ya tiene un abogado para que lo defienda. Hay niñas bonitas que se dedican a «tomasear» por todo el mundo.

—¿Qué es eso?

—«Tomasear» es hacer inteligencia; seguir a un man, hablarle, saber sus horarios. En todos los países hay estructuras de socios para hacer asaltos.

—¿Qué te acordás del primer robo?

—Pues… dudaba. Les dije que no me parecía seguro.

—¿Y qué te respondieron?

—No, socio, nosotros aquí no vinimos a pasear, vinimos a robar.

Es el mediodía de un lunes de abril; ya estoy en Buenos Aires. Marco el número de un abogado.

—Hola, estoy en una comisaría. No puedo hablar. Voy a necesitar que me llame en una hora, ¿quién es?

Alcanzo a decir mi nombre, que soy periodista, que quiero hablar con él y que lo volveré a llamar. Una hora después, el doctor Leonardo Rombolá atiende el teléfono y se excusa: dice que un rato antes estuvo defendiendo a un apartamentero recién detenido en San Isidro. No parece molestarle hablar del tema, así que quedamos en vernos una semana después.

Los días pasan.

Es martes a la mañana y nos encontramos en su estudio. En las paredes de su oficina hay diplomas y una biblioteca judicial. Y en el escritorio hay fotos de su familia y muchos billetes de todo el mundo aplastados debajo de

Le leo y siento un troncito hacia su mundo.

un vidrio. Arriba del cristal hay ceniceros —llenos—, una lámpara, un banderín de la Virgen de Luján y dos balas de nueve milímetros.

Lo que sigue es el monólogo. Hago una pregunta —¿cómo hacen los apartamenteros para entrar en las casas?— y Rombolá suelta todo de un modo torrencial.

—¿Cómo? Cuando es una casa van sin llaves. Y cuando es un departamento van con un jabón e inyectan la llave en la cerradura de la puerta. Hacen una muestra de llaves. Arman la muestra de llaves con glicerina. La arman con parafina y agua caliente, con el molde de ellos, y se va solidificando. O usan grafito, que es un lubricante. Generalmente van en dos autos. Y van, como mínimo, cinco: dos campanean afuera y tres entran. Primero te sacan los cuatro tornillos de la chapita de la cerradura con un destornillador. Para que nada les haga tope. Después usan «el taco»: una herramienta que traen de Colombia. Es como una barreta, un destornillador grande y curvo. No lo doblás con nada. Con eso palanquean, palanquean y te hacen juego en la cerradura con un destornillador aparte. Es todo un arte, yo te digo: en menos de cinco minutos te abren cualquier puerta, eh. Después la otra modalidad es en las casas. Entran levantando las persianas. Porque son todos chiquitos, flaquitos. Entra uno y abre desde adentro. Van por la guita y el oro. Nada más. Se pueden llevar cosas chiquitas: filmadoras, cámaras digitales, una netbook, pero nunca van a salir con un plasma de cuarenta y dos pulgadas.

Rombolá toma aire, o mejor dicho: fuma.

Fuma cigarrillos negros.

—El problema es que estos chicos muchas veces se van de gira, como dicen ellos, y después a los tres días se acuerdan de laburar. Y esto no es así… o es laburo o no es laburo. Hay algunos que son muy pelotudos. Yo tengo uno que vino de joda. Le conseguí una probation y lo ves en el perfil del Blackberry que anda todos los días de joda, en fiestas distintas. Ahora está en Bogotá. Me preguntó «¿Doctor, tengo que volver?». Y yo le dije «yo te diría que sí flaco, si no la probation se te va a caer». Lo que pasa es que son muy de gastarla. Aunque hay tipos que cada vez que vuelven a Colombia llevan más de cincuenta mil dólares.

Rombolá habla y juega con las llaves de su auto. Como si estuviera siempre a punto de salir a apagar algún incendio. De algún modo lo está. En este momento lleva las causas de catorce colombianos.

—No paran de llamarme. Todos tienen cuatro o cinco causas, y este circuito es muy chico. Vienen en patota. Viene uno y siempre te dice lo mismo: «tengo un amiguito… tengo un hermanito afuera que tiene una consultita…», o te dicen «aló, doctor, lo llamo de parte de Fulanito. Estoy con un problemita». Son cinco tipos los que nombran. No más que esos. Y te digo: son jodidos los colombianos. No son violentos. Son, digamos, muy instruidos a comparación de los de acá. Es gente que viene muy preparada, sabe hablar muy bien. Cada dos días cambian el celular. Muchos tienen aspecto de ser estudiantes de la Universidad. Se empilchan muy bien, nada que ver a los cachivaches de Argentina. No se visten como wachiturros. Y cada vez vienen más, eh. Lo que pasa es que las detenciones no están apareciendo en los no-

Algunos días son mejores que otros. Son los que están en las vitrinas bajo llave.

«Yo les digo "muchachos, traigan tres mil dólares para empezar", les pido verdes a todos. Yo sé que los tienen porque están laburando día por medio, así que con estos me hago los ahorros en dólares; no tengo que ir a las cuevas. (Leonardo Rombolá, abogado de apartamenteros.)

ticieros. Y la gente se entera de ellos por la tele. La otra vez venían de robar y los frenaron en un control sobre General Paz. Les encontraron todas las herramientas y mucho «brillo». Había mucha plata en oro. La policía los dejó ir, pero tuvieron que dejar todo el oro que habían robado.

Rombolá viste jean y sweater claro, y lleva colgando una cadena de oro y un Rosario.

—¿Y vos cobrás caro?

—Yo les digo «muchachos, traigan tres mil dólares para empezar», les pido verdes a todos. Yo sé que los tienen porque están laburando día por medio, así que con estos me hago los ahorros en dólares; no tengo que ir a las cuevas. A veces están «saladitos». Vienen y te cuentan «doctor, el otro día en diez minutos nos llevamos doscientos mil dólares de un apartamento». No sé por qué me cuentan esas cosas, porque ahí les arranco la cabeza. Yo les creo. Puede ser, claro que puede ser. Escucháme, hay mucha plata en la calle. Aparte, vamos a hablar claro: la gente no confía en los bancos. Hay gente que no la puede blanquear, que no la puede meter en los bancos. Entonces hay gente que la tiene en su casa y le hacen un seguimiento de la puta madre. Ojo, no siempre. Muchos de estos van al voleo, los colombianos, eh. Incluso hay algunos que van a boliches, pero yo les dije «muchachos, vayan a las casas y déjense de hinchar las pelotas…». ¿Diga?

Rombolá acaba de atender su celular. Del otro lado de la línea se escucha una voz pausada, llena de diminutivos y con tonada extranjera.

—Querido, ¿dónde está?

Rombolá me hace señas: es un colombiano.

Como no tenemos confianza aún, permítame dejar mi revólver a mano.

Edgar habla como un activista de Derechos Humanos: «En Perú, las cárceles son suaves. En Bolivia, resuaves. En Ecuador son más rígidas. Los presos argentinos son muy envidiosos. Se matan por usar un teléfono público. Y nadie llama para hacer negocios o mover la mafia».

—Bueno, yo ahora me voy hasta San Isidro. Cuando estoy llegando lo llamo, ¿ta? Y ahí se viene, ¿ta? Porque hay que preparar todo que mañana es la audiencia.

Pasan dos segundos de respuesta y al abogado le cambia la cara.

—No, no. Le dije que era el diecisiete de abril. Se lo marqué ahí, fíjese. El diecisiete a las diez de la mañana tenemos la indagatoria. En un rato marco y hablamos.

Corta.

—Ahí tenés. Era un colombianito. Cayó por un robo pero es un boludo…

Rombolá pone cara de fastidio, pero parece cómodo en su mundo. Ahora toma las llaves del auto y advierte que debe irse. A mediodía debe estar en los Tribunales de San Isidro, pero antes tiene que pasar por su casa, ducharse. Ponerse el traje de abogado.

Pasaron dos meses del viaje a Colombia y ahora me siento a escribir esta historia. Pongo en mi computadora a Ñejo y Dálmata, un reguetonero que había puesto Edgar en su auto aquel día en que nos vimos y paseamos por Las Cruces.

Cada tanto recibo noticias de allá. Nada cambió.

Los pibes de Las Cruces y los demás barrios desde hace rato que no aspiran a ser internacionales. Se la pasan consumiendo pegamento y pasta base y después, cuando no reconocen a nadie, terminan robando en el propio barrio. Se quedan con celulares, carteras, zapatillas, relojes. Arrebatan lo que sea para ir al expen-

Curiosamente a vivir por debajo de las posibilidades le decimos «sobrevivir».

dio de drogas más cercano y sin que les importe que a la noche lleguen a su casa los familiares de ese vecino al que se le robó.

La última generación de internacionales ya no está en Las Cruces: está viajando. Y cumple con ese detalle de ser la última. De que ya no hay legado. De que no se está armando la próxima camada, como sí venía ocurriendo desde 1960.

—Ahorita el que tiene corazón de viajero, viaja solito. Se le está dando una mano al que llegue a cualquier parte del mundo en la que haya colombianos. Siempre se necesita algún socio nuevito. Pero no es como antes, que sin alguien que lo espere a uno no se podía llegar —me dijo Edgar aquella vez.

Esa ausencia de una «banda» hizo que la dinámica del robo también cambie. Que haya disputas; que a los propios colombianos les falte algo del dinero robado. Parte de la última generación de internacionales llega para robar y gastar. Robar de lunes a viernes y salir de farra hasta el domingo.

Pero Edgar era —es— de la vieja escuela. Algunas noches se daba una vuelta por las discotecas, pero en general el circuito era más simple: de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Edgar —me insistió— viajaba para trabajar y ahorrar.

Al principio fueron casi dos años en Quito, yendo y viniendo. Edgar robaba y cambiaba los pesos ecuatorianos por dólares y los enviaba por correo a distintos destinatarios. Un socio del barrio se encargaba de encontrar manes que quisieran poner la firma y recibir el dinero fraccionado. Ese favor se pagaba con quince mil pesos colombianos (ocho dólares) por persona y permitía repartir el monto en cantidades que no dieran problemas. Así estuvo Edgar hasta el 2009. Ahí decidió volver a Bogotá y hacer como el Mono Jimmy. Compró una casita, un auto y un comercio nocturno en el norte de la ciudad. Invirtió.

En Las Cruces, cuando nos vimos, Edgar hablaba como si fuese un economista: «En Ecuador, el cambio está uno a uno; en Perú el cambio es de dos con cincuenta a uno; en Chile, de cincuenta a uno; en Argentina, a más de ocho a uno; en Londres hay dólares como arroz en los restaurantes».

Y también hablaba como un abogado penalista: «En Perú cambiaron. Antes uno tenía hasta cuatro oportunidades de ser detenido y salía a la casa; no pisaba la prisión. En Chile se metieron los Derechos Humanos. Ahora están menos drásticos. Antes a uno lo mataban sin piedad. Y en Argentina nos están metiendo Asociación Ilícita. Eso lo está dejando a uno encerradito».

Y también hablaba como un activista de Derechos Humanos: «En Perú, las cárceles son suaves. En Bolivia, resuaves. En Ecuador sí son más rígidas. Pero uno tiene muchos conocidos porque es donde más socios hay. En Argentina, según el sector. Los presos argentinos son muy envidiosos. Se matan por usar un teléfono público. Y nadie llama para hacer negocios o mover la mafia».

Edgar me dijo que para hacer sus viajes se movía en ómnibus. No estaba solo: su pandilla estaba compuesta por seis tipos con los que se iba de gira por América Latina.

Charlas tan íntimas, que ni se oyen voces.

—¿Cuál fue la peor experiencia? —pregunté.

—Bolivia no nos dio lo que queríamos. Nos la pasamos haciendo más mentiritas que efectivo. De cinco trabajitos, dos salieron bien. Y en tres no encontramos el dinero prometido. Nos costó hasta conseguir hotel. La policía recomendaba en recepción pedir pasaporte y si uno no tenía cara de turista no lo aceptaban. Nos querían identificar cada dos por tres. Estuvimos un mes y por teléfono otros manes nos dijeron que fuéramos para Argentina.

Y fueron. La idea era ir tres meses y volver a Colombia. Y de Colombia ir a México y de México a Londres. Allí se decía que andaba la verdadera cúpula de apartamenteros internacionales. Por los diamantes, por las libras esterlinas y porque no estaban fichados como sí lo estaban en España.

Pero la travesía, dijo Edgar, tuvo un freno en Argentina. Una vez que llegaron no quisieron irse. Y yo podía sospechar por qué. Tiempo antes de mi viaje, los «escruchantes» argentinos —la versión nacional de los apartamenteros colombianos—, me habían contado algo que sorprendería a cualquiera. Cuando los vi, hacía una semana que habían encontrado un millón cuatrocientos mil pesos en una casa de Villa Pueyrredón. Y si bien eso era una fortuna «que solo iban a dividir entre tres a la noche tenían pensado volver a robar. «¿Para qué volver a robar a la semana de haber hecho una cifra millonaria?» pregunté. «Es que es la suerte, amigo —dijeron—. Si hacemos mucha plata sentimos que estamos de racha y es cuando más robamos».

A Edgar y sus manes les pasó lo mismo. Eran cinco hombres y una chama. En Argentina robaban todos los días; llegaban a hacer más de un trabajito diario.

—No le voy a decir que alcancé a darle al gordo —aclaró Edgar, como queriendo demostrar humildad—, pero hacíamos un promedio de veinte mil dólares a la semana para cada uno. Hemos llegado a llevarnos ciento veinte mil dólares de un apartamento. Nos enamoramos de eso y nos amainamos. Buenos Aires debía ser un trampolín para ir a México, pero no. La idea era quedarnos tres meses y nos terminamos quedando un año.

Argentina tenía eso. Los colombianos sentían que, a diferencia de otros países, podían robar todos los días porque aquí las leyes eran más blandas: se podía caer preso y salir sin pisar la cárcel. Se podía robar tranquilo.

—¿Cómo hicieron con el cepo al dólar?

—Hacíamos que nuestras familias nos visitaran y conocieran el país, y se llevaran doscientos mil dólares entre las ropas.

—¿Y cómo se hace eso?

—El que sabe, sabe. Y el que no sabe, averigua.

Al año de estar en Buenos Aires, Edgar se encontró con que tenía cuatro causas. Sin embargo nunca había pisado una cárcel: solo había pasado por comisarías. Fue en una de esas caídas, en la celda de un juzgado, que el abogado le advirtió que debía irse. Y se fue. Partió en ómnibus y con los últimos ahorros. Primero rumbo a Bogotá —donde nos vimos— y después —si todo salía bien— rumbo a México. Cuando salga esta crónica, puede que Edgar ande por Mé-

Le deseo felicidades entre desgracia y desgracia.

xico. O por Londres. O por Rusia. Se irá con el fin de hacer su última gira. Dice que sus hijas son adolescentes y que con tantos años en la cárcel y viajando, casi que no las pudo disfrutar. Hubo días del niño en los que no estuvo; hubo primeros días de secundaria en los que no estuvo. Se hicieron mujeres, y Edgar no estuvo.

—¿Hasta cuándo todo esto? —pregunté.

—Hasta que sea súper poderoso. Tengo locales, casas, auto. Pero todavía quiero más —dijo Edgar mientras íbamos saliendo del barrio.

Al tiempo de caminar —y a poco de subir al auto para irnos— Edgar me hizo un pedido. Advirtió que eso era lo único que iba a pedir luego de la charla.

—Socio, quería decirle… Si usted puede poner en su reportaje algo sobre la «Malicia Indígena»...

—¿Y qué es eso?

—Es lo que nosotros utilizamos para robar. Cuando nos preguntan por qué viajamos a robar, en especial en España, les decimos que estamos robando todo lo que ellos nos robaron durante muchos años.

Edgar dijo esto y subió a su Honda Civic. El oso hormiguero de peluche que colgaba del espejo retrovisor se movía de un lado a otro con los trompicones del auto. El oso era un regalo de sus hijas. Me dediqué a mirarlo mientras íbamos por las calles curvadas de Las Cruces, de regreso a mi hotel. Esa vez no había música. Minutos después nos despedimos con un choque de manos. Cuando subí a la habitación, puse «Malicia Indígena Colombia» en Google. Y ahí entendí solo una parte de la historia.

Uno siempre entiende solo una parte. ◣

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Albergue transitorio: Hotel por horas, amueblada, motel.
«Arrancar la cabeza»: Cobrar muy caro un producto o servicio.
Bajo Flores, Boedo: Barrios de la ciudad de Buenos Aires.
Boliche: En Argentina y Uruguay, discoteca, bar.
Campanear: Vigilar.
Chama: En Colombia, muchacha.
Chamuyo: Conversar para marear al otro.
Chino: En Colombia, niño.
Colectivo: Autobús.
Departamento: Vivienda, apartamento.
Eduardo Sáenz Rovner: Profesor titular en la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia.
El Jagüel, Ezeiza, Moreno, Quilmes, San Isidro y San Miguel: Localidades de la provincia de Buenos Aires.
Empilchar: Vestir.
Faca: Cuchillo.
Farra: Juerga.
Lapicera: Bolígrafo.
Pibito: De «pibe», niño.
Pieza: Habitación.
«Pinta»: «Ser pinta», ser atractivo.
Pucherear: Ganar apenas lo suficiente para vivir.
Tipo: Hombre.
Wachiturros: Grupo musical argentino de cumbia villera.

Le he dado las llaves de casa para que me visite cuando no estoy.

LOS COLOMBIANOS **Y EL HORNO**

Esto no puede quedar así. Tengo que decir algo a favor de los colombianos que se llevan cosas de las casas ajenas —le digo a Chiri.

—¿Vas a hacer un descargo?

—Sí, porque no está bien que a los lectores les quede la idea de que los colombianos roban casas todo el tiempo.

—No creo que les quede esa sensación, pero igual te escucho, gordito salomónico.

—En el pueblo donde vivo hay cinco colombianos que hacen mudanzas. Yo me mudé un par de veces, y siempre los llamé a ellos. Se llevan cosas de casas ajenas, pero las ponen en otra casa. No son tan malos.

—¿Eso era lo que ibas a decir?

—Sí.

—Cambiemos de tema entonces: tengo una pregunta muy importante para hacerte: ¿por qué los periodistas que hacen notas para Orsai en piringundines nunca cogen? Como los policías de las películas que van a los cabarutes para hacerle preguntas a un sospechoso y nunca le miran las tetas a las minas que bailan en el caño.

—Es cierto —le digo—. Salvo Xtian, que coge sin que se lo pidamos, y Symns, que coge siempre pero dos por tres se le rompe el pito, la mayoría nunca hace nada. No me lo explico.

—¿Y el abogado que entrevista Nahuel Gallotta? ¡Qué personaje hermoso! ¿Te acordás de Saul Goodman, el abogado de *Breaking Bad*?

—¡Claro! Pero no se llama Goodman —le digo—. Su verdadero apellido es irlandés, McGill. Se lo cambió por Goodman para que sus clientes se sintieran cómodos teniendo un abogado judío.

—Uno de los grandes secundarios de los últimos años. ¿Viste que Vince Gilligan está pensando en un spin off solo para él? Ojalá salga, porque sería maravilloso. ¿Qué género te imaginás?

—Comedia negra, de cajón. No puede ser otra cosa con ese muchacho.

—Es curioso que los apartamenteros colombianos busquen países no solo donde hay dinero para robar, sino donde las cárceles sean mejores, más confortables.

—Para mí lo raro es que las cárceles colombianas sean peores que las argentinas. No me quiero imaginar esos lugares.

—En Argentina a los apartamenteros también los llaman «cerrachorros», algunos incluso en un momento llegaron a poner cerrajerías y ahí copiaban llaves y desvalijaban casas. ¿No le habrás dado llaves de tu casa a los colombianos de la mudanza, no?

—Nunca jamás, Christian Gustavo. De todas formas yo me sigo acordando con mucho cariño de los cinco colombianos de mis mudanzas. A veces me dan ganas de mudarme de nuevo para llamarlos. Son muy simpáticos y siempre se van saludando con la mano abierta.

—En realidad te están haciendo lo que ellos llaman «la manita» —me dice Chiri—. Es una seña que indica que el cinco de septiembre de 1993 nos ganaron cinco a cero en cancha de River. Se están burlando de vos en código.

—¿Cómo sabés?

—Porque los conozco, boludo. Yo también viví en Sant Celoni. ¿Te acordás que los tuvimos que llamar cuando llegó el horno de Comequechu?

—¡Claro, es verdad!, vos los conocés a mis amigos colombianos...

—¡No son tus amigos!

—Me acuerdo que llegó el horno desde Mar del Plata y había que subirlo al soporte. Estábamos Comequechu, vos, yo, Xavi y Ana, María, Cristina, nuestros hijos... Porque era un acontecimiento. Hasta había llegado una grúa al pueblo.

—Y no podíamos subirlo —se acuerda Chiri—. Hicimos estrategias, construimos poleas, filosofamos sobre el peso de la materia y la gravedad, intentábamos levantar el horno, nos dislocamos, nos curamos, lo intentamos de nuevo... Hasta que tu mujer dijo: «Y por qué no llamáis a los colombianos que nos hacen las mudanzas?», y los llamamos... Qué vergüenza pasamos...

—Me acuerdo muy bien —le digo—. Los colombianos llegaron, y el líder dijo, «a ver, ustedes, los argentinos, contra la pared». Y entre él y un amigo, ¡entre dos personas solas!, se subieron el horno a la espalda y lo colocaron en la plataforma. ¿Cuánto habrán tardado?

—Un minuto y medio… ¿Y cuánto nos cobraron?

—Doscientos treinta euros —le digo.

—¿Seguís manteniendo que los colombianos nunca te robaron?

—No, es verdad. Tenés razón.

Hombres hablando de su vida sexual.

Mujeres hablando de su vida sexual.

LIBERTAD DE PRESIÓN
BUENOS AIRES

DIARIO DE UN **PUERCOESPÍN**

UNA CRÓNICA DE **GRACIELA MOCHKOFSKY**

ILUSTRADA POR **IVÁN MATA**

LIBERTAD
DE
EXPRESIÓN

GRACIELA MOCHKOFSKY
Neuquén, 1969

Periodista. Cofundadora y editora de la revista digital *el puercoespín*. Sus artículos se han publicado en los principales medios gráficos de la Argentina y en revistas de América Latina. Tiene seis libros publicados: *Caso Cóppola, una crónica de fin del menemismo*, en coautoría con Gabriel Pasquini; *Timerman, el periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*, *Tío Boris, un héroe olvidado de la Guerra Civil Española*, *La Revelación, una historia real*, *Pecado Original. Clarín, los Kirchner y la lucha por el poder* y *Once. Viajar y morir como animales*. Su libro *Timerman* fue nominado al Premio Ulysses de Reportaje Literario en Berlín, en 2004. Es Nieman *fellow* de la Universidad de Harvard *(*2009). Graciela Mochkofsky, además de ser una de las periodistas más guapas de la Argentina y batir récord de consonantes raras en un apellido, es la persona que necesitábamos para explicar el fenomenal desbarranque en el que está cayendo el periodismo tradicional. ¿Por qué ella? Porque empezó a ser periodista mucho antes de que se le ocurriera jugar a las muñecas.

No sé muy bien de qué se trata cuando, a los ocho años de edad y en la remota villa patagónica de Planicie Banderita, encuentro en mí la vocación de periodista.

Muchos años más tarde intentaré entender de dónde vino. Chocaré con la perplejidad de mi padre ingeniero y de mi madre bioquímica: no tienen explicación.

No la hay. Solo algunos recuerdos.

Publico una revista propia, *El Club de los Castores*. Recorto textos e imágenes de *Anteojito* y de *Billiken* y los pego en unas hojas. También escribo artículos originales: mi abuela recordará que un día pedí permiso a mamá para entrevistar a los bomberos.

Deposito una copia en cada una de las cuatrocientas puertas de Planicie Banderita. Se me ocurre ofrecer números para una rifa. Todos los compradores reciben una suscripción a la revista y el ganador se lleva una torta que cocina mi mamá.

Papá me regala un micrograbador con microcasetes, que se puede llevar en el bolsillo y con el que grabo conversaciones; una Olivetti portátil con funda azul cerúleo, y paneles de madera terciada con los que construimos una redacción en el jardín. Le pido prestada su Polaroid y compongo mi primer trabajo periodístico en forma de libro. Título: *Mi familia*. Cada página lleva un texto biográfico de cada uno de nosotros —papá, mamá, mis tres hermanos y yo misma—; y al final, una galería de fotos. No conecto todavía mi vocación con una ocupación de adulto, porque en mi página anoto: «Cuando sea grande, no sé qué voy a ser».

Los fines de semana, subimos al Ford Falcon y viajamos sesenta y cinco kilómetros sobre ripio hasta la ciudad de Neuquén.

La primera parada es en la librería *Siringa*. Compramos diccionarios, libros de ciencia y enciclopedias: del Universo, del cuerpo humano, del centro de la Tierra. Es toda la no-ficción que puedo conseguir.

Diez años y cuatro provincias más tarde, estoy en Córdoba. Cada mañana atravieso la ciudad y entro en un mundo desconocido: la escuela de periodismo de la Universidad Nacional.

Atrás dejo, cada mañana, el suburbio acomodado que igual podría ser una isla; la discoteca, la obsesión por la ropa, los rugbiers; después de cinco años viviendo allí, casi no conozco el resto de la ciudad.

En la Universidad Nacional hablan un idioma nuevo, que a duras penas logro descifrar. Hablan, por ejemplo, de política: de no pagar la deuda externa, del orden mundial de las comunicaciones, de la salida de la hiperinflación y la caída de Alfonsín. Se leen unas fotocopias. Sus autores son Adorno, Horkheimer, Benjamin, Van Dijk, McLuhan. Se leen unos libros: de Cortázar, Girondo, Tomás Eloy Martínez. Se recitan leyendas sobre periodistas que, en el pasado, hicieron temblar a presidentes. Se impone cierto cinismo ——parece que así son los periodistas que hacen temblar a presidentes—. Se cuenta un chiste: un editor pide a un periodista una columna sobre Dios y este responde: «¿A favor o en contra?». Hay que reírse.

Se venera a *Página/12*, el diario que hace temblar a los presidentes del momento. Me explican que es independiente y crítico, que es de izquierda, que está comprometido con la democracia y los movimientos defensores de los Derechos Humanos fundados por familiares de las víctimas de la dictadura militar. Que tiene el carácter narrativo del nuevo periodismo norteamericano y la opinión política de los diarios europeos. Que trabajan en él los periodistas importantes. En los pasillos leemos con devoción sus columnas, sus investigaciones sobre la corrupción en el gobierno de Carlos Menem. Se reverencia la portada en blanco con que informa sobre los indultos que da Menem a los militares condenados unos años antes por crímenes que más tarde llamarán «de lesa humanidad».

No hay un oficio más fascinante que el de periodista y no hay personajes más románticos que los periodistas. Un periodista es bohemio, fumador, noctámbulo, quizás alcohólico, lector y escritor, algo aventurero, comprometido, dispuesto a dar la vida, escéptico, cínico, inmensamente idealista. Pasa las tardes largando frases ingeniosas, hablando de asuntos importantes, tomando café con la gente más interesante y obligando a los ministros a renunciar desde la redacción de *Página/12*.

¿Qué puede ser mejor?

Allá voy.

Entro en *Página/12* en abril de 1991, tengo veintiún años. El periodismo argentino, diremos después, vive una edad dorada que durará casi una década.

Los argentinos, por estos tiempos, aman a los periodistas. Les creen más que a nadie: que al presidente (aunque es fácil, porque él mismo ha dicho que mintió en todo para ganar las elecciones); que a los jueces (aunque tampoco es difícil, porque un ministro le ha escrito a otro, en una servilleta, la lista de los que fueron comprados por el Gobierno); que a los sindicalistas (aunque quién le cree a los sindicalistas); que a los obispos (que antes fueron cómplices de los militares y ahora de Menem); que a los profesores (porque la educación está en crisis y hundiéndose por las políticas neoliberales).

Todas las encuestas de opinión lo confirman: los periodistas son héroes. Todos quieren ser periodistas. Yo ya lo soy —¡y en *Página/12*!—.

Me vanaglorio en público, pero en secreto no puedo creer mi buena suerte. Sí, cobramos poco, pasamos horas encerrados en una oficina horrible y sin ventanas, y apenas si hay dinero para ir a los lugares donde ocurren las cosas, pero qué importa.

Por ejemplo. Han matado a seis personas en un campo de General Villegas; la dueña, su hijo, su novio, un linyera y dos peones. ¡Me asignan el caso! Es una oportunidad extraordinaria, aterradora. De algo así, Truman Capote sacó *A Sangre Fría*. Y ahora yo.

Paso la noche releyendo *A Sangre Fría*. A la madrugada ya estoy en el andén de la estación de ómnibus de Retiro, lista para recorrer los cuatrocientos sesenta y seis kilómetros. Llevo un bolso con ropa, un cepillo de dientes y unos pocos pesos. Subo con el fotógrafo al micro que eligió la empleada de la administración del diario. Pregunto impaciente al chofer a qué hora llegaremos a destino. Calculo estar allí al mediodía, con tiempo para descubrir al culpable y escribir mi primer gran artículo. El chofer me contesta que este ómnibus se detiene

en cada pueblo y pueblito que hay en la pampa que separa a Buenos Aries de Villegas. Con suerte, dice, llegaremos a media tarde.

¿Con suerte? ¿Cuál suerte? Nos han comprado el pasaje más barato. Perderé la competencia con los otros diarios antes siquiera de empezar.

El micro ya sale de Retiro. No hay celulares todavía —o, más bien, no los hay para cualquiera, como los habrá unos años después—. No puedo preguntarle a nadie, tengo que decidir por mí misma. ¿Qué hago? ¿Qué haría Truman Capote?

El ómnibus avanza por la ruta. Con el fotógrafo hacemos cuentas: ¿Cuánto dinero tenemos entre los dos? Nos bajamos en el primer pueblo. Unos taxis pintados de blanco languidecen en una calle lateral. ¿Cuánto cobran hasta Villegas? Ida solamente, y en tiempo récord. Mostramos lo que tenemos, lo que podemos pagar.

Un taxista acepta. Nos despedimos del colectivo y subimos al Peugeot 504 que toma una curva, sube a la ruta, avanza trescientos metros, se sacude con una tos convulsa, empieza a echar humo por delante y se detiene.

El taxista baja a revisar y vuelve con el diagnóstico: el motor está fundido.

Jamás llegaremos.

Mi primera cobertura como enviada especial ya está arruinada —y todo por cuestiones logísticas—. Ya vislumbro un fracaso mayor, definitivo: soy otra de las tantas promesas del periodismo que jamás llegaron a cumplirse, se acabó mi futuro en la profesión. Seguro que los periodistas de *Clarín* ya están en Villegas, con auto de alquiler, resolviendo el crimen que yo estaba destinada —¡o no!— a resolver.

No, no puede ser, no puede terminar así. Me cuelgo el bolso al hombro, cruzo una mirada con el fotógrafo y me paro a un costado de la ruta. Hago dedo. Después de un rato, una pick up pintada de azul se detiene.

Adónde, pregunta el chacarero.

Periodistas de *Página/12*, séxtuple crimen, misterio, premura, General Villegas, taxi fundido, el diario de mañana.

Arriba, responde él.

Nos lleva hasta la puerta misma de la estancia.

Entramos en la escena del crimen con el sol todavía alto. Disfrutamos la cara de fastidio del cronista de *Clarín*, que ha llegado horas antes en su auto alquilado y creía que tenía a los policías para él solo. Consigo información; el fotógrafo, las imágenes. Luego, porque ya somos capaces de todo, también conseguimos que alguien nos lleve a la ciudad, que una pensión barata nos alquile dos cuartos, que alguien más me preste papel y una máquina de escribir, y que una última persona me ceda su teléfono para dictar, palabra por palabra, el artículo que llega en tiempo justo para el cierre.

Días más tarde regresaré a Buenos Aires triunfal —sin haber resuelto el caso, como tampoco lo ha resuelto la policía ni lo ha resuelto nadie hasta hoy, veintiún años más tarde—.

Estamos orgullosos de *ser* de *Página/12*. Nos gusta el temblor en la voz de los funcionarios cuando les decimos de dónde estamos llamando. Proclamamos por todas partes lo que somos: periodistas de *Página/12*. Nos duele cuando alguien no nos comenta lo que escribimos hoy y nos decimos que es un reaccionario o vive de espaldas a la realidad, que se conforma con la igualdad artificial del peso con el dólar y las cuotas para comprar electrodomésticos.

Aquí no importan las jerarquías ni la antigüedad. Si trae la información, el más principiante tiene las mismas chances que el más veterano de lograr la primera plana y ser tratado como una estrella —al menos hasta la próxima edición—.

Si todos los periodistas fuimos, somos y seremos hijos del medio y del momento en que nacimos a la profesión, yo soy hija de *Página/12* y de esos años noventa.

Son los años del surgimiento y la consolidación de CNN, el primer canal de noticias mundiales de veinticuatro horas, que comienza por transmitir en vivo la caída del Muro de Berlín. A su imagen, nacen poco después en Argentina, y por todas partes, los canales de noticias por cable. Comienza la era de los multimedios; los medios se convierten en grandes corporaciones, o las grandes corporaciones comienzan a comprar también a los medios, y a facturar cifras multimillonarias nunca vistas en la historia del periodismo. Se habla de los medios como parte del poder económico y político de un modo en que nunca antes se había hablado.

En la Argentina, el diario *Clarín* compra canales de televisión abierta y por cable, compra empresas de telefonía celular y seguros de jubilación, produce espectáculos e invierte en casi todo, amasa un enorme poder.

Las redacciones se modernizan. Entran los primeros faxes —montar el de *Página/12* lleva un día entero de arduas pruebas—. Los cronistas de radio comienzan a ir a las conferencias de prensa con celulares; los envidiamos. Al fin los tendremos también los demás.

Llegan a las redacciones las primeras computadoras. Los viejos periodistas se niegan a entregar sus máquinas de escribir. Los demás vivimos la excitación de una epopeya.

Dentro de poco nos codearemos con colegas del primer mundo en la cobertura de guerras, cumbres, catástrofes, mundiales, olimpíadas. Unos periodistas italianos comparan sus salarios con el de un argentino. El de ellos es más bajo.

Pero algo pasa.

Es 1995. Mi quinto año en el diario. Estoy en la sección Sociedad, cubriendo casos policiales, judiciales, desastres naturales, violencia y pobreza. Ya no recuerdo a la que fui en mis vidas pasadas, solo hay esta: de la mañana a la noche en la calle, hablando con testigos, víctimas, victimarios, funcionarios, personajes comunes y extraños, en el vasto territorio del Gran Buenos Aires y ocasionalmente más allá.

Si todos los periodistas fuimos, somos y seremos hijos del medio y del momento en que nacimos a la profesión, yo soy hija de Página/12 y de esos años noventa.

Fumo, leo, tomo whisky, escribo, estoy entre gente interesante. He llegado.

Entonces, circula un rumor terrible: dicen que *Clarín* ha comprado en secreto *Página/12*. Esto significaría que *Página/12* ya no será independiente, que la competencia lo ha absorbido para… ¿qué?

Ambas partes lo desmienten, pero el rumor coincide con el ingreso de un nuevo administrador y de un contador que antes trabajaba en *Clarín*, y con un enorme ajuste de gastos y de personal. En una redacción pequeña que sentimos como una familia, una mañana nos anuncian que han despedido a casi cien compañeros.

Parece imposible, insoportable. Hacemos huelga durante cuarenta días. El diario se publica en una versión empobrecida que alimentan los jefes.

El sábado anterior a la reelección del presidente Menem, que en la redacción (y en muchas otras partes del país, pero evidentemente no tantas) se siente como una derrota personal, la empresa logra la intervención del Gobierno y tenemos que levantar la huelga —o entrar en la ilegalidad—.

Un día antes, en el acto final de la protesta, un grupo de nosotros hace un piquete frente a la puerta para impedir que nadie entre —para impedir que el diario salga—. Hay forcejeos. Los jefes, prudentes, se van al café de la esquina. Nosotros nos repartimos en los demás, bebemos, discutimos. Sabemos que es el final.

Por la mañana, un subeditor que quiere a toda costa que lo odien hace un *dribbling*, empuja y logra atravesar el piquete. Pasa el día entero solo en la redacción vacía, donde suenan teléfonos que solo él atiende y a la que llegan faxes que solo él lee.

El lunes, todo comenzará de nuevo. La redacción volverá a llenarse, los teléfonos serán atendidos. Habrá un vacío del que algunos hablarán y otros ya no, pero que todos sentirán.

En medio del conflicto, me avisan que gané una plaza en la maestría de periodismo de la Universidad de Columbia, en Nueva York. Tal vez es un buen momento para irme por un año. Convenzo a mis padres de vender el pequeño departamento que habito en Buenos Aires y uso el dinero para pagar el viaje.

Columbia, me han dicho, tiene la mejor escuela de periodismo del mundo. Es, tal como lo veo, la cuna del periodismo riguroso, honesto, independiente, crítico y vigilante del poder que quería imponerse en las redacciones argentinas en esos, mis años de formación. En *Página/12*, los jóvenes repartíamos nuestra admiración entre la generación de periodistas de los años sesenta y setenta (algunos de cuyos sobrevivientes trabajaban con nosotros) y norteamericanos como Bob Woodward y Carl Bernstein, quienes habían terminado con la presidencia de Richard Nixon en los años setenta (¿qué mayor logro podía esperar un periodista que hacer renunciar a un presidente que engañaba a su país?). Citábamos a *Primera Plana* y *La Opinión* como nuestros grandes modelos nacionales, pero al *New York Times*, al *Washington Post*, al *Wall Street Journal* o al *New Yorker* —incluso si no los leíamos— como a los mejores del mundo. Leíamos a la generación del Nuevo Periodismo, a Capote, Talese, Mailer, que, mezclados con las tradiciones locales (de inspiración europea), habían ayudado a moldear un estilo muy propio de *Página/12* y que yo había adoptado hasta donde había podido: un periodismo narrativo de espíritu crítico y mordaz.

Allá voy.

Es mi primer día en Columbia. La decana nos reúne en un gran salón y nos dice que somos especiales, integrantes de una élite, los mejores de nuestra generación, herederos de una tradición honorable; que el éxito de nuestra inversión (muchos se han endeudado por años para estar aquí) está garantizado.

Aprendo muchas lecciones en ese año de escaso sueño, presión permanente y competencia feroz. En uno de los primeros ejercicios, el profesor nos provee unos datos sobre un caso: un alcalde detenido como sospechoso en un crimen. Tenemos que escribir un texto seco e informativo como un cable de agencia y con un plazo muy limitado de tiempo. Nos precipitamos sobre las máquinas.

Mientras tecleamos con desesperación en nuestras computadoras portátiles —me la compré apenas llegar—, el profesor nos respira en la nuca. Cuando pasa por mi escritorio, se detiene en seco. Para impresionarlo, he decidido insertar detalles narrativos, como hacía en Buenos Aires: he agregado, por ejemplo, que el alcalde ha pasado la noche en vela en su celda.

El profesor se escandaliza: ¿Cómo puedo saber si el alcalde ha dormido o no? Nadie ha mencionado ese detalle, no tengo fuente alguna. ¡Tengo que dejar mi imaginación afuera de la sala!

Lo que se marchó con aquellos primeros despedidos fue algo indefinible, algo que le daba sentido a todo, que nos daba un sentido.

Comienzo a dudar de todo lo que he hecho hasta entonces —y de lo que otros han hecho, de cómo trabajamos—. De qué había entendido que era el periodismo.

En Columbia, los estudiantes soñamos con desafiar al poder, o publicar grandes historias sobre temas importantes, o ser corresponsales de guerra. Vienen a hablarnos las figuras del momento, los últimos ganadores del Pulitzer, los enviados a Burundi y Sarajevo, los especializados en Ciencia y en Educación. Cuando a mi clase de Reporting and Writing viene David Remnick, ganador de un Pulitzer por su cobertura de la caída de la Unión Soviética y recién nombrado director de *The New Yorker* (la «mejor revista del mundo»), hay un instante de temor reverencial, como si a la sala hubiera entrado un dios —pero un dios al que todos allí aspiran a reemplazar en un futuro no muy lejano—.

Y cuando los dioses no vienen a nosotros, nosotros vamos a por ellos. Una mañana nos citan en el *Wall Street Journal* para desayunar con Paul Steiger, su director. Comprendo pronto que hasta ahora no he tenido una percepción clara sobre el poder de un gran periódico. Steiger no es como los editores de diario que he conocido en la Argentina, al fin periodistas asalariados con años de experiencia: no, parece un aristócrata, un presidente, una figura poderosa y lejana. Y el edificio, el salón, es propio de una corporación multimillonaria —no ese galpón de *Página/12* iluminado por luces de neón que llamamos el «submarino»—. ¿Ser periodista es, entonces, ser parte de este nuevo poder?

Sobre el final del desayuno, Steiger se acerca porque le han dicho que soy argentina y quiere darme un ejemplar del *Wall Street Journal Americas*, una selección de artículos en español del WSJ que están promocionando en esos días.

Estoy en la cima del mundo. Y yo, todos nosotros, podemos quedarnos aquí si trabajamos duro y entendemos las reglas.

Aunque hay excepciones. Cada tanto llegan, como ecos lejanos, historias de fracasos, de periodistas del *New York Times* amargados porque con suerte publican una historia insignificante por mes y ahogan en whisky su frustración el resto de los días.

Las desestimamos con suficiencia. No, a nosotros nunca nos pasará algo así.

En la última semana antes de la graduación, Columbia monta una feria de empleo: editores de todo el país vienen a entrevistarnos. Mis compañeros sueñan con trabajar en Nueva York, pero saben que deberán aceptar lo que encuentren en ciudades menores, Saratoga o Charlotte, e ir subiendo esforzadamente (o por golpes de suerte) en la cadena hasta llegar a destino. Yo falto a mis entrevistas. He decidido volver a la Argentina, tengo aún mi puesto en *Página/12* y mucho para aplicar allí. Tengo la idea de hacer grandes historias en el estilo de lo que los norteamericanos llaman «features», y se me ocurre que desde Buenos Aires puedo imaginar una obra con proyección internacional, tal vez un libro.

Imagino que Buenos Aires será Nueva York.

Página/12 ya no es el mismo. Muchos editores y redactores se han ido; otros se irán. Pero, sobre todo, lo que se marchó con aquellos primeros despedidos fue algo indefinible, algo que le daba sentido a todo, que nos daba un sentido.

Me concentro en cubrir casos policiales cuando puedo —todavía estoy en la sección Sociedad—, pero ya imagino otra cosa. Escribo el segundo libro de mi vida, una investigación sobre un resonante escándalo que mezcla drogas y política, en equipo con Gabriel Pasquini,

con quien vivo desde la huelga del noventa y cinco y que desde entonces será mi editor y mi marido. Es la historia de cómo un juez y un grupo de policías tendieron una trampa al manager de Diego Maradona, Guillermo Cóppola, incriminándolo como traficante, para obtener notoriedad y rédito político. Pero lo que la historia de verdad muestra es cómo es posible fraguar la justicia con la protección de la política… y de los medios.

La sociedad ha condenado a Cóppola por anticipado, quiere hacerlo culpable de los desastres personales de su representado, el ídolo popular, y no quiere escuchar sobre su inocencia. Y muchos medios y periodistas, esos que serán consagrados al año siguiente como héroes cuando sea asesinado el fotógrafo José Luis Cabezas tras retratar a un empresario ligado al poder, les dan eso que esperan. Yo misma he recibido preguntas nerviosas de los editores cuando mi cobertura insiste en mostrar que el caso contra Cóppola es un montaje. Descubro que cuando la verdad no es la que la audiencia espera, cuando es una verdad incómoda, tampoco a los medios les interesa la verdad.

Esta también es una verdad incómoda. Por ahora.

Busco un escape para mi insatisfacción con el diario, una transición hasta descubrir cómo irme. Encuentro un nuevo proyecto: investigar la vida de Jacobo Timerman, un mítico y controversial editor de los años sesenta y setenta que contribuyó a modernizar la prensa argentina de aquellos años y que se había convertido en material de infinitas anécdotas que yo me había cansado de escuchar en boca de los veteranos.

A poco de iniciarlo, surge la oportunidad de pasar a *La Nación*, que en muchos sentidos es el exacto opuesto de *Página/12*: un diario de más de cien años, fundado por un expresidente, y vocero de la élite social y las grandes empresas tradicionales del país por origen, conformación accionaria y vocación. Un medio conservador que se dice también liberal aunque solo parece serlo en la economía, y que apoyó a la última dictadura militar y todavía expresa su simpatía o su defensa por los militares —aunque empieza a reconocer, a regañadientes, sus crímenes—, así como a modernizar un lenguaje y un modus operandi rígido y antiguo, cuyos practicantes definían en lemas como este: «Sabemos todo, pero no publicamos nada».

La Nación ambiciona cambiar, moderni-

Dimos vuelta la historia y comenzó otra vez desde el principio.

zarse según el ideal norteamericano. Una de las familias descendientes de Mitre ha tomado el control accionario. Son los Saguier, una madre y cuatro hijos. Fernán, que ha sido corresponsal en Washington, se convierte en secretario general. Los Saguier buscan periodistas formados en *Página/12*, y muchos —llegamos a contar diecinueve— nos sumamos a sus secciones «calientes»: política, economía, información general. Se forma incluso un equipo de investigación, al que se suma Gabriel, y al que se alienta a imaginarse en el *Washington Post*.

Estas ambiciones de renovación conviven con los viejos editores y la vieja audiencia, que no comparten los mismos valores. Y esto a su vez nos exige mayor rigor: nuestra información debe ser intachable, debemos librar peleas cada día para que se le dé un lugar destacado. Ya no hay lugar para los sobreentendidos ni las licencias de *Página/12*. Es un buen desafío, que amenaza con resultar en mejor periodismo.

Además, *La Nación* tiene todos los recursos de un gran diario. Cuando uno llama desde allí, del otro lado casi siempre atienden.

Consigo el mejor puesto posible: cubro la llegada al poder de la Alianza y del presidente Fernando de la Rúa. Si me preguntan qué otra cosa quisiera hacer, respondo: ninguna. No concibo mi vida fuera de una redacción. Tengo todo el futuro planeado: seré la principal columnista política del país y haciendo eso, feliz, moriré.

Pero no resulta tan fácil.

—Esto que escribiste —me dice una noche un editor, con mi artículo del día todo subrayado sobre su escritorio— es impecable. Yo mismo confirmé con las fuentes que la información es verídica —y agrega, terminante—. No lo vuelvas a hacer.

Otro día, para convencerme de que mi voz crítica ya cae pesada:

—Tenés que ser capaz de ver un pájaro bello y describirlo.

Sin darme cuenta al comienzo, estoy aprendiendo cómo funcionan las cosas de verdad. Como cronista del diario, investigo cada día a los principales jugadores de la vida política y de la prensa que son mis contemporáneos mientras, como biógrafa de Timerman, reconstruyo la historia del mismo juego en el medio siglo precedente. En algunos momentos afortunados, obtengo una claridad que pocas veces se consigue cuando uno está inmerso en la pura acción: la de conectar el pasado, el presente y el futuro del periodismo y del país.

DEJÉ DE HACERME PROBLEMA CUANDO DESCUBRÍ QUE SE PODÍAN COMPRAR HECHOS.

En esos momentos de lucidez vislumbro mi error: lo que creo que es, o debe ser, no se compadece con lo que ocurre cada día. Una parte importante de mi trabajo cotidiano consiste en una pulseada, no ya con aquellos que, desde el poder, quieren impedir que se conozcan ciertas acciones y planes que esperan mantener ocultos, sino con mis editores, que esperan que mis artículos encajen en la visión menos crítica del diario y que sopesan la información según los intereses editoriales del momento.

Me digo que mi trabajo consiste en una doble batalla: con las fuentes, para conseguir la información más veraz posible, y con los editores, para lograr que sea publicada sin distorsiones.

Gano muchas batallas, pierdo otras. En mi balance personal, llevo más ganado que perdido, por lo que me digo que vale la pena. Siento en esa doble batalla una suerte de épica profesional.

La crisis que desembocará en ese diciembre de 2001 arrasa con la clase política, el modelo económico, una buena porción de la clase media y mucho más, y cobra también su precio a los medios y los periodistas. Los diarios pierden avisadores drásticamente y, al tiempo que las deudas multimillonarias acumuladas durante su expansión de la década anterior se mantienen en dólares, sus ingresos en pesos se reducen en un tercio, en 2002, por la devaluación de la moneda. El que debía cien millones de dólares por la moderna planta impresora conseguida en los años de riqueza sigue debiendo cien millones de dólares; pero, por cada peso-dólar que antes obtenía de la publicidad privada y oficial y de las ventas, ahora obtiene treinta centavos.

Los dueños de los medios entran en pánico. Ante la perspectiva de caer en la quiebra, o de ser comprados por sus acreedores, recurren al Gobierno, a los bancos, a otros empresarios, y comienzan negociaciones para «salvar» a los medios. Naturalmente, no hay que molestar a quienes se les pide ayuda. En las redacciones se cancelan las investigaciones y la crítica, salvo contra quienes no tienen poder alguno.

Durante una marcha de desempleados, la policía asesina a dos jóvenes, Darío Santillán y Maximiliano Kosteki. Los fotógrafos enviados por los diarios tienen las fotografías que pueden probar lo que ocurrió. Pero el gobierno de Eduardo Duhalde, que ha llegado sin legitimidad popular con un acuerdo entre políticos para salir de la crisis, pide a los diarios que no se hable de «represión»: prenuncia el final de su mandato. Los diarios —salvo *Página/12*— deciden no publicar las fotos ese día.

Para los periodistas que no nos hemos vuelto cínicos, es una época deprimente.

No puedo negar, además, que no es un escenario excepcional en la historia del periodismo argentino. El mismo ciclo ha ocurrido antes, muchas veces. Aunque un abismo parece separar los años de Timerman de este presente —su época fue aquella de la dominación militar del espacio político; esta es la segunda década de democracia estable—, ciertos mecanismos y reacciones siguen funcionando del mismo modo. Hasta ciertos protagonistas son los mismos.

Tal vez no hay otra cosa.

Tal vez esto es simplemente así, siempre ha sido así.

Tal vez he vivido equivocada, tal vez me engañé.

Tal vez es hora de dejar.

El país parece hacerse eco de lo que pienso. Duhalde se retira y, por una serie irrepetible de circunstancias, logra la Presidencia el casi desconocido Néstor Kirchner, quien cree que los medios moldean su contenido solamente según sus intereses económicos y políticos; que no existe espacio alguno para un periodismo «independiente», o incluso veraz. Que no hay periodismo: solo hay medios.

Como otros políticos, pero sin temor a proclamarlo en público en cuanta ocasión se le presenta, divide a la prensa en amiga y enemiga. El principal enemigo es *La Nación*, a la que solo da información en determinadas ocasiones y a la que ataca en público como integrante de la oposición y vocera de grandes intereses económicos.

En el lugar de aliado ubica al Grupo Clarín. Le da absoluta prioridad en el acceso a primicias, entrevistas y toda información que le interesa difundir, y mantiene una conversación permanente con Héctor Magnetto, CEO y uno de los principales accionistas del Grupo, con quien negocia acuerdos que benefician a *Clarín* y también discute sobre la situación del país y el rumbo del Gobierno.

Los periodistas ven cambiar las reglas del juego. En los noventa, los funcionarios se sentían obligados a recibirlos, a dar explicaciones (aunque fueran falsas), a proclamar su respeto por la libertad de prensa mientras intentaban por detrás limitar el daño: es decir, mostraban

su respeto por lo que consideraban el poder de los periodistas y los medios. Ahora, el Gobierno habla con unas empresas y otras no, y desprecia en público a los periodistas que son de las empresas enemigas. A estos no se los recibe —ni siquiera se les atiende el teléfono—.

Decepcionada con los medios, renuncio a *La Nación* en 2003. Al poco tiempo, se publica *Timerman*, que me ha llevado casi seis años de trabajo. Busco refugio en los libros —comienzo a trabajar, casi en simultáneo, en los dos siguientes— mientras intento descubrir cómo seguir con el periodismo.

Durante los siguientes cinco años, Gabriel y yo llevamos una vida de escritores —él había renunciado a *La Nación* meses antes que yo—, pero comenzamos a soñar con fundar un medio propio: el medio en el que queremos trabajar.

Diseñamos proyectos, tenemos reuniones, averiguamos costos, redactamos planes de negocios. Y siempre chocamos contra la misma pared: hace falta una gran inversión de dinero, el dinero requiere un financista, y el financista trae una agenda, límites y propósitos que condicionan la posibilidad de hacer periodismo, que no puede hacerse sin dinero…

¿Cómo hacer periodismo sin un medio? ¿Cómo hacer periodismo en un medio?

En ese dilema estamos cuando surge la posibilidad de volver a los Estados Unidos: gano una fellowship para periodistas de la Nieman Foundation, en la Universidad de Harvard. La beca Nieman, que se otorga cada año a una veintena de periodistas con experiencia, la mitad norteamericanos y el resto de todas partes del mundo, fue creada en 1937. La viuda de un periodista donó una fortuna para que Harvard creara una escuela de periodismo, y la universidad —que quería el dinero— no creía que el periodismo fuera algo merecedor de curso alguno. La solución fue crear un programa que pagara a los periodistas para desasnarlos: que se codearan por un año con una de las más importantes élites académicas del mundo.

Año tras año, los elegidos se inscriben con reverencia en los cursos más diversos: filosofía, literatura, ciencia, música, religión, oratoria, leyes, arte, salud pública, negocios, política, historia, arquitectura, diseño, urbanismo… la fascinante oferta de Harvard. Se supone que utilizarán lo que sepan en su regreso al trabajo.

Pero, a poco de comenzar el ciclo, se hace evidente que mi clase será diferente de las anteriores.

Todas las semanas asistimos a charlas de colegas, empresarios de los medios, expertos académicos que coinciden en un mismo diagnóstico: la gratuidad, la velocidad, la infinita posibilidad de reproducción y distribución y el masivo acceso de internet han destruido el monopolio que tenían los medios de comunicación.

Diario

Como si durante años nos hubiéramos estado entrenando para romper el récord de los cien metros llanos y de pronto nos dijeran que debíamos correr una carrera de embolsados abierta a todo el que quisiera participar.

Mis compañeros norteamericanos comienzan con entusiasmo, pero pronto caen víctimas de la ansiedad y la depresión. Cada día se anuncia una nueva ola de despidos en sus redacciones. Son cuatrocientos, no, quinientos periodistas esta vez; alguien llamó: se habla de echar más, incluso del cierre. Mi amiga Dorothy se entera de que su diario, el centenario *Seattle Post Intelligencer*, del que era columnista, ha clausurado su edición en papel para convertirse en una pequeña redacción online en la que ella no tendrá cabida. Informan a David que el *Chicago Tribune* se ha declarado en quiebra. Algunos reciben ofertas de retirarse «voluntariamente» a cambio de una compensación, o la advertencia de que a su regreso los espera, con suerte, la incertidumbre.

Todas las semanas asistimos a charlas de colegas, empresarios de los medios, expertos académicos y gurúes varios que coinciden en un mismo diagnóstico: la gratuidad, la velocidad, la infinita posibilidad de reproducción y distribución y el masivo acceso de internet han destruido el monopolio que tenían los medios de comunicación, por lo que su «modelo de negocios» (oiremos tantas veces estas tres palabras en los años por seguir que parecerá que encierran la clave misma del periodismo) se ha acabado y no hay reemplazo. Un artículo de modas, una importante cobertura internacional o una crónica de guerra pueden costar fortunas, pero, una vez colgadas en internet, su precio tiende a cero y compite, a veces en desventaja, con videos o posts colgados por gente de todo el mundo que jamás soñó con ser periodista, que jamás tuvo un *Club de los Castores* ni hizo dedo para recorrer quinientos kilómetros y averiguar quién mató a una familia en General Villegas.

En Columbia, en 1995, había recibido la primera señal, pero ninguno de nosotros se había dado cuenta. La universidad nos había dado la que para la mayoría era la primera casilla de *email*. Todos pasamos por el curso de Reporteo Asistido por Computadora, que no considerábamos, ni por lejos, entre lo más excitante del año.

No lo sabíamos, pero éramos una generación que se preparaba a nivel olímpico para una competencia cuya naturaleza y cuyas reglas cambiarían por completo cuando llegáramos a la edad de pelear por los primeros puestos. Como si durante años nos hubiéramos estado entrenando para romper el récord de los cien metros llanos y de pronto nos dijeran que, en cambio, debíamos correr una carrera de embolsados abierta a todo el que quisiera participar.

La terrible noticia: ya no nos necesitan.

Eric Alterman escribe en *The New Yorker* otra frase que repetiremos en los días por venir: hay un «cambio de paradigma». Antes, una elite preparada detentaba la misión y el poder de obtener y procesar la información y de distribuirla entre un público mayormente pasivo; ahora, amplios colectivos aspiran a informarse mediante una continua «conversación» entre sus miembros. Advierte, también, sobre el peligro de que estas conversaciones ocurran en comunidades aisladas, que hablen consigo mismas, y no más allá de las membranas de su burbuja.

Nos cae encima un aluvión de estadísticas. La planta total de periodistas en los diarios norteamericanos, que ha crecido de cuarenta mil a más de sesenta mil entre 1971 y 1992, vuelve a cuarenta mil en 2009, según un estudio de la Universidad de Columbia. Los avisos en diarios de papel han caído un veintitrés por ciento en

dos años, según el reporte sobre el estado de los medios 2009 del Pew Project for Excellence in Journalism: «Algunos diarios están en bancarrota —dice el informe—, otros han perdido tres cuartos de su valor. Según nuestros cálculos, casi uno de cada cinco periodistas que trabajaban en diarios en 2001 ha perdido su puesto, y es posible que 2009 sea todavía peor». En los canales de televisión, los equipos de noticias han sido reducidos «a niveles sin precedentes» y las ganancias han caído siete por ciento en un año electoral, «algo nunca antes visto». Once diarios metropolitanos han sido cerrados y ocho han pasado a publicarse exclusivamente online, o reducido al mínimo su existencia en papel desde marzo de 2007, según el sitio *Newspaper Death Watch.*

La migración hacia internet es cada vez mayor. Según el informe del Pew Project, la cantidad de usuarios habituales de sitios de noticias en internet en Estados Unidos ha subido diecinueve por ciento en los últimos dos años. Solo en 2008, el tráfico de los cincuenta sitios de noticias más populares de internet ha crecido veintisiete por ciento. Pero su ganancia publicitaria, que en los últimos dos años aumentó a razón de un tercio anual, se está estancando. Se calcula que en 2008 la recesión ha duplicado, al menos, las pérdidas de la industria periodística norteamericana.

Los números parecen fríos y lejanos hasta que algo pasa en el correo que recibo de mis excompañeros de Columbia. Durante años nos hemos mantenido al tanto de ascensos, corresponsalías, libros publicados, premios recibidos —Paul ha sido contratado por el *New York Times* para cubrir el sudeste asiático, como quería; Susan escribe desde México para una gran agencia de noticias; Julia produce documentales en Nueva York; otros escriben desde Sierra Leona, Afganistán, China, Madagascar—, y recibido las ofertas de trabajo de quienes han alcanzado posiciones ejecutivas. Pero 2009 es distinto.

Amy anuncia que ha renunciado a su puesto de periodista de investigación televisiva para montar su negocio en Connecticut, con el que está haciendo buen dinero. ¿Un medio propio? No. Es gerente regional de una marca de cosmética suiza —una versión sofisticada de Avon—. Trabaja desde su casa y es feliz. Quiere que sepamos que si estamos «buscando un plan B en estos días» los cosméticos son una buena opción.

Amy anuncia que ha renunciado a su puesto de periodista para montar su negocio en Connecticut, con el que está haciendo buen dinero. ¿Un medio propio? No. Es gerente regional de una marca de cosmética suiza.

Le responde una avalancha de mensajes. ¿Conmiseración? ¿Condena? Todo lo contrario. Deena, desde Nueva Jersey, se define como «una de las últimas graduadas de la escuela de periodismo lo suficientemente ingenuas como para seguir trabajando en un periódico». Amy no está sola, afirma Deena: «Un número creciente de talentosos periodistas está dejando la profesión para seguir oportunidades mejor pagas y más excitantes. Tengo que admitir que una parte de mí se siente increíblemente inspirada por ello».

Norman anuncia que está a punto de crear una ONG y que lo mismo está haciendo Paul. Temima confiesa que le ha llevado mucho tiempo darse cuenta de que «estaba bien hacer otra cosa» que no fuera periodismo, pero que ahora es feliz dando clases de literatura inglesa y oratoria en una escuela secundaria. Ana Lisa cuenta que ha sido editora de grandes revistas de Nueva York y Los Ángeles durante doce años y que ha ayudado a lanzar nuevas publicaciones

al mercado, pero que solo dos de esas revistas sobreviven y son, admite, «una porquería». Quienes siguen trabajando en ellas, afirma, «están deprimidos y odian su trabajo más de lo que creían posible». Ella misma ha pasado más de un año desempleada. Ahora estudia para ser bibliotecaria, una carrera con un futuro laboral que —está convencida— el periodismo ya no ofrece.

Josh llegó a editor senior en *Entertainment Weekly*, donde hizo carrera a lo largo de doce años. Luego de publicar su primer libro, sin embargo, dio con el plan ideal para su vida: escribir libros y dar clases. «En la mañana que siguió a esa epifanía —cuenta—, la economía se fue a la mierda, y desde entonces tengo los nudillos blancos de aferrarme a mi trabajo y a mi sueldo».

Adam nos recuerda que poco después de la graduación fue contratado como asistente de producción por *Fox News*. Sí, lo recordamos: fue la envidia de muchos. En cinco años, llegó a productor senior. Luego pasó a otra cadena como productor de un programa de noticias en horario central. Pero cada día se sentía más infeliz en su trabajo, hasta que «se volvió dolorosamente claro que ya no quería producir noticias». De un día para el otro, renunció al periodismo e inició una nueva carrera como… comediante de *stand-up*.

En otra generación, estos relatos serían una expresión de la crisis de los cuarenta. En la mía, son los ecos de una estampida, esa estampida final, ciega, desesperada, a la que se lanza una especie en peligro de extinción.

En los años siguientes se hará claro que no se trata solo de los Estados Unidos. Aunque a diferente velocidad y en diferentes proporciones, el periodismo y los medios estarán en crisis en (casi) todas partes. Los barones del viejo modelo caerán con estrépito: Rupert Murdoch es el que hará más ruido. Murdoch —durante décadas un todopoderoso magnate que se sentaba a la mesa del poder con presidentes y reyes y decidía sobre actos de Gobierno grandes y pequeños— sucumbirá ante la revelación de que uno de sus diarios en Gran Bretaña interceptaba teléfonos ilegalmente para obtener la información que publicaba. Lo había hecho para escuchar a celebridades, y esto se dejó pasar, pero cuando se sepa que también lo hizo con la víctima de un crimen, la sociedad ya no lo tolerará. A partir de ese escándalo, se hará público lo que muchos sabían pero no publicaban: las conexiones de Murdoch con el poder. Se iniciarán investigaciones judiciales sobre soborno y corrupción, importantes editores irán a prisión y el imperio se desplomará.

Como el suyo, otros grandes conglomerados de los noventa comenzarán a crujir, o se derrumbarán, lisa y llanamente. Los grandes diarios ya no volverán a ver aquella cantidad inusitada de ceros en sus planillas de ganancias.

La realidad parece sugerir una solución a la contradicción entre la estructura empresarial de los medios y la aspiración de verdad del periodismo: los medios morirán.

Claro, no ocurrirá, o no ocurre, igual para todo el mundo. Tras una sesión de lamentos en la Nieman Foundation, durante la que los fellows norteamericanos repasan sus cuitas con especial autoconmiseración, Thabo, el sudafricano, se pone de pie y con entusiasmo les ofrece una alternativa: por qué no se mudan a África, donde hay varios países de habla inglesa, como el suyo, que podrían utilizar en sus revistas y periódicos de tirada creciente a editores y redactores de experiencia.

Silencio.

Han pasado cinco años de esa oferta. Nadie se ha mudado, que yo sepa.

También en Argentina parece derrumbarse el sistema.

A mediados de 2008, *Clarín* ha roto su alianza con el Gobierno y pierde los beneficios que le daba. Gobierna Cristina Fernández de Kirchner, quien ha sucedido a su marido. *Clarín* ha decidido, por razones tácticas y políticas, apoyar al sector enfrentado con el Gobierno en una pelea por imponer impuestos móviles a las exportaciones de soja y el Gobierno lo ve como una traición. Los Kirchner se dedican a atacar la credibilidad de su aliado previo, mientras intentan negociar un reencuentro en privado. En los actos de Gobierno hay carteles, globos y hasta medias que afirman: «Clarín miente».

Llego a Buenos Aires a tiempo para las elecciones legislativas que pierde el gobierno de Cristina Kirchner. Una de las primeras imágenes del regreso es la cara desencajada de Néstor Kirchner en televisión, pasadas las dos de la madrugada del veintinueve de junio de 2009, aceptando, con espectacular reticencia, su derrota.

Pero en lugar de retroceder, los Kirchner deciden ir hacia delante, encontrar a los culpables y dar guerra a sus enemigos. Golpean a *Clarín* donde más le duele: en el bolsillo. Le quitan negocios millonarios, lo persiguen en la justicia, hacen aprobar una ley que lo obligará a desmembrar el Grupo.

Al radicalizar su enfrentamiento, por momentos con una retórica vieja y siempre con fines políticos más que inmediatos, los Kirchner se vuelven, de pronto, muy modernos: comienzan a hablar con la sociedad en forma directa, descartando abierta y militantemente la intervención de los medios —descalificando con palabras y actos la mediación de esa élite de la que hablaba Eric Alterman en *The New Yorker*.

Y hablan *mucho*: Cristina tendrá períodos en los que se la podrá encontrar cada día en la televisión dando largos discursos por cadena nacional. Y luego en Twitter. Y luego en los espacios de publicidad oficial.

No está sola. Los políticos en todas partes del mundo descubren lo mismo. Presidentes tan distintos como Barack Obama, de Estados Unidos, y Hugo Chávez, de Venezuela, arrasan en Twitter. En América Latina, el fenómeno adquiere tintes políticos y forma parte de una polarización ideológica, una división en comunidades con valores diferentes que no se oyen entre sí —como había advertido Alterman—. En países como Venezuela, Ecuador, Brasil, Bolivia y, por supuesto, Argentina, con muy distintos matices y por la combinación de procesos específicos, el enfrentamiento entre Gobiernos y medios es una batalla abierta.

En el fondo, los políticos hacen lo que siempre han hecho: intentar domesticar a los medios. Antes se hacía tras bambalinas; y ahora, en medio de esta devaluación de nuestro rol histórico, se animan a hacerlo abiertamente.

¿Y nosotros? ¿Qué hacemos nosotros?

Bueno, también los medios argentinos hacen lo que han hecho siempre: lo que se les dice. Si los acusan de formar parte de la oposición política y de ser voceros de grupos económicos, o los convocan a formar parte de la gran causa nacional y popular, pues ¡a cumplir con la tarea! A distorsionar los hechos, a forzar los titulares, a omitir y exagerar para mostrar que el Gobierno es un demonio o un dios, que la Argentina es el infierno o el paraíso, que vivimos en emergencia o en la mayor prosperidad. Su relato del país ya no es meramente irreal, sino que por momentos entra en el absurdo. Aparentemente ya no se teme quedar en ridículo.

Los opositores se hacen llamar «independientes». Los oficialistas se dicen «militantes». Hay colegas de *Página/12* en ambos bandos. Algunos se vuelven estrellas de la televisión oficial; otros, de la televisión contraria. Muchos periodistas se enlistan detrás de sus empresas como si estas fueran una causa sagrada.

Aquellos que miran con el viejo escepticismo que nos era propio a ambos bandos prefieren, en su mayoría, el silencio. Temen que sus voces se pierdan en el griterío. Y también que detrás del ruido algo esté realmente cambiando, que hayamos perdido algo que ya no volverá: lo que éramos, o lo que creímos que éramos —o, más bien, aquello que soñábamos ser y nunca terminamos de ser—.

Muchos se van a trabajar en otra cosa.

¿Es esto todo?

¿El final?

No. Por algún motivo, algo nuevo empieza a surgir en todas partes. Incluso en países de América Latina que no parecen los más obvios. Mi amiga Juanita León lanza en Bogotá un sitio dedicado a informar y debatir sobre el poder político en Colombia, sin las ataduras y compromisos de los medios tradicionales en los que se ha formado. El conocido periodista de investigación peruano Gustavo Gorriti abre un sitio de investigación en el que se puede publicar lo que no se puede en los diarios de Lima. En El Salvador, el periódico digital *El Faro*, fundado más de una década antes, cuando en el país apenas si existían conexiones a internet por un grupo de periodistas jóvenes que tampoco encontraban espacio para contar lo que veían, comienza a ganar notoriedad por sus importantes investigaciones y grandes crónicas sobre la violencia.

Son periodistas que, como yo, han llegado a la profesión varias décadas atrás, que han pasado por la experiencia de los grandes medios y su decepción, que han vivido todas la crisis y todavía quieren algo, todavía esperan alcanzar algo que no se ha alcanzado.

Allá voy.

En marzo de 2010, después de dos semanas casi sin dormir en las que Gabriel, valiéndose de manuales online y de la ayuda de dise-

ñadores y desarrolladores voluntarios, aprende suficiente lenguaje de programación de internet como para montar, diseñar y ajustarla a nuestras necesidades, lanzamos una revista digital sobre cultura y política que llamamos *el puercoespín*. No sabemos todavía en qué va a convertirse. Pero sabemos qué queremos que sea: un medio en el que podamos reconocernos.

No tenemos más capital que nuestro trabajo y nuestro tiempo, y la ayuda de amigos de todo el mundo. Durante meses, nos dedicamos a experimentar. Gabriel termina de darle forma: una revista de renovación diaria que hace equilibrio entre textos y materiales propios y una curaduría o «agregación» de materiales elegidos de todo el mundo. Un medio, nos gusta pensar, en el que reunir historias —escritas, fotografiadas, grabadas o filmadas— en las que un antropólogo del futuro podría hallar algunas claves sobre nuestra época.

Tres años más tarde, *el puercoespín* no ha dejado de crecer. Tanto, que nos aprestamos a lanzar una colección de libros digitales y una red de suscripciones con beneficios que llamamos *El club del puercoespín.*

Recuerdo entonces, cuando miro lo que hemos construido, mi segundo encuentro con Paul Steiger, aquel editor del *Wall Street Journal* cuya aura de poder tanto me había impactado más de una década atrás. Es antes de mi regreso a la Argentina, en 2009. Steiger sigue siendo impactante: sobresale como un miembro de otra especie entre la multitud de periodistas y editores invitados al congreso de periodismo digital que debe inaugurar. Se ha ido del WSJ cuando este fue vendido al grupo Murdoch y es ahora director de uno de los nuevos medios digitales, *ProPublica*, dedicado exclusivamente a la investigación del poder.

Steiger traza un diagnóstico de la industria en colapso y habla sobre la desesperación de los periodistas veteranos, que no encuentran un lugar en el «nuevo paradigma». Pero enumera también las fascinantes experiencias que han surgido de la crisis: espacios en los que se practica el mejor periodismo, sin deformaciones; en los que el ideal está intacto.

«Es un momento ideal —concluye— para tener veinte años».

Ya no tengo veinte años, y no volveré a tenerlos. Pero la línea abierta con *El club de los castores* ha formado un círculo —toda una vida más tarde— con *El club del puercoespín*. Y allí, vuelvo a empezar. ◣

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Alfonsín, Raúl: (Chascomús, 1928-Buenos Aires, 2009.) Abogado, político, estadista y primer presidente democrático después de la dictadura militar, en 1983.
Alianza: Coalición política entre la Unión Cívica Radical y Frente País Solidario que ganó las elecciones presidenciales en 1999 en Argentina.
Anteojito: Revista argentina creada por Manuel García Ferré destinada a niños en edad escolar. Salió en 1964 y en 2001 se dejó de publicar por la crisis económica.
Billiken: Revista argentina para niños. Es la más antigua de habla hispana. Apareció por primera vez en 1919.
Celulares: Teléfonos móviles.
Colectivo: Autobús urbano.
Contador: Profesional de las Ciencias Económicas.
Chacarero: Hombre de campo.
De la Rúa, Fernando: (Córdoba, 1937.) Abogado y político argentino de la Unión Cívica Radical. Asumió como presidente de la república en 1999 y renunció en 2001.
Dribbling: Anglicismo que indica una ejecución rápida para el adversario (gambeta, regate).
Duhalde, Eduardo: (Lomas de Zamora, 1941.) Político, abogado y escribano argentino. Fue vicepresidente durante el primer gobierno de Carlos Menem, presidente interiono en 2001 y gobernador de la provincia de Buenos Aires.
Estancia: Establecimiento rural.
Features: Relatos periodísticos-literarios.
Fellowship: Beca.
General Villegas: Ciudad agropecuaria situada al noroeste de la provincia de Buenos Aires.
Jacobo Timerman: (Ucrania, 1923-Buenos Aires, 1999.) Periodista ucraniano, nacionalizado argentino. Fundó la revista Primera Plana y el diario La Opinión.
Kosteki, Maximiliano y Santillán, Darío: Activistas asesinados por la policía bonaerense en una manifestación durante el gobierno de Eduardo Duhalde en 2002.
Linyera: Del Lunfardo, vagabundo.
Menem, Carlos: (Anillaco, 1930.) Político y abogado argentino. Fue presidente de la Argentina desde 1989 hasta 1999.
Micro: Autobús de larga distancia.
Mitre, Bartolomé: (Buenos Aires, 1821-1906.) Político, militar, historiador, periodista y presidente de la Argentina entre 1862 y 1868. Fundador del diario La Nación.
Retiro: Barrio de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

POSTALES, *por Rep*

PESCADO PODRIDO.
YA NO SE ESCUCHAN LAS MAQUINAS DE ESCRIBIR NI TODO AQUEL HUMO
INFORMACIÓN + OPINIÓN
el campesino ve el cometa ascendente,
y no tiene a quién contarle
INVENTÉ EL AUTO PERIODISMO
-A una semana de su separación, esta redactora se levanta temprano, hace yoga y al anoche
VUELVO DE UN SÁBADO DE ESCARNIO, GIN TONIC, MUCHO JB, BIRRA Y SUDOR
AL MENOS ALGO ME ESPERA. EL DIARIO.
EL PERIODISMO DE RAZA EMPEZÓ CON "CRÍTICA" Y TODAS ESAS PLUMAS DE LA MANO DE BOTANA, LUEGO VINO LA ÉPOCA DE WALSH, Y LAS REDACCIONES DE PRIMERA PLANA Y LUEGO "LA OPINIÓN", CON TIMERMAN, LUEGO HAY UNA ÚLTIMA REDACCIÓN DE NOTABLES, EN PÁGINA 12, Y DESPUÉS LOS MONOPOLIOS, LA LEY DE MEDIOS, LA GUERRA Y CHAU, EL FIN DEL PERIODISMO

LIBERTAD DE PRESIÓN

BARCELONA

UN OFICIO IMPERFECTO

UNA CRÓNICA DE **ENRIC GONZÁLEZ**

MONIGOTES DE **ISTVANSCH,** FOTOS DE **URI GORDON**

ENRIC GONZÁLEZ
Barcelona, 1959

Escritor y periodista. Desde muy joven comenzó a trabajar en *Hoja del lunes* de Barcelona, en *El correo catalán* y en el *Periódico de Catalunya*. Pero la mayor parte de su carrera periodística la realizó a partir de la década de los ochenta en *El País*, llegando a ser corresponsal en Londres, París, Nueva York, Washington y Roma. Entre sus coberturas se destacan las de la Guerra del Golfo, el genocidio de Ruanda y las pruebas nucleares en el atolón de Mururoa, en la Polinesia francesa. Ha recibido el Premio Cirilo Rodríguez en 2006 al mejor corresponsal, el Premio Francisco Cerecedo y el Premio Ciudad de Barcelona de Periodismo 2009. Su última corresponsalía para *El País* la realizó desde Jerusalén en 2012, poco antes de patear el tablero y dejar ese diario después de veintisiete años. Actualmente colabora en la prestigiosa revista *Jot Down* y en enero de 2013 fichó como columnista del diario *El Mundo*.

Habrá que proceder con orden. Porque hay una crisis, muy concreta y muy grave, que afecta a un artefacto de papel. Pero es una crisis tras la que asoman otras. Para no confundirnos, vayamos por partes. Y empecemos por lo más general.

Quienes pensaron las grandes revoluciones del siglo dieciocho, la estadounidense y la francesa, estaban convencidos de que cualquier sociedad podía gobernarse correctamente a sí misma, sin necesidad de déspotas más o menos ilustrados. Aunque esos revolucionarios dejaran al margen de sus planes a la mitad de la sociedad, dado que por razones que hoy resultan entre tristes e hilarantes no consideraban apropiada la participación femenina, tuvieron una idea esencialmente buena: un hombre, un voto. Esa idea, sin embargo, solo podía funcionar si el ciudadano en cuestión disponía de elementos de juicio para discriminar entre quienes recababan su apoyo y ofrecían su representación en los órganos de poder. Y si a su vez conseguía evitar la manipulación de los caciques, los párrocos y otras figuras de autoridad.

Los revolucionarios del dieciocho tenían algo muy claro: sin criterio no habría democracia, sino fraude y engaño revestidos de ceremonia electoral. Para que el votante dispusiera de capacidad de juicio y supiera realmente cuáles eran sus intereses, hacían falta educación e información. Es decir, escuela pública y prensa libre. Que, de forma un tanto ingenua, se equiparaban con buena escuela y buena prensa.

Thomas Jefferson, redactor de la Declaración de Independencia y tercer presidente de Estados Unidos, decía preferir un país sin

Los revolucionarios del dieciocho tenían algo muy claro: sin criterio no habría democracia, sino fraude y engaño revestidos de ceremonia electoral.

gobierno que un país sin periódicos. También dijo, en una carta a John Norwell, cosas de otro tono: «Sobre la forma en que debe llevarse un periódico para que sea útil, respondería que restringiéndolo a los hechos verdaderos, pero me temo que un periódico así tendría pocos suscriptores»; «la difamación está convirtiéndose en algo necesario»; «hoy en día no puede creerse nada de lo que publican los periódicos».

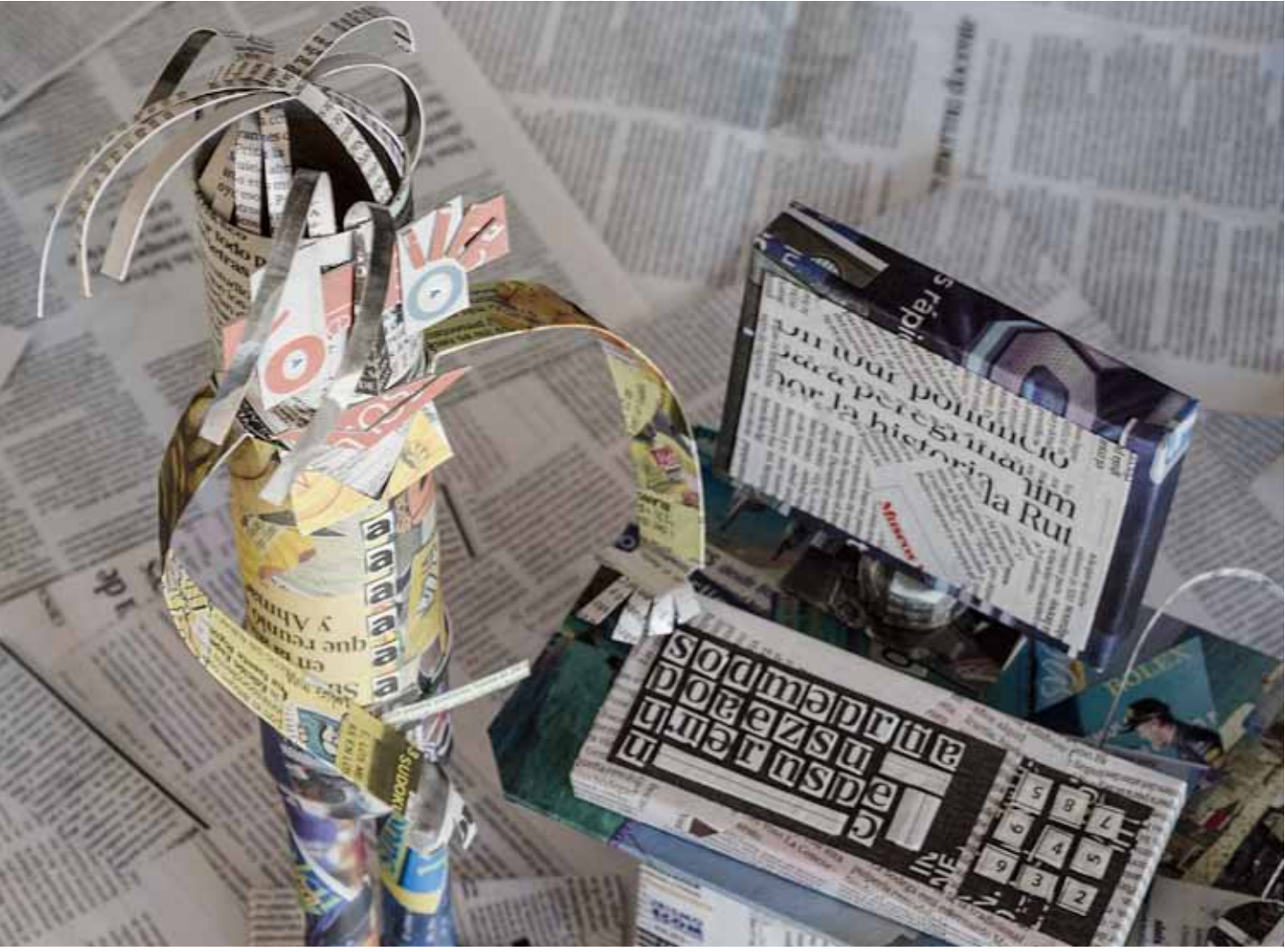
Salvo cuando opinaba sobre asuntos económicos, Jefferson solía tener razón. En este caso, su opinión parece correcta en ambos sentidos. En tiempos de Jefferson no existía otro producto informativo que el papel impreso. El periódico ha mantenido su hegemonía hasta casi ahora mismo: aunque hayan surgido otros medios más populares y entretenidos, como la radio y la televisión, gratuitos además, la referencia última —incluso para los encargados de las noticias en radios y televisiones— siguió siendo de papel y tinta.

Esa hegemonía del periódico clásico está evaporándose con rapidez debido a los cambios tecnológicos. Durante los dos siglos anteriores, la tecnología permitió fabricar periódicos de forma cada vez más eficiente y rentable. La tecnología, ahora, permite superar el artefacto de papel, romper el tradicional ciclo de veinticuatro horas, difundir de forma individual todo tipo de contenidos y, sobre todo, elegir. Sin embargo, los dueños de medios de información, atareados con sus beneficios millonarios y sus inversiones caprichosas, no pudieron ocuparse de guardar un poco de dinero para reconvertir su industria ni tampoco de pensar a fondo cuál habría de ser la estrategia para un futuro que de pronto tuvieron encima.

En las dos últimas décadas del siglo veinte y los primeros años del siglo veintiuno, la prensa disfrutó de una rentabilidad que oscilaba entre el quince y el veinticinco por ciento anual. Abundaba la publicidad, y en países como España surgió el fenómeno de las «promociones»: con el diario se regalaban películas, sartenes, relojes o bicicletas. El periódico acabó siendo un subproducto, algo que a veces se tiraba a la papelera porque al comprador le interesaban más las tazas de obsequio que las noticias.

Todo ese dopaje, que obnubiló a los editores, cayó de repente por el cambio tecnológico, por la crisis económica mundial y por la transformación del mercado publicitario. Y los editores han aportado lo suyo al espejismo de que la información, la cultura y casi cualquier producto intelectual deben ser gratuitos. Abrieron sus contenidos, no supieron negociar con los grandes mayoristas de la distribución de contenidos gratuitos, como Google, y optaron por la solución fácil, la de despedir periodistas y reducir costes, sin darse cuenta de que esa no era una solución sino una condena.

En general, los editores más sensatos han sido aquellos cuyo soporte empresarial está especialmente concentrado en la producción y comercialización de información, como *The New York Times*, cuyo «pay wall» permite a la vez «picotear» o leer en profundidad y que ha adquirido una considerable masa de suscriptores. Cuando la información es buena e interesante, hay un público dispuesto a pagar. Los más torpes, en cambio, tienden a encontrarse en grupos que crecieron de forma rápida en tiempos de prosperidad y se desarrollaron hacia el entretenimiento multimedia: han descubierto que



ya no saben hacer prensa y que no llegaron a aprender a hacer bien otras cosas.

El caso de Prisa, que fue el mayor grupo de comunicación en español (ignoro si sigue siéndolo; en valor bursátil, desde luego, no), constituye el paradigma negativo de lo ocurrido. Los beneficios del diario *El País*, la cadena radiofónica SER y la editorial Santillana se derrocharon en aventuras multimedia grandiosas y delirantes, cada una de las cuales dejaba suculentas primas de productividad a sus ejecutivos, que a su vez pidieron préstamos de forma insensata. Cuando el endeudamiento superó los cinco mil millones de euros llegó la crisis global, los bancos cerraron el grifo del dinero y el grupo cayó en quiebra técnica. Desde hace unos años, Prisa pertenece de hecho a un grupo de bancos encabezados por BBVA, Santander y La Caixa, que aportan de vez en cuando lo justo para evitar la liquidación y que dentro de unos meses, si se realiza el previsto canje de deuda por acciones, se convertirán en propietarios.

Al margen del descenso en calidad y nivel de edición por los despidos y recortes presupuestarios, en un diario como *El País* (que a día de hoy, por razones que nadie es capaz de explicar, sigue ofreciendo todos sus contenidos de forma gratuita en internet) ya no es posible criticar a los principales bancos españoles, pese a haberse visto beneficiados por un rescate masivo a costa del contribuyente y resultar altamente impopulares por practicar cada año decenas de miles de desahucios. Y hay que ser muy cuidadoso cuando se habla del Gobierno, no fuera este a enfadarse: hace falta su benevolencia para seguir esquivando la quiebra.

Dada la necesidad de ingresos, el presidente de Prisa, Juan Luis Cebrián, no tiene escrúpulos (no es el primero ni será el último en no tenerlos) en utilizar *El País* como instrumento de chantaje. Cuando el diario critica a alguna administración latinoamericana, el lector queda con la duda de si la administración en cuestión merece el palo o si, simplemente, le ha negado algún contrato a Prisa y paga las consecuencias. La falta de credibilidad es lo peor que le puede ocurrir a un periódico que aspira a ofrecer información, no entretenimiento.

En un diario como El País ya no es posible criticar a los principales bancos españoles. Y hay que ser muy cuidadoso cuando se habla del Gobierno, no fuera este a enfadarse: hace falta su benevolencia para seguir esquivando la quiebra.

La crisis de la industria periodística comporta, por tanto, una crisis adicional. La del periodismo.

Riesgos de un oficio imperfecto

Creo que se exagera con la crisis del periodismo. Si se habla de la crisis de los periodistas, subempleados o desempleados, forzados a producir las idioteces que demandan sus jefes o a gritar desde un blog por puro amor al arte, estoy de acuerdo en que no hay exageración posible. La gran mayoría de los profesionales vive y trabaja en condiciones cada vez peores. La situación es desastrosa.

El periodismo, sin embargo, sobrevive y sobrevivirá. La artesanía no se pierde. El problema consiste en que el periodismo como oficio artesano no sirve al público. Para prestar el servicio que se le demanda, el periodismo requiere algún tipo de estructura industrial y un nivel de ingresos que permita afrontar los gastos imprescindibles: los cachivaches, los desplazamientos y, puestos en lo prosaico, la nutrición del periodista.

Me inicié en este oficio en 1976. Como mi padre fue periodista, ya antes de dedicarme al asunto tenía sobre él algunas nociones. Y desde siempre he oído hablar de crisis del periodismo. Resulta inevitable, supongo, porque es un oficio imperfecto, forzosamente aproximativo, en el que las prisas (la información debe servirse lo más fresca posible) impiden trabajar de forma exhaustiva: nunca es posible hablar con todos quienes pueden proporcionar algún dato, nunca es posible reflexionar todo lo necesario, nunca es posible hacerse con la verdad rotunda y hay que conformarse con algo que se le parezca. A eso hay que añadir la dificultad fundamental: si el periodismo consiste en desvelar cosas (y no nos referimos a asuntos privados) que alguien quiere mantener en secreto, ese alguien hará todo lo posible para impedir el trabajo del periodista. En los países más civilizados se presiona al periodista por vías económicas (retirada de publicidad o de financiación bancaria) o legales (el poder dispone siempre de muchos abogados). En la mayor parte del planeta, el periodista que mete la nariz en los asuntos del poder se juega el físico o directamente la vida.

Algunos factores, desde mucho antes de que comenzara el cambio tecnológico y la crisis financiera, contribuyen de forma notable a entorpecer el trabajo periodístico en los países desarrollados. Uno de esos factores es la armadura de que se ha dotado el poder público o privado, némesis eterna del periodismo. Los gabinetes de comunicación y de prensa no existen para informar, sino para cortar el acceso a la información y emitir propaganda. A principios de los ochenta, cuando comencé a dedicarme al periodismo económico, era hasta cierto punto sencillo acceder a empresarios e incluso banqueros. Ahora no lo es. Hay que pasar por el gabinete de prensa. Solo un puñado de periodistas tiene acceso a esos personajes poderosos y, de ese puñado, unos cuantos aceptan pagar con servilismo el privilegio que se les concede, por lo que en realidad pueden considerarse parte del aparato propagandístico.

Otro factor negativo, curioso y en vías de desaparición es el bienestar. Ahora casi cuesta imaginarlo, pero hasta hace no mucho en la prensa se ganaban sueldos bastante decentes. Al margen del salario, el periodista (no todos, pero sí bastantes) podía habituarse a que le

invitaran a comer en restaurantes opíparos, a que le enviaran regalos por Navidad y a que le pagaran algún viaje. Ya se sabe, relaciones públicas, contacto personal con las fuentes y esas cosas. Los mandos intermedios y los jefecillos de las redacciones se acostumbraron a disponer de un Audi o un BMW, costeado por la empresa, y a volar en clase «business». Con sus diferencias entre los de arriba y los de abajo, porque siempre ha habido clases, no se vivía mal. ¿Saben qué ocurre cuando ocurre eso? Que al periodista le entra miedo. Miedo a perder sus pequeñas regalías y sus pequeñas comodidades. Y prefiere no buscarse problemas, no vaya a ser que por una tontería los críos no puedan ir a esquiar este año. Los efectos perniciosos del bienestar no son cuantificables, pero han sido evidentes para quien trabajara durante las últimas décadas en una redacción importante.

Por supuesto, no me parece que un periodista deba pasar hambre. En absoluto. Pero creo que un periodista de hábitos austeros y con el dinero justito en la cuenta corriente, que viaja en transporte público y almuerza en restaurantes económicos, está más cerca de los problemas reales de la sociedad que el periodista que invierte en bolsa (debería estar prohibido, no solo a los redactores financieros), tiene costumbres caras y ve la vida desde el interior de un automóvil climatizado.

Estar cerca de los problemas reales de la sociedad ayuda a hacer información real y relevante.

La cuestión de los lectores

Si alguien ha llegado hasta aquí, tal vez recuerde una frase de Thomas Jefferson citada más arriba: «Sobre la forma en que debe llevarse un periódico para que sea útil, respondería que restringiéndolo a los hechos verdaderos, pero me temo que un periódico así tendría pocos suscriptores». Bien visto, Jefferson. Está mal decirlo, pero ese es uno de los problemas más antiguos y graves del periodismo. Me refiero al consumidor de información.

El lector de prensa solvente ha sido siempre muy minoritario. En las sociedades más ilustradas y participativas, las personas que solicitan información de calidad pueden llegar, en un día bueno, al diez por ciento. Lo normal viene a estar entre el tres y el seis por ciento. Minoría absoluta. Y eso evidencia el fracaso de la educación y del periodismo: en una sociedad como la española, desde la transición a la democracia hasta hoy no ha subido —sino más bien lo contrario— el porcentaje de ciudadanos que quieren saber con un mínimo de profundidad qué se hace con sus impuestos, cómo trabajan (o no) los políticos y qué depara el futuro inmediato.

Cuando hablo de información de calidad me refiero a la información generalista que permite hacerse una idea de qué pasa en el mundo y por qué pasa eso que pasa. Ya puestos, amplío la definición a la prensa especializada, incluyendo la deportiva, que puede ser de gran calidad. Descarto la prensa más popular y sensacionalista, como por ejemplo el tabloide británico *The Sun*, hecha con frecuencia por buenos periodistas y muy bien elaborada, pero cuyo fin no consiste en informar, sino en entretener.

Informarse es difícil. Requiere interés, tiempo, concentración y una cierta base de conocimientos. Hubo un tiempo en que informarse era progresista: la información constituía un arma contra la opresión y un instrumento para elevar las condiciones de vida de la clase obrera. Luego el progreso (ya no el progresismo) se identificó de forma más limitada con el conocimiento: el obrero podía seguir siendo un zoquete, con tal de que su hijo estudiara y no lo fuera. Ahora el (presunto) conocimiento ya no garantiza nada. El mundo está lleno de desempleados con varias carreras universitarias y un máster. Y la información es considerada prescindible por la mayoría de los universitarios. Corrijo: creen que ya disponen de la información suficiente y que lo que ofrece la prensa es poco fiable o incluso falaz.

No seré yo quien discuta sobre la escasa fiabilidad de muchísimos medios. Ahora bien, existe una confusión potencialmente grave entre la difusión de datos y la difusión de información periodística. Internet, donde la verdad y la mentira se mezclan de forma indistinta, es un inmenso patio de vecinos en el que el rumor y la patraña poseen el mismo curso legal que la información fiable. Las redes sociales permiten desenmascarar las mentiras del poder y movilizar en poco tiempo a la ciudadanía, pero también sirven para difundir propaganda espuria. Y tanto el poder como ciertos movimientos populares empiezan a utilizar con habilidad ese recurso.

Aproveche nuestra promoción, para que nos aprovechemos de usted y quedemos a mano.

Una nota práctica sobre internet y periodismo

Hace unos días hablé con Lluís Perma-nyer, que tiene setenta y tres años y es, probablemente, el periodista que mejor conoce Barcelona. El ayuntamiento quiso hacerle cronista oficial pero él rechazó la oferta; dijo que cronista, sí, pero no oficial. También rechazó la medalla de oro. Su obra sobre Barcelona y su gente, en miles de artículos y decenas de libros, es ingente. Lo sabe todo. Recientemente escribió un artículo sobre uno de los monumentos más populares, la estatua de Colón. Conoce perfectamente esa estatua, su proceso de construcción, la mecánica de su interior y la decoración externa: en su momento, descubrió que faltaban dos pequeñas esculturas previstas en el proyecto original.

«Me fui a verla, por supuesto», dijo. «Para escribir sobre algo hay que verlo».

Permanyer sigue publicando en *La Vanguardia*, el periódico en el que ha desarrollado casi toda su vida profesional, pero está jubilado y trabaja en su casa. «Lo de encerrarse a solas con el ordenador —dijo— tiene sus peligros. Suele ocurrir que uno acaba escribiendo sobre sí mismo. No quiero que me pase eso».

Para evitarlo, patrulla diariamente la ciudad. Entra en los comercios antiguos y pregunta por su historia. Consulta planos y archivos. Podría vivir de sus conocimientos sin salir de su despacho. Pero sale.

Josep Maria Huertas (1939-2007) fue la máxima autoridad sobre los barrios barceloneses y el gran cronista del desarrollo de la ciudad en los años sesenta, cuando el barraquismo (las favelas periféricas en que vivían los inmigrantes recién llegados) dio origen a las llamadas «ciudades-dormitorio», barrios de bloques baratos, barro, conflictos y luchas vecinales. Fue uno de mis maestros en el oficio, y uno de los periodistas a los que más he respetado. Una vez, cuando trabajábamos en *el Periódico de Catalunya*, me encargó una información breve sobre una pelea callejera ocurrida en Bon Pastor, un barrio más o menos remoto. Hablé por teléfono con la policía, con el hermano de uno de los implicados y con un testigo, y redacté las pocas líneas que me había pedido. Era un asunto de poca importancia. Antes de leer el texto me hizo una sola pregunta: «¿Has estado allí?». Respondí que no, que no hacía falta. Me miró, puso el dedo sobre el cursor de borrar y eliminó la noticia. «Ahora vas, miras, preguntas, vuelves y escribes otra vez».

Yo no era un novato y en ese momento me molestó la lección. Me fui cabreadísimo al Bon Pastor. Pero sabía que Huertas tenía razón.

Huertas Clavería era un tipo nervioso, propenso a ataques de ira durante los cuales arrojaba teléfonos y otros objetos contundentes a la cabeza de sus víctimas. Era ocasionalmente antipático y muy maniático. No comprendía por qué los demás no compartían su idealismo y su devoción por el oficio. En 1975, el último año de la dictadura, un tribunal castrense le condenó a dos años de cárcel por haber escrito que varias casas de citas barcelonesas estaban regentadas por viudas de militares. Se convirtió en un símbolo de la libertad de expresión y, a su salida de la cárcel Modelo, en un desempleado al que ningún director se atrevía a contratar.

Cada vez que me ahorro un desplazamiento, que me quedo en casa o en el hotel con el ordenador y el móvil, que sigo por televisión un acontecimiento al que debería asistir (a veces, ay, ocurre), pienso en Huertas, en que me abriría la cabeza a telefonazos y en que haría muy bien.

Lo que decía Huertas no debe olvidarse. Para escribir sobre algo primero hay que verlo.

Hace falta prensa

Es de suponer que a la actual crisis industrial sobrevivirán algunos de los medios tradicionales, los que ofrecen un producto realmente útil para un cierto público.

Lo más probable es que las élites políticas y financieras sigan leyendo *The Economist*, por ejemplo, una revista que como el diario *Financial Times* pertenece al mayor grupo editor del planeta, Pearson, pero que dispone de un cortafuegos entre los máximos ejecutivos corporativos y la dirección periodística con el fin de preservar su independencia.

Mientras los grandes dinosaurios de la prensa tratan de buscar salida a su laberinto de endeudamientos masivos y se replantean qué ofrecer y cómo venderlo, bajo un pronóstico genérico más bien pesimista, brota una nueva generación de medios de pequeño tamaño que no desdeñan el papel (su distribución no es masiva y les permite utilizar un soporte que mantiene toda su comodidad y elegancia formal), que privilegian la lectura larga y de calidad

La calidad de las crónicas, los perfiles y las críticas en medios jóvenes como los latinoamericanos Etiqueta Negra *o* El Malpensante*, por citar un par, ofrece una ventajosa alternativa a los textos cansinos y previsibles de mucha prensa clásica.*

(alguien tendrá que explicar algún día por qué tantos periódicos clásicos se suicidan por la obsesión de publicar textos cortos y banales con el fin de «atraer al lector joven », como si joven equivaliera a idiota) y que empiezan a contar con seguidores fieles.

En ese ámbito pueden citarse este mismo medio o *Jot Down*, y bastantes otras cabeceras con pocos años de vida.

Eso es interesante, pero no suficiente. La calidad de las crónicas, los perfiles y las críticas en medios jóvenes como los latinoamericanos *Etiqueta Negra* o *El Malpensante*, por citar un par, ofrece una ventajosa alternativa a los textos cansinos y previsibles de mucha prensa clásica. Por el momento, sin embargo, la nueva generación no está en condiciones de afrontar de forma sistemática el periodismo más difícil, caro y peligroso, y a la vez el más imprescindible: el que investiga los abusos del poder; un poder que, huelga decirlo, cuenta gracias a los tentáculos financieros con muchos medios tradicionales dispuestos a defender a su amo.

Hasta ahora, la nueva generación ha intentado suplir la falta de recursos económicos con «entusiasmo, autoexplotación y sinceridad», en palabras de Alfonso Armada, fundador y director del periódico digital *Fronterad*. Los siguientes pasos apuntan al aprovechamiento intensivo del microfunding (la suscripción previa que permite financiar determinadas investigaciones) y al uso de fundaciones sin ánimo de lucro dispuestas a subvencionar trabajos periodísticos, como la estadounidense *ProPublica* o la española *porCausa*, que está constituyéndose estos días. También resulta interesante la opción cooperativa, usada por la revista francesa *Alternatives économiques* y por su nueva asociada española, *Alternativas económicas*.

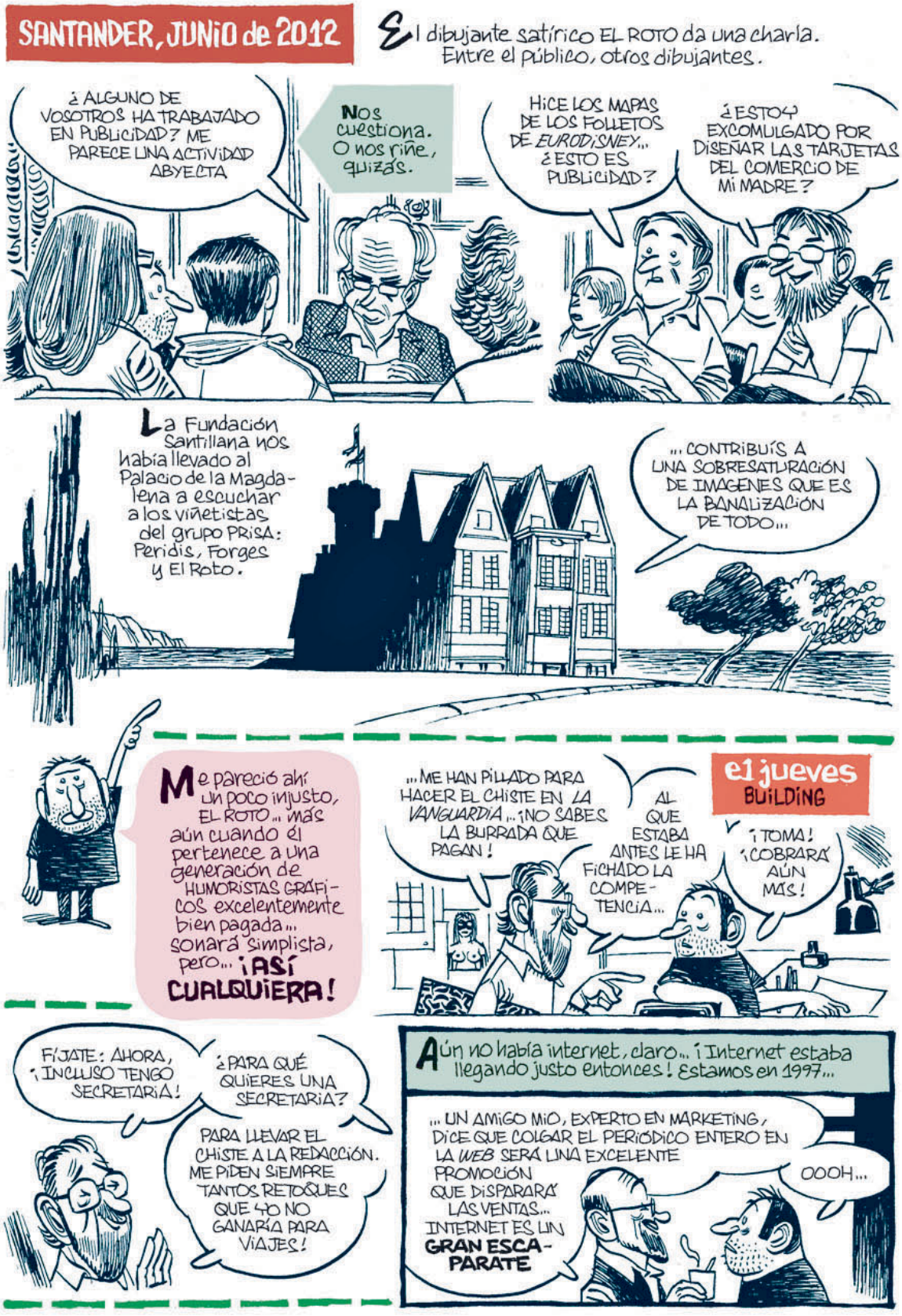
Fronterad se ha propuesto investigar un tema que los diarios tradicionales españoles, debido a su conexión por capital o deuda con las instituciones financieras, no han querido abordar a fondo: el impacto que la actuación de las multinacionales españolas tiene en América Latina. Alfonso Armada ha explicado a *eldiario.es* (otro medio digital progresista de reciente creación) que las multinacionales españolas son resultado de la política de privatizaciones y han sido respaldadas por los sucesivos gobiernos conservadores y socialistas de Madrid, por lo que la opinión pública tiene derecho a saber cómo funcionan.

Jot Down, una revista que nació digital y ahora publica en papel ediciones trimestrales (el precio es de quince euros y vende más de diez mil ejemplares), ha decidido también trascender el ámbito cultural y hacer investigaciones internacionales, para lo que ha establecido un acuerdo de cooperación logística con la ONG Intermón Oxfam.

Ya no es problema la audiencia de los medios de pequeño tamaño si la historia que publican es buena. Las recomendaciones en las redes sociales permiten que esa historia llegue a muchos miles de lectores. Otra cosa es la rentabilidad. Se consigue, pero no es previsible, y posiblemente no deseable, que jamás recupere los niveles de la «edad de oro» previa al cataclismo.

En último extremo, hacer periodismo es sencillo. Y hacer buen periodismo es un poco más complicado, pero menos, desde luego, que leer una factura de electricidad. ◣

ME IS BEAUTIFUL, *por Manel Fontdevila*



¿Y si a la prensa no la hundió internet, sino los expertos en marketing?...

PRIMERO DIJO...

ESTO SE LLAMA *FIDELIZAR AL LECTOR*...

¡CADA DOMINGO REGALAREMOS UNA PELI!... LA GENTE QUERRÁ TENER LA COLECCIÓN ENTERA Y SE CONVERTIRÁN EN *COMPRADORES FIJOS*!

PERO LUEGO...

¡**HORROR**! LA GENTE YA NO COMPRA SU PERIÓDICO DE SIEMPRE, SINO EL QUE TRAE LA PELI QUE MÁS LES GUSTA!

Y NOS SALE *CARÍSIMO*, PERO CLARO... ¿CÓMO SALIMOS **AHORA** SIN PELI?

A partir de ahí, la solución para salir del agujero ha sido reducir las plantillas, aunque ello haya empeorado los contenidos...

DICE EL ROTO

AL FINAL ACABÉ TRABAJANDO EN PRENSA, ¡LA PANACEA!... A TARIFAS YA *POST-BIG TIMES*, ESO SÍ...

EL DIARIO, Público, ERA SÚPER PROGRESISTA Y COMPROMETIDO... ¡EL QUE MÁS! LO CREAN O NO, JAMÁS ME TUMBARON UN CHISTE, ¡ASÍ LAS GASTABAN!

ESTO NO EVITÓ QUE EL PROPIETARIO, EX TROTSKISTA, NOS MANDARA A TODOS A LA CALLE DE LA FORMA MÁS TRAMPOSA Y NEOLIBERAL POSIBLE... ¡BONITA LECCIÓN!

AHORA MISMO ESTAMOS YA EN LO DIGITAL: elDiario.es... ¡Y, A PESAR DE QUE LAS TARIFAS SON INCLUSO *POST-POST-BIG TIMES*, POR PRIMERA VEZ SE ATISBA UN FUTURO!

¡SI HAY QUE IR A LO DIGITAL, CUANTO ANTES EMPECEMOS A QUEMAR ETAPAS MEJOR!

Pero volvamos a la Magdalena...

AL FINAL, ¿HAY TANTA DIFERENCIA ENTRE HACER PUBLICIDAD PARA *IKEA* O HACERLA PARA TU PROPIO EDITOR? QUIERAS O NO, FORMAS PARTE DE LA IMAGEN DE MARCA DE *EL PAÍS*, UN PERIÓDICO CUYOS CRITERIOS PERIODÍSTICOS NO SON SIEMPRE INTACHABLES... ¿CÓMO LLEVAS ESO?

Y dice:

¡ASUMIENDO MIS CONTRADICCIONES!

Abril 2013/ MANEL F.

CHILE EN BLANCO

UN RELATO DE **ENRIQUE SYMNS**

ILUSTRADO POR **POLY BERNATENE**

ENRIQUE SYMNS
Buenos Aires, 1946

Periodista y escritor. Fundador en 1983 de la revista *Cerdos & Peces.* Trabajó en *El Porteño* y otros proyectos editoriales de la contracultura surgidos en Argentina a finales de la dictadura. Es considerado uno de los mayores representantes del periodismo gonzo argentino. Durante los ochenta integró la banda de rock Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota como monologuista. Ha publicado varias novelas y biografías sobre rock latinoamericano. Podríamos comprimir cinco años de su biografía en seis renglones y decir que en 1998 se radicó en Chile, dio clases en la universidad del Bío Bío, creó el periódico *The Clinic*, fue columnista del diario *Las últimas noticias* y en 2003 regresó a Buenos Aires. Pero esos datos no serían más que los muebles limpios de una casa ordenada. Hay tanta vorágine en sus años en Chile que preferimos que sea el propio Symns quien nos muestre su sótano y complete la biografía.

Bukowski encontró una verdad de perogrullo: «Aprender a vivir es inútil. Cuando aprendés, ya es demasiado tarde. Cuando sabés cómo hacerlo, ya no tenés que hacerlo».

¿Es posible aprender? ¿Y cómo se aprende? Observando la oscuridad de las repeticiones, dejándose iluminar por la luz de las coincidencias.

Hace un par de semanas encontré a Andrea Prodan en el hotel marplatense donde me albergo. Un tipo agradable y con el alma bien puesta. Hablamos justamente de cómo las coincidencias te pueden ir llevando por distintos puertos del misterioso destino. De pronto aparecés en un lugar inesperado y acompañado por nuevos seres. El aroma de las coincidencias siempre nos alerta sobre el camino a seguir, mientras que las repeticiones y las obsesiones no hacen más que archivarnos en un lugar del sendero desajustado.

En el año noventa y ocho el destino me dio la oportunidad de fugarme del camino errado. Tenía mi redacción de *Cerdos & Peces* en un bar llamado El Mirador, ubicado en la esquina de Balcarce y Brasil, frente al parque Lezama. La vida salvaje que desde un principio nos había acompañado en la edición de la revista estaba llegando a un punto de descontrol alarmante. Yo prácticamente no dormía, vivía en el bar y allí tenía mi cama, pero por las noches me desplazaba a la alucinada discoteca Ave Porco, en Corrientes y Ayacucho, donde consumía cocaína y éxtasis, bailaba hasta el amanecer y habitualmente tenía sexo en algún recóndito rincón del boliche.

Cierta noche del mes de noviembre, excedido de éxtasis y un hachís formidable recién

importado, cogí violentamente con una colombiana que se me subió encima como una fiera y me destrozó el pene por segunda vez (ya me había pasado con una desconocida en un hotel de Constitución). Salí en un taxi sangrando por un pequeño tajo en la cabeza del pene y llegué al Argerich donde tenía enfermeros amigos, pero cuando me dijeron que iban a coserme preferí escapar. Compré La Gotita en un kiosco y me pegué la herida de la pija. Ya amanecía cuando llegó una amiga que me propuso masturbarme suavemente. La locura sexual producida por la desenfrenada mezcla de mi libido eternamente enajenada y los excesos de cocaína y éxtasis eran solo una parte del desastre en que me estaba convirtiendo. Mis enfrentamientos con la policía eran cotidianos. No es que reaccionara frente a la intolerancia: yo provocaba los enfrentamientos con descaradas acusaciones en voz alta, gestos obscenos y toda clase de gesticulaciones. La comisaría de la calle Bolívar y Garay ya no me quería en sus celdas, pero el monstruo que se oculta en las cuevas penumbrosas de mi ánimo había pisado a fondo el acelerador del desenfreno. Andaba por las calles como un gorila sin contemplaciones, aunque también era consciente de mi peligroso desasosiego.

Entonces sucedió la coincidencia milagrosa. Marcelo Rioseco era secretario de Cultura de la Universidad Bío Bío en la ciudad de Concepción, en Chile, y estaba paseando por Buenos Aires. Era un amante de mi revista y vino a visitarme a El Mirador. En cuanto lo conocí me agarré a él como a un salvavidas. Logré que me invitara a dar unas conferencias en la universidad donde él trabajaba. Y después de escribir mi último editorial en *Cerdos & Peces*, que bauticé «Poca muerte», me monté a un avión y me descolgué en Santiago. En el bar del aeropuerto, mientras esperaba el vuelo a Concepción, vi el partido en el cual el tenista trasandino Marcelo Ríos se convirtió en número uno del mundo. Festejé como un energúmeno siguiendo la milenaria consigna «donde fueres haz lo que vieres».

Viví muchos años en Brasil y en España, y en ambos países me resultó apasionante abandonar la piel de la argentinidad, modificar el ritmo de mis movimientos y el canto de mi voz. Pero en Chile me resultó imposible.

Junto con Uruguay y Argentina, Chile es el trasero anglofrancés de Sudamérica, el culo frío de la salvaje aventura continental. En esas tres repugnantes suizas nadie orina en la calle ni anda cogiendo en los arbustos, ni convida por las mañanas un trago a los ebrios que se arrastran por las calles.

La inteligencia es solamente capacidad de imitación. Pero la identidad chilena es más enferma que la argentina. Y pese a mis esfuerzos nunca pude convertirme en uno de ellos.

Concepción: el caserón de los arquitectos

Era la segunda vez que intentaba salirme del camino de la cocaína. Pero el primer intento había sido una fuga sin rumbo. Terminé en Necochea, una ciudad infame de la Costa Atlántica.

Esta vez había llegado a Chile con un plan. El señor Rioseco me dio una cátedra en la facultad que denominé «El origen del lenguaje» y tuve la fortuna de que se anotaran varias docenas de alumnos. Me mudé a una enorme casona en la calle Barros Arana, la calle principal de Concepción. Era una casa de madera, de dos pisos, con ocho habitaciones; me tocó un cuarto hermoso en el segundo piso, con terraza incluida. Las demás habitaciones estaban ocupadas por muchachos muy jóvenes, estudiantes de arquitectura, sus novias y, en ocasiones, hasta miembros de sus familias. Se portaban bien. Nadie se drogaba. Se emborrachaban sobriamente los fines de semana, cogían con sus novias, siempre con forros, y estudiaban. Yo tuve una apasionada locura amorosa con la chica de Rioseco. Paula tenía un cuerpo amenazante, la boca de la joven amante de Clinton y cierta clase de locura que radica en un exceso de la normalidad. Era una mujer ardiente y alucinada con su propio ego. Sus alucinaciones consistían en verte como alguien que no eras ni remotamente. Sin embargo era cariñosa y agradable. No tardé en descubrir que tras la cordillera las mujeres son más buenas, cogen mejor y, aunque no sean tan culonas ni tetonas como las argentinas, cuando alguien les gusta ellas arden.

Concepción era una ciudad universitaria y de grandes paisajes pero sin sucesos ni movida. El boliche de rock más famoso (Cariño Malo) era lo más parecido al bufete de una facultad. Yo escribía algunas notas para el diario *Últimas Noticias* de Santiago y también para la revista *La Maga* de Buenos Aires. No bebía ni me drogaba. Me acostaba temprano y hacía lo posible por creer que aquello que hacía era vivir. Hay cierta profunda insatisfacción, una negada angustia al

Hay cierta profunda insatisfacción, una negada angustia al rodar por las rutinas de la vida permitida. La vida que se vive con permiso es como estar perdonado por pecados que no cometiste. Aún hoy siento que que vivo en un hospital donde soy el médico, el paciente y el enfermero.

rodar por las rutinas de la vida permitida. La vida que se vive con permiso es como estar perdonado por pecados que no cometiste. Aun hoy, quince años después de aquel intento —y mientras lo intento nuevamente—, siento que estoy atrapado en una decisión salvadora pero hostil, que vivo en un hospital donde soy el médico, el paciente y el enfermero. En Concepción estaba haciendo lo correcto. Y esa corrección me castigaba con una desapasionada indiferencia por la vida.

Pero los planes salieron mal. Pronto me quedé sin mi cátedra, fracasaron todos los proyectos que presentamos en el municipio y decidimos, con Marcelo Rioseco, irnos a vivir a Santiago.

Safari en Santiago

Mi irrupción y estadía en la capital trasandina fue brutal y vertiginosa. Me antecedió la fama que tenía a mi llegada. *Cerdos & Peces* se importó clandestinamente a Chile durante años y en Santiago había toda una fauna hambrienta de libertad y perversión que la coleccionaba. Y fue en el bar de Chile más famoso, el bar Liguria, donde la cocaína salió a encontrarme como una vieja amiga extraviada.

El dueño del Liguria, Marcelo Cicali, me

Como hay confianza, le ofrezco curarle a lamidas.

mandó a la mesa una botella de un vino finísimo y, cuando lo invité a compartirla, extrajo de un bolsillo a mi mejor amiga, la papelina, y me la obsequió. Llevaba dos días en la ciudad y ya me había tomado el tren expreso de los colifas.

Marcelo Cicali era un italiano con ínfulas de mafioso, que se hacía llamar Soprano. Era un tipo delicioso, lleno de vericuetos y códigos que siempre extrañaré. Mantenía a los mozos del bar como si fueran una pandilla de bandoleros. Yo fui uno de sus más selectos y conflictivos clientes. Pertenecía al salón vip y allí comenzaron a visitarme fans y amantes, futbolistas y actrices famosas, rockers y periodistas. En ese bar organicé un evento fastuoso donde recité mis textos acompañado por la guitarra de Álvaro Henríquez (Los Tres), el bajo de Jorge González (Los Prisioneros) y los teclados de Carlos Cabezas (Los Electrodomésticos).

La cocaína me la traía a cualquier hora y lugar un dealer pesado y auténticamente mafioso llamado Dardo. Era exquisita, demasiado exquisita. Así que el desajuste conductual comenzó a avanzarme. Me teñí el cabello de violeta y luego de rubio, con el solo interés de provocar escándalo. El efecto fue fulminante. A las chicas les encantaba y me lo manifestaban sin ninguna discreción. Para los hombres era un amaricona-miento y también me lo manifestaban.

Yo había entablado una gran amistad con Manuel, un exguerrillero, peleador callejero de primer nivel y con una capacidad inagotable para hacerme reír de todos mis choques con la chilenidad. Habíamos tenido algunos encuentros en la calle con tipos malos y Manuel los había puesto en su lugar con un grado de frialdad que me asustó. Mientras tanto, me había convertido en un periodista muy procurado. Escribía importantes columnas de opinión en los diarios *Últimas Noticias* y en *El Metropolitano*. Era editor del exitoso pasquín *The Clinic*, había hecho algunos programas de televisión con formatos inusuales y las editoriales se peleaban por contratarme. Pasaba mis noches en una champañería ingiriendo dosis excesivas del maldito polvillo mágico y pronto mi conducta se desbarrancó. Hablaba a los gritos, me peleaba con mis amigos, y, lo peor de todo, agredí a mis aliados. Mi más grave error fue agraviar a Soprano. Cuando me echaron de ese bar, por defender a dos amigos atrapados en el baño jalando cocaína, supe que mi tiempo en la ciudad estaba acabando.

Así que decidí salirme un tiempo de Santiago de Chile.

Paliza brutal en San Antonio

En el verano de 1999 me fui a vivir a Las Cruces, un pueblito costero de gran belleza ubicado entre el puerto de San Antonio y la Isla Negra, hogar final de Pablo Neruda. En Las Cruces aún vive Nicanor Parra y en Cartagena murió Vicente Huidobro. Chile es un país de poetas; hay más poetas que peruanos. Me mudé a una cabaña sobre la playa. Amanecía, almor-zaba, cagaba y soñaba escuchando siempre el sonido insondable del mar.

Allí conocí a una delicada y hermosa adolescente a quien bauticé El Principito. Estaba enamorada de mí, y yo bastante de ella. Pero tenía problemas con el sexo. Cada vez que nos acostábamos, después del ardor, me acusaba de usarla y de que jamás me casaría con ella. No se equivocaba y yo no la engañaba con ninguna promesa. Así que un día desapareció. Vivía en el puerto de San Antonio y varias veces salí de excursión para encontrarla, porque la extrañaba mucho. La primera vez nos chocamos en el mercado. Ella venía acompañada por su mejor amigo. Un tipo desagradable y grosero que enseguida trató de espantarme. Todavía hoy no puedo recordar el nombre de esa porquería. Igualmente los acompañé hasta la casa del tipo, tratando de seducir a El Principito. Pero ella era una auténtica hembra. Cuando una mujer decide abandonarte, mejor olvidarla. A pesar de su rubor cuando me miraba, se despidió de mí para siempre.

La segunda vez la encontré en un bus y viajamos juntos hasta Santiago y en ese viaje me relató una historia de pesadilla. Me contó que unos días antes su «gran» amigo la había invitado a cenar y la había violado salvajemente durante toda una noche. La había obligado a participar de prácticas que ella siempre había rechazado, como el coito anal. Estuvo varias horas sobre ella y, por la mañana, cuando ella se iba, el muy canalla le pidió perdón. Nos separamos en la terminal de Santiago y nunca más supe de ella, pero quedé profundamente afectado por su relato. Yo sabía lo que tenía que hacer: ir y matar al tipo. Pero mi cobardía me sujetaba de las bridas del coraje. En cuanto se lo comenté a Manuel, este —ardiendo de indignación— me ordenó que fuéramos a buscarlo.

Viajamos a San Antonio un jueves. Manuel iba calzado. Llevaba una pistola con sobaquera bajo la campera.

—Por si acaso —me calmó ante mis pruritos.

Llegamos a la casa del violador y golpeamos la puerta, pero no estaba. Manuel rompió el pestillo de un ventanal, entramos y nos sentamos a esperarlo. No tocamos nada. La espera fue agotadora, hasta que finalmente el hombre apareció. Emanaba ese repugnante olor a pescado que se adhiere como otra piel sobre la piel de los que trabajan en el puerto. Era grandote pero lento. En cuanto me vio se me vino encima presintiendo el motivo de la visita. Manuel lo derribó de un culatazo en plena cara y cuando cayó le asestó otro culatazo en el mismo lado de la cara. El tipo ya estaba arruinado, tirado en el piso sangrando y con dos o tres dientes entre la sangre, pero Manuel le siguió dando patadas mientras yo temblaba de horror. Con los años he adquirido una severa aversión a la violencia. Pero Manuel me exigió que le pegara. Era mi obligación participar, ser cómplice del delito. Así que sin titubear le di otra patada en la cara. Cuando tuvimos la certeza de que se había desmayado, nos fuimos.

Yo quedé muy paranoico. Manuel me aseguró que el tipo no iba a hacer ninguna denuncia, a lo sumo saldría a buscarme. El horror de la escena de la golpiza me persiguió en los sueños durante semanas y luego desapareció. Pero la agitación que me producía la posibilidad de que el tipo me encontrara me impulsó a desaparecer de la zona; enseguida me mudé a Viña del Mar.

Viña del Mar: días de vino y rosas

Alquilé un apartamento en el piso veinte de un edificio circular. Fue el lugar más esplén-dido en el que reposé mis huesos. Las paredes eran todas de vidrio, gigantescos ventanales desde donde se vislumbraba el nostálgico paisaje del mar. Bajo mi casa, a menos de trescientos metros, estaba el hipódromo. Yo iba casi todos los días, hasta que descubrí un sistema de tarjetas que permitía apostar por teléfono. Miraba las carreras desde la ventana con unos aparatosos binoculares y apostaba sin salir de casa.

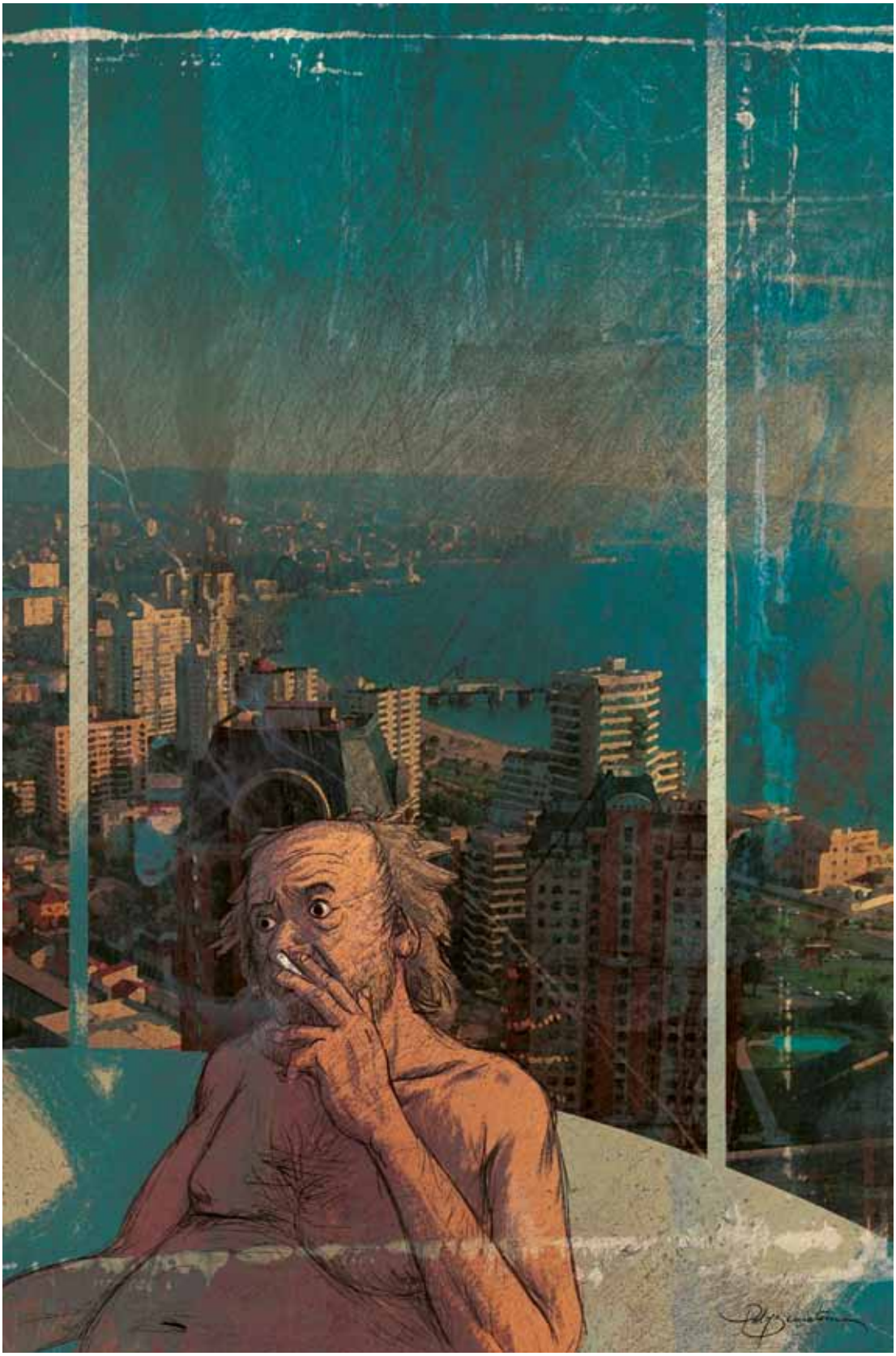
Compartía el departamento (tenía varias habitaciones) con una gran amiga y su novio, y a veces nos tomábamos el tren en la estación Chorrillos —que estaba justo debajo del edificio— y viajábamos por campos y viñedos hasta el final de la línea, la estación Limache. Al bajar del tren nos recibía una misteriosa ráfaga de pureza existencial. El aire, el aroma de la vegetación, el rostro de los transeúntes, la rústica belleza de sus callecitas nos envolvían en el interior de una burbuja de cuento de hadas. Íbamos a almorzar a un bodegón muy antiguo y yo siempre pedía el mismo plato: chorillana, una mezcla hedionda de huevos revueltos, papa fritada y chorizo. Hoy el solo recuerdo me produce repugnancia. En los atardeceres, en cambio, tomábamos el tren en la otra dirección, desembarcábamos en Valparaíso, nos subíamos a un ascensor y nos quedábamos bebiendo hasta el anochecer en la cueva-bar de un amigo, donde a veces yo recitaba.

Aquella vidurria la pagaban las editoriales. A pesar del fracaso del libro autobiográfico *Los Tres, la última canción*, investigado y escrito junto a Vera Land (el libro fue pirateado al otro día de su aparición y se vendió a mitad de precio en todas las calles de Santiago) logré convencer a la editorial Alfaguara de publicar un libro sobre drogas, narcos y adictos que de inmediato fue aceptado. Lo titulé «El hombre de los venenos» —luego lo rebautizaría *El señor de los venenos*—, y prometí a los editores que develaría las miserias de aquel submundo. Me adelantaron siete mil quinientos dólares (en tres cuotas) para que lo escribiera sin dedicarme a otra cosa. Al mismo tiempo otra editorial me había encargado un libro de conversaciones con Jorge González, el cantante de Los Prisioneros. Habíamos entablado cierta amistad con el muchacho y nos reunimos media docena de veces para conversar bajo la vigilancia del grabador. Por este otro libro la editorial me había adelantado tres mil dólares. Todo marchaba viento en popa.

Ir a la playa era una tortura. El agua fría, la marea peligrosa. Chile es un país que vive emparedado entre dos abismos. Las alturas de la cordillera y las abisales profundidades de sus costas. Reñaca solo es un museo de culos mendocinos exuberantes. Esa exhibición de traseros argentinos es la debilidad de los chilenos, pero un somero entretenimiento visual de poca duración para los compatriotas.

Al cabo de un año la burbuja estalló. Jorge González recibió una oferta millonaria por volver a juntar a Los Prisioneros y se negó a publicar un libro en donde, entre otras cosas, derrochaba críticas y desprecios hacia sus compañeros de la banda.

Cuando presenté el libro casi cocinado sobre las drogas, Alfaguara lo rechazó sin titubeos. A esta editorial la llaman «las mon-



Una cosa no le voy a perdonar. Usted elija.

jas», y mi libro no era estrictamente un ataque contra la droga y sus adeptos. No me pidieron la devolución del dinero que me habían dado como adelanto, pero en cambio rompieron toda relación conmigo.

Dos meses después, sin luz, sin gas, sin dinero para comprar alimentos y tampoco para escapar del país, luego de estar varios días sin comer, fui rescatado por un amigo que me llevó a vivir otra vez a Santiago, a una pensión en Plaza Italia que él se encargó de pagar. Mientras permanecí en esa pensión murieron mis padres en Buenos Aires. Contraje de inmediato la enfermedad de la culpa, que traté de curar con dosis de cocaína fiada y algunos romances con adolescentes hermosas. Durante un tiempo mis pocos amigos me toleraron, incluso con un esfuerzo inaudito. Hicimos dos ediciones de la revista *Cerdos & Peces* que produjo reacciones escandalosas en el medio cultural pero que no vendieron un carajo. Pronto quedó claro que mis días en Chile estaban contados.

El periodista Ricardo Ragendorfer, desde Buenos Aires, me compró un pasaje. Y después de casi cuatro años regresé vencido a la casita de mis padres muertos. Buenos Aires me pareció Shangai. Los bares me resultaron desconocidos. Los piquetes y los cartoneros habían diseñado una ciudad más oscura y auténtica, pero altamente intolerante. Mis amigos se parecían a mis enemigos. No había nadie dispuesto a ayudar a nadie. Por supuesto, me adapté.

Mientras permanecí en esa pensión murieron mis padres en Buenos Aires. Contraje de inmediato la enfermedad de la culpa, que traté de curar con dosis de cocaína fiada y algunos romances con adolescentes hermosas.

El regreso del Llanero Solitario

Transcurrieron casi dos años en los que atravesé la etapa de mayor pobreza en toda la historia de permanencia en mi Buenos Aires querido. Llegué a vivir en la calle (experiencia que narré en mi libro *Big Bad City*). Hasta que un famoso narco chileno, al que todos conocían como Tarántula, quiso devolverme un favor. Durante el transcurso de mi labor periodística en el pasquín *The Clinic* le había realizado una extensa entrevista y, gracias a ella, su clientela había aumentado considerablemente. Por otra parte, las falsas pistas que sembramos a lo largo de la nota alejaron a los ratis de su verdadero escondite y de su verdadero recorrido. Me llamó al celular y me invitó a pasar unas vacaciones gratuitas en su casa de la Isla Negra.

Con cierta desconfianza, a principios del mes de diciembre del año dos mil cuatro, me subí a un micro y luego de varios inconvenientes (el paso estaba obturado por un derrumbe y la aduana me retuvo sin necesidad) llegué a la terminal de Santiago. Allí estaba esperándome el mismísimo Tarántula con dos de sus laderos. Yo estaba estremecido de ansiedad por regresar a un sitio donde había sido tan dichoso y tan infeliz al mismo tiempo. Viajamos en su Mercedes Benz hasta la casona de la Isla Negra. Estaba ubicada frente a ese museo siniestro en que transformaron la mansión de Pablo Neruda, poeta talentoso y hombre despreciable. Mientras el legendario poeta Jorge Tellier era incapaz de salir del bar donde bebía sus tragos para subirse a un avión y aterrizar en Suecia, donde lo aguardaban para darle un premio,

Neruda era capaz de asesinar a sus amigos con tal de recibir el Nobel.

La casa que Tarántula me ofreció era hermosa y enorme, con varios cuartos y un gran balcón desde donde podía observar el paisaje de los visitantes al museo y, cada tanto, invitar a subir a alguna turista atractiva. Tenía la heladera llena de bebidas y exquisiteces de mar, cincuenta gramos del mejor polvo, una cuenta en el mejor restaurante de la localidad y la visita sorpresiva de hermosas chicas que me enviaba Tarántula una o dos veces por semana (enseguida supe que formaban parte de una nueva generación de putas: no lo hacían por plata, sino por cocaína). Mi vida era un ensueño. Jamás había estado de vacaciones. Caminaba por la playa juntando boludeces, recorría los bosques, alquilaba películas, jugaba al billar en el único bodegón y también, erróneamente, di un par de entrevistas radiales a los periodistas que me encontraron de casualidad.

Nunca olvidaré la mañana, creo que del veinticuatro de diciembre, en la que fui hasta el kiosco a comprar la prensa. El diario *La cuarta* es el equivalente al *Diario Popular* argentino. En sus tapas solo se encuentran escándalos, crímenes y noticias de deporte. Quedé azorado cuando vi mi apellido en los titulares. Enseguida me imaginé acusado del asesinato de un pescador en San Antonio. Pero no. Era una declaración de Jorge González (Los prisioneros) que decía: «Yo no tuve sexo con Enrique Symns». Estaba mi foto en el interior.

Mientras Jorgito había vivido en mi casa de Santiago, los días que realizamos las entrevistas, desnudó su locura ante mí: tomaba saques de casi un gramo e iba directo al asunto: sexo. Un día me pidió que le trajera un travesti. Yo vivía cerca de una parada de travestis y un par de ellos me conocían pero no se arriesgaban yendo a casas, temerosos de los famosos becerros. Cuando volví, Jorge se estaba masturbando en mi cama y me rogó que hiciéramos un sesenta y nueve.

Es difícil decirle que no a un amigo así que lo persuadí para que siguiera con su interminable paja y me fui a dormir al comedor. El problema fue que en una entrevista conté esa anécdota con una premeditada inocencia y rápidamente tomó estado público. «Cómo voy a acostarme con un tipo desdentado», se defendió. Me importó un carajo el escándalo. Pero allí estaba mi foto y mi nombre. Y en el puerto de San Antonio todos leen *La cuarta*. Así que abandoné Isla Negra el treinta de diciembre.

Transcurrí el año nuevo vagando por los bares más infames, y el primero de enero tomé el autobús de regreso a Buenos Aires. Recuerdo la sorpresa al encontrar una foto de Omar Chabán en la tapa del diario *El Mercurio*. Brevemente me enteré del desastre.

Otra vez Buenos Aires empezaba a ser otra ciudad, una Germania abandonada por la policía y tomada por los burócratas de la municipalidad. En poco tiempo fumigaron el éxtasis de la noche y asesinaron los lugares legendarios. El miedo de las masas nos arrasó. Pero me adapté. ◣

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Argerich: Hospital General de Agudos «Dr. Cosme Argerich».
Ayacucho, Balcarce, Bolívar, Brasil, Corrientes, Garay: Calles de la ciudad de Buenos Aires.
Becerro: Del lunfardo, juego sexual con participación de varios hombres y una sola mujer.
Boliche: Discoteca.
Cabezas, Carlos: (Chile, 1957.) Guitarrista y cantante fundador de la banda Electrodomésticos.
Campera: Abrigo, chaqueta.
Cerdos &Peces: Mítica revista fundada por Enrique Symns en 1983.
Chabán, Omar: (Buenos Aires, 1952.) Empresario argentino implicado en la tragedia de la discoteca República Cromañón donde un incendio provocó la muerte de 194 personas.
Colifas: En lunfardo, locos.
González, Jorge: (Chile, 1964.) Vocalista, compositor y líder de la banda chilena Los Prisioneros.
Henríquez, Álvaro: (Concepción, 1969.) Músico chileno, vocalista de la banda Los Tres y Pettinellis. Es considerado como uno de los músicos más influyentes de la música chilena actual.
«Ir calzado»: Del lunfardo, «estar armado».
La Gotita: Marca de un adhesivo utilizado en Argentina.
Land, Vera: Periodista y jefa de redacción y compañera de Enrique Symns en *Cerdos & Peces*.
Marplatense: Natural de Mar del Plata, Argentina.
Micro: En Argentina, autobús de larga distancia.
Parque Lezama: Parque de la ciudad de Buenos Aires.
Pija: Pene.
Prodan, Andrea: (Italia, 1961.) Actor y músico italiano. Hermano de Luca Prodan, líder de la banda Sumo.
Ragendorfer, Ricardo: (La Paz, 1957.) Periodista y especialista en crónica policial. Colaboró en Orsai N11 con la crónica «El Oso, un policial insurgente».
Ratis: Del lunfardo, policías.

EL TUERTO **Y LOS CIEGOS**

Me puedo poner maricón, Christian?

—Es la primera vez que pedís permiso.

—Es que me da una emoción muy grande tenerlo al viejo Symns escribiendo con nosotros. Se me mezcla la veta editor con la veta escritor, y sobre todo con la veta lector, y se me pone la piel de gallina. Publicarlo, editarlo, leerlo. No sé cuál de las tres maravillas me emociona más.

—¿Y la dupla que hace con Bernatene ilustrando? —me dice Chiri—. Tendríamos que hacer un libro más adelante, con estas crónicas.

—Un día dijimos lo mismo en una sobremesa, sobre los sonetos de Pedro ilustrados por Jorgito González, y mirá ahora la página de la derecha.

—¡Qué libro hermoso *El gran surubí*! —se excita Chiri—. Tapa dura además, y con dibujos nuevos. Hacía mucho que no veía un libro tan bien hecho, tan cuidadito...

—Un libro hecho con amor, diría Silvio Soldán.

—¿No vendría a ser publicidad esto que estamos diciendo, y la página de acá al lado, y las dos páginas que siguen a la de al lado?

—¡No señor! —me irrito—. *El gran surubí* se publicó en la revista, es un riñón de Orsai. Es una parte de esta revista, un pedacito que dejamos para que crezca en otro lugar... No es publicidad.

—¿Qué es, entonces?

—Es trasplante de riñón.

—Mirá que gordito marketinero.

—A propósito, ¿no había contado ya Symns su emergencia médica con su poronga?

—Sí, yo se lo pregunté por mail, y me respondió que no era una repetición. Me dijo que dos veces fue a un hospital con la pija lastimada.

—¡Pobre hombre!

—Sí. La primera vez, la que contó en la crónica «Una siniestra hospitalidad», y que publicamos en el número diez de la revista, lo operaron de verdad. Y esta vez, que vendría a ser la segunda, se escapó corriendo del susto.

—¿Y se curó solo?

—Como Rambo, me imagino.

—El otro día, hablando con Rodolfo Palacios, que es muy amigo de Symns, me dijo: «El de Enrique es un caso extraño. Se siente olvidado, pero hay pibes que lo leen. Incluso uno sacó a la venta una remera con su cara. Es pobre, no guardó sus viejos escritos, pero vas a Mercado Libre y la *Cerdos & Peces* se vende a trescientos pesos, las *Pan Caliente,* a cuatrocientos y *El Cazador*, que apenas tuvo dos ediciones, a doscientos pesos cada una. Y *La banda de los chacales*, un libro con dibujos que publicó en una editorial marginal, lo compré a trescientos cincuenta. Y él se caga de risa de todo eso».

—A mí me conmueve la sinceridad de Symns para narrar —le digo a Chiri—. Cuando los periodistas chilenos le preguntaron por la anécdota con el líder de Los Prisioneros, él dijo: «Yo cuento una anécdota que es real y que no me pareció de ningún modo ofensiva». En otras palabras: le chupa todo un huevo.

—Por eso te gusta, porque es como vos, que contás en internet cosas de todos nosotros sin pedirnos permiso. Así quedaste para el orto con todo el mundo. Y ahora estamos quedando para el orto con Latinoamérica, me parece —se preocupa Chiri—. Primero una crónica sobre colombianos que roban, y ahora viene Symns y dice que nunca podría ser chileno. ¿Qué va a pensar César Isella de nosotros dos?

—La culpa la tiene el papa.

—¿Otra vez Francisco? ¿Por qué?

—En los últimos veinte años —le explico a Chiri—, los argentinos habíamos empezado a perder esa sensación pedante de sentirnos europeos, de mirar a Latinoamérica de costado... Lo conseguimos gracias a un gran esfuerzo de los políticos, que se robaron todo y nos dejaron sin clase media.

—¿Vos decís que los políticos de los noventa hicieron todas esas barbaridades para que volviéramos a ser Latinoamérica?

—¡Claro! No creo que haya sido por codicia. Incluso después vinieron otros políticos distintos y armaron Unasur, ya casi éramos latinoamericanos otra vez, estábamos a diez metros de la meta, casi llegábamos... Y entonces, ¡zas!

—¿Qué pasó?

—En el Vaticano eligen al papa de Roma y sale sorteado un porteño. ¡Y otra vez todos somos europeos! Para nuestros países limítrofes ya no somos hermanos como antes.

—¿Qué somos ahora?

—Los hijos de la vieja y el tuerto.

—Es verdad.

COLECCIÓN EMBUDO

el gran Surubí

PEDRO MAIRAL · JORGE GONZÁLEZ

orSai

En venta en editorialorsai.com

AYER UN FOLLETÍN. HOY UN LIBRO. MAÑANA UN CLÁSICO.

COLECCIÓN EMBUDO

LIBRETA · DE · VIAJE
MONTT

ORSAI

En venta en editorialorsai.com

Dios y el diablo en el taller.

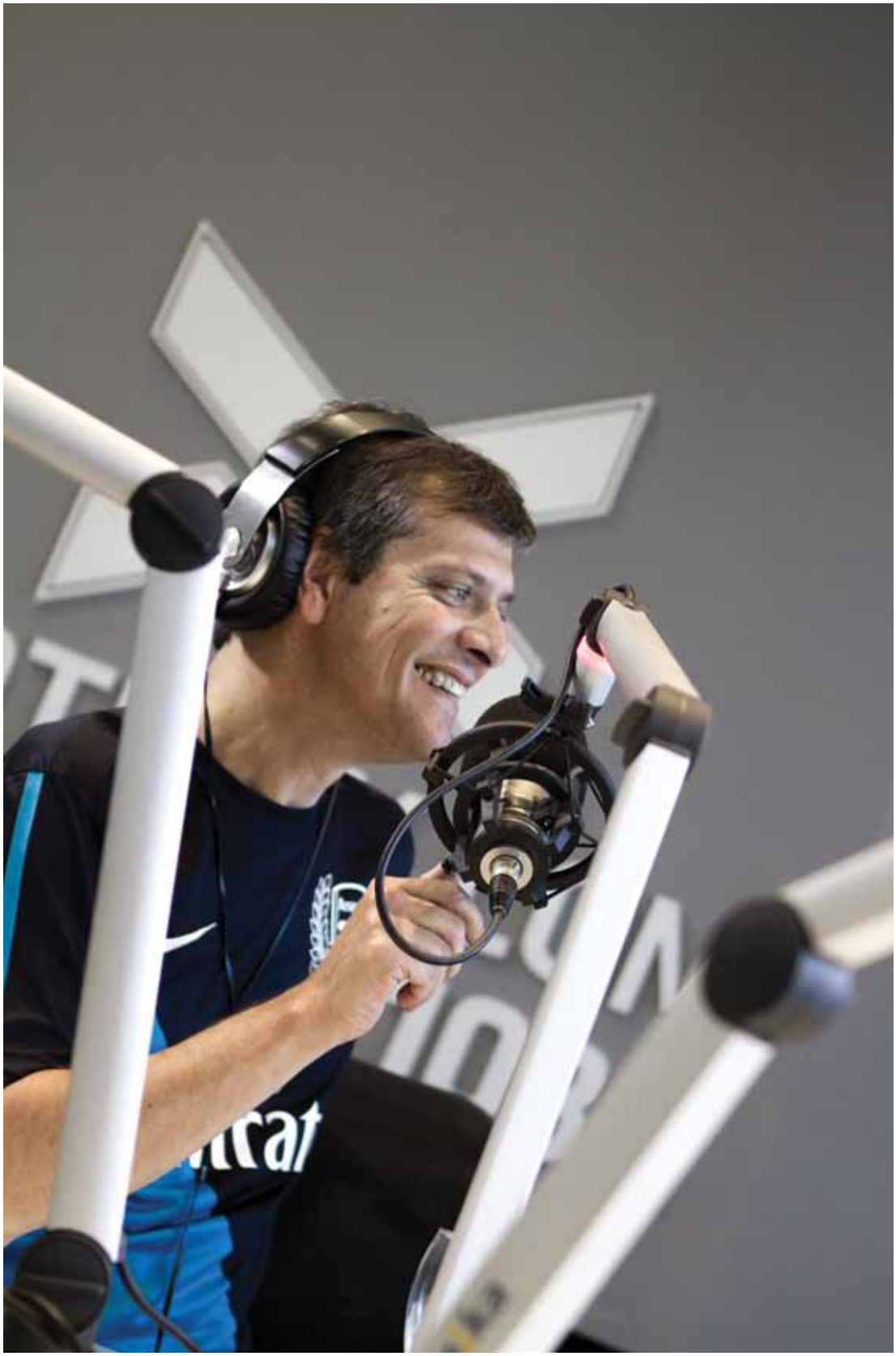
Un paseo por las estaciones del romanticismo.

«Es un buen momento para hacer lo que se te canten las pelotas».

PERGOLINI, EL OPTIMISTA

UNA ENTREVISTA DE **GONZALO GARCÉS**

PRODUCCIÓN FOTOGRÁFICA DE **PEDRO OTERO**



El tiempo es tirado en televisión.

Mario Pergolini te puede hacer acordar a un avión. Hasta su voz —su inconfundible voz— suena como una turbina. Puede ser agotador, pero la gente que de verdad mueve las cosas en este mundo suele ser agotadora. Por estos días Pergolini hace acordar también a Henry Ford. Una bola de energía, un profeta, un hombre de negocios, un hombre conservador en las costumbres, un corredor de alta velocidad, un showman, un pionero, un optimista. Sobre todo un optimista. Alguien que tiene toda su energía puesta en lo que viene.

Hace poco Pergolini dejó la FM Rock & Pop, que lo tuvo como emblema durante casi un cuarto de siglo. Antes había dejado su programa de televisión más exitoso: *Caiga quien caiga,* que impuso un formato nunca antes visto en la televisión argentina y fue exportado a media docena de países. Tenía recuerdos y dinero para retirarse a descansar por los próximos cuarenta años. En vez de eso, compró el antiguo teatro de Colegiales, uno de los más antiguos de Buenos Aires —ahí cantó alguna vez Carlos Gardel— y creó Vorterix. Nótese que la palabra no va precedida de un genérico. No se dice *la radio* Vorterix. Ni *el teatro* o *el canal* Vorterix. Es que Vorterix es todas esas cosas al mismo tiempo y un poco más. De hecho, Pergolini aspira a hacer de Vorterix el genérico de un nuevo formato. Alguna vez se dirá: *un* Vorterix. Como quien dice un champagne o una Gillette. Sin olvidar que el Vorterix original, el primer Vorterix, fue la criatura de Pergolini. O al menos esa es la idea.

Tiene sus contradicciones Pergolini. Alguna vez me gustaría escribir sobre eso. Me parece que este hombre que encarnó para el periodismo al rock, a la actitud del rock, a la impaciencia del rock, a la insolencia del rock, el rock ya no le gusta mucho. «Cuando voy a un recital, después de tres canciones ya me quiero ir», reconoció por ahí. Antes de conversar con él estuve en la cabina de control de Vorterix. Pergolini entrevistaba a Ciro Pertusi, excantante de Attaque 77, el grupo punk cuya canción «Hacelo por mí» le dio el nombre a uno de los programas de televisión más populares que tuvo Pergolini. «¿Cómo te llevás con los horarios?», lo apuraba. «¿Cómo te llevás con el profesionalismo?». A veces Pergolini parece impaciente con la mística de la espontaneidad del rock, a veces con el sentimentalismo del rock. Los conoce demasiado. Son su tribu, donde algunos han crecido y otros siguen repitiendo el mismo riff, las mismas anécdotas, las mismas poses. Como todos los romanticismos, el rock siempre ha tenido dificultades para poner de acuerdo sus actos y su discurso. Me gusta imaginar que a Pergolini, que ha sabido construir tanto sobre el rock, pero que es visceralmente un hombre de moral conservadora y que mira las cosas con dura lucidez, esa disparidad lo ofende en un lugar íntimo, y esto lo convierte en un personaje levemente trágico.

Como digo, alguna vez se podría escribir sobre esto. Pero no ahora. Cuando se conversa con Henry Ford —con alguien que está empleando su sobreabundancia de energía en cambiar el mundo— hay momentos para indagar en sus grietas interiores y hay momentos para escuchar, simplemente, lo que tiene para anunciar. Este es uno de esos momentos. Pergolini está construyendo algo importante. Algo que tiene que ver con la puesta al día de los medios en la era de internet y que, más que un poco, tiene mucho que ver con ciertas cosas que viene intentando hacer esta revista. Después tocará decidir si el mundo que anuncia nos agrada o no. Por ahora, escuchemos.

Hay que escribir más música e interpretar más texto.

—Te escuché decir que antes, cuando veías a dos pibes tomando cerveza a las diez de la mañana, a lo mejor te ibas con ellos...

—...y ahora pienso: «¡Loco! ¿A las diez de la mañana tomando cerveza?». Sí, es verdad.

—¿Te tiene un poco podrido la mística del rock?

—Yo tengo que aprovechar que conozco a los músicos, que sé cómo se comportan en las giras, cómo se mueven en las previas, cómo son cuando vienen a grabar a la radio. Para mí esa puesta en escena que hizo siempre el rockero no es tan cierta. También está bueno decirle esto a los pibes que tienen bandas: que estos tipos cuando se ponen a laburar, se ponen a laburar. Y que es realmente un trabajo. Yo lo entiendo: en la época de los Rolling Stones se grababan esos supuestos documentales en los aviones donde están todas las minas y toda la fiesta. Y después te enterás de que era mentira. Suelo contar que cuando me lo encontré a Keith Richards (cuando los Stones vinieron a Buenos Aires), él venía con su «destornillador» en la mano, no se podía hablar bien con él porque caminaba medio arrastrándose. Entonces deja su bebida sobre una mesita de luz. Y yo digo: «Voy a tomar del trago de Keith Richards». ¡Y no tenía alcohol! ¡Era un jugo de naranja!

—Keith Richards haciéndose el borracho, y solamente para vos.

—Sí, pero después me pregunté: ¿qué necesidad tiene el rock de esto? Yo siempre, a fin de año, hago una arenga radial sobre que estudiar está bueno, que hay que felicitar a la gente que estudia. Porque las cosas no salen de pedo. Nada sale de pedo.

—Quizá el rock está para eso: yo no puedo vivir en el reviente, pero tengo nostalgia del reviente, entonces lo vivo a través del rock.

—Es imposible condicionar un hecho artístico a un análisis como ese. Decir: «esta es la esencia del rock». No, yo entiendo la esencia del rock y todo eso. Pero el tener cierto acercamiento con los músicos me permite que ellos no vengan a jugar conmigo el papel que quieren jugar. Acá no viene Juanse y habla con la boca pastosa. ¿Entendés? Entonces me parece que se vuelve un poco más normal el hecho.

Aprovecho a patear, que ando con la energía baja.

—Suponete que yo nunca me conecté a internet. Que me congelaron en el noventa y cinco y me descongelaron hace cinco minutos, y te pregunto: «¿Qué es Vorterix? ¿Qué tiene para ofrecerme que no me pueda dar una radio, un canal de televisión o un teatro?».

—Es una mezcla de medios. Si querés disfrutar un concierto, te lo damos en varias formas. Si te estás moviendo, te lo doy a través de tu celular. Si estás escuchando la radio, aunque no tengas la imagen, la experiencia auditiva te va a conformar. Si tenés un Smart TV te doy un montón de elementos para poder verla en vivo. Y además es un teatro. Es una experiencia como espectador de conciertos en un buen lugar. Es un gran sistema que hace que estés con nosotros con contenidos propios. Nosotros generamos nuestros propios contenidos. Si Los Cafres sacan un disco, está bien, vas a poder ver el video en un Smart TV, un celular, lo que quieras; pero también tenemos un estudio de grabación con ocho cámaras, donde vas a escuchar la versión distinta o tenés la experiencia para verlo en el teatro. Y si no estás en

Entonces Keith Richards deja su bebida sobre una mesita de luz. Y yo digo: «Voy a tomar del trago de Keith Richards». ¡Y no tenía alcohol! ¡Era un jugo de naranja!

Con la indiferencia del que se da la media vuelta y permanece.

Soy básicamente competitivo. Pero no es para decir: «¡Eh, viste, gané!». Me estimula la competencia. Me pone feroz, me pone con ganas, me da un sentido. Pero otra gente no es así. Lalo Mir, por ejemplo, un gran referente para mí, y un tipo con el que competimos a la mañana. A él le da lo mismo estar primero, él es feliz haciendo radio. Yo soy feliz haciendo radio, pero necesito ponerle esa presión comparativa.

ninguna parte cercana al teatro como para verlo, por internet vas a poder ver esa experiencia. Nosotros intentamos que para cada hecho de contenido que tengamos puedas tener muchos deliveries distintos y que cada experiencia te parezca única e interesante. Si venís al teatro, vas a estar en un hermoso lugar donde te van a respetar como usuario del lugar, donde vas a tener buenos baños, no te van a subestimar por escuchar Predator Killers, junto con fetos de cuatro meses. Te vamos a tratar como si estuvieses en el Colón, lo más serio de lo serio. Vas a tener aire acondicionado, vas a tener un buen sonido...

—Solés decir que sos muy competitivo. Pero siempre competiste con gente que estaba haciendo algo parecido, y en medios equivalentes: Tinelli, Lalo Mir… Pero ahora no. Ahora, con Vorterix, de algún modo estás solo en la cancha. ¿Cómo te funciona eso?

—Es que la mirada hacia mí como personaje público sigue siendo televisiva y radial. Entonces me parece que en la televisión, al salirme del juego, ya logré no sentir competencia alguna. Me gusta que me comparen con otros, porque eso quiere decir que, en un punto, mantengo cierta actualidad, quiere decir que lo que hice puede seguir entendiéndose como vigente. Además soy básicamente competitivo. Pero no es para decir: «¡Eh, viste, gané!». Me estimula la competencia. Me pone feroz, me pone con ganas, me da un sentido. Pero otra gente no es así. Lalo Mir, por ejemplo, un gran referente para mí, y un tipo con el que competimos a la mañana. A él le da lo mismo estar primero, él es feliz haciendo radio. Yo soy feliz haciendo radio, pero necesito ponerle esa presión comparativa.

—Y cuando ganás, ¿qué te pasa?

Ah, ni lo disfruto. Digo: esto es totalmente momentáneo, no sirvió para un carajo.

—Pero insisto: no hay otro proyecto como Vorterix. De acuerdo, hacés radio, pero imagino que para vos la medida del éxito tiene que ver con el paquete entero.

—Que una radio sea al mismo tiempo un teatro es un cambio indudable. Ayer tocó Crashdïet, hoy tocó Skay, los próximos días tocan Jauría, Satan Dealers, Crystal Castles, Gary Clark Jr., Symphony X, Marky Ramones Blitzkrieg… Hasta los músicos nos piden fechas, y nosotros decimos vos sí, vos no, vos todavía no estás para tocar… Así que en un

punto ese lugar ya lo hemos conseguido. ¿Pero con qué lo voy a comparar? ¿Con el teatro Metropolitan?

—¿Con internet?

—Bueno, ahí sí tengo una batalla que librar, porque hay mucha gente que quiere brindar *streaming*, pero no lo hacen desde un lugar identificable. Clarín lo está haciendo con algunas fiestas electrónicas. Pero yo tengo que hacer una plataforma de entretenimiento. Que la gente entienda que somos un genérico.

—Con Vorterix te sacás de encima a muchos de los intermediarios del negocio. ¿Cómo funciona eso?

—Se podría decir que ahí hay que reorganizar un poco las cosas, porque la tecnología está yendo muy rápido. Yo creo que en las dinámicas tecnológicas, cuando están en un punto primario, lo primero que salta a la vista, lo primero que asusta, es que eliminarán al ser humano. Que reemplazará a los humanos por máquinas. Incluso ocurrió en los comienzos de la era industrial. Y ahora, en la estructura del capitalismo del entretenimiento, se están encareciendo ciertos aspectos. O el artista está teniendo menos retribución. El que genera contenidos está teniendo menos retribución, por culpa de cosas que en una época estaban bien, te ayudaban, te hacían crecer: editoriales, discográficas, grabadoras. Hoy en día nos estamos sacando de encima esas estructuras, no por antojo, sino porque no son necesarias. Mis cámaras son robóticas, no tengo un director. Los contextos burocráticos tradicionales me dicen: «bueno, esto se tiene que encuadrar por legislación laboral dentro de algo». Y yo digo: ¿por qué no pensamos una nueva? Indudablemente, acá hay un montón de actores que van a querer jugar, pero no pueden jugar. No rompan más las bolas con querer jugar. Yo lo lamento, pero así como alguna vez yo seré obsoleto, ellos ahora son obsoletos.

—Un caso puntual serían las discográficas.

—Las discográficas se están metiendo ahora en el negocio 360. Dicen: «Sí, yo te voy a dar inversión de marketing para que tu disco se venda, pero si tu disco no se vende tanto como fue mi inversión, necesito sacar plata de otro lado que vos me proveas: dame plata de tus conciertos. Dejáme organizarte el concierto». ¿Y no habrá llegado la hora de decir que, en cierto punto, todos podemos ser independientes, con la forma de delivery que hay? No saques tus beneficios de mi precio de entrada ni de mi precio del disco, porque indudablemente no me estás ayudando tanto con la distribución, ni me estás llevando gente a mi concierto.

—De acuerdo. Pero el que empieza, el que todavía no lleva gente por la fuerza de su nombre, ¿cómo hace?

—Claro, el que empieza necesita mecenas. A lo mejor es parte de la discusión que tenemos que tener. Este intermediario, ¿dónde está? Hay que discutirlo. Es como el hecho de legislar. No se preocupen tanto por legislar internet. Con la ley SOPA y esas cosas. Les va a ganar la dinámica. Entonces, ¿por qué no trabajamos sobre los contratos de fideicomiso? Van a venir los intermediarios y van a decir: «¿Y mi parte?». ¡No está tu parte! No es una cuestión de avaricia o de tener más concentrado el mercado entre menos personas.

—Es que son innecesarios.

—Son innecesarios. A lo mejor eso abarata. O no. A lo mejor nuestra codicia dice: sigamos vendiendo a quince dólares un disco, aunque realmente tengamos más ganancias.

—¿Y las productoras de cine, o de ficción televisiva?

—Si seguimos viendo a las productoras como generadores de contenido y a las televisoras como simples carriers, bueno, indudablemente la productora va a seguir siendo necesaria, y entonces eliminará a sus propios intermediarios. Yo creo que tenemos que replantear seriamente esto. Yo no digo: matemos al intermediario. Digo que hay intermediarios que ya no forman parte del juego.

—¿Traés la buena nueva, entonces?

—No sé cómo mezclar lo que preguntás con lo que pienso, pero creo que una buena idea, en este mundo globalizado, realmente te puede salvar. Ya no importa de dónde vengas, ni siquiera importa tu edad. Lo demuestran los jueguitos y las aplicaciones. La virulencia de las cosas. Es un buen momento para hacer lo que se te cante las pelotas. Porque nada está garantizado. ¿Entendés? No tenés garantizada ni siquiera la estabilidad europea. Entonces, si nada está garantizado, reprimir lo que querés hacer realmente es de pelotudos.

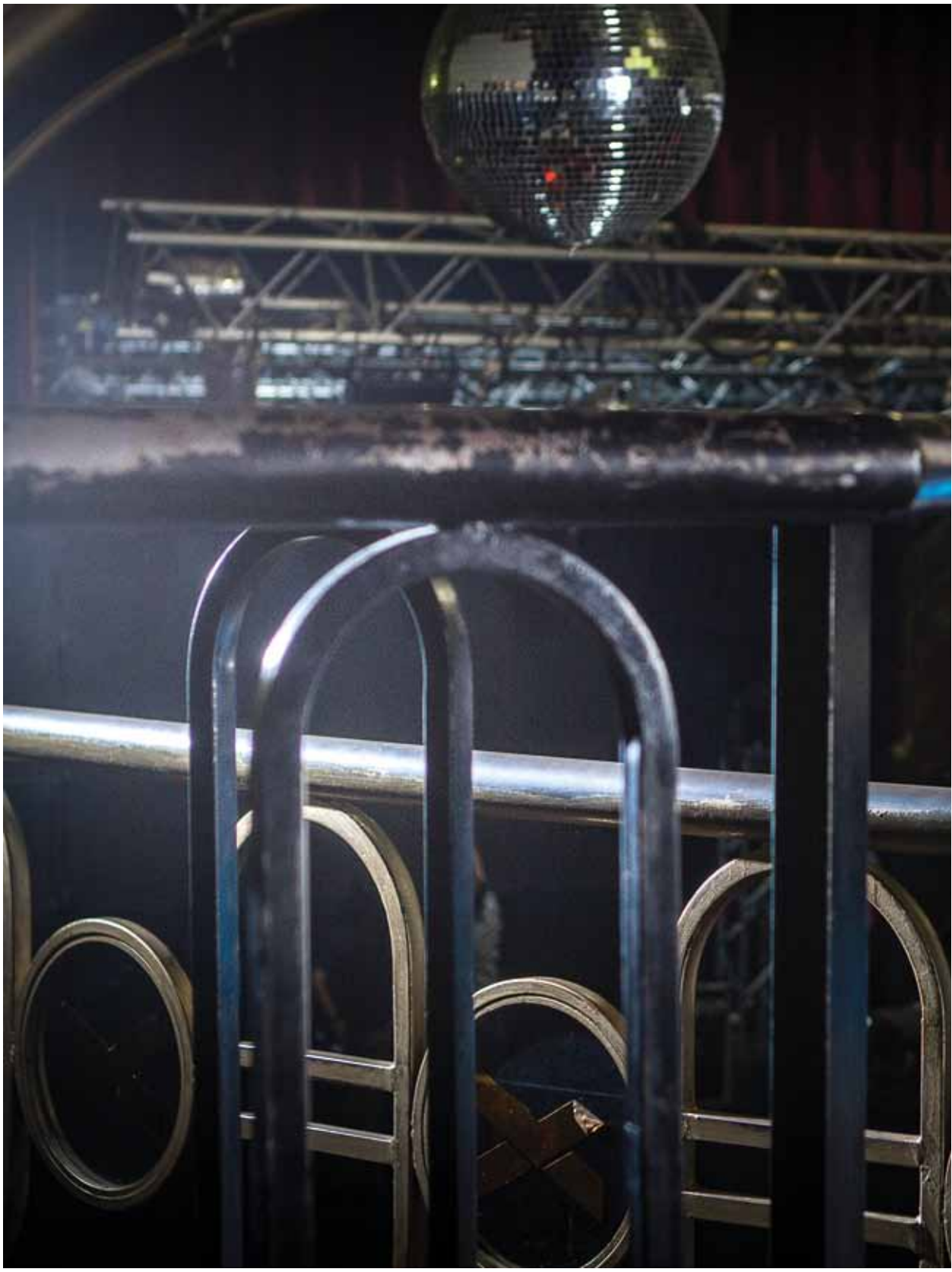
—Pero la buena idea, en este caso, la tuviste vos. Y vos querrás aprovechar que llegaste antes. Copar esta parte del mercado para que, cuando otros tengan la misma buena idea, se encuentren con que el actor principal ya es Vorterix.

—Mi buena idea fue a lo mejor haber fundado la productora Cuatro Cabezas, y que me sació el problema (que para la mayoría existe) de acumular un poco para poder hacer lo que se te antoja. Yo tengo esta realidad porque puedo hacer lo que se me canta. Porque tuve otra buena idea. Y es verdad, cada vez va a ser más difícil que eso suceda. Encontrar un lugar. Poner una radio en internet. Bueno, la tecnología para eso es bastante sencilla, no se necesita mucho. Pero, ¿cómo hacés para destacarte entre todos? Yo entiendo que ahora se crea un nuevo problema, que es cómo destacarte dentro de todas esas herramientas accesibles.

—¿Cuál fue tu valor agregado?

—Tuve la ventaja de que mi buena idea ocurrió en una etapa apenitas menos digital que la de ahora, pero me dio la tranquilidad para patear el tablero y decir: voy por la gloria. Yo no tengo hambre. Cierta burguesía que he adquirido me permite hacer este tipo de cosas. Y eso lo entiendo claramente. Entiendo que puedo llevarlo adelante porque tengo un gran problema solucionado. Por ahora. Todo esto se puede

Tenemos que replantear seriamente la industria. Yo no digo «matemos al intermediario». Digo que hay intermediarios que ya no forman parte del juego.



En este negocio le hacemos un descuento de tiempo.

Ideas tan simples, que ni parecen ideas.

Yo creo que el que está en serios problemas es el escritor, el guionista. A lo mejor mueren los escritores. A lo mejor mueren definitivamente. Pero siempre vamos a necesitar a alguien que escriba los contenidos.

ir a la mierda o yo ser un mal administrador. Yo no tengo la respuesta para el que empieza, no sé cómo tiene que hacer para lograrlo.

—¿Cómo es la vida ahora, entonces?

—Yo volví a recuperar el entusiasmo. Hace cinco años, cuando me bajé de la productora de televisión, estaba muy enojado, me sentía ya muy mediocre, dieciséis años haciendo lo mismo. Y me empezó a pasar también con la radio. Yo encontré en esto un nuevo entusiasmo. No sé a dónde me va a llevar.

—Por lo menos, imaginálo.

—Mirá: hoy en día, con la misma tecnología de Vorterix nosotros estamos transmitiendo congresos. Si podemos apuntarle con la cámara a un transpirado y loco rockero, también podemos apuntar a un médico en simultáneo. Y vos elegís qué querés ver. Hemos transmitido el congreso de cardiología. Actualmente estamos también haciendo e-learning de materias o carreras que jamás habían podido aprovechar el aprendizaje electrónico a distancia. Tenemos un convenio con la Universidad de Buenos Aires por el que estamos haciendo doctorados que antes no se podían hacer y que ahora, gracias a las imágenes en alta definición, sí se puede. Implantes bucales, por ejemplo. Podemos hacer, con la tecnología de Vorterix, con buena iluminación y cámaras HD, clases de e-learning que antes no se podían realizar. Y todo bajo un concepto de entretenimiento.

—¿Has dado clases sobre esto?

—Estoy aprovechando un poco para evangelizar. Si bien para mucha gente es claro el concepto de Vorterix, o puede ser por lo menos entendible, es muy complicado explicárselo a la gente que hace rato que está en el medio, a los gerentes de marketing que han pasado de los cincuenta años... Por eso creo que si voy a universidades y se lo cuento a un montón de gente, a esas futuras personas con poder de decisión, los voy a tener de alguna forma adiestrados.

—¿Y cómo serán remunerados, en este nuevo sistema, los que producen contenidos?

—El otro día di una charla sobre esto. Yo creo que el que está en serios problemas es el escritor. El guionista.

—Claro, porque no tocamos en vivo...

—No tocan en vivo y además siguen pidiéndole al usuario que no sea ansioso, que se tome su tiempo. Es verdad que el libro tiene pausa, los textos tienen pausa. Pero no sé, hay algo de otra época. Mirá el blog. El blog parecía que había dado lugar a un resurgimiento de la escritura, pero se lo consumieron como al grunge. En dos años, tres años. La literatura

en sí te pide, en cierta forma, que seas un poco analógico. Y va a ser muy difícil que resulte atrayente para las nuevas generaciones. Ni siquiera la portabilidad del kindle o del Ipad les ha dado ese encanto todavía. Yo creo que están en serios problemas los escritores. Pero no sé… Tampoco se venden muchísimos menos libros.

—No. Pero seguimos teniendo el problema de matar al intermediario.

—Falta el nuevo Gutemberg, la nueva imprenta. Que el tipo pueda generar su propia interface para dársela a la gente. Su propio libro.

—Sin embargo, cuando aparece un libro que muestra cómo vivimos la tecnología, la gente suele leerlo con pasión.

—Sí, igual es raro. A lo mejor mueren los escritores. A lo mejor mueren definitivamente. Pero siempre vamos a necesitar a alguien que escriba los contenidos. Yo me doy cuenta de que los mejores momentos de Vorterix siguen siendo cuando encontramos un buen relato. Un buen relato lo suplanta todo inmediatamente. No tenés ni que ponerle imágenes. Ocurre cuando leo al aire un buen cuento, o cuando inventamos literatura muy corta en nuestros separadores. Y la gente sigue escuchando historias. El que tenga con qué destacarse, se seguirá destacando.

—Los músicos, en cambio, tienen la oportunidad de tocar en vivo, de grabar acá mismo, de ser parte del proceso.

—Sí. Ahí el problema será cómo vamos a desarrollar nuevos artistas que se vuelvan masivos. ¿Cómo lo haremos, si continúa este avance en donde las cosas se viralizan de una forma que todavía no entendemos bien por qué? ¿Cómo se hace, en un mundo en el que tener cincuenta millones de clics a veces ni siquiera significa que te conozcan? Me acuerdo una vez, en internet, que un video de un abuelo que hacía reír a su nieto tenía como setenta millones de clics. Pero yo creo que si nos cruzamos con él, con ese viejo, no lo reconocemos. Si un programa de televisión tuviera setenta millones de espectadores, estaríamos hablando de un gran éxito. Pero yo estoy seguro de que si ese abuelo se pasea por la calle, nadie diría: «¡Ey! ¡El abuelo!» Tener tremenda masividad ni siquiera garantiza que puedas trascender un poco. Es tan momentáneo. Incluso cosas que creíamos que iban a transcender. Tuvimos un momento de explosión y nos cansamos, ya está, ya lo viste, ya pasó. Lo mismo le va a pasar a los artistas. Pasan, se los consumen, se los devoran, se los tragan. ¡Es muy loco! Estamos en cosas totalmente masivas y totalmente efímeras.

Medio vaso de optimismo, no se le niega a nadie.

Me gusta animar a mis hijos a dudar sobre si pueden existir o no las religiones. A veces me voy de mambo y mi mujer lo pone un poco en perspectiva.

—¿Leés diarios o revistas?

—No, porque ahora me queda muy viejo. El diario que leí desde que salí de la radio y antes de llegar a casa, va a estar todo publicado mañana. Mis noticias las saco de mixes. Y también me he armado mis propios programitas para que me vayan dando lo que quiero. Hay programas en los que ponés: «dame todo lo de política internacional, todo lo que vaya pasando en mi país», y te van dando un resumen específico de lo que te interesa. A veces te quedás un poco afuera y siempre estás viendo lo main. Entonces intento ver si puedo navegar por otros lados. Pero creo que está tan accesible la actualidad que ya no veo demasiada actualidad. Porque sé que la tengo siempre a mano. Y me he especificado más en lo que me interesa, o en ciertos lugares donde sé que voy a encontrar cosas que me gustan. Tengo todavía mis rinconcitos, incluso virtuales, donde digo: «Ah, qué bueno, nadie viene por acá».

—¿Qué otras cosas leés?

—Leo muchas cosas científicas. Soy un fanático de Newton, del libro *Una breve historia de casi todo* de Bill Bryson... Y esto me llevó a alimentar más el «no creo». Mis hijos no fueron muy educados en la fe. De lo que no hay duda es de que el concepto de familia que armé con mi mujer es bastante parecido a lo que indicarían todas las tradiciones, inclusive las religiosas. Mi mujer es una mujer de fe. Y pudimos convivir. De vez en cuando, intento alimentarle la duda...

—¿El hecho de haber sido padre te acercó a la religión?

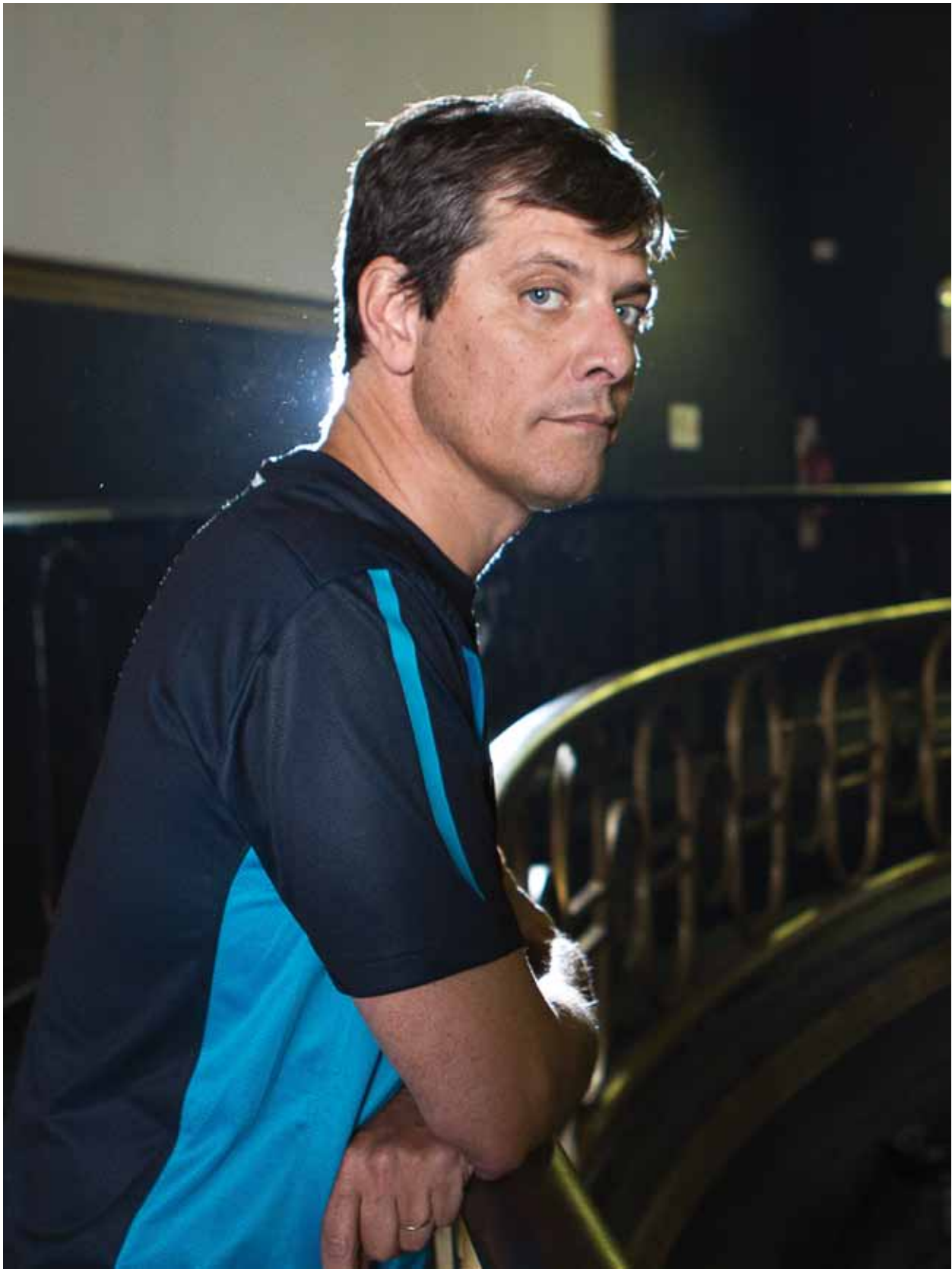
—Me gusta animar a mis hijos a dudar sobre si pueden existir o no las religiones. A veces me voy de mambo, mi mujer lo pone un poco en perspectiva, me explica la tranquilidad que te puede dar creer en algo más supremo... Pero no… Los hijos me volvieron más conservador. La experiencia no la podés trasladar. Lo comprobé cuando era hijo y lo compruebo ahora que soy padre. Creo que hay ciertas cosas que miro desde el lado más conservador, aun entendiendo cuáles son las pulsiones que te llevan a ir en contra de las cosas lógicas a cierta edad… Te diría que soy bastante pretoriano en la educación. No digan malas palabras. Sean agradecidos. Y por sobre todas las cosas, sean decentes.

—¿Qué cosas son indecentes en la tele de ahora? ¿Qué cosas están mal?

No sé si están mal. No sé si el medio en sí está mal. Es la primera vez, después de Edison, Tesla y los primeros revolucionarios de la radio, que realmente hubo un cambio del usuario. El usuario ha cambiado. Un día, una generación entera se dio cuenta de que habían cambiado las velocidades. Que ya no iban a esperar.

—Como esperábamos nosotros cuando éramos chicos.

—O no tan chicos. Yo tenía veintipico de años y esperaba a que MTV me pasara a los Rolling Stones. Me quedaba una hora en un boliche, esperando que pasaran un VHS, videos de bar, una hora y media, hasta que decía: «¡Uh boludo, los Stones! ¡Los Rolling Stones!». Incluso cuando ya tuvimos cable, y acceso a casi todo, decíamos «voy a esperar». Esperábamos con la radio prendida a que nos pasaran el hit. Hoy el usuario cambió. Porque dice: «¿Un video de los Rolling Stones? Lo veo cuando se me cantan las pelotas». ¿Todos los martes a las diez de la noche pasan *Caiga quien Caiga?* El pibe hoy en día dice: «Mirá si voy a esperar al martes a las diez de la noche... ¡No, que pasen cien mil *Caiga quien Caiga* y los veo a todos juntos!». El usuario abolió un poco la televisión



Una idea es una idea. Varias, es diseño.

Nos estamos comportando como adolescentes, incluso los adultos. «¡Lo quiero ya! ¡Para qué, no me importa, pero me bajo la discografía completa!». Descargamos un montón de cosas al pedo.

Hace cinco años cualquier padre le decía a sus hijos: «estudiá computación». Entendían que estudiar computación era ser un usuario de la computación.

de agenda que proponen los medios convencionales. ¿Cómo hace la televisión para atraer como nos atraía antes a nosotros? El lunes a las diez te pasan, en estreno, esa película que hace tres años ya viste en el cine. ¡Estreno en la tele! E incluso así *El mundo del espectáculo* hacía veintipico de puntos de rating. Hoy le decís a un pibe: «Mirá que el miércoles vamos a pasar la última de James Bond» y el pibe te dice: «pelotudo, me la bajé dos días después de que se estrenara en Estados Unidos».

—¿Por qué cambió el usuario?

—Porque ahora tiene un conocimiento que nunca pensamos que llegaría a tener. Hace cinco años cualquier padre le decía a sus hijos: «estudiá computación». Entendían que estudiar computación era ser un usuario de la computación. «Que la computadora no te gane», esa era la idea general. Mi hija Valentina, que va a cumplir ocho años, tiene un montón de códigos sobre lo que mis padres entendían como «estudiar computación». Valentina entiende cómo abrir una computadora, sabe poner una dirección en internet, es decir, utiliza la interface para lo que es útil. No sabrá lo que es un excel, bueno: lo aprenderá con el tiempo. Tendrá herramientas útiles. Pero el genérico aquel de querer estudiar computación es ridículo. Hoy a nadie hay que decirle andá a estudiar computación.

—Es un tema de códigos comunes.

—Todos tenemos un montón de códigos que conocemos. Un triangulito es play, un cuadradito es stop, dos barritas es pausa. A mi hija a veces le muestro algo en la televisión y tiende a tratar de expandir la imagen, como si fuera una tablet… El usuario ha cambiado porque tiene información. Y esto ha modificado la agenda, ha trastocado los tiempos. Nos estamos comportando como adolescentes, incluso los adultos. «¡Lo quiero ya! ¡Para qué, no me importa, pero me bajo la discografía completa!». Descargamos un montón de cosas al pedo.

—Entonces, ¿cómo hace el medio tradicional para decirle a la gente: miráme?

—Le da cosas populares. La televisión no cambia la berretada que está pasando ahora porque sí. Estamos esperando que emitan las buenas series, los buenos documentales, en los países donde todavía se hacen grandes inversiones. La televisión local no tiene forma de competir contra esas estructuras. Por eso tenemos

GLOSARIO DE TÉRMINOS Y PERSONAS

Berretada: Del lunfardo, «cosa mal hecha». Berreta: que se comporta con vulgaridad y poco refinamiento.
«Cantar las pelotas»: Expresión popular argentina que significa «antojarse». («Hacer lo que se me cante las pelotas», hacer lo que se me antoje).
Carrier: Operador de telefonía que brinda una conexión a internet de alto nivel.
Celular: Teléfono móvil.
Colón (teatro): Teatro argentino de ópera, considerado como uno de los más importantes del mundo por su tamaño, acústica y trayectoria.
Commodity: En Economía es cualquier producto destinado a un uso comercial.
Crashdïet: Banda sueca de hard rock/sleaze formada en Estocolmo en 2000.
Crystal Castles: Dúo canadiense de música electrónica formado en 2004.
Cuatro Cabezas: Productora argentina de televisión independiente, creada en 1993 por Diego Guebel y Mario Pergolini.
«De pedo»: Expresión popular argentina. Hacer algo «de pedo» es hacer algo con suerte, por casualidad.
El mundo del espectáculo: Es un bloque de películas de Canal 13 (Argentina) que se emiten desde 1980. Desde 2005 se emite esporádicamente como relleno de programación.

paneles de diez personas en los programas de deportes, en los programas de entretenimientos, en los programas de opinión política… Todo es masivo, utilizan el sistema de repetición. Ponen a Francella haciendo siempre la misma comedia de Francella.

—¿Solo la tele pasa por un momento de confusión?

—No, lo mismo le pasa a la radio. Cuando yo hice *Malas compañías,* un programa nocturno, llegamos a tener el setenta y ocho por ciento de la audiencia. Hoy en día, la noche es un horario totalmente marginal en la radio. La masa crítica completa de las FM, a las nueve de la noche, será como mucho de diez mil personas, y están en internet. Nosotros tenemos más gente escuchándonos online, a la noche, que escuchándonos a través del viejo y querido receptor de radio. El cuarenta por ciento de la gente que nos escucha a la mañana lo hace a través de algo que no es una radio. Pero si vos le preguntás a alguien qué está escuchando, te dice: «la radio». Y vos decís: «No veo ninguna radio». «Bueno, es el celular». El medio no pudo acompañar el cambio violento que tuvo el usuario. Y se va a quedar siempre atrás.

—¿Cómo reacciona Vorterix a este panorama?

—Dentro de poco vamos a lanzar la aplicación para televisores inteligentes. El que tenga un Smart TV tendrá un canal que emitirá Vorterix en vivo, sin pasar por una computadora, sin pasar por una asociación con un cable, sin tener Televisión Digital. El año pasado una sola marca de televisores, una marca líder, vendió en Argentina doscientos cincuenta mil Smart TV. No son tan pocos, y serán muchos más. Cuando el gobierno planifica lo costosísimo que es poner la Televisión Digital, a nosotros nos sale un cinco por ciento de esa inversión. Y siempre estamos llegando tarde al deseo del usuario, porque el usuario está marcando cómo mierda van a ser los medios que, hasta ahora, entendimos como tradicionales.

—¿Es la muerte de la radio?

—No es loco pensar que, en tres años, la radio como la conocemos actualmente, desaparezca. Hablo de esa radio en la que hay que poner una antena que sale doscientos mil dólares, con un amplificador que sale otros trescientos mil dólares, que tiene que ser mantenida por un montón de gente... Esa va a desaparecer, porque no tiene sentido. La radio va a estar arrumbada al lado del VHS y del fax. Cuando Gutemberg inventó la imprenta, se tardó cincuenta años más para que todos los libros estuvieran en Europa. Cuando se inventó el teléfono se tardaron diez o quince años para que todo el mundo entienda al aparato telefónico como un commodity. Cuando salió el celular, tardamos seis años en adoptar la tecnología. Desde que salieron las nuevas interfaces de Smart TV, solamente tres años.

—¿Qué significa esto, Mario? ¿Que ya no se puede planificar a largo plazo?

—No podemos planificar a más de cuatro años. Como dice una charla TED que fue bastante famosa, ni siquiera podemos planificar la educación a más de cuatro años. No sabemos qué forma de adquirir conocimiento van a tener los chicos. Entonces ¿por qué voy a volver a un medio tradicional? Si tuve una visión, si combiné cosas, si esto está funcionando... Me ofrecen volver a la tele. Les digo «¿Para hacer qué?». Y me dicen: «Cualquier cosa, no importa». Yo les digo: sí que importa. El contenido es el rey. ◣

Francella, Guillermo: Actor y comediante argentino.
Gary Clark Jr: Guitarrista y actor a quien comparan con Jimi Hendrix.
Jauría: Banda de rock argentina formada en 2010.
Juanse: (Juan Sebastián Gutiérrez.) Guitarrista y vocalista fundador de la banda Ratones Paranoicos.
Loco: Expresión muy usada en Argentina para referirse a alguien. (En España, «tío»).
Los Cafres: Banda argentina de reggae formada a fines de 1987.
Main: En programación, la parte principal.
Marky Ramones Blitzkrieg: Proyecto del exbaterista de The Ramones en el cual junto con Maquinaria compilan los éxitos de la desaparecida banda.
Minas: Del Lunfardo, «mujeres».
Mir, Lalo: Locutor y periodista argentino.
Satan Dealers: Banda argentina de rock.
Skay: (Eduardo Beilinson.) Guitarrista, cantante y compositor argentino.
Symphony X: Banda de Nueva Jersey de metal progresivo y power metal fundada en 1994.
Streaming: Distribución de audio o video por internet.
«Tener podrido»: Expresión popular argentina que significa cansarse de algo.
Tinelli, Marcelo: Presentador, empresario, periodista deportivo y productor argentino.

MEMORIA **VISUAL**

En el invierno de 1989 desayunábamos con Pergolini. En un bar de Perú y Venezuela.

—No, mi estimado gordo desorientado. Era en Perú y avenida Belgrano. Porque Pergolini trabajaba en la radio *Rock&Pop*, que estaba sobre Belgrano. Hacé foco con el recuerdo, intentá que sea visual. Si no tengo que corregirte todo.

—Ok, lo intento —le digo—. Nosotros estudiábamos en el Círculo de la Prensa, que estaba sobre Perú, y caminábamos dos cuadras hasta el bar... Tenés razón, enfocando la imagen es mejor. Pergolini desayunaba solo, contra una ventana.

—Mirálo bien. ¿Qué más ves?

—Tenía el pelo muy, muy largo.

—¡Bien! ¿Ves que así funciona mejor?

—Nunca nos animamos a acercarnos ni decirle nada, ¿no?

—Nunca jamás —me dice—. Lo veíamos desayunar, desayunábamos nosotros, pero jamás le hablamos. Todavía no había hecho *La TV Ataca*.

—¿Sabés que justo ayer me puse a ver videos en YouTube de ese programa? Tenía muy presente algunas cosas, Fisu (el pájaro medio bardero), Patricio Monseñor y La Larva, pero no me acordaba de Paki Galé y de Leo Fernández, ni de Céspedes y Barreiro…

—¡Paki Galé! ¿Qué será de su vida?

—Lo googleé, porque me hice la misma pregunta —le digo—. Cuando se fue de *La TV Ataca* hizo un programa que se llamó *Batido*.

—Me acuerdo de *Batido*, un nombre horrible. Además no es una bebida argentina. Tendría que haberle puesto algo más autóctono: «Licuado», por ejemplo.

—Después se fue a Panamá. Se dedicó a la medicina, que era lo que había estudiado. Formó parte de Médicos en Catástrofes en Albania, hizo un documental en Kosovo, produjo *Survivor* para varios países... Una vida intensa. Hizo todo eso mientras nosotros estábamos mirando tele, cada uno en su casa, rascándonos el higo.

—¿Te acordás cuál era la última pregunta que Pergolini hacía a sus invitados en los reportajes de *La TV Ataca*?

—«¿Cómo fue tu primera vez?»

—Esa era de Guinzburg. La de Pergolini era parecida: «¿Gritás al hacer el amor?». Vos respondías y Mario te regalaba un Paddle Watch.

—¡Qué increíble!

—¿Acordarse de esas cosas significa que uno ya está grande? ¿Como cuando tu abuelo te hablaba del Glostora Tango Club con Valentín Viloria, Rafael Díaz Gallardo y Lucia Marcó?

—Puede ser —le digo—. ¿Viste que dicen que cuando sos grande no recordás lo que hiciste ayer, pero en cambio empiezan a parecer recuerdos de hace veinte años? ¿No nos estará pasando eso, querido amigo?

—Lo más probable, porque me acaba de venir a la memoria una imagen muy lejana —me dice Chiri—. Una vez escribimos unos guiones para radio, y a la mañana siguiente nos levantamos y fuimos decididos a dárselos a Pergolini. Fue en la época en que desayunábamos en el mismo bar. Enfocá bien, te vas a acordar.

—¿A ver? —le digo emocionado—. Creo que empiezo a recordarlo... Nos sentamos en la mesa de siempre, para verlo llegar desde la vereda de la avenida. ¿Estábamos nerviosos o teníamos frío? Porque nos veo medio temblando.

—Era invierno. No estábamos nerviosos. Pero te está saliendo —me alienta Chiri.

—Incluso estábamos eufóricos, porque nos parecía que esos guiones que habíamos hecho eran súper radiales, y que le iban a encantar.

—Lástima la timidez...

—Cuando llegó nos hicimos los boludos —me acuerdo cada vez más nítido—. Vos tenías una campera marrón, yo un saco. *Andá vos. No, empezá vos y después voy yo. Si vamos los dos queda feo. ¿Por qué tengo que ir yo si la idea fue tuya?* Etcétera...

—Lo que hacíamos siempre. Así estuvimos hasta que Pergolini se levantó y se fue. ¿Te lo acordás bien? —me pregunta.

—Con tu sistema de recordar con imágenes es mucho mejor. Me lo acuerdo perfecto.

—Bueno, escuchá —me dice—. No fue con Pergolini que nos pasó eso, fue con Lalo Mir. No era invierno. Y era en otra radio.

—¿Sí?

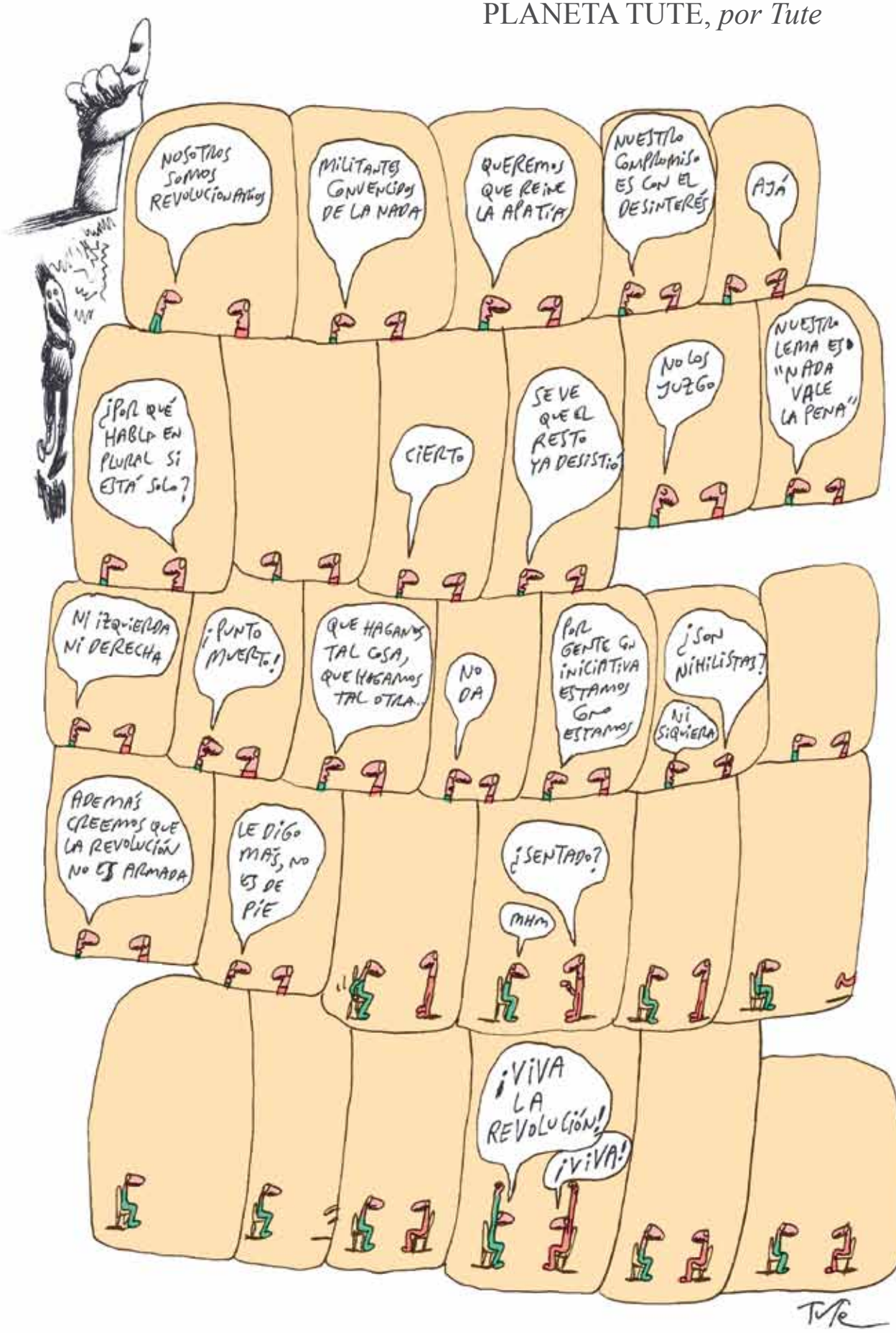
—Sí.

—¿Y por qué vi todo eso?

—Sugestión —me dice—. Puedo hacer lo que quiera con vos. *Esta es la batalla del movimiento... a mover los pies sin parar un momento...*

—¡No, por favor! Estoy cansado...

PLANETA TUTE, *por Tute*

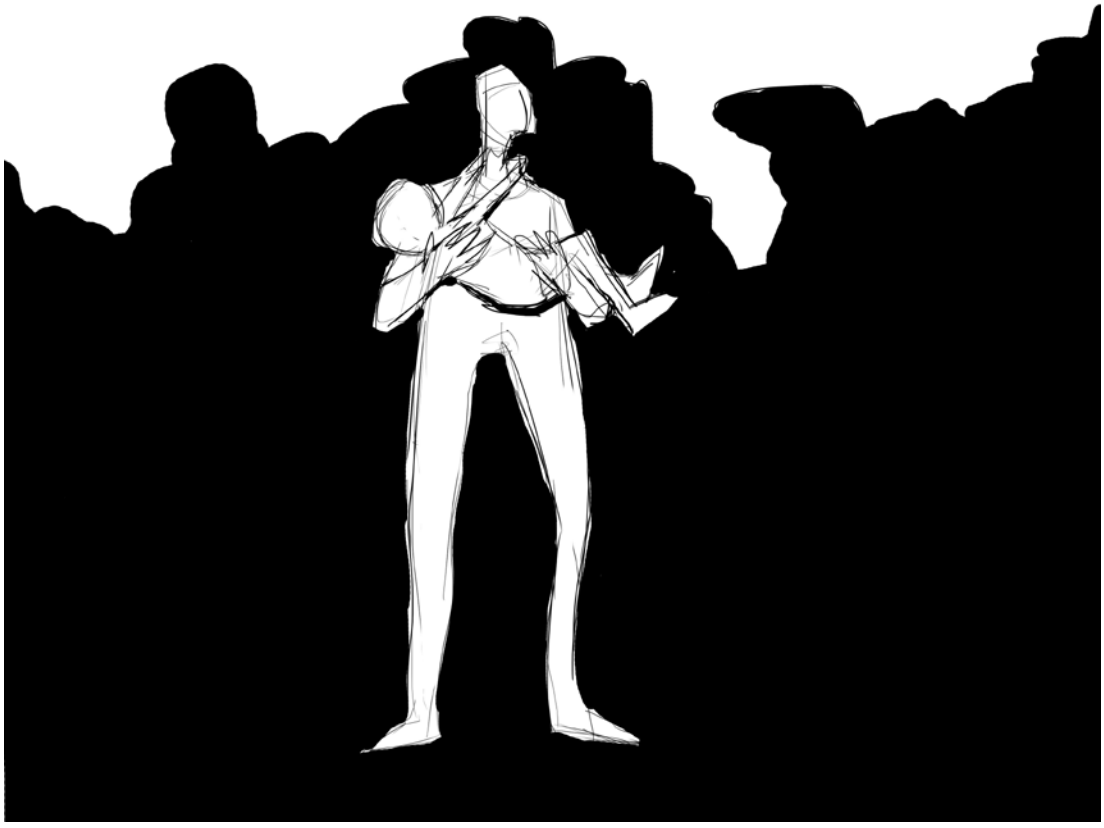


(cuento inédito)

BULBJERG

Un relato de NAJA MARIE AIDT

Traducción de IGNACIO MARTÍN AZCUETA y MARÍA PAPE



NAJA MARIE AIDT
Aasiaat, Groenlandia, 1963

Nació en Groenlandia pero se mudó a Dinamarca a los siete años. En 1991 publicó su primer libro de poemas y a partir de allí se convirtió en una escritora muy reconocida, tanto por su poesía como por sus cuentos y obras de teatro. Ha recibido la beca de por vida del Consejo de Arte Danés. Los derechos de su obra se han vendido a Alemania, Noruega, Islandia, Italia, Suecia, Letonia, Francia, Canadá, República Checa entre otros. Pero hasta ahora nada ha sido traducido al castellano. Su libro *Bavian* (Baboon, 2006) retrata Dinamarca de una manera que nunca se vería en una guía turística. Bajo una superficie tranquila crepitan emociones, matrimonios colapsan y la vida se vuelve siniestra.

De repente nos encontramos en un paisaje sorprendente: bancos de arena blancos, luminosos, por todos lados, árboles pequeños azotados por el viento que se retorcían bajo el gran cielo abierto. Resoplamos con alegría, como si saliéramos a la superficie para tomar aire después de estar demasiado tiempo bajo el agua. Nos detuvimos y miramos a nuestro alrededor, parpadeamos después de haber mantenido la mirada fija en la carretera terriza y en la oscuridad de las plantas durante largo rato. Incluso el olor era distinto, salado y fresco, el mar debería de estar muy cerca ahora. Pero hacía mucho tiempo que habíamos perdido la orientación. Estábamos yendo en círculos. Hacía calor. Teníamos a un chico de seis años y un teckel con nosotros. Las bicicletas estaban viejas y oxidadas, el riesgo de pinchazo era inminente. Nos quedamos totalmente quietos escuchando. El viento pasaba por las hojas con un susurro débil, los pájaros cantaban, uno gritó, ronco y desesperado, como si fuese por su vida. Sebastián me miró ansioso.

—Es solo un águila ratera. No hay nada que temer.

—Ven para aquí, Seba. ¿No quieres una galleta?

Llamaste al chico con una suavidad exagerada y me vi tirando la cabeza para atrás con movimientos grandes y temerosos, para ver de dónde veníamos. Ahí estaba el bosque, tan negro y quieto como un lago profundo. Al frente había un camino que atravesaba una, al parecer, pequeña arboleda de abedules y después otra vez el bosque de coníferas cerrado, musgo, cardo y troncos volcados, casi negros y con las ramas quebradas erizándose como espinas.

—Tengo las piernas cansadas —se quejó Sebastián. Luego empezó a llorar; sus manos sucias le taparon la cara, los hombros temblaron.

Lo sentaste sobre tus rodillas.

Ahora estaban en el pasto y lo acunabas de un lado a otro mientras lloraba. Me miraste con grandes ojos preocupados. Te devolví la mirada.

—¿Qué? —dije.

—Nada —contestaste y pasaste la mano por la cabeza del chico—. Va a oscurecer en cuatro o cinco horas.

—¿Y qué? ¿Qué quieres que haga?

Suspiraste.

Me acosté con los brazos debajo de la cabeza.

Sebastián cumple siete en catorce días. Va a empezar primer grado en agosto. Se parece en cierto modo a sí mismo, a cuando era bebé. La misma cara un poco preocupada, el leve fruncimiento entre las cejas. Parece que va a tener sobremordida. Entonces tendremos que pasar por todo eso de los dentistas y los aparatos. Abro los ojos, estás de pie mirándome, rencorosa, desde arriba. Quizá hayas estado así varios minutos.

—¿No deberíamos seguir? —dices.

Me incorporo y siento lo cansado que estoy. Con los brazos flojos y un sentimiento de debilidad aplastante en todo el cuerpo. La botella de agua está vacía. El perro boquea con la lengua afuera. Lo colocas en la caja de cartón del portaequipaje. Sebastián levanta decidido su bicicleta y se nos adelanta. Su timbre suena cada vez que hay un agujero en la carretera y el banderín, que tanto lo enorgulleció cuando lo coloqué en el guardabarros trasero, ahora se ve barato y miserable. Seguimos en silencio. Cada vez que llegamos a una encrucijada me miras inquisitiva, pero yo no soy quien conoce el área, y entonces dices algo así como:

—Bueno, creo que aquí tenemos que doblar a la derecha. Me parece que me acuerdo de esta pila de leña.

Entonces doblamos a la derecha sin una palabra, hasta que Sebastián se tira al suelo y se pone a llorar y a gritar. Está totalmente histérico. Intenta pegarnos cada vez que nos

acercamos. Tú intentas con lo dulce, yo con lo amargo. Al final lo sacudo fuerte mientras grito que se calme ya y, si no, lo dejamos y entonces puede gritar todo lo que quiera, hasta que el águila ratera venga y lo agarre. En seguida me arrepiento y lo pongo en el suelo. Berrea y se abraza a mis piernas. Estás sentada de espaldas encima de un tocón. Me doy cuenta de que un grupo de hormigas está subiendo por la nuca de Sebastián, se acercan amenazadoramente a su boca.

—¿Qué diablos estás haciendo, chico? —grito.

Chilla fuerte y se tira para atrás. Escupe y babea y se pega en la cara. Tengo que quitarle toda la ropa para lograr sacarle las hormigas. Patalea y patea. Lo picaron en varias partes. Los mocos caen de la nariz. Levanto al chico desnudo y estoy de pie un poco así. Ahora solo solloza y apoya su cara contra mi pecho.

—Si no estamos yendo en círculos, llegaremos a Bulbjerg en algún momento, por el amor de dios. Puta madre, es imposible ir en círculos aquí —digo—. Es imposible en este bosquecito de mierda —bufo—. ¡Anne! —grito.

Por fin te has puesto de pie con una cara gris y rayada. Te refriegas los ojos como un niño.

—Conozco al que tiene el restaurante —dices luego.

—¿Qué restaurante? —pregunto enojado.

—El restaurante de Bulbjerg —suspiras.

Sebastián respira tan cerca de mi oreja que me da unas cosquillas terribles; dejo que se deslice al suelo. Pone sus brazos alrededor de mis caderas.

—Seba se sienta detrás de mí —digo en voz alta y furioso.

Me libero del niño y arrojo la bicicletita amarilla a la maleza. Pienso que ahora está ahí y parece una pista en la solución de un crimen horrible. Algún día alguien da con ella. Se encuentran mis huellas dactilares en el tubo horizontal y las de Sebastián en el manubrio. Tal vez también las tuyas. Se cree quizá que somos nosotros quienes matamos al chico.

—Buscamos tu bicicleta otro día —aseguro a Sebastián.

Está sentado con los brazos alrededor de mi cuerpo, encorvado, todavía desnudo, sus piernas se bambolean y temo que llegue a poner un pie en la rueda, me molesta como un mosquito que se ha posado en algún lugar en la oscuridad, cuando uno está acostado y quiere dormir, molesta.

Andamos en bicicleta más o menos una hora, hace un calor terrible, diría que son casi las seis, pero ninguno de los dos llevamos un reloj. Nos fuimos de casa a las nueve esta mañana. Tendrían que haber sido alrededor de quince kilómetros de la casa de campo a Bulbjerg. Habíamos acordado ver el hermoso paisaje del período glacial ahí. También quería mostrarle a Sebastián el búnker alemán. Tendríamos que haber tenido una buena charla acerca del tiempo de la ocupación.

Cuando me desperté esta mañana, me estabas mirando. Estábamos acostados los dos, cara a cara, y me estabas observando. Estabas sonriendo. La luz caía sesgada y dura sobre el edredón blanco desde la ventana del techo. Me sentía espiado. En eso apareció Sebastián en la puerta. Dijo que el perro había hecho pis encima de la alfombra de la sala. Al poco rato podía oírlos riéndose y charlando en la cocina. Solíamos hacerlo en esta alfombra. Estuvimos aquí en el otoño, hacía frío, prendimos la salamandra por la noche. Le quité la ropa despacio, y se la veía hermosa en la alfombra persa roja contra la luz cálida de las llamas. Abrió las piernas. Me miró con una mirada oscura, casi afligida. Tu hermana tiene una concha más apretada que la tuya. Vaya uno a saber si se nace con eso o si solo es así porque es tan joven. Tine es nada más que tu media hermana. Sebastián es adoptado.

—Puta madre, no hay nadie en esta familia que sea familia en serio —suele gritar tu padrastro en Navidad y en Pascuas, cuando se levanta para brindar—. ¡Hijos de puta! —grita más tarde y se cae al suelo en su borrachera, y tus primos lo tienen que llevar para afuera.

Ahora suele ser en nuestra alfombra en casa donde le hago el amor. Donde me hace el amor. Cuando sales y Tine vigila a Sebastián. Cuando él duerme. Me gusta mirarla cuando está acostada ahí, al mismo tiempo vulnerable y expuesta, en el piso frío y todavía protegida por la suave lanilla de la alfombra. Tiene un poquito de frío. Chupa bien. Su paladar es caliente y duro, y se concentra, hace de eso una pequeña hazaña. La extraño. Extraño su lengua, su pelo castaño, su cuello caliente, su perfil cuando se queda detenida pensando con la mano bajo la

mejilla, sin saber que estoy en la penumbra mirándola. Estoy caliente y desesperado. Hasta aquí hemos llegado. Había creído que podía soportar unas vacaciones sin problemas, después de todo tenemos un hijo juntos.

Estamos yendo cuesta abajo a buena velocidad y no me acuerdo del todo cómo pasa, pero se te mete un palo en la rueda y doy directamente con tu rueda trasera, las bicicletas vuelcan, y chico y perro salen volando a un lado; los dos terminan en el borde del camino, Sebastián se golpea la cabeza contra una piedra grande, y el sonido cuando da contra esta puta piedra hace que me arda la piel de todo el cuerpo, tengo la garganta seca; creo que está muerto. Ya estás encima de él, lo llamas y gimoteas, te aparto con mucha fuerza, boqueas y te caes hacia atrás, lejos. Sebastián está inconsciente. Está pálido como la muerte, y en la caída los nuevos dientes incisivos finamente formados le han abierto el labio inferior que ahora sangra.

—Seba —susurro. Mi voz llama de lejos, extrañamente retumbante—. ¿Me puedes escuchar, Sebastián? Es papá.

Has gateado a la espesura. Me miras con ojos verdes muy claros mientras tienes al perro del collar. Enseña los colmillos y gruñe y, por alguna u otra razón, ha empezado a ladrar fuerte.

—¡Por dios, no está muerto! ¡Anne!

Es como si el hecho de que mencione tu nombre te hace actuar. Atas al perro a un árbol. Levantas a Sebastián y empiezas a titubear por el camino con el niño grande y flojo encima del hombro. No sé por qué, pero no te lo saco aunque estás por caerte bajo su peso. Solo camino detrás de ti y mantengo estos aproximadamente cinco metros entre nosotros, mientras el ladrido del perro se convierte en gimoteos y aullidos lastimosos, cuando comprende que está siendo abandonado.

Me acuerdo muy bien de la primera vez que escuché a Anne decir su nombre. Casi como un susurro, mientras miraba para abajo. Se sonrojó y sonrió, tímida. Y entonces hizo algo del todo inesperado: de repente y con gran convicción, se inclinó y me dio un beso fuerte y largo. Realmente me impresionó. Me conmoví tanto. Pensaba que era tan agradable. Dejé que mi mano pasara por su pelo, tiré de él muy despacio y su cabeza se forzó un poquito para atrás. Cerró los ojos y sonrió de forma amplia, casi vulgar.

—¿Anne? —susurré. El olor de su piel era muy persistente, casi ácido.

Cinco años después éramos convocados a nuestra primera reunión acerca de la adopción.

—Me llamo Anne —dijo alto y claro, y puso las dos manos en el respaldo de la silla, antes de sentarse en esa oficina pequeña y mal ventilada. Nadie le había preguntado por su nombre, el comentario parecía raro y solemne. Como si su nombre fuera decisivo para ver si era apta para ser madre o no.

—No hay garantía de que reciban un bebé lindo. Tienen que imaginarse que reciben uno de tres años con labio leporino y graves daños mentales. Si están listos para eso, están listos para adoptar —dijo el trabajador social.

Anne contestó inmediatamente que estaba lista para eso.

Mucho más tarde, cuando buscamos a Sebastián y estábamos sentados cada uno a su lado en la cama matrimonial del hotel en Hanói, con él entre nosotros y él seguía y seguía vomitando, de la nada dijo:

—Se va a llamar Sebastián, y no cedo.

Sus nombres están como dos leznas en mi carótida: si uno las saca, me desangraré de inmediato.

Cargada con Sebastián, te arrastras unos quinientos metros y puedo oír claramente que estás sin aliento. No dices nada. El follaje que está sobre nosotros es denso, está nublado ahora, oscuro y húmedo aquí donde caminamos, huelo resina y moho y pasto mojado. De repente dejas el camino y entras en el bosque. Titubeas unos pocos metros y estás a punto de tropezar con una gruesa rama nudosa, bajas en cuclillas y acuestas con cuidado al chico bajo un árbol. Sebastián está blanco como la cal en el musgo verde oscuro. Sacudes una mosca de su cara. Me inclino hondo encima del niño y siento su aliento debilitado como pequeños soplos de aire caliente en mi cara. Me pongo de pie y te tomo los hombros con las dos manos.

—Pero míralo —digo—, volverá en sí. Ahora vamos. Vayámonos, Anne, y antes de lo que imaginas estaremos en Bulbjerg, y entonces habrá alguien que tenga un auto para que podamos llevarlo al hospital, por el amor de dios.

Levanto a Sebastián y lo coloco como un fardo en mi espalda.

—Ven —digo. Me sigues, complaciente. Caminas inclinada a mi lado, fatigada supongo, pero no lloras. Cuando te lo digo, hemos salido del bosque y estoy seguro de que solo tenemos que atravesar otra cerca de escaramujo y pasar por una elevación, entonces vamos a poder ver Bulbjerg y todo el paisaje fascinante que rodea el acantilado. La gaviota tridáctila se procrea aquí afuera, pero también habrá fulmares boreales. Qué nombre raro para un ave marina así.

—Te estoy engañando —digo. Giras la cabeza y me miras asombrada.

—Tengo una amante —digo. Frunces las cejas, sin comprender.

—Me acuesto con tu hermana. ¿Lo entiendes? —Aceleras el paso—. Le estoy dando a Tine, me la chupa como si le pagara, no puedo tener lo suficiente, la tomo en la alfombra en casa, la tomo en la mesada, en el baño, por atrás, por el trasero, en nuestra cama… Siento mi respiración, fuerte y jadeante. Se detiene.

—¿En nuestra cama? —dice—. ¿Por el trasero? —dice.

Me doy vuelta y la miro. Ha llevado sus manos al cuello, se bambolea un poco de un lado a otro. Me mira un largo rato y veo que sus narinas vibran. Sacude la cabeza. Miedo y una pureza casi divina se reflejan en sus ojos bien abiertos.

—Eres un enfermo —susurra luego.

Pero su voz se vuelve rápidamente alta y estridente:

—¡Estás completamente loco! —grita y me apunta con el dedo, corre hacia atrás todavía enfrentándome y me apunta con un dedo rígido—. ¡Hijo de puta! —grita, con más odio del que me he podido imaginar, está fea y descompuesta, sus movimientos son mecánicos, torpes.

—¡Asqueroso hijo de puta! —grita, es lo único que sale por su boca—, hijo de puta, asqueroso hijo de mil putas.

Y se da vuelta y solo corre, acelera como el demonio y por fin llego a lo alto y veo Bulbjerg erguirse adelante. Mi mirada sigue primero el litoral suave, luego miro el mar que se extiende, muy abajo, el grande e indómito mar del Norte que hoy está verde grisáceo y casi completamente quieto. Cierro los ojos y los abro de vuelta. Hay más viento aquí afuera. Tengo ganas de acostarme y ceder a la luz blanca, cerrar los ojos, solo sentir el viento en el pasto, estos sonidos susurrantes que el viento de verano produce en el pasto, y los abejorros, y los saltamontes, muy, muy de cerca.

Sebastián solloza. Lo bajo a mis brazos y lo estrecho contra mí. El chichón en su frente es grande y azul rojizo, y una brecha profunda lo corta por el medio. La carne abierta le supura. Levanta la mano y toca con cuidado la sangre coagulada en su labio. Su lengua pasa por la herida, frunce las cejas, gime y llama a su mamá.

—Mamá se adelantó. Necesitamos buscar un auto para que podamos ir al hospital. Te caíste, Sebastián. Los médicos solamente tienen que mirar tu cabeza. ¿Te sientes mareado?

Asiente tímido con la cabeza. Lo llevo como se lleva a un niño muy pequeño. Sus ojos se cierran mientras camino. Intento mantenerlo despierto. Me acuerdo de que no hay que dormirse cuando uno se ha golpeado la cabeza. Recuento pequeñas historias de su vida, le pregunto si se acuerda de la vez que jugamos al fútbol con los chicos grandes en la cancha del parque y le regalaron una gorra.

—Y cuando fuimos a Tivoli, con mamá y abuela y tía Tine, y te comiste tres algodones azucarados, y pudimos ver la torre del ayuntamiento cuando fuimos a la montaña rusa y accidentalmente te hiciste pis en los pantalones.

Hablo fuerte y trato de reírme de vez en cuando, casi para asustarlo, quiero mantenerlo despierto a toda costa. Corro despacio. Ahora puedo ver a Anne lejos, adelante, bajando por la colina grande. Camina encorvada y tambaleante en el medio de la carretera. Los muchos pastos distintos ondean por el viento en todos lados, es realmente hermoso aquí. El mar destella muy abajo, el cielo es grande y abierto. Es bueno haber salido del bosque, me siento ligero y a mis anchas, aquí se puede respirar. Me pongo a cantarle a Sebastián. Canto y empiezo a andar cuesta abajo por la carretera asfaltada, todavía grasienta y blanda por el sol. Tengo muchísimas ganas de correr a toda velocidad; no es solo tentador, sino obvio ir corriendo cuesta abajo por una colina así, gritando, exaltado, pero no lo hago. Camino y camino, pronto de vuelta tierra adentro con rumbo a la carretera principal, con Bulbjerg y el mar en la espalda.

Sebastián parece estar mejor y más des-

pierto poco a poco. Lo pongo sobre mis hombros para que pueda mirar el paisaje. Cuando otra vez busco a Anne con la mirada, no está. Poco después puedo ver claramente el poste indicador. Imagínate, tener un restaurante en un lugar tan desolado, y que encima pueda ser negocio.

Sebastián ve una mariposa y agita los brazos. Pregunta cuánto tiempo puede vivir una mariposa. El sol penetra la capa de nubes por un momento y siento pasar por mi cuerpo un calor efímero. Mi hijo está sano y salvo. Tengo la sensación de que las cosas fácilmente pueden volverse sencillas y claras. Pero cuando entramos al corral del restaurante, inmediatamente veo a Anne. Está sentada en un banco junto a un hombre. El hombre la rodea con el brazo y ella esconde la cara en su pecho; parece que está llorando. Me detengo.

—Mamá —dice Sebastián. Ella levanta la cabeza temblorosa y nos mira un instante. Entonces se quiebra otra vez contra el cuerpo del hombre. Tiene pelo oscuro enrulado, y está muy bronceado.

—Anne no se siente bien —dice. Habla con el dialecto local, fuerte y astuto, el que Anne y Tine dejaron hace mucho tiempo.

—Escúchame, mi hijo se golpeó la cabeza y necesito una ambulancia ahora.

El hombre sacude la cabeza, resignado.

—Un teléfono —digo. Se levanta despacio del banco.

—¿Qué clase de hombre eres? —pregunta. Despacio, despacio se mueve hacia mí.

—Te lo voy a decir, soy el hombre de Anne, y tengo que usar tu teléfono.

Voy hacia la barra del restaurante. Un olor fuerte de aceite quemado me pega en la cara.

—Tener a una mierda como hombre... —lo escucho murmurar. Me estiro por encima de la barra y llego a agarrar un teléfono celular. Pero se me habrá acercado silenciosamente porque cuando quiero marcar el número me arranca el teléfono de la mano. Está a dos dedos de mí, entrecierra los ojos y muestra los dientes levemente.

—Te tendrían que moler bien a palos —gruñe.

Sebastián me tira del pelo.

—Llama y listo —digo, cansado.

Anne pega un bramido inmotivado. Estiro el brazo hacia el teléfono e intento arrebatarlo de su mano. Lo suelta, el teléfono va a parar al suelo y él pone una mano grande en mi hombro.

—Dame al chico y lárgate de aquí.

Pierdo el equilibrio y estoy por dejar caer a Sebastián. Debe de haberme empujado fuerte.

—¿Papá? —dice Sebastián.

Su voz es débil y condescendiente, tiene miedo. Me doy media vuelta y miro a Anne.

—¿Quién es ese hombre? —le pregunto. Me mira adusta.

—Es Sebastián —dice, y siento que el chico, que todavía está sentado sobre mis hombros, se sobresalta—. Haz como te dice. Lárgate de aquí.

Sebastián me toma la cabeza con sus manos, siento su aliento muy dentro del conducto auditivo, ardiente.

—Quiero ir a casa —susurra.

—Ven, Seba —dice Anne y se levanta—. Ven —se acerca con el brazo extendido—. Ven, y Sebastián te dará un helado, es por él que llevas tu nombre.

Su cara se contorsiona en una mueca absurda.

Él parecía más que nada un mono, parado ahí con su torso ancho y los brazos peludos. Dio un paso hacia delante y de repente me apuntó, amenazante, con un dedo corto y gordo. Retrocedí y entonces empecé a correr. No nos seguía. Cuando al poco rato me di vuelta, me parecía que estaba en el medio de la carretera y besaba a Anne profundamente, mientras le tiraba del pelo. Me parecía también que la escuché bramar casi como una vaca, quizá fuese él, no estoy seguro. Llegamos a la carretera principal. Sebastián estaba callado y tieso. Yo tampoco decía nada. Los pechos blancos de Tine y los pequeños pezones oscuros. El dedo gordo que apunta precisamente al lugar blando entre mis ojos. Estaba sudando mucho y me sobrecogí cuando escuché mi respiración pesada.

Casi estaba oscuro antes de que un auto nos recogiera. Sebastián estaba prácticamente a salvo. El medico lo chequeó y la enfermera intentó hacerlo reír. No dijo ni una palabra. Cerraron sus heridas con pegamento y nos mandaron a casa. Estabas sentada en la oscuridad junto a la ventana cuando a altas horas de la noche volvimos a la casa de campo. Ni siquiera habías ido a buscar al perro. ◣

(cuento inédito)

Un mar rojo

Un relato de PIA JUUL

Traducción de IGNACIO MARTÍN AZCUETA y MARÍA PAPE

PIA JUUL
Korsor, Dinamarca, 1962

Escritora, poeta y traductora. Ha sido galardonada con varios premios y honores, incluyendo la subvención de por vida que otorga la Fundación de las Artes de Dinamarca desde el año 2000. Es miembro de la Academia danesa desde 2005. En 1985 publicó la colección de poemas *Levende og lukket*. Desde entonces publicó cinco libros de poesía, tres colecciones de relatos cortos y dos novelas, entre ellas la galardonada *Mordet på Halland*. También ha escrito literatura para niños.

Uno de sus pezones sale por encima del borde del edredón. Su boca está un poco abierta, hay un poco de saliva en la comisura de sus labios. Él está acostado detrás de ella con el brazo alrededor de su cintura, la mano en su regazo, encima del edredón. Duermen profundamente. Parecen ser el uno para el otro. ¿Se quieren? ¿Saben dónde están acostados y con quién? Nunca pone su brazo alrededor de mí cuando duerme. Ni siquiera al comienzo lo hacía, se dormía tranquilo y estaba en la cama como una montaña solitaria que roncaba, contra la que me podía estrechar o alejar, no lo notaba mientras estaba durmiendo, le envidiaba tanto ese sueño, esa desaparición. Quiero matarlos, pero solo me quedo quieta. ¿Por qué no tiré también la llave en el lago? Entonces esto no hubiera pasado. En el umbral, les doy la espalda, muevo los pies con cuidado y espero que el piso no cruja. Pero duermen muy profundamente. Miro hacia la sala, no entro ahí, no quiero volver a entrar ahí nunca más, a la sala donde una vez estaba tan feliz, nunca más entrar ahí, pero ya no es más esa sala. ¿Cómo pudo quedar así? ¿Qué hicieron? Bebieron, porque la mesa está llena de botellas vacías, y fumaron, porque el cenicero está repleto, al lado hay ceniza y una colilla sola. Pero también hay un vaso hecho añicos en el suelo, uno de los sillones está tumbado, y discos, libros y ropa están dispersos por todas partes, como si alguien los hubiera arrojado. ¿Tuvieron sexo en todos los rincones y encima de todos los muebles o se pelearon? ¿Quiero saberlo? No quiero saber nada, pero matarlos, eso quiero. Quiero que se vaya. Que ellos se vayan. ¿Pero

cómo se hace? No tengo ningún arma, ¿qué se puede usar? ¿De cuál de los dos me ocupo primero? ¿Y entonces se despertará el otro? Es tan hermosa. Sé quién es. Lo he escuchado hablar tanto de ella, siempre con desdén y enojo y cansancio en la voz, ¿por qué?, si ahora está aquí; pero no me sorprende verlos juntos, ya sabía que yo no tenía nada que hacer aquí, era demasiado bueno para ser verdad.

Para mi sorpresa noto que el deseo de matar no está acompañado de rabia o de sed de sangre. Pero considero un arma. Nunca he disparado un arma de fuego y tampoco tengo una. ¿Un cuchillo? Voy a la cocina y cierro la puerta a medias, empujándola con cuidado para que no puedan oírme traquetear. Sé que tiene un cuchillo largo, afilado y puntiagudo, ese seguro funcionará. Lo encuentro rápido. Lo pongo en la mesa. Lo miro. Lo palpo un poco. En el cajón encuentro bolsas de basura y voy a la sala, además, ¿qué quiere decir ser feliz?, es solo una palabra, en cambio el desorden es tangible. Hay que limpiar, y me tomo mi tiempo. Saco las botellas vacías. Llevo los vasos y el cenicero y los boles y los pongo al lado de la pileta. Vacío todo. Enjuago. Lleno el lavaplatos. Mojo un trapo, entro y lo paso. Junto el vidrio roto con una pala y una escoba. Lo echo en una bolsa aparte. Saco la basura y la bolsa con botellas a la escalera de servicio. Me siento y palpo el cuchillo otra vez. Quizás estoy soñando. Tal vez es una pesadilla, pero estoy completamente tranquila, la tristeza rara que fluía por mi cuerpo cuando entré en el dormitorio se ha ido. Y no puede ser un sueño porque ese pensamiento siempre hace que me despierte, tal vez solo a medias, justo lo suficiente como para poder cambiar la dirección del sueño. Pero no me despierto. ¿Puedo cambiar la dirección del sueño igual?

Podría nomás volver al vagón de tren. Hace dos semanas que duermo en él, nadie me ha descubierto, no sé por qué está ahí, vacío y sin usar. En la cuesta, detrás, ahora florecen las amapolas, es un mar rojo que veo cada mañana, y a menudo esa vista me llena de euforia, antes de que esté realmente despierta y recuerde todo. Yo misma lo dejé. Me fui porque no podía más. Su risa alegre fue lo último que supe de él. Apagué el teléfono en medio de esa risa, caminaba al lado del lago y era de noche, lo hubiera visitado, pero de repente no quise. Tiré el celular al lago. Me doblé y lloré. Nadie conocía mi decisión, solo podría haberla ignorado. Pero el celular en el fondo del lago fue decisivo. Yo misma lo creía. Así que solo caminaba. Seguí caminando y caminé por mucho tiempo; caminaba sin destino, una manera en la que siempre he anhelado caminar, se sentía bien, era de noche pero no estaba del todo oscuro, por el olor se sentía que era primavera. No tenía ni idea de dónde estaba, y se sentía muy bien, muy, muy bien. Había un hueco en la cerca que daba a las vías, y ahí estaba el vagón. La puerta estaba abierta en un extremo, este vagón era un vestigio del pasado, pero reconocía todo, incluso la sensación del tapizado del asiento cuando me acosté. Tenía rayas verdes y marrones. Picaba. Había dormido en un asiento así antes, pero entonces el tren iba al sur y me hacía dormir con movimientos suaves y de pronto frenaba chirriante y me despertaba. Aquí solo había silencio y necesitaba estar acostada. Tal vez tengo suerte y alguien me encuentra aquí y me pone fin mientras estoy durmiendo. O me vienen a buscar, ven que estoy enferma y hay que hacer algo, dicen pobre tú y me levantan y me llevan consigo y me cuidan.

Me detengo y los miro de vuelta. Él abre los ojos y me mira, pero conozco esa mirada. En realidad está durmiendo. Tengo el cuchillo en la mano, pero no reacciona porque no ve nada. La aprieta más fuerte con el brazo, se estrecha más contra su espalda y cierra los ojos de vuelta. Ahora la desesperación fluye por mi cuerpo otra vez, no la puedo detener, va a terminar en llanto, pero al subir me da en el pecho como un dolor violento. Grito su nombre y arrojo el cuchillo cuando me mira. Su mirada es clara y fuerte, su mano sale precipitadamente y lo agarra por el mango, ¡así! Y me sostiene la mirada cuando lo pone en el piso detrás de sí, no parpadea, y no dice nada. Entonces me relajo. La fatiga reemplaza todo, me arrastro hacia él y me acuesto detrás. Levanta el edredón para que pueda entrar en calor, su espalda está caliente, cierto, estaba durmiendo. Sueño. La sangre fluye, gotea y pulsa y da con el piso y gotas y salpicones forman manchas y charcos. Es un sueño tranquilo que late, todos están tranquilos, todos asesinan, todos son asesinados, todos están muertos, todos viven. ◣

(cuento inédito)

¿MÁS CAFÉ?

Un relato de HELLE HELLE

Traducción de IGNACIO MARTÍN AZCUETA y MARÍA PAPE

HELLE HELLE
Født, Dinamarca, 1965

Es una de las escritoras danesas y escandinavas más reconocidas de los últimos años. Publicó su primer libro en 1993 y tuvo una excelente recepción tanto del público como de la crítica especializada. Recientemente ha recibido la prestigiosa beca de por vida del Consejo de Arte Danés. Además, ha recibido varios premios como el Premio de los Críticos, el Premio Beatriz de la Academia Danesa, el Premio de P.O. Enqvist y Los Laureles Dorados entre otros. Sus personajes se encuentran en situaciones cotidianas que paso a paso se desarrollan en direcciones realmente inquietantes. El relato que elegimos para Orsai, «*¿Más café?*», de su libro *Biler og dyr* (*Cars and animals*, 2000) es un ejemplo perfecto de la obra de Helle Helle.

Soy yo quien lo descubre. Está sentado al lado del garaje abierto. Está vestido con algo verde, tipo cazador. Está sentado en la vieja silla de jardín, recostado, cómodo. Se frota las manos contra los muslos. El sol está saliendo.

—Martin. Hay un hombre sentado al lado del garaje abierto —digo.

Martin se da vuelta, tiene su taza de café en la mano. Mira por la ventana, se da vuelta otra vez, deja la taza. Estira la mano para tomar una rodaja de pan blanco.

—¿Es Ole Hansen? —digo.

Martin asiente con la cabeza. Y niega con la cabeza. Y asiente de vuelta.

—Sí. Es Ole Hansen —dice entonces.

—¿Qué crees que quiere?

—Ni él sabe lo que quiere.

Martin pone dos fetas de queso al pan. Mastica a la vez que limpia las migas de su suéter.

—¿Salgo y le llevo una taza de café? —digo.

—No, no lo hagas. No salgas hoy de ningún modo.

—No.

Unto miel a mi pan quebradizo.

—¿Crees que le pasa algo? —digo.

—No más que lo que le suele pasar.

Martin sabe de lo que habla; trabaja en la municipalidad. Casi diariamente Ole Hansen está sentado en la cantina, aunque no tiene nada que hacer allí. Está sentado frotándose las manos contra los muslos, de un lado a otro. Sus pantalones están totalmente gastados allí donde se frota. No es tonto. Hace un tiempo él era otorrinolaringólogo. Pero entonces le agarró un virus que le atacó el cerebro, y casi al mismo tiempo perdió a su único hijo. Uno no pasa por este tipo de cosas sin marcas, por eso también dejan que esté sentado en la cantina. No habla con nadie, solamente está ahí. Después de estar un rato sentado, se va.

—¿Por qué crees que está aquí en nuestra casa?

—Por casualidad. También ha estado sentado en las casas de otros.

—¿Sí?

—Sí. En lo de Allan. Y en lo de Ursula. También en lo de alguien de tesorería.

—¿De dónde sabe sus direcciones?

—No las sabe. Solamente vaga.

—Qué pena que esté así.

—Sí.

Martin va a lavarse los dientes. Puedo oír sus sonidos. Me quedo sentada a la mesa y miro el jardín. Los árboles están desnudos, incluso el seto está completamente transparente. Algunos gorriones pasan por la casita de pájaros.

Saludo con la cabeza en dirección a Ole Hansen. No reacciona. Seguramente no me pueda ver aquí dentro.

Martin está sentado en la escalera y ata sus zapatos. Un olor de pasta de dientes se levanta alrededor de él.

—De todos modos, ahora hago que se vaya —dice Martin.

—¿Cómo?

—Solo le digo que se vaya y entonces se va.

—A mí no me molesta que esté sentado ahí.

Martin alza la cabeza.

—No tiene que estar sentado en nuestro jardín justo cuando estás sola en casa.

—No le tengo miedo.

—Tampoco tienes por qué tenerlo. Pero no quiero que esté ahí.

Se levanta y se pone el abrigo.

—Que te mejores —dice y me besa en la mejilla.

Cierro la puerta detrás de él. Estoy un rato en la ventana de la puerta y lo veo caminar por la senda del jardín hasta Ole Hansen. Se detiene frente a él con una mano en el bolsillo. Enton-

ces entra al garaje abierto, abre el auto con llave y se sube. Arranca el auto. Al mismo tiempo Ole Hansen se levanta de la silla de jardín, sale por el garaje abierto, al lado del auto que está dando marcha atrás, dobla a la derecha por la vereda y desaparece. Martin sale a la calle y va a la izquierda, suena la bocina y me hace señas de que Ole Hansen ya se ha ido. Asiento.

Cuando ya no puedo ver el auto de Martin en la calle, me pongo mis botas de goma. Salgo de casa en la misma dirección que Ole Hansen. No lo veo por ningún lado. Miro en todos los jardines y entradas de autos y detrás de la verja, cerca de la bicisenda.

Está en un banco afuera de la cabaña de exploradores, y se frota los muslos.

Me quedo en la vereda.

—Hola, Ole —digo y sonrío—. Me llamo Betina. Recién estaba en mi jardín. Estoy casada con Martin de la municipalidad.

Ole Hansen no reacciona.

—Hace mucho frío —digo—. Estaba pensando, ¿te gustaría tomar una taza de café? Yo te puedo traer una.

Ahora me mira directamente a mí. No dice nada.

—Bueno, entonces te busco una taza de café. No te levantes.

Voy hacia atrás por la vereda. Todavía le sonrío.

—Por favor, no te levantes —digo.

Me doy vuelta y corro hacia mi casa. Me pongo el viejo abrigo de Martin; está colgado justo ahí en el vestíbulo. También me pongo bufanda y guantes. Encuentro el termo en la mesa del comedor y además agarro una taza, la meto en el bolsillo del abrigo y cierro la puerta con la mano libre. Me apuro a la cabaña de exploradores.

Todavía está sentado ahí.

—Aquí estoy, y traigo café caliente —digo y me paro justo en frente de él.

Pongo la taza en el banco y la lleno. Ha dejado de frotarse los muslos, estira la mano hacia la taza y bebe. Él está sentado con la taza entre las manos. Yo estoy de pie enfrente de él con el termo.

Sopla el café entre cada sorbo. El vapor se levanta de la taza hacia su cara.

—Y tú andas así, sentándote —digo.

No contesta; tampoco espero que lo haga.

—Yo trabajo como técnica de laboratorio —digo—. Pero hoy llamé para avisar que estoy enferma. Estoy un poco resfriada. Martin pensaba que tenía que quedarme en casa.

El suelo enfrente del banco está lleno de hojas podridas. Remuevo las hojas con la punta de una de mis botas de goma.

—A veces también está bueno tomarse un respiro. Especialmente en un día tan lindo.

Carraspeo y miro a Ole Hansen. Ha dejado la taza en el banco. En seguida doy un paso hacia él.

—Más café —digo, un poco más desenvuelta de lo que hubiera querido.

Entonces se levanta con un movimiento repentino y hace señas con la mano para que me aleje. Va a la izquierda por la vereda, camina rápido. Voy siguiéndolo a través del barrio residencial, con el termo en el brazo estirado.

—¿Qué pasa? —digo—. ¿Puedo hacer algo?

Camina con pasos grandes. Hemos llegado hasta la parcela de la esquina ahora. Bente está en el jardín con una escoba. Se detiene y dice mi nombre; la desoigo. Estiro el brazo hacia Ole Hansen por detrás, le toco su hombro.

—¿Por qué no nos sentamos en algún lugar? —digo—. Podríamos sentarnos juntos un rato.

Se detiene y se vuelve hacia mí, cara a cara. Estamos parados muy cerca. Huele a lana. Desde entonces sigo conectando las dos cosas; el olor a lana y lo que me dice.

—Tu marido te engaña con Ursula Steen —dice.

Tiene puesto un suéter gordo debajo de la campera verde, recién lo veo ahora. Pienso en si es tejido a mano y, de ser así, en quién se lo tejió.

—Ese es un suéter lindo —digo.

Se da vuelta y sigue caminando. Lo sigo. No digo nada más, solo camino unos metros detrás de él. Pasamos por el polideportivo, la fábrica de azúcar y llegamos al centro de la ciudad, a través de las calles angostas. Abre con llave una casa roja de entramado de madera. Aparentemente vive ahí. Entra y cierra la puerta sin despedirse. Sigo por la calle hasta la plaza. Paso la fuente y me detengo a un trecho de la municipalidad.

Me duele el brazo. Es el brazo en el que llevo el termo. Dejo que el brazo cuelgue hacia abajo y froto el músculo dolorido. Un poco de café chorrea del pico del termo a la vereda. Así estoy parada. ◣

(clásico con sorpresa)

MARIANNE

Un relato de ANAÏS NIN

ANAÏS NIN
Francia, 1903
Estados Unidos, 1977

Hija de padres cubanos (su padre de origen español y su madre de origen danés), vivió en Cuba, París, Nueva York y Los Ángeles. Comenzó a escribir un diario a los once años y lo mantuvo durante toda su vida. Esos escritos, junto a una literatura de ficción de carácter erótico y estilo surrealista, la hicieron famosa en todo el mundo. Gracias a su belleza, a los diecinueve trabajó como modelo y después como bailarina de flamenco. Entre otras perversiones que ella misma se encargó de narrar, mantuvo relaciones incestuosas con su padre. Publicó por primera vez en 1939 en Estados Unidos, y ya con éxito, en 1966 se comenzó a publicar su diario. Fue nombrada Doctor Honorario en la Escuela Superior de Arte de Filadelfia en 1973, y un año después fue elegida miembro del Instituto Nacional de las Artes y las Letras.

Yo era la madama de una casa de prostitución literaria; la madama de un grupo de escritores hambrientos que producían relatos eróticos para vendérselos a un «coleccionista». Fui la primera en escribir, y todos los días entregaba mi trabajo a una joven para que lo mecanografiara en limpio.

Esta joven, Marianne, era pintora, y por las noches escribía a máquina para ganarse la vida. Su cabello era un halo dorado, tenía ojos azules, cara redonda y senos firmes y turgentes, pero acostumbraba a disimular la opulencia de su cuerpo, en vez de ponerla de manifiesto, a disfrazarse con deformados atuendos bohemios, chaquetas anchas, faldas de colegiala e impermeables. Procedía de una pequeña ciudad. Había leído a Proust, Krafft-Ebing, Marx y Freud.

Y, claro está, había tenido muchas aventuras sexuales, pero existen aventuras en las que el cuerpo no participa en realidad. Se estaba decepcionando a sí misma. Creía que, como se había acostado con hombres, los había acariciado y había hecho todos los gestos prescritos, poseía experiencia de la vida sexual.

Pero todo eso era externo. En efecto, su cuerpo había sido insensibilizado, deformado, se le había impedido madurar. Nada la había afectado profundamente. Era todavía virgen. Lo noté apenas entré en la habitación. De la misma forma que un soldado se niega a admitir que tiene miedo, Marianne no quería admitir

que era frígida. Pero se estaba psicoanalizando.

No podía dejar de preguntarme en qué medida la afectarían los relatos eróticos que le entregaba para mecanografiar. Junto con la intrepidez intelectual y la curiosidad, había en ella un pudor físico que luchaba por no revelar, pero que descubrí accidentalmente al enterarme de que nunca había tomado desnuda un baño de sol, y que la simple idea de hacerlo la intimidaba.

Lo que recordaba de manera más obsesiva era una noche con un hombre al que ella no había respondido, pero que, en el momento de abandonar el estudio, la había apretado contra la pared, le había levantado una pierna y la había penetrado. Lo extraño del caso es que en aquel momento no había sentido nada, pero cada vez que recordaba la escena se ponía ardiente e inquieta. Se le aflojaban las piernas y lo hubiera dado todo por volver a sentir aquel cuerpo pesado presionando contra el suyo, ciñéndola contra la pared, impidiéndole escapar y, por último, tomándola.

Un día se retrasó en la entrega del trabajo. Fui a su estudio y llamé a la puerta. No respondió nadie. Empujé la puerta y se abrió. Marianne debía haber salido a hacer algún recado.

Me dirigí a la máquina de escribir para comprobar cómo iba el trabajo y vi un texto que no reconocí. Pensé que tal vez estaba empezando a olvidarme de lo que escribía. Pero eso era imposible. No era un escrito mío. Empecé a leer, y entonces comprendí.

Mediando su trabajo, Marianne se había sentido poseída por el deseo de relatar sus propias experiencias. Y esto es lo que escribió:

Hay cosas que, cuando las lees, te hacen comprender que no has vivido en absoluto, que no has sentido ni experimentado nada hasta el momento. Ahora veo que la mayor parte de las cosas que me han sucedido eran de carácter clínico, anatómico. Había unos sexos que se tocaban, se confundían, pero sin chispa, sin furia sin sensaciones.

¿Cómo puedo alcanzar el placer? ¿Cómo puedo empezar a sentir, a sentir? Quiero enamorarme de tal forma que la mera visión de un hombre, incluso a una manzana de distancia, me conmueva y me penetre, me debilite y me haga temblar, aflojarme y derretirme entre las piernas. Así es como quiero yo enamorarme; tan fuerte que el simple hecho de pensar en el amado me produzca un orgasmo.

Esta mañana, mientras estaba pintando, llamaron muy suavemente a la puerta. Fui a abrir, era un joven más bien apuesto, pero tímido y azorado, que al momento me gustó.

Se deslizó en el taller y no miró en torno, sino que mantuvo sus ojos clavados en mí, como suplicantes, y dijo:

—Me envía un amigo suyo. Usted es pintora y quisiera encargarle un trabajo. Me pregunto si usted... ¿Querría usted?

Sus palabras quedaron ahogadas y se ruborizó. Era como una mujer.

—Pase y siéntese —le invité, pensando que eso le haría sentirse cómodo.

Entonces vio mis pinturas, que son abstractas.

—Pero usted puede pintar una figura realista, ¿no? —preguntó.

—Desde luego que puedo.

Le mostré mis dibujos.

—Son muy vigorosos —observó, cayendo en un trance de admiración por uno que representaba a un musculoso atleta.

—¿Quiere usted un retrato suyo?

—Bueno, sí; sí y no. Quiero un retrato. Pero se trata de un tipo de retrato poco usual. Yo no sé si usted accederá...

—Acceder ¿a qué?

—Bueno —balbució por fin—. ¿Querría usted hacerme un retrato de este tipo? —y señaló al atleta desnudo.

Esperó alguna reacción por mi parte. Me había acostumbrado tanto a la desnudez masculina en la escuela de arte, que me sonreí ante su timidez. Aunque no fuera lo mismo tener un modelo desnudo que pagaba al artista por dibujarlo, yo no creía que hubiera nada de extravagante en su petición. Esta era mi opinión, y así se lo dije.

Mientras tanto, con el derecho de observación que se reconoce a los pintores, estudié sus ojos violeta, el suave y dorado vello de sus manos y el fino cabello sobre sus orejas. Tenía un aspecto de fauno y un carácter femeninamente evasivo que me atrajeron.

A pesar de su timidez, parecía sano y más bien aristocrático. Sus manos eran suaves y flexibles y sabía comportarse. Mostré un cierto entusiasmo profesional que pareció deleitarle y animarle.

—¿Quiere usted que empecemos ya? —preguntó—. Llevo algo de dinero. Puedo traer el resto mañana.

Le señalé el rincón de la habitación donde estaba el biombo que ocultaba mi ropa y el lavabo. Pero volvió hacia mí sus ojos y dijo inocentemente:

—¿Puedo desnudarme aquí?

Me sentí ligeramente incómoda, pero accedí. Me ocupé buscando papel de dibujo, moviendo una silla y sacando punta al carboncillo. Me pareció que se desnudaba con una lentitud fuera de lo normal, como si esperara que le prestase atención. Le miré atrevidamente, como si estuviera empezando a estudiarlo, carboncillo en mano.

Se desvestía con sorprendente premeditación, como si se tratara de una tarea especial, un ritual. En un momento dado, me miró a los ojos y sonrió, mostrando sus dientes finos y regulares. Su cutis era tan delicado que recibió la luz que penetraba por el gran ventanal y la retuvo como si fuera un tejido de raso.

En ese momento, el carboncillo cobró vida en mi mano, y pensé que sería un placer dibujar a aquel joven, casi tanto como acariciarlo.

Se había quitado la chaqueta, la camisa, los zapatos y los calcetines; le quedaban solo los pantalones. Se los sostenía como si estuviera haciendo strip-tease, mirándome todavía. Yo no lograba interpretar el fulgor de placer que animaba su cara.

Entonces se inclinó, se desabrochó el cinturón y los pantalones se le deslizaron. Permaneció completamente desnudo ante mí y en el más obvio estado de excitación sexual. Cuando me hube percatado de ello hubo un momento de suspense. Si protestaba, perdería mis honorarios, que tanto precisaba.

Traté de leer en sus ojos. Parecía decir: «No te enfades. Perdóname».

Así pues, opté por dibujarlo. Era una extraña experiencia. Mientras dibujaba la cabeza, el cuello y los brazos, todo iba bien. Pero en cuanto mis ojos se pasearon por el resto de su cuerpo, pude advertir el efecto que eso le producía. Su sexo temblaba imperceptiblemente.

Quise dibujar esa protuberancia con la misma calma con la que había dibujado la rodilla. Pero la virgen que llevo en mí estaba turbada.

Pensé: «Tengo que dibujar lentamente, con atención, hasta que pase la crisis, pues de lo contrario podría descargar su excitación en mí». Pero no; el joven no hizo ningún movimiento. Estaba absorto y satisfecho.

Yo era la única turbada y no sabía por qué. Cuando terminé, se vistió de nuevo, con calma, completamente seguro de sí mismo. Avanzó hacia mí, me dio la mano cortésmente y preguntó:

—¿Puedo venir mañana a esta misma hora?

Aquí concluía el relato, y en aquel momento entró Marianne en el estudio, sonriendo.

—¿Verdad que es una aventura extraña? —me dijo.

—Sí, y me gustaría saber qué sentiste cuando se hubo marchado.

—Después —confesó— fui yo la que estuve excitada todo el día, recordando su cuerpo y su hermosísimo sexo rígido. Miré mis dibujos, y a uno de ellos le añadí la imagen completa del incidente. Estaba atormentada por el deseo. Pero a un hombre así solo le interesa que le miren.

Aquello hubiera podido quedar en una simple aventura, pero para Marianne se convirtió en algo más importante. Advertí cómo crecía su obsesión por el joven. Evidentemente, la segunda sesión fue igual que la primera. No se dijo nada. Marianne no exteriorizó emoción alguna.

Él, por su parte, no confesó el placer que le causaba el escrutinio de que era objeto su cuerpo. Todos los días, Marianne descubría nuevas maravillas. Todos los detalles de su cuerpo eran perfectos. ¡Si tan solo hubiera mostrado un mínimo interés por el cuerpo de ella! Pero no lo hizo, y Marianne adelgazaba y se consumía de deseo insatisfecho.

También la afectaba el hecho de copiar continuamente aventuras ajenas, pues ahora todos los escritores del grupo le entregaban su original, pues se podía confiar en ella. Por las noches, la pequeña Marianne, de senos abundantes y maduros, se inclinaba sobre la máquina de escribir y tecleaba febriles palabras acerca de violentos encuentros físicos. Unos hechos la afectaban más que otros.

Le gustaba la violencia. Por ello, esa situación con el joven era para ella la más insostenible de las situaciones. No podía creer que sintiera tanta excitación física y un placer tan evidente por el mero hecho de que ella fijara sus ojos en él, como si lo estuviera acariciando.

Cuanto más pasivo e inexpresivo se mostraba, más deseaba hacerlo objeto de su violencia. Soñaba con forzar su voluntad, pero ¿cómo podía forzar la voluntad de un hombre? Puesto

que no podía tentarlo con su presencia, ¿cómo lograría hacerse desear? Anhelaba que se durmiera, lo que le brindaría una oportunidad de acariciarlo, y que él la tomara. O que entrara en el taller mientras ella se vestía y que la visión de su cuerpo le excitara.

En una de las ocasiones en que le esperaba, probó a dejar la puerta abierta de par en par mientras se vestía, pero él miró a otra parte y tomó un libro.

Era imposible excitarlo, excepto mirándolo, y Marianne se hallaba ahora poseída de un frenético deseo. El dibujo estaba terminándose.

Conocía todos los rincones de su cuerpo, el color de su piel, tan dorada y clara, cada una de las formas de sus músculos y, por encima de todo, el sexo en constante erección, suave, pulido, firme, tentador.

Se aproximó a su cliente para colocar a su lado una cartulina blanca que proyectara un reflejo más blanco o bien más sombras sobre su cuerpo. Y entonces perdió el control de sí misma y cayó de rodillas ante el sexo erecto. No lo tocó; se limitó a mirarlo y murmuró:

—¡Qué hermoso es!

Aquello le afectó visiblemente. Todo su sexo se tornó más rígido a causa del placer. Ella estaba arrodillada muy cerca, lo tenía casi al alcance de la boca, pero solo pudo repetir:

—¡Qué hermoso es!

Como él no se movía, Marianne se acercó aún más, sus labios se abrieron un poco y su lengua tocó con delicadeza, con mucha delicadeza, la punta del sexo. Él no se apartó: continuaba mirando el rostro de la artista, y la forma en que su lengua acariciaba su sexo.

Lo lamió con suavidad, con la delicadeza de un gato, y a continuación se introdujo una parte en la boca y cerró los labios alrededor. El miembro se estremecía.

Se contuvo, por miedo a encontrar resistencia, y él no la animó a continuar. Parecía contento. Marianne sintió que eso sería todo cuanto podría pedirle. Se puso en pie y volvió a su trabajo. Estaba sumida en la confusión. Ante sus ojos pasaban violentas imágenes. Recordaba unas películas que había visto en París, con figuras revolcándose en la hierba, pantalones blancos abiertos por diligentes manos, caricias, más caricias y el placer que hacía que los cuerpos se retorcieran y ondularan; el placer que recorría la piel como si fuera agua y provocaba estremecimientos cuando la oleada se apoderaba de los vientres o las caderas de los personajes, o cuando ascendía por sus espaldas o descendía por sus piernas.

Le señalé el rincón de la habitación donde estaba el biombo que ocultaba mi ropa y el lavabo. Pero volvió hacia mí sus ojos y dijo inocentemente: «¿Puedo desnudarme aquí?».

Pero se controló, con el conocimiento intuitivo que una mujer posee de los gustos del hombre a quien desea. En cuanto a él, permaneció extasiado, con el sexo en erección y el cuerpo estremeciéndose débilmente, como si lo recorriera el placer al recordar la boca de Marianne abriéndose para entrar en contacto con el suave miembro.

Al día siguiente de este episodio, Marianne repitió su actitud de exaltada adoración, su éxtasis ante la belleza de aquel sexo. De nuevo se arrodilló y oró ante el extraño falo que solo reclamaba admiración.

Lo lamió otra vez, provocando desde el sexo estremecimientos de placer; volvió a besarlo, encerrándolo entre sus labios como un maravilloso fruto, y de nuevo él tembló. Entonces, para sorpresa de Marianne, una minúscula gota

Al principio, no hizo ningún movimiento. Su sexo se estremecía, y se le veía atormentado por el deseo. Pero luego, para sorpresa de Marianne, se llevó la mano al miembro, como si fuera a satisfacerse a sí mismo.

de una sustancia blanca, lechosa y salada, la procursora del deseo, se disolvió en su boca, por lo que acrecentó la presión y aceleró los movimientos de la lengua.

Cuando vio que se derretía de placer, se detuvo, intuyendo que, tal vez, si se apartaba entonces, él haría algún gesto para consumar el acto. Al principio, no hizo ningún movimiento. Su sexo se estremecía, y se le veía atormentado por el deseo. Pero luego, para sorpresa de Marianne, se llevó la mano al miembro, como si fuera a satisfacerse a sí mismo.

Marianne cayó en la desesperación. Apartó la mano del hombre, tomó su sexo en la boca de nuevo, rodeó sus órganos con sus dos manos, y le acarició y succionó hasta provocarle el orgasmo.

El se inclinó, agradecido y tierno, y murmuró:

—Eres la primera mujer, la primera mujer, la primera mujer.

Fred se mudó al taller. Pero, como Marianne explicó, no pasó de aceptar sus caricias. Yacían en la cama, desnudos, y Fred se comportaba como si ella careciera por completo de sexo. Recibía los tributos de Marianne frenéticamente, pero el deseo de la muchacha quedaba sin respuesta. Lo máximo que hacía era ponerle las manos entre las piernas. Mientras ella le acariciaba con la boca, las manos de Fred le abrían el sexo como si fuera una flor y anduviera buscando el pistilo. Cuando Fred sentía las contracciones de la vulva, de buena gana acariciaba la palpitante abertura. Marianne era capaz de responder, pero eso no satisfacía la ansiedad que le inspiraban el cuerpo y el sexo de su amante, y anhelaba que él la poseyera de una manera más completa, que la penetrara.

Se le ocurrió mostrarle los manuscritos que estaba mecanografiando. Pensó que eso podría incitarle. Se tendían en la cama y leían juntos. El leía en voz alta, complacido. Se detenía en las descripciones. Leía y releía, y de nuevo se quitaba la ropa y se exhibía, pero por más intensidad que alcanzara su excitación, no pasaba de ahí.

Marianne le pidió que se psicoanalizara, aduciendo lo mucho que a ella la había liberado ese tratamiento. La escuchó con interés, pero se resistió a la idea. Le animó a que escribiera también sus experiencias.

Al principio se mostró tímido e incluso avergonzado, pero luego, casi subrepticiamente, comenzó a escribir, escondiendo las páginas cuando Marianne entraba en la habitación. Usaba un lápiz gastado, y escribía como si se tratara de la confesión de un criminal. Por una casualidad, ella pudo leer lo que había escrito. Fred tenía necesidad urgente de dinero. Había empeñado su máquina de escribir, su abrigo y su reloj, y ya no le quedaba nada por empeñar.

No podía permitir que Marianne se hiciera cargo de él. Tal como estaban las cosas, ella se cansaba los ojos tecleando, trabajaba por la noche hasta tarde y nunca obtenía más que lo necesario para el alquiler y para un poco de co-

mida. Así que acudió al coleccionista a quien Marianne entregaba los originales y le ofreció en venta el suyo propio, excusándose de que estuviera escrito a mano. El coleccionista tuvo dificultades para leerlo e, inocentemente, se lo dio a Marianne para que lo mecanografiara.

De este modo, Marianne se encontró con el manuscrito de su amante en las manos. Lo leyó con avidez antes de pasarlo a máquina, incapaz de controlar su curiosidad, en busca del secreto de la pasividad de Fred. He aquí lo que leyó:

Las más de las veces, la vida sexual es un secreto. Todo el mundo conspira para que lo sea. Ni los mejores amigos se cuentan los detalles de sus vidas sexuales. Aquí, con Marianne, vivo en una extraña atmósfera. Hablamos, leemos y escribimos únicamente de la vida sexual.

Recuerdo un incidente que ya había olvidado por completo. Ocurrió cuando tenía unos quince años y era aún sexualmente inexperto. Mi familia había alquilado en París un apartamento con muchos balcones. En verano me gustaba pasear desnudo por mi habitación. Una vez se abrieron los batientes y me di cuenta de que una mujer me estaba observando desde el otro lado de la calle.

Estaba sentada en su balcón mirándome con el mayor descaro y algo me impulsó a simular que no me daba cuenta en absoluto. Temía que si se percataba de que la había descubierto se iría.

El hecho de ser observado me produjo un placer extraordinario. Yo caminaba por la habitación o me tendía en la cama. Ella no se movió en ningún momento. Repetimos esta escena todos los días durante una semana, pero al tercer día tuve una erección.

¿Se dio cuenta ella, desde el otro lado de la calle? ¿Me veía? Comencé a tocarme, sintiendo todo el tiempo cuán atenta estaba a cada uno de mis gestos. Me bañaba en una deliciosa excitación. Desde donde estaba echado podía ver la forma lujuriosa de la mujer.

Mirándola ahora directamente, jugué con mi sexo y, al final, me excité hasta tal punto que llegué al orgasmo.

La mujer no cesaba de mirarme. ¿Haría alguna señal? ¿La excitaba observarme? Seguro. Al día siguiente, aguardé su aparición con ansiedad. Salió a la misma hora, se sentó en su balcón y dirigió la mirada hacia mí. Desde aquella distancia yo no podía precisar si sonreía o no. Volví a tenderme en la cama.

Aunque éramos vecinos, no tratamos de encontrarnos en la calle. Todo cuanto recuerdo es el placer que yo obtenía así y que ningún otro placer ha igualado nunca. La mera evocación de estos episodios me produce excitación. Marianne me da, hasta cierto punto, ese mismo placer. Me gusta la expresión hambrienta con que me mira, admirándome y adorándome.

Cuando Marianne leyó aquello sintió que nunca vencería su pasividad y se consideraba traicionada como mujer. Lloró un poco. A pesar de todo, seguía amándolo. Era delicado, cariñoso y tierno. Nunca hería sus sentimientos. No era exactamente protector, pero sí fraternal y sensible a sus cambios de humor. La trataba como a la artista de la familia, respetaba su pintura, le transportaba las telas y procuraba serle útil.

Marianne era profesora en una clase de pintura. A Fred le agradaba acompañarla por la mañana con el pretexto de transportarle los útiles. Pero pronto se dio cuenta de que le animaban otros propósitos: le apasionaban los modelos. No como personas, sino por su experiencia de posar. Quería ser modelo.

Ante esto, Marianne se rebeló. Si no obtuviera placer sexual al ser observado quizá no se hubiera opuesto. Pero con esa particularidad era como si se entregara a toda la clase. Marianne no podía soportar la idea, riñó con él.

Sin embargo él estaba entusiasmado y acabó siendo aceptado como modelo. Aquel día Marianne se negó a ir a clase; permaneció en casa y lloró como una mujer celosa que sabe que su amante está con otra mujer.

Se encolerizó. Hizo pedazos sus retratos de él, como para arrancar su imagen de sus ojos; la imagen de su cuerpo dorado, suave y perfecto. Aunque los estudiantes fueran indiferentes a los modelos, él reaccionaba a sus ojos y Marianne no podía tolerarlo.

Este incidente comenzó a separarlos. Parecía como si cuanto más placer le daba ella, más sucumbiera él a su vicio, cuya satisfacción buscaba sin cesar.

No tardaron en hallarse completamente distanciados.

Y Marianne se quedó de nuevo sola para mecanografiar nuestros relatos eróticos. ◣

LO FEMENINO **Y LO SEDENTARIO**

En este número —me dice Chiri— hay cuatro cuentos de ficción escritos por mujeres. Para que después no digan que somos machistas, como la lectora de la carta de la página cinco.

—Igual la cagamos haciendo una infografía sobre los pitos en la Historia del arte.

—¿Pero eso no vendría a ser feminista? —dice Chiri—. Si hubiéramos hecho una reseña sobre las conchas peludas en el arte, entonces sí seríamos machistas. Pero hacer una de pitos, en cambio, creo que es feminista.

—¿Qué significa *feminista*?

—No tengo la más puta idea.

—¿Vos sos feminista? —le pregunto.

—No. ¿Y vos?

—Yo soy femenino.

—Un gordo de barba en piyama no puede ser femenino.

—Pero tengo tetas.

—La portación de tetas en el hombre no lo convierte en femenino, sino en sedentario. Vos lo que sos es sedentario —me explica—. El cuento de Anaïs Nin, ¿ves?, es un cuento muy femenino.

—¿Aunque el personaje central de la historia sea el pito de un hombre?

—¡Sobre todo por eso! El hecho de que el modelo vivo no pueda ser mirado por una mujer sin que se excite, eso, es pensamiento femenino. A un tipo no se le ocurre ese cuento.

—Me gusta el principio del cuento de Pia Juul. Oí: «Uno de sus pezones sale por encima del borde del edredón. Su boca está un poco abierta, hay algo de saliva en la comisura de sus labios».

—La que habla es la cornuda, que acaba de llegar a su casa y encuentra al marido con otra durmiendo en la cama. Y para peor la otra es más joven. Es un gran principio de cuento.

—El de Helle Helle tiene dos cosas que me gustan mucho. Una es el nombre.

—¡Sí! —me dice—. «¿Más café?». Excelente.

—Y la segunda es una onda Carver, minimalista pero intensa.

—Los tres cuentos hablan de lo mismo: la fractura de las relaciones. Pero también tienen en común que cuando se produce la fractura hay un entorno que favorece el quiebre. En *Bulbjerg* deben perderse literalmente en el bosque para que salga la verdad. En *¿Más café?* la mujer debe seguir a un desconocido, sin rumbo por la ciudad, para enterarse de la verdad. En *Un mar rojo* la mujer ya está perdida (viviendo en un vagón que encontró por casualidad) cuando se encuentra con la verdad: el tipo con otra mujer en la cama. Parecería que la verdad llega luego de errar caminos, de perderse.

—¿De dónde sacaste eso? —le pregunto sorprendido—. ¿Te diste cuenta vos solito?

—No, te estoy leyendo un mail que me mandó Florencia el otro día, cuando corrigió los cuentos para esta edición.

—¿Y pensabas hacerme creer que esa reflexión era tuya y quitarle mérito a la correctora?

—Bueno, podría haber pasado como un descubrimiento mío si no se te ocurría preguntarme nada. También me contó que según la encuesta de *Valores Mundiales* y la *World Database of Happiness*, la población danesa es la más feliz y satisfecha del mundo.

—¿Y no te dijo nada del tamaño del pito de los daneses?

—No, pero yo encontré un libro muy interesante, está completo en Google Books. Se llama «Historia íntima del pene. La nueva sexualidad masculina», escrito por un tal doctor Arrondo. Es un gran libro científico con espíritu juguetón. El primer capítulo se llama *Me voy a presentar: soy el pene*. Y habla el pene en primera persona.

—No entiendo.

—Lo tenés que buscar y leer, es maravilloso.

—No creo que lo haga —le digo.

—También descubrí que, según investigaciones de la universidad de Stanford, nuestros antepasados tenían el pito con espinas. La naturaleza terminó seleccionando a los pitos que hacían doler menos, y así fue como las espinas desaparecieron para siempre de nosotros, por suerte.

—Más allá de tus interesantes investigaciones, querido Christian Gustavo, lo único cierto es que en estos tres años han aparecido más pitos que conchas en la revista. Gustavo Sala dibuja pitos, Ermengol cada vez que puede dibuja pitos, Urmeneta se saca fotos en pito y ahora nosotros hacemos un desplegable de pitos...

—La síntesis es horrible —me dice.

—Gracias a Dios tenemos a Altuna. ¿Viste la pelirroja que dibujó para el capítulo tres? Mortal.

—Horacio nos equilibra la testosterona... ◣

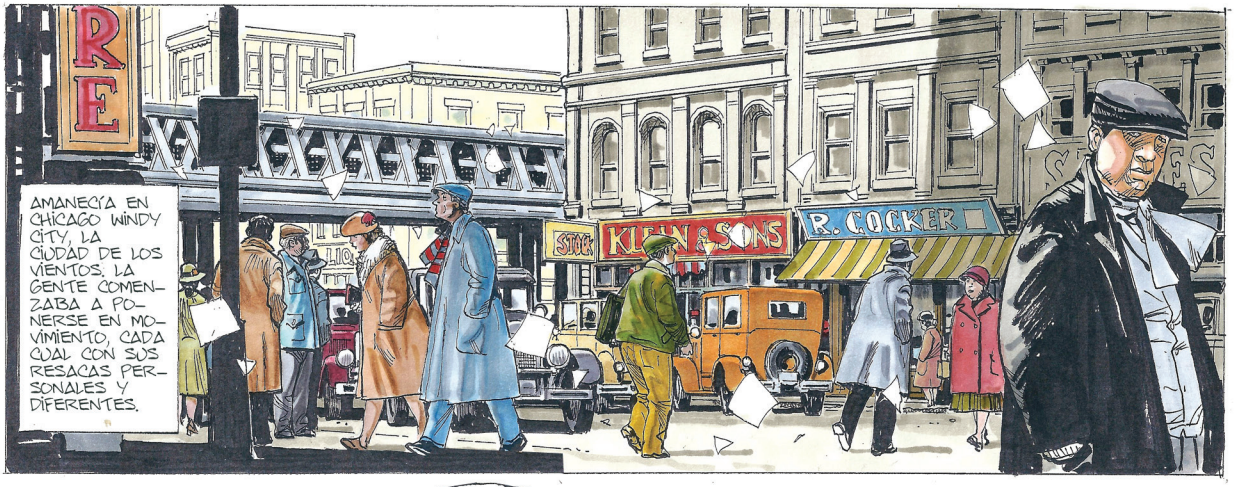
QUERIDOS ART SPIEGELMAN & MATT GROENING:
HOLA, SOY YO, EL CONEJO DIBUJANTE DE LAS PAMPAS.
¿CÓMO ESTÁN?
HACE UN TIEMPO YA QUE CUANDO ME PREGUNTAN CÓMO INVENTÉ MI PRIMER PERSONAJE DOY LA SIGUIENTE EXPLICACIÓN
BUENO, NUNCA FUI MUY BUEN DIBUJANTE.
PRESS
Y CUANDO DECIDÍ QUE QUERÍA DEDICARME A LAS HISTORIETAS NO ME SALÍA NADA QUE ME GUSTARA ...
1992, BUENOS AIRES
¡SOY PÉSIMO!
NIRVANA
¡¿CÓMO SE INVENTA UN PERSONAJE?! AAUGH!
PUM
HASTA QUE...
ME PREGUNTO SI...
¡EUREKA!
¿QUÉ PASA SI AGARRO LA PARTE DE ARRIBA DEL CONEJO DE "LIFE IN HELL" Y LA PARTE DE ABAJO DEL RATÓN DE "MAUS" Y LAS FUSIONO?
LOS OJOS BLANCOS SON CORTESÍA DE HAROLD GRAY
UN CONEJO DE AQUELLOS TIEMPOS
CUANDO LOS CONOCÍ NO LES CONFESÉ ESA INSPIRACIÓN INICIÁTICA.
HI, ART.
AUNQUE A MATT SÍ LE DIJE...
I DRAW MYSELF AS A BUNNY... SO, THANKS FOR THAT.
HA! GREAT!
ESE PRIMER CONEJO LE ABRIÓ LA PUERTA A MUCHOS PERSONAJES MÁS... GRACIAS POR LA LLAVE.
L.-
POST DATA:
VENGAN A VISITARNOS A ARGENTINA.
HORDAS DE FANÁTICOS LOS ESPERAN.
FANÁTICOS Y LADRONES DE DIBUJOS.
SALUDOS A AGUSTINA Y A FRANÇOISE

19 Lunes Monday Lundi

"NUESTRA VIDA JUNTOS"

EN UNOS AÑOS, NO TE HASUSTES, JAJA

22 Jueves Thursday Jeudi
SE VIENE ELTERCEROooo!!
Los otros dos
eDWArd
¡Tiene tus ojos!
BELLA
Tiene los míos !!!
SE ME SECAN LAS PLANTAS, AMOR!
24
25 Domingo Sunday
HOGAR
ES EN DONDE ESTEMOS JUNTOS



LA LÓGICA DE DARLENE ERA CONVINCENTE, PORQUE ELLA ACOSTUMBRABA A USARLA CON GENTE QUE NO LA TENÍA. SIEMPRE SURTÍA EFECTO.

17

ASÍ COMO EXISTÍAN LOS COMEDORES PARA LA GENTE NECESITADA, CHICAGO TENÍA CALLEJONES DONDE IBAN A PARAR TIPOS INNECESARIOS.

BUTCH BAKER, EN CAMBIO, TENÍA TODAS LAS RESPUESTAS EN LA PASTA QUE HABÍA ESCONDIDO EN UN COJÍN DEL CAMERINO DE LOS MÚSICOS DEL APEX CLUB.

ÉL NO TENÍA MIEDO, PERO ESOS TIPOS LO ESPERABAN PARA DEJARLO SIN FUTURO, ASÍ QUE TENÍA QUE ESPERAR PARA BUSCAR SU DINERO.

LA POLICÍA Y LA DELINCUENCIA SE RETROALIMENTAN. UNA DEBE EXISTIR PORQUE EXISTE LA OTRA. UN CASO DE OFERTA Y DEMANDA. EN CHICAGO EL MERCADO ESTABA EQUILIBRADO GRACIAS AL DIÁLOGO ENTRE AMBAS PARTES.
TÚ ERES POLICÍA, PECK. QUIERO SABER QUIÉN SE CARGÓ A MIS HOMBRES.
...DANGELO, TÚ SABES QUE ES COSA DE COLOMBANI. USTEDES ESTÁN EN GUERRA, ¿NO?
...PUEDE SER, PERO TAMBIÉN PUEDE SER UN TIPO QUE ME DEBE UNA PASTA QUE ELLOS DEBÍAN COBRAR.
¿MÁS DATOS?
MIS DOS HOMBRES ERAN LOS ÚNICOS QUE LE CONOCÍAN, PERO POR LO QUE SÉ, ERA EL BATERISTA DE BUSTER
BIEN.
VOY A ENTRAR AL APEX A VERLE.
YA LLEGAMOS.
HOTEL
19A
PROBLEMAS. BOTCH NO ESTÁ, Y NADIE LO VIO DESDE ANOCHE...
¿ENTONCES?
¡A MÍ NO ME MIRES, BASURA! ¡SI NO TOCAN NO COBRAN. MIS CLIENTES ESTÁN ESPERANDO QUE LES ENTRETENGAN.
¡LA BANDA NO PUEDE TOCAR SIN BATERÍA!
COMO JIMMY CHANCE NUNCA HACÍA PLANES, LAS COSAS QUE LE PASABAN SIEMPRE LO TOMABAN POR SORPRESA.
...A MENOS QUE... TÚ ERES BATERISTA, ¿NO?
EH, S-SÍ...
LE PRESTARON ROPA Y ESTUVO LISTO PARA DEBUTAR ESA NOCHE COMO BATERISTA DE LA COTTON PICKERS DE BUSTER GREEN.
NO TE QUEDA MAL, AUNQUE POR LO QUE SÉ, TE DEBE IR CHICO DE ENTREPIERNA, JE...
LUEGO ME LO DEVUELVES. LO TENGO DESDE QUE TOQUÉ CON JELLY ROLL...
¡VAMOS, VAMOS... ES LA HORA!
19B

THELMA MCKEE ERA LA MUJER DE COLOMBANI. ÉL LA HABÍA SACADO DE UN CLUB DE MINNEAPOLIS, AL QUE HABÍA LLEGADO DE OTRO DE TOPEKA, LUEGO DE IRSE DE UN BAR DE LOUISVILLE, CUANDO ESCAPÓ DE SU CASA DE CHATTANOOGA, SIEMPRE DE CAMINO A LOS ANGELES.
¡ES LA MUJER DE COLOMBANI! ¿QUÉ HACE AQUÍ?
ESTÁ SOLA... Y BIEN BORRACHA...
LA IDEA DE THELMA ERA CONQUISTAR EL PAÍS EN UN ABRIR Y CERRAR DE PIERNAS... Y HABÍA EMPEZADO LA TAREA CON COLOMBANI, EX TORRIO, EX MORAN, EX TODO... EN REALIDAD, MUY MAYOR PARA LOS TROTES DE LA PELIRROJA.

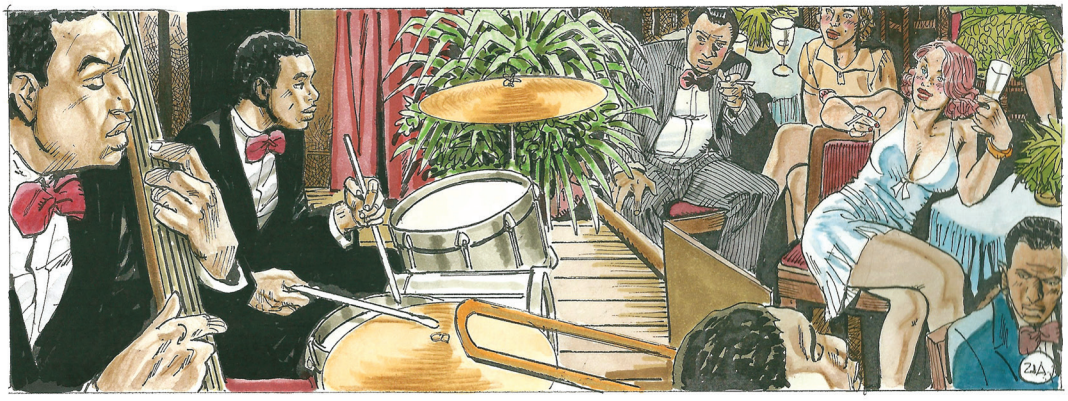
¿QUÉ HACE POCA COSA? ¿CÓMO TE HAN DEJADO ENTRAR?
PUTA
CUANDO LO MATE A COLOMBANI, LA MATARÉ TAMBIÉN A ELLA.
PERO ANTES DEJA QUE ME LA FOLLE...
204

CON JIMMY EL DESTINO HABÍA JUGADO COMO UN TRILERO, PONIENDO Y SACANDO FICHAS, Y ASÍ HABÍA LLEGADO HASTA ALLÍ, EN UN JUEGO QUE TODAVÍA NO TENÍA PERDEDORES.
SU DEBUT, SIENDO LA PRIMERA VEZ QUE PISABA UN ESCENARIO Y TOCABA UNA BATERÍA, PODRÍA HABER SIDO PEOR, AUNQUE NO MUCHO PEOR... ASÍ COMENZÓ LA ACTUACIÓN...

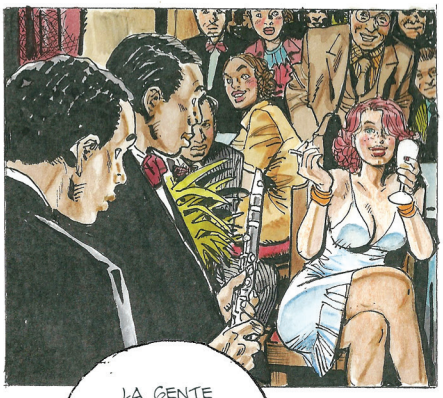
...Y COMO LA GENTE YA HABÍA BEBIDO MUCHO, TODO EL MUNDO LO ESTABA PASANDO BIEN. TOCARON "DEE BLUES", "CARELESS LOVE" Y OTROS CLÁSICOS DE SU REPERTORIO.
208

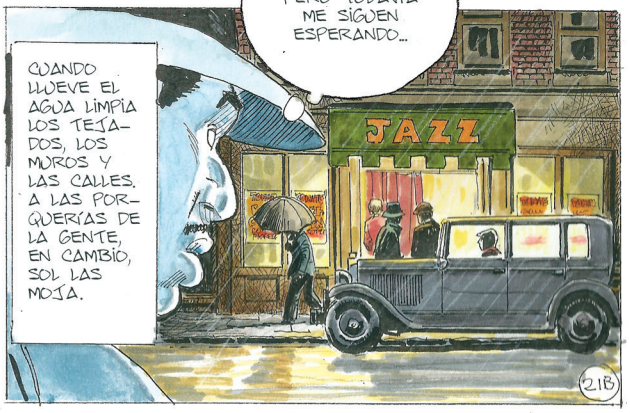
MIENTRAS TANTO, "ESE CHICO" ESTABA EN UN LIMBO PERSONAL, ENTREGADO A UN SUEÑO QUE, POR IMPOSIBLE, NI SIQUIERA HABÍA TENIDO NUNCA. SER BATERISTA.

ASÍ SON LAS COSAS, EL AZAR HABÍA HECHO QUE ESTUVIERA AHÍ, PARA DISGUSTO DE LOS OTROS MÚSICOS, ANTE UN AUDITORIO COMPLACIENTE, POCO ENTENDIDO Y BASTANTE ACHISPADO. COMO THELMA MCKEE.



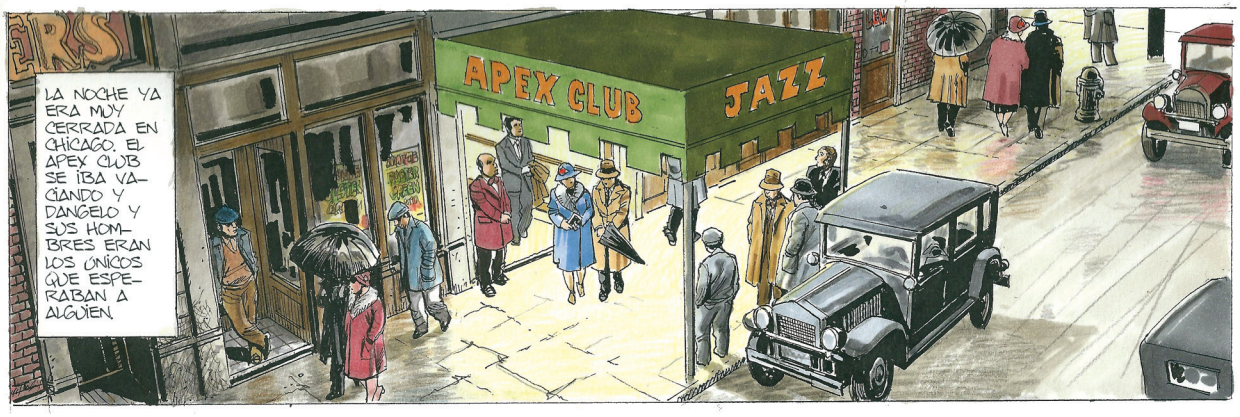
TERMINARON CON "A MONDAY DAY" Y LO DICHO: SALVO LOS OTROS MÚSICOS, NADIE SE DIO CUENTA DE LOS ERRORES DEL DEBUTANTE. NI SIQUIERA ÉL. TAMPOCO EL VOLCÁN PELIRROJO Y EBRIO DE LA PRIMERA MESA.



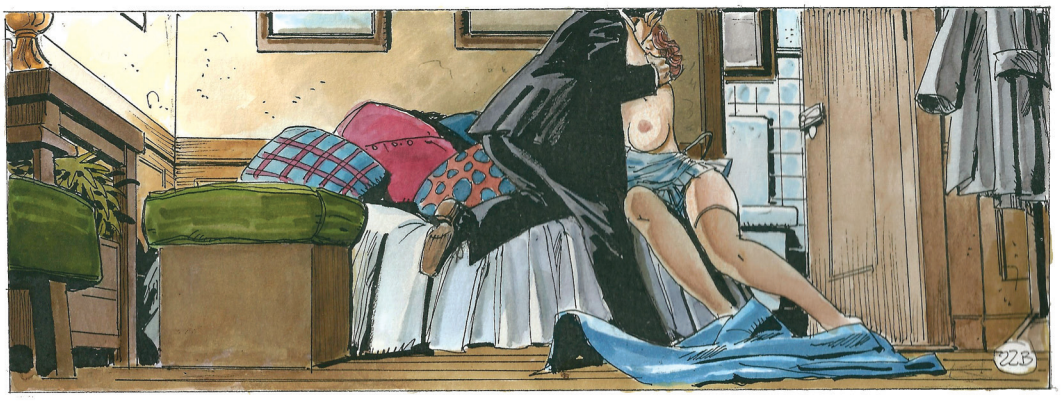


CUANDO LLUEVE EL AGUA LIMPIA LOS TEJADOS, LOS MUROS Y LAS CALLES. A LAS PORQUERÍAS DE LA GENTE, EN CAMBIO, SOL LAS MOJA.

EL GRAN CONCEPTO QUE JIMMY TENÍA SOBRE SÍ MISMO NUNCA LO HABÍA CONTRASTADO FUERA, ASÍ QUE TAMPOCO LE HIZO CASO A LA CRÍTICA DE BUSTER. ERA LA FALTA DE COSTUMBRE...



PERO TODAVÍA IBAN A TENER QUE ESPERAR. ANTES SE TENÍA QUE APAGAR EL INCENDIO QUE LOS DOS PIRÓMANOS HABÍAN CAUSADO, Y DEL QUE ERAN VÍCTIMAS ENTUSIASTAS Y APASIONADAS.



EN CHICAGO, LA LEY Y LA DELINCUENCIA TENÍAN VASOS COMUNICANTES ESTRECHOS. A VECES HASTA ERA DIFÍCIL DISTINGUIR LOS LÍMITES DE ESAS RELACIONES. HABÍA POLICÍAS FUERA DE LA LEY Y DELINCUENTES DENTRO DE ELLA.
VETE, PECK. SI ESTÁS AQUÍ NO PODRÉ OCUPARME BIEN DEL CABRÓN AL QUE ESPERO.
MANTENME AL TANTO Y, SI PUEDES, ENTRÉGAMELO VIVO O MUERTO, ASÍ ME APUNTO EL TANTO.
MIERDA, NO PUEDO NI ACERCARME. HASTA LA POLICÍA ESTÁ CON DANGELO.

LA SOCIEDAD SUELE PONER REGLAS PARA SER TRANSGREDIDAS. CUANTO MÁS RÍGIDAS SON, MÁS APETECE BURLARLAS. UN NEGRO Y UNA CHICA BLANCA CASADA, EN LA CAMA, ERAN UNA TRANSGRESIÓN IMPORTANTE.
OH...
ERES TODA PELIRROJA, NENA...
OH, POR AHÍ...
SÍ...
23A

¡ES MI PRIMERA VEZ CON UNA CHICA BLANCA, NENA!
ERES... ENOR-ENORME...
PERO LO QUE EROTIZA NO SIEMPRE ES IGUAL PARA TODOS. CADA UNO SIENTE DE DIFERENTE MANERA, Y PARA JIMMY EL DINERO ERA UNA FUENTE DE EROTISMO PODEROSA E INCONTROLABLE, A VECES CAUSA DE PLACERES ANTICIPADOS.
¡PASTA! OH! OH! ME... ME...!
AH... ERES UN... BATERISTA MUY... MUY

LO... LO SIENTO, NENA...
MIERDA, ME HAS DEJADO A MITAD DE CAMINO! QUÉ...!
NO SÉ QUÉ ME PASÓ...
¡YO SÍ LO SÉ. AHORA NO ME EXPLIQUES NADA. NO VALE LA PENA...
¡Y NO CREO QUE NOS VEAMOS MÁS...
23B

NO ERA SU CORAZÓN, ERA EL DINERO EN SU BOLSILLO LO QUE LE LATÍA AHORA. SABÍA LO QUE ERA TENERLO: ERA TENER LA POSIBILIDAD DE PODER GASTARLO.
¿TE QUIERO VOLVER A VER, NENA.
NO TIENES PUTA IDEA DE QUIÉN SOY, BATERISTA, YA ESTÁ.
EL DINERO EN SU PODER Y EL CULO QUE SE BALANCEABA DELANTE SUYO LE PONÍAN METAS. POR FIN LA VIDA EMPEZABA A TENER SENTIDO.
ESTOY CASADA, Y SI SUPIERAS CON QUIÉN, SALDRÍAS CORRIENDO. BÓRRATE YA.

NO CONSEGUÍA ENTENDER QUÉ COSAS LE ESTABAN PASANDO, NI POR QUÉ, PERO EL AIRE FRESCO Y EL MURMULLO NOCTURNO DE LA CIUDAD LE PARECIERON UNA MARAVILLA.
¿TODAVÍA POR AQUÍ, CABRONES?
¡OY! LA MUJER DE COLOMBANI CON UN NEGRO! QUÉ ESTÓMAGO, NENA!
PUTA
311-N
29A

TRATÓ DE UBICAR EN SU CABEZA TODAS LAS PIEZAS DISPERSAS QUE SE HABÍAN AMONTONADO EN ESOS POCOS DÍAS...
¿Y TÚ QUÉ MIRAS, CERDO?
PUTA

HABÍA HUÍDO DE SU PUEBLO, PASADO POR KANSAS CITY, Y LE HABÍA ROBADO LOS PALOS DE LA BATERÍA A JO JONES. DESPUÉS LLEGÓ A CHICAGO Y TRAS ESCUCHAR A BUSTER GREEN Y ACOSTARSE CON ÉL Y SU MUJER, HABÍA TOCADO POR PRIMERA VEZ EN SU BANDA. HABÍA FOLLADO POR FIN CON UNA CHICA BLANCA Y AHORA TENÍA DINERO EN EL BOLSILLO. ¿QUÉ MÁS PODÍA DEPARARLE EL DESTINO?
EH, NEGRITO, VEN AQUÍ POR FAVOR.
29B

Aquí están los protagonistas de la Orsai número trece que no tienen su biografía dentro de sus páginas específicas. Foto, año de nacimiento, ciudad y batallas ganadas en la narrativa, el periodismo y la ilustración.

Javier Zabala
León, 1962

Ilustra para las más importantes editoriales de Europa, Latinoamérica y Asia. Ha publicado más de setenta libros, traducidos a quince idiomas. Ilustró textos de Cervantes, Shakespeare, García Lorca, Rodari, Melville o Chejov. Hace dos meses fue finalista del Premio Andersen. Su portada en la Orsai N13 es un lujo sibarita.

Alberto Montt
Quito, 1972

Es ciudadano chileno. Se convierte en humorista gráfico desde internet, con su blog *Dosis Diarias*, donde dibuja una viñeta al día festejada por una enorme comunidad de lectores de todo el mundo. Su sección *Dosis Bimestrales*, esta vez en la página dos, estará durante todo 2013.

Alejandro O'Keeffe, *O'Kif*
Rosario, 1959

Ilustró en *Humor*, *Fierro*, *Clarín* y *Billiken*, entre otros. Recibió los premios White Raven (1997) y Fantasía (en 2000 y 2005). Con guiones de Trillo, Saccomanno o Pablo De Santis, ha desarrollado numerosas historietas en todo el mundo. Ahora le pone lápiz al cuento *Cosentino y la puerta*, desde la página diez.

Armengol Tolsá i Badia, *Ermengol*
Córdoba, 1958

Vive en Lérida desde hace décadas, pero empezó en *Hortensia*. Dibujó en *Playboy* España, *Segre*, *Diari de Andorra* y *La Mañana*. Recibió el premio Mingote de ilustración en 1993. Miembro fundacional de Orsai, ilustra las cinco sobremesas de esta edición, y todas las anteriores desde la N1.

Bernardo Erlich
Tucumán, 1963

Ha publicado en *Sátira/12* y *La Gaceta de Tucumán*. Publica una viñeta diaria en la versión digital del diario *El País* de España. Nos acompaña en Orsai desde 2003 (antes de que esto fuese una revista) y estará durante todo 2013 con su sección *Amén*, esta vez en la página veintiuno.

Eva Vázquez
Madrid, 1970

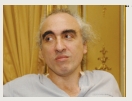
Ilustradora, arquitecta y realizadora de dibujos animados. Dibuja casi todos los días la sección de opinión y política de *El País*. Imparte talleres de ilustración junto a Javier Olivares. Además de por excelente ilustradora, nos pareció muy bien que una arquitecta ilustrara el policial *Apartamenteros*, desde la página veintidós.

Eduardo Salles
Cd. de México, 1987

Fue, hasta hace poco, Director Creativo de JWT México. Es posiblemente uno de los mejores creativos de habla hispana. Su blog es uno de los más célebres de México. Estará en Orsai durante todo el año con su sección *Cinismo Ilustrado*, esta vez en la página cuarenta y cinco.

Iván Mata
San Sebastián, 1979

Trabaja exclusivamente como ilustrador de revistas y periódicos de Vocento y el Grupo Prisa. Actualmente compagina su trabajo como ilustrador con la realización de exposiciones, monográficas o en colaboración. Es el encargado de ilustrar la crónica *Diario de un puercoespín*, desde la página cuarenta y seis.



Miguel Repiso, *Rep*
Buenos Aires, 1961

Es uno de los viñetistas más respetados de Argentina. Publica en *Página/12* desde el primer número. Colabora en *Veintitrés*, *Fierro*, *El País* y *La Vanguardia*. Ha pintado murales en grandes ciudades de todo el mundo. Estará en Orsai todo el año con su sección *Postales*, desde la página setenta y cuatro.

Istvan Schritter, *Istvansch*
Madrid, 1968

Ilustrador, diseñador y escritor radicado en Buenos Aires desde 1987. Finalista del premio Christian Andersen en 2002 y 2004.
Ha publicado libros en Argentina, España, Estados Unidos, México y Francia, entre otros países. En este número de Orsai ilustra la crónica *Cuaderno de la crisis*, desde la página sesenta y seis.

Manel Fontdevila
Barcelona, 1965

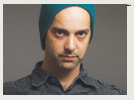
Es colaborador habitual de la revista *El Jueves*, donde realiza las series *Para ti, que eres joven*, junto a Albert Monteys, y *La parejita S.A*. Colaboró en *Público* y ahora en *El Diario*. Estará en Orsai durante todo el año, con su sección *Me is Beatiful*, que en esta ocasión es de doble página. Desde la setenta y seis.

Poly Bernatene
Buenos Aires, 1972

Publicó libros infantiles en Argentina, México, España, Inglaterra, Australia, Estados Unidos y muchos más países. Ilustró para Orsai dos crónicas de Enrique Symns, una de Hernán Iglesias Illa y la portada de la N13. Ahora vuelve a hacer dupla con Syms (*Chile en blanco*) desde la página setenta y ocho.

Gonzalo Garcés
Buenos Aires, 1974

Novelista y crítico literario. Estudió Letras en La Sorbona. Colabora en diversos medios de España y América Latina. En el año 2000 obtuvo el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral. Su última novela se llama *El Miedo*. Es el encargado de las entrevistas durante todo 2013.



Pedro Otero
Buenos Aires, 1979

Es fotógrafo editorial y publicitario. Trabaja en la revista *Access DirectTV*. También dirige cine. En 2008 ganó el primer premio del concurso de cortometrajes Georges Méliès. Realiza la producción fotográfica de la entrevista de esta edición, desde la página noventa y dos.

Juan Matías Loiseau, *Tute*
Buenos Aires, 1974

Publicó durante años en *La Nación*, donde realiza la tira diaria *Batu*. También publica en la revista dominical *LNR*. Sus dibujos se reproducen en diarios de todo el mundo. Ya estuvo en Orsai N3 y ahora estará durante todo el 2013, con su sección *Planeta Tute* de la página ciento trece.

Matías Tolsá
Santa Fe, 1983

Ilustrador y caricaturista. Como su padre Ermengol, es miembro fundacional de la revista e ilustra los cuentos de Orsai desde la N1. En esta edición se encarga de la infografía *Historia del desnudo masculino*, y de los tres cuentos de narradoras danesas que empiezan en la página ciento catorce.

Ignacio M. Azcueta
Necochea, 1989

Estudiante avanzado de la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires, y adscripto de la materia Literatura Argentina I. Ha participado en congresos nacionales e internacionales y publicado en las revistas *Luthor* y *Exlibris*. Junto a María Pape, tradujo para esta edición los tres relatos de narradoras danesas.

María Pape
Roskilde, Dinamarca, 1985

Estudiante avanzada de literatura comparada de la Københavns Universitet de Copenhague. Realiza traducciones como asistente editorial, lectora y editora externa. Ha publicado en las revistas *Luthor* y *Exlibris*. Junto a Ignacio Azcueta, tradujo para esta edición los tres relatos de narradoras danesas.

Ricardo Siri, *Liniers*
Buenos Aires, 1973

Comenzó a publicar historietas en fanzines, y después en periódicos y revistas. Es bestseller con su obra *Macanudo*. Sus libros, recopilaciones de sus publicaciones de tiras, son admirados. Estará en Orsai todo el año, con su sección *Carta Abierta* que en esta edición aparece en la página ciento treinta y nueve.

Carolina Aguirre
Buenos Aires, 1978

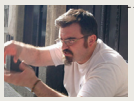
Su blog Bestiaria la convirtió en la escritora digital más leída de la Argentina. Publicó tres libros: *Bestiaria*, *El efecto Noemí* y *Ciega a citas*, del que también se hizo una serie de TV. Hará los guiones de *El diario de Malony* (junto a Lunik) durante todo 2013.

Alejandra Lubliner Gonik, *Lunik*
Stgo de Chile, 1973

Es ilustradora y dibujante de historietas. Actualmente publica sus *Crónicas de la cultura* en la revista *Ñ* y su personaje *Lola* en *Ohlalá*. Su nueva tira en Orsai, *El diario de Malony*, tiene guiones de Carolina Aguirre. Ambas estarán en Orsai desde la página ciento cuarenta.

Horacio Altuna
Córdoba, 1941

Es el embajador de la historieta argentina en el mundo. Publicó en *Fleetway*, *Thompson*, *Playboy*, *Fierro* y en innumerables revistas de cómic. Después de años, volverá a dibujar una novela gráfica episódica, *Hot*, en las seis ediciones de Orsai 2013, desde la página ciento cuarenta y dos.



Gustavo Sala
Mar del Plata, 1973

Es dibujante, guionista, humorista gráfico y un gran provocador. Colabora en *Rolling Stone*, *El Jueves* y *Página/12*, entre otros. También hace radio, canta, escribe y actúa en espectáculos de humor. Estará en Orsai todo el año, con la sección *Sin Afeitar*, esta vez desde la página ciento cincuenta y dos.

Ángel Boligán
La Habana, 1965

Es el mayor humorista gráfico cubano. Premiado innumerables veces en el mundo entero, su trabajo se encuentra expuesto en el Museo del Humor de San Antonio de los Baños. Actualmente colabora en *El Universal*. Estará en Orsai todo el año, con su sección *Per Saltum*. Esta vez en la página ciento cincuenta y cinco.

Juan Sáenz Valiente
Buenos Aires, 1981

Es historietista, ilustrador y animador. Publicó en Francia *Sarna*, historieta con guion de Trillo. También colaboró en la realización del libro *Arte y técnica de la animación*, junto con su padre, Rodolfo Sáenz Valiente. Dibujará todas las contratapas de Orsai durante 2013.

Carlos Aranda
Río Gallegos, 1972

Es analista de sistemas y técnico en construcciones. Trabaja en Sistemas del Poder Judicial de Santa Cruz y dibuja planos en CAD en un estudio de arquitectura. Muchas de sus excelentes frases cortas en @Cararanda (Twitter) son las que engalanan las frases al pie de esta edición de Orsai.

Mi AMOR, CREO QUE YA ES TIEMPO DE QUE TENGAMOS UNA REVISTA. TE AMO Y QUIERO TENERLA CON VOS
QUIZÁS, NO SÉ...
¿EN PAPEL O DIGITAL?
¡EN PAPEL! NUESTRA REVISTA SERÁ LA MEJOR, NO TENDRÁ PUBLICIDAD Y SERÁ LIBRE, FUERTE Y SANA!
SER PADRES HOY
POR: GUSTAVO SALA
¡AHÍ TE MANDO EL PAPEL, TOMA! ¡AHÍ VA LA TINTA!
¡CREO QUE VOY A IMPRIMIR!
AAH!
FRAKA FRAKA
¡AH, SON HERMOSAS!
¡AGH!
NO, "GENTE", "PARA TI" Y "ORSAI" YA ESTÁN RESERVADOS...
Y BUENO, PONGAMOSLE "JUAN CARLOS"
REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUA
UN MES DESPUÉS
¡BUAAA! ¡¡NADIE NOS QUIERE!!
¡LA DISTRIBUIDORA DEVOLVIÓ TODOS LOS EJEMPLARES, NO SE VENDIÓ NI UN PUTO NÚMERO!
¡NO PUEDE SER!
TENDRÍAMOS QUE HABER ESPERADO PARA TENERLA, ¡¡VOS Y TUS PUTOS CAPRICHOS!!
¡LO DECIDIMOS LOS DOS!
¡¡MENTIRA!! YO NO QUERÍA ¿Y PORQUÉ MIERDA LA HICISTE TAN CULTURAL? ¡¡NOTAS SOBRE RODOLFO WALSH, JUAN JOSÉ SAER, PIZARNIK!! ¿A QUIÉN MIERDA LE INTERESA?
¡ENTREVISTA A DOLINA, HIJO DE PUTA! TODAS LAS PUTAS REVISTAS TIENEN ENTREVISTAS A DOLINA!
¡ME HACÉS DOLER!
¡DEJÁ A PAPÁ EN PAZ, LA PUTA QUE TE PARIÓ!
SOK!
¡AGH!
¡MATARON A VUESTRA MADRE, POR DIOS!
¡ES QUE SI NO LO HACÍAMOS TE IBA A MATAR ELLA A VOS!

¡SIN ELLA MI VIDA NO TIENE SENTIDO!
¡SOMOS UNAS ASESINAS, MERECEMOS MORIR!
BANG
¡¡AAAAHHH!!
¡AAAAH!
¡¡UN CULO GIGANTE!!
SIENTO COMO SI ALGO SE ME HUBIERA METIDO EN EL CULO...
¡SOCORRO, SAQUENNOS DE AQUÍ!
¡MI AMOR, ESTÁS ACÁ!
SÍ, MI VIDA...
CREO QUE YA ES TIEMPO DE QUE TENGAMOS UNA PIZZERÍA
QUIZÁS, NO SÉ...
¡AHÍ TE MANDO LA MASA!
¡AHÍ TE MANDO EL QUESO!
¡AHÍ VAN!
¡SON HERMOSAS! CALABRESA, FUGAZETTA, MUZARELLA! ¡HIJAS MÍAS!
UN MES DESPUÉS
PIZZ
¡¡NO VENDIMOS NI UNA! ESTO ES UN DESASTRE, ESTAMOS EN LA RUINA!! ¡HIJO DE PUTA!
¡SUÉLTAME, ME HACÉS DAÑO!
¡¡DEJA EN PAZ A NUESTRO PADRE, MALDITA!!
¡¡NOOO!!
SOK!
BANG!
MIENTRAS TANTO, EN EL INTERIOR DEL CULO DEL GIGANTE...
¡QUÉ BUENA REVISTA!
¡SÍ, RE CULTURAL!
¡RODOLFO WALSH!
JUAN CARLOS
¡RE DE IZQUIERDA!
TODA REVISTA TIENE SUS LECTORES, SÓLO TIENEN QUE ENCONTRARSE...
¡ENTREVISTA A DOLINA, COPADO!
¡MI AMOR, ESTÁS ACÁ!
CREO QUE YA ES TIEMPO DE QUE TENGAMOS UNA REMISERÍA
¡¡HIJO DE PUTA!!
SALA 2013

ORSAI EXPRESS HASTA AGOTAR STOCK

A pedido de muchos lectores que llegaron tarde al proyecto, o que no quieren pagar suscripciones completas, a mediados de mayo sacamos a la venta el stock completo de las ediciones anteriores que nos queda en España. Las revistas se podrán comprar de a una («¡por fin!», gritan las viejas en la sala) y todas salen desde la propia casa del director en Sant Celoni, por correo postal inmediato. Llegan a cualquier parte del mundo a los diez o quince días y el precio es excelente, hijo de un convenio con Correos de España. El stock no es grande, por lo que se recomienda que vayan haciendo fila, de a uno y sin empujar.
editorialorsai.com/express.

Aviso legal. Queda terminantemente prohibido leer esta sección de la revista antes de haber acabado con todos los textos largos de las páginas precedentes. La lectura de este «aviso legal», casi siempre de contenido irónico respecto a la burocracia legislativa editorial, es una pelotudez que el director escribe drogado el último día de cierre, justo antes de entrar a imprenta. Sus términos no tienen el menor sentido y siempre deben leerse al final, como quien come un pedacito de queso después de la cena y el postre. Si usted sigue leyendo esto y todavía no disfrutó las crónicas de Syms, Enric González y la Mochkofsky, o los cuentos daneses, o el relato de Sacheri, o el policial, o la entrevista de Garcés, o la historieta de Altuna, o cualquiera de nuestros destacados humoristas gráficos, debe dejar de leer ahora mismo y volver hacia atrás. Las consecuencias de reincidir en la lectura habla mal de su capacidad de recibir información interesante. Única excepción: si usted está cagando mientras lee este «aviso legal» queda exonerado de pena, carga u obligación y puede seguir leyendo, puesto que a la hora de evacuar, el cerebro pide a gritos el disfrute de frivolidades. Aprovecho entonces, si es que usted se encuentra con los pantalones en el suelo, para decirle que se imprimieron siete mil ejemplares de este número trece, correspondientes a los meses de mayo y junio de 2013, en imprenta Mundial, de calle Cortejarena 1862 de Buenos Aires, en el mes de abril de 2012. El depósito legal es el L-1382-2010. El ISSN, el 9772014015004-13. La marca «Orsai, Nadie en el Medio» está registrada. Antes de retirarse, tire la cadena y eche un poco de Glade.

STAFF

Editor responsable
Hernán Casciari

Jefe de redacción
Christian Basilis

Dirección de arte
María Monjardín

Edición
Karina Salguero-Moya
Josefina Licitra

Entrevistas
Gonzalo Garcés

Novela Gráfica
Horacio Altuna

Arte y diseño
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà

Humor gráfico
Alberto Montt
Alejandra Lunik
Ángel Boligán
Bernardo Erlich
Carolina Aguirre
Eduardo Salles
Gustavo Sala
Juan Sáenz Valiente
Liniers
Manel Fontdevila
Miguel Rep
Tute

Fotografías
Pedro Otero

Corrección
Florencia Iglesias

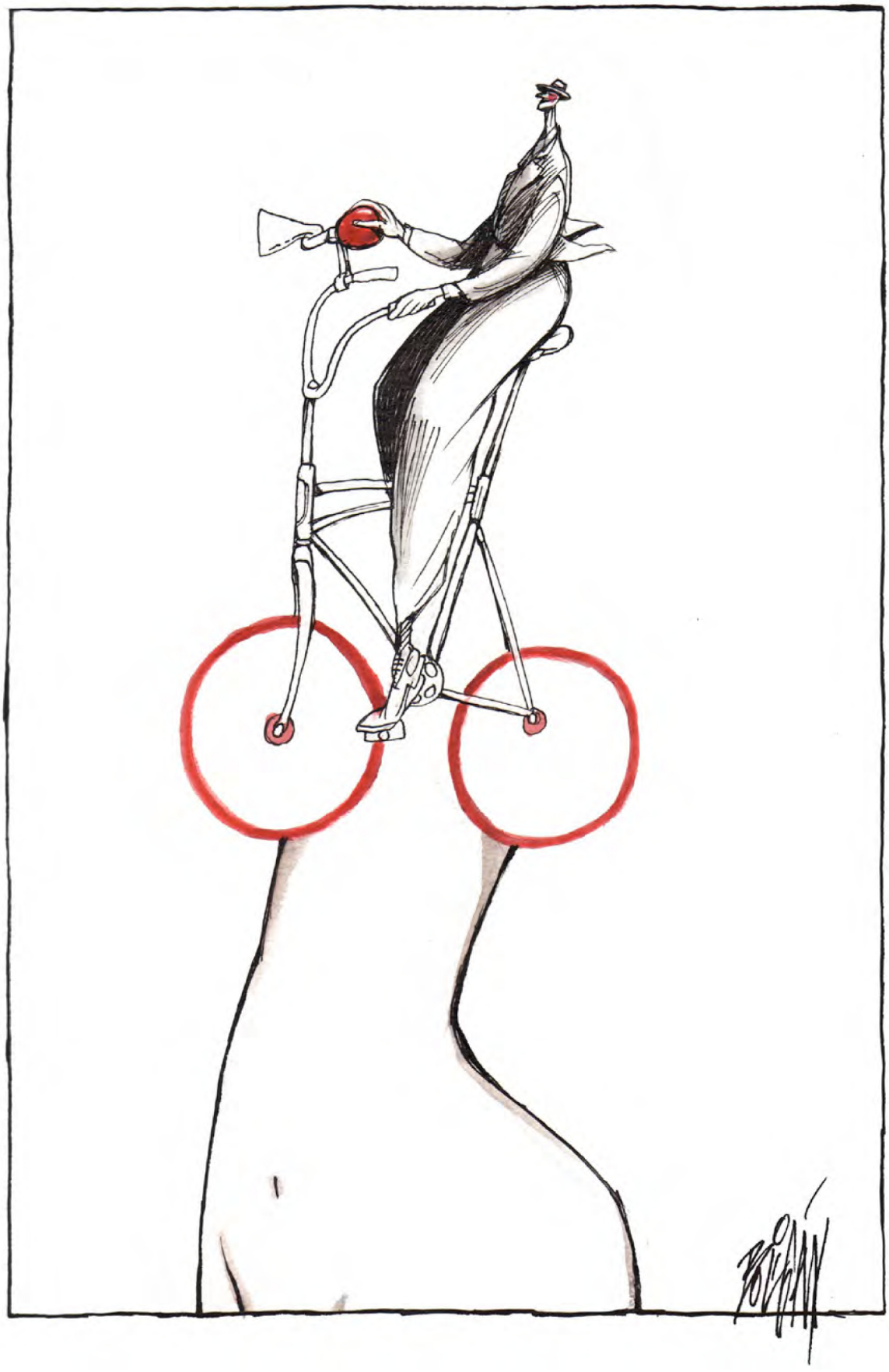
En este número
Alejandro O'Keeffe
Carlos Aranda
Eduardo Sacheri
Enric González
Enrique Symns
Eva Vázquez
Graciela Mochkofsky
Helle Helle
Istvan Schritter
Iván Mata
Javier Zabala
Nahuel Gallotta
Naja Marie Aidt
Pia Juul
Poly Bernatene

Gestión cultural
Pablo Perantuono

Desarrollo web
Guillermo Harosteguy

Administración
Cristina Badia
Silvia Peralta

PER SALTUM, *por Boligán*



ÍNDICE

- [ ] 1 / Portada: Javier Zabala
- [ ] 2 / Dosis Bimestrales: Alberto Montt
- [x] 3 / Editorial: Hernán Casciari
- [ ] 6 / Correo: Varios lectores
- [ ] 10 / Cosentino y la puerta: Eduardo Sacheri / O'Kif
- [ ] 21 / Amén: Bernardo Erlich
- [ ] 22 / Apartamenteros Internacionales Inc: Nahuel Gallotta / Eva Vázquez
- [ ] 45 / Cinismo Ilustrado: Eduardo Salles
- [ ] 46 / Diario de un puercoespín: Graciela Mochkofsky / Iván Mata
- [ ] 64 / Postales: Miguel Rep
- [ ] 66 / Un oficio imperfecto: Enric González / Istvan Schritter
- [ ] 76 / Me is Beautiful: Manel Fontdevila
- [ ] 78 / Chile en blanco: Enrique Symns / Poly Bernatene
- [ ] 92 / Entrevista a Mario Pergolini: Gonzalo Garcés / Pedro Otero
- [ ] 113 / Planeta Tute: Tute
- [ ] 114 / Tres cuentos infieles: Naja Marie Aidt / Helle Helle / Pia Juul
- [ ] 125 / Marianne. La historia del pito en el arte: Basilis, Casciari / Matías Tolsà
- [ ] 139 / Carta abierta: Liniers
- [ ] 140 / El diario de Malory: Aguirre / Lunik
- [ ] 142 / Hot, capítulo 3: Horacio Altuna
- [ ] 152 / Sin Afeitar: Gustavo Sala
- [ ] 155 / Per saltum: Ángel Boligán
- [ ] Varias páginas / Sobremesas: Basilis, Casciari / Ermengol
- [ ] Usted está aquí / Contratapa: Juan Sáenz Valiente

13

9 772014 015004